
«Mi hogar no solo está donde se halla mi corazón, sino también donde este se puede romper».
EL SECRETO DEL AGUA
SENDEROS DEL TIEMPO VOL.II
ELENA GARQUIN

Derechos de autor © 2025 Elena Garquin

Copyright © 2025 Elena Garquin

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal).

Título original: El secreto del agua (senderos del tiempo vol. II).

Primera edición: ©Elena Garquin, junio 2025

Maquetación: ©Elena Garquin

Diseño de portada: ©Elena Garquin

Imágenes de portada: Bing creator image y Freepik

Derechos de autor: ©Elena Garquin

Para todos aquellos que se venturan a soñar sin límites, creen en el poder del amor y, sobre todo, en su magia.



EL SECRETO DEL AGUA

SENDEROS DEL TIEMPO VOL.II

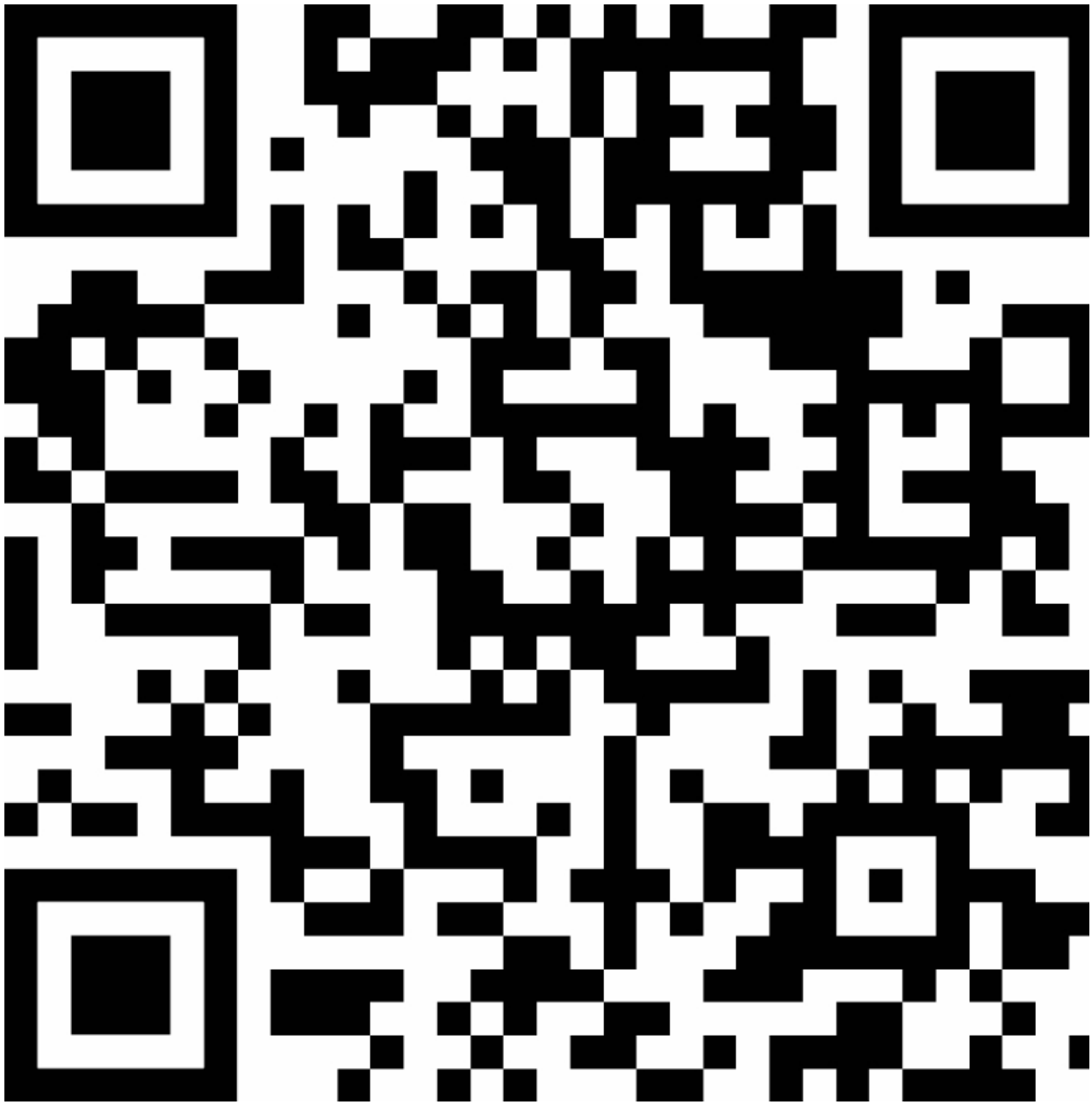
ELENA GARQUIN

Elena Garquin

Sígueme en Amazon para estar al tanto de todos mis lanzamientos.

Gracias por leerme.

Escanea el código QR





PRÓLOGO

Stamford Bridge, Inglaterra, 1916

En unos minutos, sabría si su plan tendría éxito.

Caminó envuelto en su capa bajo la lluvia que arreciaba con fuerza, hacia la solitaria casa. Parecía descuidada, pero no había perdido ese aire familiar y acogedor que lo recibió cuando llamó a la puerta.

—Eres tú.

Por un momento, ambos permanecieron mirándose en silencio, hasta que la mujer que le había abierto lo acompañó hasta la pequeña salita, donde un fuego ardía en una precaria chimenea.

—Deberías encender la estufa —comentó él—. No tiene sentido que disfrutéis de comodidades propias de este siglo, si solo las exhibís como si fueran un adorno.

—Ahora mismo, esa estufa es un adorno. No nos la podemos permitir. —Sus ojos verdes brillaron con temor—. Cora acaba de marcharse a casa de su prometido Edwin.

—Ese caradura tendrá muchas explicaciones que dar. Empleará mucho tiempo. Y si decide no dárselas, nosotros seguiremos teniendo ventaja.

—¿No es ella el objeto de tu visita? ¿No has venido a por mi hija?

—¿Tan resignada estás a perderla que ni siquiera piensas luchar por ella?

—Sé que no serviría de nada. —Lisbet se dejó caer sobre el sillón que había ocupado, mientras mantenía una conversación con Cora. Tal vez la última, pensó con desesperación—. Nunca ha servido de nada luchar contra el designio de los dioses paganos. Tampoco contra el de nuestro dios cristiano.

—No deberías prejuzgar los hechos antes de conocerlos en su totalidad. —El hombre parecía contrariado cuando le hizo un gesto para que volviera a levantarse. Acto seguido, le entregó un pequeño

cofre adornado con motivos vikingos. Lisbet lo tomó en sus manos como si fuera la Caja de Pandora, a punto de abrirse para dejar libres todo un cúmulo de desgracias, pero él sonrió—. Tranquila. Cora debe saber el motivo por el que su vida cambiará para siempre. ¿No crees que ha llegado la hora de que arrojemos algo de luz a sus oscuras preguntas?

—¿Cómo sabes que me las ha hecho?

—Porque las dos sois de espíritu inquieto por naturaleza. Ingeniosas, con tantas ansias de conocimiento que no os importa exhibir vuestra extraordinaria inteligencia a todo aquel que desee verla y, sobre todo, apreciarla.

—Se han aprovechado vilmente de la de Cora.

—Ella sabrá cómo recuperar lo perdido. Cómo revertir el mal para convertirlo en bien. Cómo distinguir la verdadera cara del amor. Recurrirá a ese valor que siempre la acompaña, para terminar con el mal que, a su vez, pretende su desgracia. Pero ahora, es nuestro momento. Debemos marcharnos antes de que ella llegue.

—¡No puedo abandonarla así! —De pronto, Lisbet comenzó a temblar—. ¡Necesito más tiempo! ¡Si vuelve y no me ve, pensará que me he marchado! ¡Se sentirá sola, porque lo estará!

—¡Escúchame! —tronó él con firmeza—. ¡Sabías desde el principio que esto ocurriría! No puedes venirte abajo ahora. ¡Te necesita!

—¡Pero no me tendrá! Nunca pensé que volvería a verte. Que de verdad ella…

—¿Se apartaría de ti? —Con un gruñido, terminó por envolverla entre sus brazos para consolarla—. No me creas un ser sin sentimientos, porque no lo soy. Te concedo la posibilidad de dejarle una señal para que sepa que tú sigues con ella. Adelante. Puedo esperar unos minutos.

Durante un breve intervalo de tiempo, Lisbet no supo cómo actuar. A la angustia de perder a su pequeña de forma irremisible, se unió el desconcierto por la oportunidad que el hombre le brindaba, junto a unos límites que ya conocía.

No debía desvelar nada de lo que había constituido su secreto mejor guardado desde el nacimiento de Cora. Pero al mismo tiempo, las fibras más íntimas de su ser aullaban por seguir guiándola, tal y

como lo había hecho hasta el momento. Sangraba por dentro; podía sentir cómo se desgarraba ante lo inminente. Pero él estaba en lo cierto.

No había llegado hasta allí para rendirse con tanta facilidad.

—Le escribiré una nota que dejaré junto al cofre, en un lugar visible.

Durante los siguientes minutos, sintió a su espalda la mirada vigilante del hombre, pero no se inquietó. Sabía lo que quería transmitir a Cora. Lo que escribiría, antes de dejarlo sobre la repisa de la chimenea:

«Ábrela mientras vuelvo, cariño».

—Cora es incluso más intuitiva y observadora que yo. Sea cual sea el desenlace de su encuentro con Edwin, vendrá en mi busca. Lo verá.

—Y todo comenzará. Ven conmigo, Lisbet.

Los dos atravesaron el pueblo hasta el puente que atravesaba el río. Sus aguas bajaban revueltas por culpa de la lluvia que seguía cayendo cuando se parapetaron bajo la tupida copa de un árbol milenario, para observar.

Ella contempló cómo Cora regresaba sola de su encuentro, caminando apresurada en dirección a su hogar. Fue incapaz de contenerse cuando la vio apoyarse peligrosamente en el borde del puente.

—¡Mira aquella sombra de ahí, a su espalda! No consigo ver quién es… ¡Va a empujarla! ¡Cora…!

La mano del hombre le cubrió la boca. Ella intentó salir de su escondite, pero él se lo impidió sujetándola por la cintura. Luchó con uñas y dientes para liberarse, aunque no fue suficiente.

Con un gemido, contempló cómo Cora era empujada al fondo del río.

—Tranquila —escuchó junto a su cuello, a través de los jadeos de angustia que todavía brotaban de su boca, incapaz de creer lo que acababa de presenciar—. Ella no morirá. Pero tú debes esperarla. Debes regresar a tu casa. Todo ha comenzado ya.

—¡¿Cómo lo sabes?! —chilló, desesperada—. ¡¿Cómo se yo que no he confiado en la persona equivocada?! ¡¿Que no he enviado a mi hija a una muerte segura?!

—Porque esa muerte viajará con ella. —Lisbet vio la tristeza más absoluta brillar en el gris tormentoso de los ojos que la miraban, para después destellar con un pequeño hilo de esperanza—. Cora Thyra no estará sola en su misión: deberá desentrañar los secretos que guarda el agua que acaba de engullirla. Después, ella será quien te encuentre.

Acto seguido, desapareció envuelto en una inquietante bruma, dejándola sola con su congoja.



1 UNA NUEVA VIDA… SIN ÉL

Trondheim, Noruega, primavera de 1066

—Ojalá tu alma se encuentre en un lugar tan conmovedor como el Valhalla, tan pacífico como el Folkvangr, o simplemente perviva para siempre sobre tu propia tumba. Jamás permitiré que descanse en el Hel, Viggo. Tú no te mereces eso. Tú te mereces…

Einar no pudo seguir expresando una pequeña parte de los sentimientos que le atosigaban, como si fueran serpientes enroscadas alrededor de su cuello. Cabizbajo, dio un paso atrás para observar la tumba en la que habían sepultado a su hermano pequeño, hacía ya una semana.

No se pudo permitir quemar un barco, a pesar de que el *jarl* le había ofrecido uno de los suyos. Por otra parte, Viggo no era ningún guerrero famoso por sus gestas, aunque hubiera muerto en batalla; los dioses ni siquiera le habían permitido enfrentarse a la ceremonia de la adultez para ser considerado como tal.

Había muerto siendo un niño jugando a ser un hombre.

Por su culpa.

Como la desaparición de Thyra, o la de Haakon.

—Todo ha sido culpa mía —siseó entre dientes, con los puños pegados a los costados.

Su corazón había dejado de latir cuando había visto su propia aldea, destruida por una venganza que solo les competía a él y a Magnus.

Al hombre cuya sangre compartía.

Aunque eso para él carecía de importancia. Todo se diluía al lado de la muerte de Viggo, de la desaparición de su esposa y su mejor amigo, de lo que tuvo que padecer aquella noche junto a Revna, la hija del *jarl*…

—Y todo para nada —siguió maldiciendo.

Estaba muerto por dentro, como antes de que Thyra, su cabello de fuego y su pasión sin límites, se cruzaran en su camino. Ahora, no solo tenía que seguir viviendo con la culpa, sino también con el miedo a que ella le hubiera abandonado. A que, de un modo u otro, hubiera regresado a su tiempo, dejándolo mucho más solo de lo que nunca se había sentido.

Clavó la mirada en el túmulo donde habían enterrado el barco que contenía el cadáver de Viggo, junto a varias vasijas de barro, la daga

de Einar, la tiara que Thyra encontró en la casa-cueva de su aldea, perteneciente a su esposa fallecida Ingrid, y uno de los mejores caballos del *jarl*.

Estaba seguro de que Viggo lo necesitaría en la otra vida, fuera del tipo que fuera.

Aguantó de pie, conteniendo el huracán de ira, deseos de venganza incumplidos, incertidumbre e incomprensión, que lo vapulearon, e inspiró hondo cuando sintió una presencia a su lado.

—Te has repuesto de tus heridas externas. No debes martirizarte más.

Cuando Einar se giró, vio la pena grabada en los ojos de Bjorn, el esposo de Revna.

Por un segundo, estuvo tentado a compadecerse de él. Después, recordó la tortura sufrida a manos de aquel reptil con forma de mujer, y apretó los dientes para seguir manteniéndola en secreto.

—Me cuesta entender que tanto el *jarl* como tú hayáis decidido perdonar la vida de Revna —siseó—. Sus actos darían para varias ejecuciones públicas.

—El *jarl* ha ofrecido a Viggo un entierro digno del hermano de su *berserker* favorito. Después, hemos celebrado el *Sjaund*[1] en su casa, en homenaje a ti. No hay constancia de la muerte del conde Magnus, ni tampoco de lo ocurrido entre él y Revna, o incluso con la propia Thyra.

—¡¿Insinúas que ambas se entregaron a él por propia voluntad?!

Antes de que pudiera reaccionar, Bjorn tenía en su cuello el cuchillo de Einar.

—Confieso que me lo he planteado. Al menos, en el caso de mi esposa —murmuró con cautela—. Quizá deberías hacer lo mismo en tu caso.

La mente de Einar, dañada por el dolor, regresó al momento en que se la encontró. Con el vestido rasgado, los golpes a la vista… La mirada brillante por las lágrimas… Pero viva.

«¿Y si todo era una especie de escenario montado para que tú cayeras en la trampa? ¿Y si su entrega a ti, en cuerpo y, aparentemente, en alma, era ficticia? ¿Y si nunca te perdonó el haber perdido a su hijo y quiso vengarse de ti?».

Sintió cómo el corazón se le partía aún más de lo que ya estaba, pero sacudió la cabeza, intentando ahuyentar el creciente peso de unas dudas que, hasta aquel momento, no se había planteado.

Estaba demasiado ocupado apartando el olor a putrefacción de sus propios actos, como para ocuparse de nada más.

—Yo no soy tu enemigo, Einar. Algún día lo comprenderás. —Bjorn elevó las manos en señal de rendición—. Al menos hemos dado un golpe mortal al conde del que tardará en recuperarse, si es que sigue vivo. Pero no pidas más al *jarl*. Es su hija.

—Si quieres conservarla a tu lado con vida, aléjala de mi vista. Solo mi recuperación y el funeral de Viggo han impedido que acabe con ella con mis propias manos. Hoy me entrevistaré con el *jarl* para comunicarle mi marcha, y tengo que contar con su permiso. Si Olson me lo concede, mañana a más tardar partiré. Hasta entonces, no quiero ver a tu esposa. De lo contrario, ni mi hermano ni yo responderemos.

—Él ha muerto. Le envolviste la cabeza antes de ser enterrado…[2]

—Aun así, estoy convencido de que podrá ver. Y lo que verá, será a un *berserker* ávido de justicia.

Bjorn inclinó la cabeza en señal del respeto reverencial que le procesaba, y asintió antes de retirarse, seguro de que no le daría más motivos de sufrimiento.

Revna se los había proporcionado todos, pensó Einar mientras le observaba.

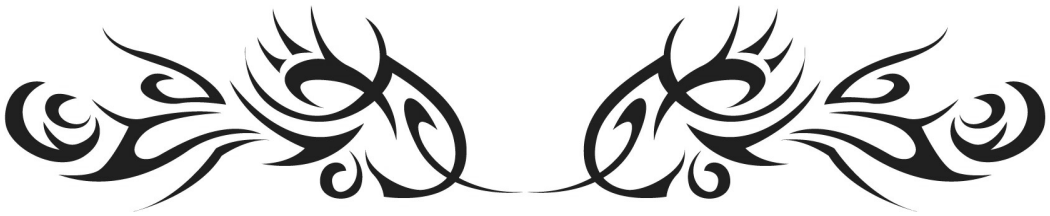
Maldijo el día en el que había puesto sus ojos sobre ella, el momento en el que decidió que era buena idea meterla en su catre pero, sobre todo, el instante en el que pensó que dejarse humillar por ella durante toda una noche, era la única vía posible para la libertad de su pequeña harpía.

Su Thyra.

La mujer por la que aún ardía, y que debía olvidar.

El tiempo transcurrido separados había minado su seguridad. Aunque delante de Bjorn disimuló bien, la posibilidad de que ella se hubiera acostado con Magnus por voluntad propia, a pesar de las señales de violencia física, comenzó a martirizarlo aunque, ¿cómo podría echárselo en cara, en caso de tener la oportunidad?

Se despreciaba a sí mismo demasiado como para intentar buscarla siquiera. Le había concedido la libertad; solo esperaba que, allá donde estuviera, comenzara una nueva vida… sin él.



Revna observaba la aldea desde la distancia, en compañía de Bjorn.

Seguía siendo su esposo, pero desde lo ocurrido en la fortaleza del conde Magnus, él había establecido unas distancias que mantenía a rajatabla. Algo que agradecía. No en vano le había confesado que el notable había abusado de ella.

Las vejaciones sufridas eran algo que llevaría consigo el resto de sus días, aunque jamás confesaría el sufrimiento que le habían ocasionado. Cuando su mente, aliviada después de comprobar que su esposo no acudía a su cama, regresaba a ellas, Revna las combatía con el recuerdo de la única noche pasada con Einar. Su mirada heladora cada vez que se plegaba a sus deseos. Su rostro, impertérrito incluso cuando su cuerpo se descargaba junto al de ella. Aquella expresión ausente, signo inequívoco de que su mente se hallaba en otro lugar… con otra mujer, mientras yacía con ella.

—Maldito seas por siempre… —siseó furiosa, sobre su caballo—. Tienes lo que te mereces.

—Su muerte hubiera sido un castigo más justo para ti, ¿no es cierto?

—No estoy de humor para tus sarcasmos, esposo mío. Pero ahora que lo mencionas… no hubiera llorado su pérdida.

—¿Estás segura de eso?

—Tan segura como de que nunca quise casarme contigo. Que cada noche dejaba que usaras mi cuerpo, obligada por las circunstancias.

Que, cuando eso sucedía, en mi mente era él y no tú quien me montaba. Que solo así tu presencia ha sido soportable.

Había soltado solo una parte de la rabia que la consumía desde entonces, pero no obtuvo el efecto deseado. Bjorn la atravesó con una mirada que contenía todas las emociones contradictorias del mundo.

—Aplaudo la decisión final de tu padre de renegar de ti. Lo cierto es que no comprendo cómo alguien con un corazón tan noble pudo engendrar a un ser como tú…

—Deberías haberlo pensado antes de aceptar nuestro matrimonio. Ahora es un poco tarde para lamentaciones, a no ser que planees dejarme libre, en cuyo caso te estaré eternamente agradecida.

—Eres despreciable. Más aún de lo que me había imaginado cuando solo me atrevía a observarte entre las sombras, pensando que tendría suerte si algún día te dignabas a mirarme siquiera. Ahora, a pesar de saber lo que Magnus hizo contigo, solo veo oscuridad en ti, Revna.

—Si no te encuentras a gusto con mi forma de pensar, de actuar e incluso de padecer, puedes repudiarme —le respondió, levantando la barbilla con altivez—. Aún estás a tiempo.

—No te engañes. Tu padre es quien ha renegado de ti una vez zanjados los asuntos relativos a Einar. Si no vinieras conmigo, vagarías por ahí sin que él moviera un solo dedo para ayudarte. ¡Abandonaste tu hogar para aliarte con el enemigo de tu padre y del mismísimo rey!

—¡Para pasar a entretener a ese enemigo de las maneras más sórdidas que puedas imaginarte, no lo olvides!

—No termino de creérmelo. ¿Qué mujer con un mínimo de sentimientos, relataría esa agonía con tanta frialdad? Solo tú, querida. Solo tú.

—¿Y aun así quieres cargar conmigo? ¿Con una mujer marcada y enamorada de otro hombre, que nunca te dedicará ni siquiera un mínimo de las atenciones que le dedicaría a él?

—Ni siquiera tienes la decencia de intentar negarlo…

—¿Para qué? Tú ya me has declarado culpable —le escupió, sin que tuviera el menor efecto en él—. Y lo soy. He pasado dos semanas

pendiente del *berserker*. En cambio, a ti te he ignorado. Otro hombre con más valor hubiera intentado castigarme, ¡pero solo eres un monigote al que todo el mundo puede manejar a su antojo! Porque eso es lo que ha hecho mi padre contigo. Se ha aprovechado de ese amor que dices sentir por mí, y lo ha utilizado en mi contra. ¡Incluso Einar se ha valido de esa devoción absurda que me demuestras para quitarme de en medio!

—Einar quería matarte.

—¡Si lo hubiera intentado, tú no se lo habrías impedido!

Respiraba entrecortadamente. ¡Quería abofetearlo hasta obtener alguna reacción! Pero Bjorn inclinó la cabeza con tristeza, aunque también con una determinación que la asustó. Puso en marcha su caballo y tiró del suyo.

—Einar es tu capricho. —Cuando ya habían dejado atrás la aldea, Bjorn se detuvo y sujetó su mentón entre los dedos—. Tú ni siquiera eres eso para él. Piénsalo la próxima vez que quieras herirme con tu indiferencia, porque lo único que se verá afectado será tu dignidad.

Era cierto, aunque no lo reconociera.

Permanecía encadenada al hombre impuesto por su padre. Un guerrero que, a pesar de todo, seguía sintiendo por ella el cariño suficiente como para mantenerla a su lado. Por encima de sus provocaciones absurdas, de su cruel indiferencia y de su brutal sinceridad, Bjorn se había convertido en un muro de granito. Con su orgullo intacto, sin darle la satisfacción de rechazarla.

«Te has dejado llevar por lo que sientes por Einar, y mira el resultado. Tu padre ni siquiera se ha despedido de ti. Te ha ignorado desde que volviste de la fortaleza. Le has decepcionado. Sin una palabra, te ha dicho que no existes para él».

Pero debía buscar una solución.

Y la única que arrojaba un poco de luz a su situación pasaba por deshacerse de su marido.



2 NUNCA TE PERDERÉ DE VISTA

La primavera se mostraba en todo su esplendor.

La vegetación brotaba, los sonidos de los animales llenaban sus oídos cuando se atrevía a salir de la cabaña, alejada de todo signo de

civilización. Incluso el agua del arroyo que corría no lejos de allí era más cálida cuando metía los pies en ella, solo para relajarse.

Para pensar en lo que haría cuando se recuperara, si es que alguna vez sucedía semejante milagro.

Podría ir en busca de Einar, y asimilar el estado en el que lo encontrase para superarlo. Juntos.

Pero a continuación, la cobardía le susurraba al oído que lo más sensato sería buscar la forma de regresar a su época, aunque dejara atrás al único hombre que la había tratado como a una mujer.

—Tómate el caldo antes de que se enfríe. Después, pondremos remedio a todo eso que te acongoja.

Thyra levantó la mirada hacia Drustan, el monje que se había encargado de ella desde que habían conseguido huir de la fortaleza de Magnus. Él le había sostenido la mano cuando pensaba que, después de todo, descansaría en paz para siempre. La había abrazado sin remilgos cuando se despertaba envuelta en sudor y en pesadillas que deseaba olvidar. La había tranquilizado cuando no dejaba de mirar hacia atrás, con miedo. Le había asegurado que las cosas mejorarían junto con su salud, pero todavía sufría las secuelas del brutal ataque de Magnus.

—Tal vez nunca me reponga —apreció, con la mirada perdida—. Tal vez siempre me avergüence de lo que pasó y no pueda volver a levantar la cabeza.

—Desperdiciarías una oportunidad más para reiniciar tu vida. Si lo haces, te rendirás y le ofrecerás un arma para utilizar contra tu hombre. Tienes que aprender a convivir con todo lo que pueda marcarte.

—Ya lo hago. Pero esto es…

—¿Demasiado duro? —Thyra asintió, conteniendo las lágrimas de impotencia e ira—. Nada lo es para un espíritu guerrero como el tuyo, muchacha. Has sido elegida para permanecer aquí. Es un privilegio, no un castigo. Porque gracias a este viaje, has conocido el amor.

—Y su pérdida. Él jamás me perdonaría mi pasividad cuando Magnus me chantajeó con la vida de Gudrun si me resistía.

—Él lo entenderá cuando reúnas el valor necesario para contárselo, porque sigue vivo.

Thyra dejó el cuenco de sopa a medio camino entre su boca y la mesa.

—¿Lo has visto? —preguntó, conteniendo la oleada de esperanza —. Dime, Drustan, ¿se ha puesto en contacto contigo de algún modo?

—Hemos pasado juntos el tiempo suficiente como para que confíes en mí, ¿verdad? —Ella asintió. Dos semanas a su merced—. Nunca te he mentido, y nunca lo haré. Igual que él.

—¿Cómo sabes…?

—Puedes pensar que solo soy un monje atrapado en una incursión, y condenado por un tiempo a servir a su amo. Pero también puedes creer que soy algo así como un enviado para asegurarnos de que cumples tu cometido en esta época —añadió Drustan con un guiño cómplice—. No eres la única a la que el destino maneja a través de triquiñuelas incomprensibles. Yo también lo he padecido, con la diferencia de que he tenido tiempo para comprender la razón.

—¿Me estás diciendo que esa razón soy yo?

—Y tus propias razones, que a su vez te han llevado donde estás ahora. —Su mano ajada cubrió la de ella—. Te encuentras en una horrible disyuntiva: permanecer aquí arriesgándote a ser rechazada por él, o regresar junto a tu madre. Has de saber que ella no sufre por tu ausencia. Quizá eso te ayude a decidirte.

—¿La conoces? —murmuró, con los ojos entornados por un montón de sospechas—. ¿Quién eres en realidad, Drustan el Monje?

—Tú lo has dicho: un monje. Ya conoces parte de mi historia.

—Eso no explica, ni de lejos, esas medias verdades con las que no me aclaras nada.

—Está bien. Supongo que ha llegado el momento. Pertenezco a tu mundo. A tu época —comenzó él, con los ojos perdidos más allá de la única ventana de la cabaña—. Aunque te resulte tan difícil de creer como a mí, cuando me hablaron por primera vez de maldiciones, viajes en el tiempo, brujas y dioses nórdicos. ¿Sería demasiado pedir que tomaras en cuenta mis palabras cuando te digo que fue la respuesta a lo que me ocurría?

—Si me hablas de lo que te ocurría…

—Sueños, muchacha. Incomprensibles, pero que me transportaban a siglos atrás, a otros lugares, mucho más inhóspitos. Con una personalidad tan diferente a la mía, pero tan marcada, tan real, que permanecía conmigo incluso mucho después de despertar. Dejaba huella en mí. Me condicionaba en mi día a día. A pesar de vivir en un monasterio alejado de todo lo que suponía la guerra en la que el mundo se hallaba inmerso, mis compañeros detectaron esos cambios. Los sufrieron.

—¿Cómo?

—Mi parte más beligerante salió a la luz. No podía guardar el voto de silencio, cuando los padecimientos descritos en mis pesadillas traspasaban el mundo onírico. Ni ser humilde, cuando aún sufría el dolor de ver a toda mi congregación destruida por el ataque de unos salvajes a los que de momento no podía poner nombre, ni origen, pero que no tardaron en revelarse para mí.

—Los vikingos…

—Así es. Mis sueños no eran recurrentes, ni repetitivos. Cada uno de ellos formaba parte de una secuencia encadenada. Me contaban una historia. Mi propia historia. Aquí.

—Pero si Dios era tu razón de ser, no comprendo cómo pudiste dar pábulo a cualquier explicación que no tuviera que ver con tus creencias religiosas.

—La desesperación a menudo te obliga a dar por ciertos argumentos que, en otra circunstancia, rechazarías por absurdos e inconsistentes. Y yo estaba desesperado. A punto de ser expulsado del lugar al que había consagrado mi vida. Languideciendo, sin comprender qué me ocurría. Llegué a pensar que el Maligno se había adueñado de mí. Todos mis compañeros lo pensaron, pero entonces, alguien me visitó. Alguien que me contó una historia lo bastante increíble como para dar explicación a la mía.

—No te comprendo…

—Era un soldado. Luchaba con los ingleses en la guerra. Y se hallaba mucho más perdido que yo cuando consiguió entrevistarse conmigo. Lo primero que me extrañó fue que supiera mi nombre, cuando él para mí era un desconocido. Pero eso no fue nada comparado con lo que me contó.

»Me habló de una mujer que había viajado en el tiempo. Según su relato, yo la salvaría para que ella a su vez cumpliera con la misión que la había llevado al año 1066, meses antes de la legendaria batalla de Stamford Bridge contra el rey vikingo Harald Hardrade. En un primer momento no le creí, como podrás comprender. Era demasiado fantasioso. Incluso pensé que se trataba de un hombre cuya mente se hallaba demasiado afectada por los horrores sufridos en el frente. Pero después, ante mi total pasmo, comenzó a hablarme de mí.

»Me relató con todo lujo de detalles lo que ocurría en mis sueños. Cómo los hombres de un noble vikingo danés incendiaban mi monasterio y me capturaban para formar parte de su lista de esclavos. Según él, un *berserker* legendario se hallaba preso de una maldición, proclamada por una bruja sedienta de venganza, y con el corazón tan podrido como el hombre al que servía. La muchacha que llegaría del futuro, es decir, de nuestro tiempo, sacrificaría lo más preciado para salvar a ese bárbaro de vivir eternamente.

»Nadie más que yo conocía el contenido de mis pesadillas. ¿Cómo podía relatármelas él con tanta exactitud? Fácil: yo mismo se lo había revelado, en su época. Yo había viajado al año 1066 para formar parte de ese destino que todavía se me resistía, pero que él mismo comenzó a aclararme cuando me entregó un cofre de madera, adornado con motivos vikingos, junto con un nombre: Lisbet.

Thyra palideció.

—¿El cofre que yo abrí con la llave que madre me regaló? ¿Esa Lisbet es…?

—Tu madre, sí.

—Pero ella me regaló el colgante hace años…

—Algún día conocerás esa parte de la historia. Lisbet desciende de una estirpe de guerreros que se remonta a mucho antes de Haakon y Berit. —El monje asintió cuando ella abrió la boca, comprendiendo—. Sí, es lo que piensas. Ellos son, de alguna forma, tus antepasados y, al mismo tiempo, las almas que, generación tras generación, han encontrado otros cuerpos en los que vivir otras vidas.

—¿Reencarnación?

—No, por favor. Ese es un concepto prohibido para todo cristiano que se precie de serlo… —Pero sus ojos le hablaban de todo lo que había vivido a continuación sin necesidad de palabras. Reflejaban todas las vivencias que habían contradicho los dogmas de su fe hasta el momento—. Solo digo que existe esa posibilidad. Ese hombre irrumpió en mi caótica existencia para dotarla de un significado. Abandoné la orden religiosa para ir en busca de esa Lisbet. Ella me recibió como si siempre me hubiera esperado, justo antes de que tú cayeras al río y la persona que te empujó lo hiciera detrás de ti.

Thyra se puso en pie de golpe, con la incredulidad más absoluta brillando en sus ojos.

—¿La persona que intentó acabar conmigo también viajó hasta aquí? —Él asintió—. ¿Tú también lo hiciste?

—Digamos que fue un pequeño paréntesis en mi precaria existencia como esclavo de Lars Jenssen, el padre de Serin. Por fortuna, su mente era más inquieta que la de la mayoría de los hombres de su status social y me permitió explicarle parte de la doctrina cristiana, mucho más por curiosidad que por propio convencimiento.

—¡Así que finalmente Serin sí era cristiana!

—Simpatizaba con el cristianismo y no lo ocultaba, al igual que su hermana pequeña. Lars, en cambio, se resistía, a pesar de que siempre fue amable conmigo. Negaba el avance de nuestra religión por estas tierras, e intentaba imponer su visión ejerciendo su autoridad.

—¿Te maltrató? ¿Te…?

—¡No, muchacha! Nunca me puso una mano encima —respondió el fraile con una suave risa—. Pero cuando llegó la proposición de matrimonio para Serin, su primogénita, por parte del conde Magnus, un notable que siempre había estado en contra de la política expansiva del rey Harald, se empeñó en llevarla a cabo según sus costumbres, a pesar de que la propia Serin le suplicó que no accediera a los requerimientos del conde.

»Lars es ambicioso, como todo hombre que pretenda conservar su poder y aumentarlo. Enseguida vio las ventajas del enlace. Serin se encomendó entonces a mi Dios, esperando que obrara el milagro que

los suyos habían ignorado, pero el tiempo corría y nada cambiaba, de modo que decidió actuar. Se disfrazó de hombre. Y cuando parte del ejército de Lars acudió a defender sus fronteras del ataque de Einar Ragnarsson y sus guerreros… murió.

»Un vikingo acabó con ella delante de mis propias narices, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Cuando quise reaccionar, una especie de bruma espesa surgió del río y, con ella, tú. Nuevamente, el agua había expulsado parte de sus secretos en forma de muchacha que inmediatamente fue confundida con Serin por parte del *berserker*.

—¿Me viste en compañía de Einar cuando la batalla acabó, y no hiciste nada para evitarlo?

—Ni podía, ni debía. Conocía tu identidad. El propósito de tu viaje acababa de comenzar. Debo velar por tu seguridad. Durante bastante tiempo te perdí la pista. Hasta que volví a encontrarla cuando Magnus te atrapó, con la ayuda inestimable de Helga y sus hechizos. —Drustan suspiró con tristeza—. Incluso Revna, la hija del *jarl* Olson, cayó bajo su influjo. Y cuando quiso despertar, fue demasiado tarde. Ella fue ultrajada al igual que tú, pero el desenlace de vuestros destinos será muy diferente. Por el momento debo marcharme, y tú debes esperar aquí.

—¿El qué? ¿Tu vuelta? ¿Mi muerte?

—El siguiente paso a la consecución del fin —respondió de forma enigmática—. Pero tranquila. Tarde lo que tarde, nunca te perderé de vista. De momento, acompáñame.

—¿A dónde?

—A un lugar mucho más seguro para ti. Ven.

La había salvado de un destino mucho peor que la muerte. La había curado, respetando sus tiempos, sus luces y sus sombras. Había sanado la parte de su alma herida por el conde.

No había razón para no confiar en él.

Thyra lo siguió por un estrecho sendero que ascendía una loma hasta llegar a su cima escarpada. Estaba sin resuello, con sus ropas mojadas por la humedad creciente que aún anidaba a aquella altura, envuelta en finos hilos de bruma que parecieron abrirse cuando Drustan se adelantó y le mostró la entrada de una cueva.

—Aquí estarás a salvo. Entra.

Cuando Drustan la tuvo donde quería, depositó un beso en su frente, cubrió la entrada con una piedra que él mismo arrastró, dejándola en penumbra, y se marchó a toda prisa.



3 LA DESTRUCCIÓN DEL AMOR

Dinamarca

Su padre siempre había sido un gran estratega que había logrado mantener una relativa paz y libertad entre los suyos, a base de alianzas e intercambio de favores.

Esa había sido la desgracia de su hermana mayor Serin, y sería también la suya.

Karan Larssen lo intuyó en cuanto aquel grupo reducido de noruegos, capitaneado por el que se hacía llamar conde Magnus, entraron en la fortaleza de su padre, el *jarl* Lars Jenssen. No fue por el rictus cruel que exhibía la boca de Magnus, a pesar de su aspecto impropio de alguien de su alcurnia. Tampoco por la persona que se empeñaba en permanecer en un segundo plano, pero que aun así captó su atención, sino por ella.

La *völva*.

Supo que esa era su naturaleza en cuanto se presentaron ante su padre y se arrodillaron delante de todos los que atestaban el salón a la hora de la cena, incluida ella.

—Así que afirmas ser el conde Magnus el Soberbio —murmuró su padre, antes de acercarse—. La verdad, tendría que echar mano de mi imaginación para creer que eres el prometido de mi hija muerta.

—El viaje ha sido largo y tortuoso, pero creo recordar que no hace mucho, te envié una buena parte de mi ejército en señal de buena voluntad y confianza entre nuestras aldeas. Si los traes aquí, me reconocerán sin problema. Por otra parte, las circunstancias me han obligado a viajar de esta manera.

—¿Las circunstancias? No recordaba que tuvieras que esconderte. Me vendiste tu poder como parte imprescindible para derrocar al rey Harald.

—Y sigo pensando lo mismo. Pero he tenido que disfrazar mi identidad para poder llegar hasta ti con vida…

—¿Alguien, aparte de mí, quería matarte?

Magnus elevó los ojos hacia los de su anfitrión. A pesar de su tono conciliador, pudo distinguir la frialdad que le había llevado a comandar las tribus danesas a las que el rey Harald de Noruega aún no había conseguido someter.

—Te pido perdón si alguna vez te ofendí —respondió, fingiendo humildad—. No supe que Serin había muerto hasta que Helga, aquí

presente, me informó utilizando sus poderes. Y para entonces, ya era tarde.

—Una *völva*… —Lars se rascó su poblada barba rubia y se echó hacia atrás las dos gruesas trenzas en las que recogía su pelo, retrocediendo con cautela. Lanzó a Helga una mirada especulativa—. Si tanto poder ostentas, ¿cómo es que os encuentro en mi territorio, con el aspecto de unos pobres esclavos?

—Ni siquiera los dioses son infalibles. Es una cualidad que no puedes pedir a una simple hechicera —respondió, inclinando la cabeza.

—Con infalibilidad o sin ella, intuyo que tienes muy poco de simple. En todo caso, habéis tardado demasiado en dar señales de vida. Durante mucho tiempo busqué a Serin, sin encontrarla.

—Hubo alguien que se hizo pasar por ella —afirmó Helga—. Solo cuando me di cuenta del engaño, me encargué de enterrar el cuerpo de tu hija como merecía.

—Necesitamos cobijo —intervino Magnus—. Los hombres del *jarl* Olson arrasaron la aldea. Apenas quedaron supervivientes.

—Los hombres de Olson son los hombres del maldito Harald. —Lars achinó los ojos con odio y regresó a su asiento, pensativo—. ¿Qué ocurrió con la mujer que se llevaron en lugar de mi hija?

—Sigue viva. Incluso se ha convertido en la mujer del *berserker* que la capturó. No venimos a exigir, sino a negociar.

—¿Tú, que has perdido todo según las palabras de tu hechicera, quieres negociar conmigo?

Lars enarcó una ceja ante las carcajadas generales.

—La alianza con Serin tenía un fin que no se ha cumplido aún, *jarl* —anunció Magnus—. Mi alianza sigue en pie.

—¿Sin posesiones que la avalen?

—Mientras yo viva, resultaré una amenaza para ellos. Puedo reunir a los guerreros que aún me son fieles, y que permanecen tan ocultos como yo, para destruir el poder del rey mientras él lucha fuera de su tierra. Sabes que sigo siendo tu mejor opción, al igual que tú eres la mía. Si aceptas, te reportará tierras en Noruega, porque yo recuperaré las que me han arrebatado con tu ayuda. Con tu ejército. Juntos, seremos más fuertes.

—¡Tendremos que ser invencibles si queremos acabar con Harald de una vez y para siempre! No podemos arriesgarnos a que recupere lo perdido cuando vuelva.

—Si vuelve. Por eso, he pensado en un matrimonio.

El conde recorrió la figura de Karan con una mirada tan llena de codicia, de lujuria y de crueldad, que ella apretó los puños para contener el miedo que comenzó a correr por sus venas, a pesar de ser una reconocida guerrera entre los suyos.

—¿No crees que mi hija tendría algo que decir al respecto? —intercedió su padre. Aunque solo era una pregunta formal. Conocía esa expresión calculadora lo bastante bien como para saber que él ya había tomado una decisión por ella.

—Lars Jenssen, supongo que no le ofreciste esa posibilidad a tu querida Serin y por esa razón quiso escapar —intervino Helga, sacudiendo sutilmente ese báculo que llevaba consigo.

—Por ese motivo, pretendo no volver a cometer el mismo error. —Entonces, se giró hacia ella con expresión bondadosa—. A pesar de ser la menor de las dos, tú siempre demostraste más sentido común que tu hermana, hija mía. ¿Serás capaz de desperdiciar una oportunidad como la que se te presenta, o harás gala de esa inteligencia para aceptar al conde?

—Padre, no me dejas muchas alternativas.

Sí. Podía presumir de más juicio que el que había ostentado Serin. Pero también más temple. Y mucha más astucia.

—La respuesta es sencilla, hija —insistió él, tomándola por los hombros para lanzarle una advertencia silenciosa—. O renuncias, provocando tu desgracia y la de nuestro pueblo, o aceptas, ofreciéndoles una segunda oportunidad de lograr la libertad de la que siempre hemos disfrutado, hasta que Harald Hardrade y sus ansias de colonizar otras tierras aparecieron.

Karan tragó saliva.

Aparentemente, estaba calibrando las posibilidades.

En realidad, ya había tomado partido por una.

—Tienes razón, padre —murmuró, asintiendo con sumisión—. Aceptaré a ese hombre como esposo. Me sacrificaré, en beneficio de nuestro pueblo, pues para ello he sido concebida y educada.

—Cuánto me alegro de que hayas demostrado tu sensatez. —Con un grito de júbilo, Lars la envolvió en un fuerte abrazo y alzó el puño en señal de victoria, entre los aullidos de todos los presentes—. ¡Lloré como nadie cuando supe de la muerte de Serin, pero los dioses han decidido ser benevolentes con nosotros! ¡Mi pequeña Karan remendará el error de su hermana! ¡Mañana mismo se celebrará el matrimonio! Y ahora, ¡ofreced a su futuro marido y a su pequeña comitiva un recibimiento digno, por las barbas de Odín!

Los extranjeros desaparecieron de la vista de Karan mientras ella mantenía la fachada imperturbable, segura de que había logrado engañarlos de nuevo, esta vez, para ganar tiempo; no obstante, unos ojos sagaces permanecieron fijos en ella para hacerla dudar.

Los de Helga.

Era muy posible que aquella maldita *völva* hubiera hurgado en sus pensamientos para averiguar sus verdaderas intenciones, pero siguió fingiendo hasta que su padre decidió enviarla a sus aposentos; un plan comenzaba a moldearse en su cabeza, y pensaba llevarlo a cabo.

Solo tuvo que esperar a que la inesperada celebración terminase y el silencio lo cubriera todo, para proveerse de lo necesario: su arco y un carcaj con flechas, su daga, que escondió entre los pliegues de su vestido, y un hatillo donde llevaría lo indispensable. A aquella hora se realizaba el cambio de guardia. Unos minutos sin vigilancia que serían aprovechados por ella para huir y no volver jamás.

Salió sigilosamente, amparada por la noche. Pegada a la pared, se deslizó hacia el establo. Se hallaba tan concentrada en él, que cuando consiguió sacar a su yegua sujeta por la brida, tuvo que contener un grito de sorpresa al ver a la *völva* bloqueándole el paso.

—Tú… —musitó, dando un paso atrás.

Parecía un espectro, pero su silueta se dibujaba a la perfección a pesar de la oscuridad reinante. Como si un aura tétrica la acompañara, Helga avanzó hacia ella.

—Pensé que nunca vendrías, muchacha —la saludó—. No pensarías ni por un instante que ibas a lograr engañarme, ¿verdad?

—No entiendo a qué te refieres, bruja. Nunca he pretendido engañar a nadie.

—Entonces, ¿a dónde te dirigías? Imagino que no pretendías dar un paseo a la luz de la luna…

—¡Ni siquiera hay luna, por los dioses! Solo quería visitar la tumba de mi hermana por última vez, antes de convertirme en la esposa del conde noruego. A fin de cuentas, era un destino reservado a ella. Necesitaba pedirle perdón por haberle usurpado el puesto.

—Has de saber, muchacha, que la acompañarás bajo tierra si te empeñas en eludir lo inevitable. —Sus ojos parecieron dos agujeros negros sin fin cuando se clavaron en ella, mientras señalaba el campo abierto—. Siempre has dado a todos la imagen de niña obediente y callada para tu propio beneficio, pero me han bastado un par de vistazos para conocer tu verdadera naturaleza, aunque la muerte anda rondándote demasiado cerca.

—No pienso morir. Sé defenderme, sobrevivir en las condiciones más adversas. Aprendí de mi padre, mientras Serin se dedicaba a lamentarse por su suerte.

—¡Incluso yo, que soy capaz de adelantarme a los acontecimientos, debo plegarme ante los dioses y aceptar mi muerte cuando esta llegue! ¿Piensas que estás por encima de mí?

—Imagino que, si has adivinado mis intenciones y estás aquí, tomándote la molestia de intentar llevarme a tu terreno, es por algo.

—Quiero salvarte. Pero toda acción debe tener reciprocidad, muchacha. —En la mirada de la *völva* apareció un destello de fría ambición que no la asustó. La veía a diario en su padre—. Un favor por otro. Yo callo acerca de tu huida, si haces lo que yo te diga.

—Si tienes la amabilidad de informarme acerca del tema…

—La aldea de Einar Ragnarsson. Su esposa Thyra. Allí estará tu destino —vaticinó, sacudiendo su bastón con fuerza, hasta que todo lo que las rodeaba pareció difuminarse, girando cada vez más rápido —. La destrucción del amor, Karan. ¿Aceptas mi propuesta? ¿Aceptarás mis órdenes?

No tenía otra opción. Si se negaba, moriría en vida con aquel casamiento.

—Acepto —afirmó, rezando para que los poderes de la *völva* no consiguieran descifrar la verdadera naturaleza de sus pensamientos mientras escuchaba sus instrucciones al pie de la letra.



4 AL FIN ESTÁS CONMIGO

—Ella está viva.

Einar levantó la cabeza de golpe.

—Mi señor, juraría que el propósito de mi audiencia era vuestro permiso para que pueda regresar a mi aldea —respondió al *jarl*

Olson, desconcertado—. No estábamos hablando de…

—Aún te cuesta pronunciar su nombre, pero eso va a cambiar. En realidad, has tenido mi permiso desde el principio. Obtendrás todo lo que me pidas, solo para resarcirte de lo que la maldad de Revna ha provocado. Te he acogido en mi casa como a un hijo. Brindé a tu hermano el funeral que tú me pediste, aunque hubiera hecho mucho más. Por él, por ti y por toda tu gente.

—Y por eso os estoy agradecido, mi señor.

—¡No busco tu gratitud, ni tu lealtad! Sé que las tengo. ¡Incluso he renegado de mi única hija! —Eso no había sido a causa del *berserker*, pero sí lo más horrible que había tenido que hacer en su vida—. Te conozco desde que tú y tu familia os asentasteis cerca de aquí. Hemos forjado una confianza mutua que poco o nada tiene que ver con nuestra clase social. Creo que me merezco un poco de respeto y credibilidad cuando te digo que Thyra sigue viva.

Algo golpeó el pecho de Einar con la fuerza de una maza.

Se llamaba esperanza, y luchó contra ella con uñas y dientes.

Antes de aceptarla, debía asegurarse.

—Si está con vos… —murmuró con un hilo de voz.

—Estará contigo, aunque eso depende de ti. —Con un gesto de la mano, uno de sus guerreros salió. Al rato, regresó acompañado de un monje que inclinó la cabeza con humildad en cuanto vio a Olson—. Este es Drustan. Como puedes ver, se trata de un cristiano. Un esclavo, capturado por los daneses en una incursión. En concreto, por Lars Jenssen, el padre de Serin. No voy a contarte las peripecias que ha tenido que pasar para llegar hasta aquí, porque ahora, lo único importante es la última parte de su camino: la fortaleza del conde Magnus y Thyra.

—¿Tú sabes dónde está? —La incipiente alegría al imaginarla viva, se fue diluyendo en un montón de suspicacias—. Un momento… ¿Jenssen te ha enviado?

—Difícilmente podría hacerlo, cuando su hija murió el mismo día en que tú creíste haberla apresado, *berserker* —anunció el religioso, sin que su gesto afable cambiara—. A riesgo de parecer un insolente al dirigirme a ti sin que me hayas dado permiso, debo explicarte que conozco las circunstancias en las que te topaste con tu esposa.

—¿Estabas allí?

—He estado en varios lugares, incluidas las dependencias del conde Magnus mientras este luchaba contigo. La rescaté de una muerte segura después de un sufrimiento casi infinito, y he permanecido con ella hasta hace unos días, cuando tuve que dejarla para venir a buscarte. Entiendo tus dudas. Yo también las tendría si un desconocido se me presentara para decirme que ha cuidado a la mujer de mi vida. Pero debes dar una oportunidad a esos instintos que te susurran al oído que tal vez, solo tal vez, debas hacerme caso. Esperaré el tiempo necesario, pero tal vez ella no disponga de tanto.

—¿Por qué? —Con un gruñido, lo zarandeó—. ¡Dime qué ha ocurrido con ella!

—Es una mujer fuerte, pero hasta los más fuertes flaquean cuando aguardan indefinidamente. Se encuentra en un pequeño reducto, escondida. Puedes pasar las próximas horas decidiendo si creerme… o puedes comprobarlo con tus propios ojos.

Einar miró al *jarl*.

—¿Dais pábulo a las palabras de un esclavo cristiano, conociendo el lugar del que procede, mi señor?

—Si mal no recuerdo, su lugar de procedencia es el mismo que el de tu actual esposa, Einar. Serin está muerta y enterrada. Al parecer, alguien se tomó muchas molestias en mostrar la identidad de la persona fallecida a todo aquel que se asomara por allí.

—Pero su padre…

—Tendremos que cerrar ese frente. Y para eso, te necesito entero.

—Siempre me habéis tenido entero, mi señor.

—Hace días que estás incompleto. Primero, la muerte de Viggo. Después, la desaparición de Haakon y Thyra. Creo que ha llegado la hora de insuflar un poco de luz a esa oscuridad tuya. Sigue sus instrucciones, hijo —aconsejó Olson, señalando a Drustan—. Si lo que acabo de escuchar es falso, te aseguro que el fraile pagará cara su mentira. Pero si es cierto… entonces, recibiré a tu esposa con los brazos abiertos.

Viva. A salvo. Cerca de él.

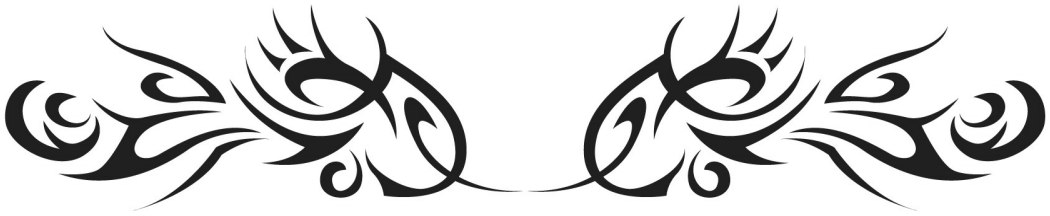
Tuvo que contener una sonrisa de júbilo al pensar en todas aquellas posibilidades. Después de creer que había regresado a su

propio tiempo, o que vagaba en aquel como un alma en pena, un desconocido acababa de ofrecerle el mejor regalo que podía aceptar.

Una segunda oportunidad con Thyra.

Ya habría tiempo para aclarar sus respectivas situaciones y todas las dudas que lo carcomían por dentro.

Ahora, era el momento de volver a tenerla. De volver a sentirla.



Había empleado dos días en llegar hasta allí. Durante ese tiempo, había dudado de la palabra de Drustan, se había aferrado a ella e incluso había rogado a los dioses entre aliento y aliento.

Nada de eso consiguió serenarlo. Se negaba a pensar en lo que le diría cuando la tuviera delante. En cómo abordaría el hecho de que él podría estar tan sucio por dentro como ella. A no ser que Magnus se hubiera limitado a aceptar lo que ella le había ofrecido, en cuyo caso tendría sentido la rendición que estaba a punto de abrazar.

Sin embargo, pese a sus esfuerzos, tiempo después se rindió a la evidencia: no había ni rastro de ella. Persistir no le traería nada bueno. Clavó los talones en los flancos de su caballo dispuesto a volver, cuando creyó distinguir un leve sonido procedente de una de las oquedades, no lejos de donde se encontraba.

Suficiente para él.

Siguió la dirección del ruido, hasta que sus pies tropezaron con la maraña de ramas y hojas que cubrían una piedra.

—Demasiado grande para ti, fraile —murmuró mientras la movía con esfuerzo—. Me pregunto cómo, o con ayuda de quién, lograste cubrirlo.

—Con ayuda de… Dios…

Esa voz apagada, casi agonizante, activó todas sus terminaciones nerviosas al mismo tiempo.

Igual que su miedo.

Con un último empujón, Einar se deshizo de la roca y se inclinó.

En un principio, no logró percibir nada aparte de un fuerte olor a humedad, pero cuando parpadeó, la vio. Echa un ovillo, en el otro extremo del diminuto agujero.

—Por todos los dioses del Valhalla…

Einar logró salir de esa maraña de emociones que lo mantenían inmóvil y se las ingenió para penetrar en la cueva. Apenas pudo evitar que su cabeza colisionara con el techo y que su espalda no rozara contra el borde de la entrada, cuando ya la tenía a su alcance.

—Thyra… —murmuró.

—Me metió aquí para protegerme, pero tardó demasiado…

—Estás empapada. Ayúdame a desnudarte.

Ella se limitó a mirarlo parpadeando; no comprendía sus palabras.

¡Maldición! Probablemente, ni siquiera se daría cuenta de que temblaba.

Einar comenzó a sentir tanto odio por el lugar como pánico a moverla antes de haberla cambiado de ropa, pero debía alabar la idea del monje para mantenerla con vida. Se despojó de su capa e hizo lo propio con Thyra. Su piel estaba húmeda. Al darse cuenta de que se encontraban allí los dos, desnudos de cintura para arriba, la cubrió con un abrazo para que dejara de temblar.

Inmediatamente, ella se acurrucó contra él.

—Por Odín, estás helada... —Apoyó su barbilla en el pelo rojizo y la abrazó con más fuerza.

—Dios mío, qué caliente estás...

Einar no respondió; estaba más que asustado. Después de lo ocurrido entre ellos, lo normal en ella hubiera sido que luchara contra aquel contacto tan íntimo. Pero, poco a poco, Thyra iba apagándose.

—Maldita sea —volvió a gruñir.

Entonces bajó la boca hasta dar con los labios femeninos y la besó, con una intensidad que encendió su sangre hasta casi hacerla hervir. Sabía a lo que se exponía, lo que arriesgaba con aquel arrebato. Pero no solo no lo cortó, sino que dejó que siguiera su curso. La mano que

se posaba en la espalda de Thyra fue hasta sus pechos. Se los cubrió por completo y le transmitió su calor a base de férrea voluntad. Ella abrió la boca y aceptó su ataque. Su jadeo parecía más propio de la desesperación que de la lujuria, pero empezó a retorcerse hasta quedar a horcajadas sobre su regazo. No parecía muy enferma cuando le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, y tiró de él más aún, como si quisiera meterse bajo su piel.

Einar se avergonzó de sí mismo.

Thyra se hallaba débil. Pudiera ser que incluso delirara. Sin embargo, en ese preciso instante él actuaba por instinto. Necesitaba aquel contacto con urgencia. Quería absorber su calor, su energía vital...

No podía dejar de besarla. Parecía un bloque de hielo y sabía a luz de sol. A vida. A pasión desenfrenada y a sinceridad absoluta. La deseaba con cada fibra de su ser, como nunca lo había hecho.

Y quería que viviera.

Con un esfuerzo sobrehumano, la apartó de él y se esforzó en mantener la cabeza fría para explicarle lo básico.

—Voy a buscar algo con lo que secarte y cubrirte. ¿Lo entiendes? —Ella asintió y él la besó en los labios—. Así me gusta, *kván*. Tendrás que refrescarme la memoria: ¿te dan miedo los espacios cerrados? —Negó con la cabeza. Él la besó otra vez. Primero en una mejilla; luego en la otra—. Entonces, vamos allá. Si te haces un ovillo, estarás más abrigada mientras tanto.

No la dejó hasta que no se aseguró de que hacía lo que le decía. Corrió hasta su montura, pero comprobó desolado que solo tenía un trozo de piel fina que tendría que valerle como atuendo, además de su capa.

Se hubiera arrancado su propio pellejo con tal de preservar el de Thyra.

—Ya estoy aquí, pequeña —murmuró cuando regresó a su lado—. Veamos, déjame que te anude esto para cubrirte mejor. Después podrás ponerte la capa. —Las manos le temblaban por la agonía de verla a salvo. Cuando terminó, sujetó su cara entre las manos para atrapar su mirada—. Thyra, han ocurrido tantas cosas que no sé si

podremos volver a construirnos a nosotros mismos, pero pase lo que pase, quiero que sepas que eres muy valiente.

—Yo no... no soy valiente —le dijo, como si le confesara un terrible e irremediable error—. Soy una cobarde.

—Nunca digas eso de ti misma.

—Si me hubiera enfrentado al conde con más ahínco...

—Calla. Cuéntamelo cuando estés bien.

—Será el relato de una cobarde... —repitió.

—El valor no es más que tener la posibilidad de elegir y, sin embargo, hacer lo que da miedo. Has demostrado más coraje que muchos de mis hombres. Seguirás luchando. Porque me enfureceré muchísimo si te rindes. Y créeme —añadió, inclinado hasta que sus narices casi se tocaron—, esta cueva te parecerá el cielo, comparada con mi mal humor.

No le gustaba lo que veía cuando la miraba. Ella no reaccionaba a sus provocaciones verbales. No le quedaba color en la cara. Estaba tan blanca como la nieve, con el pelo empapado y los ojos hundidos. Lo único que tenía algo de color eran sus labios, y estaban azules.

Volvió a besarla. A impulsarla hacia la vida con aquel choque de bocas. Y a punto estuvo de gritar de alegría cuando sintió un leve movimiento bajo sus labios.

En aquella ocasión, fue él quien quiso meterse en la piel de ella.

Desde que sus caminos se habían cruzado, aquella maldita mujer lo había torturado con su fortaleza, con sus constantes desafíos, con su arrojo inconsciente... Ahora, también lo hacía con su increíble confianza.

Estaba besándolo; no lloraba, ni protestaba encolerizada para que la llevara con él. Ni siquiera cuestionaba su decisión. Solo se aferraba a su cuello con los últimos vestigios de fortaleza que parecían quedarle, devolviéndole una pequeña parte de la pasión que él intentaba transmitirle.

Hasta que ella interrumpió el contacto.

—No... No busques ningún sentido a lo que acaba de ocurrir. —De repente se echó atrás y lo enfocó con sus extraordinarios ojos. Parecía más ella misma—. Tus besos solo me dan calor.

Nada más.

Allí tenía el límite que él mismo debió imponer en cuanto la encontró.

Einar no se enfureció, ni se entristeció. No había tiempo para tales nimiedades. Con cuidado, la tomó entre sus brazos para sacarla de allí y la depositó sobre el caballo. Montó tras ella y la aferró con fuerza contra su pecho, agradeciendo a los dioses su buena fortuna.

—Al fin estás conmigo —murmuró contra su pelo, sabiendo que ella ya no le oía—. No sé qué haré a continuación, pero si hay algo de lo que estoy seguro, es que mi corazón comienza a latir de nuevo.

Le gustara o no, había vuelto a forjar con Thyra el vínculo que un día había existido, y que se había deshecho con su marcha hacia las tierras de Magnus. Ambos habían luchado por su supervivencia, y esperaba que ambos ganaran.

La había encontrado dentro de una cueva como un oso en hibernación, pero conseguiría que se recuperara, aunque solo fuera para rechazarlo.

Ella sabía que lo haría; él también.



5 DOS DESCONOCIDOS

«Los rayos de sol teñían el cielo que se avistaba desde el promontorio.

Más abajo, una corona de nubes diluidas rodeaba la base, salpicada de vegetación aquí y allá. El paraje era tan hermoso que

cortaba la respiración.

Bajo sus pies, se extendía una cantidad casi infinita de agua, serena y transparente, que se perdía al otro lado del fiordo. Los picos más altos aún se veían coronados por la nieve del invierno, pero la vida se abría paso a través de ella. Los árboles exhibían con orgullo el verdor de sus hojas, y miles de cantos diferentes sonaban en otras tantas direcciones.

Pero también persistían retazos de bruma.

Thyra caminó entre sus hilos, hasta quedar completamente rodeada por ella.

Einar la observaba, con tanta intensidad que le cortó la respiración.

Quizá, se dijo. A lo mejor habría una oportunidad para ellos, después de todo.

—Estoy en el lugar más hermoso del mundo —murmuró, sobrecogida por aquella mirada, y por todo lo que él le decía con ella sin darse cuenta—. Así es como me imagino el cielo, Einar.

—El cielo es azul cuando no hay nubes que lo cubren.

—El Vallhala —se apresuró a aclarar, recordando sus creencias.

Él pareció sorprenderse cuando lanzó una mirada a su alrededor.

—Tal vez —concluyó con arrogancia.

—Es evidente que nunca te has tomado tu tiempo en apreciar la belleza que te rodea.

—¿Eso crees? Qué equivocada estás, *kván*...

Entonces, sus ojos de hielo comenzaron un lento y exasperante recorrido, desde su cabeza hasta la punta de sus pies. Fue tan exhaustivo, tan ardiente, que ella pensó que se quemaría viva antes de que terminara. Pero por si le había quedado duda alguna, él alargó una mano para abarcar su mejilla en un arranque de ternura tan inesperado, que pensó que su corazón estallaría en mil pedazos.

—Acabo de apreciarla ahora mismo —murmuró, tan cerca de sus labios que ella rogó en silencio para que la besara. No lo hizo, pero su expresión de congoja la removió por dentro—. Solo espero que tú también lo hagas…».

—¡No te vayas, por favor! ¡No te alejes de mí! ¡Tenemos que…!

—Thyra, tranquilízate. —Unas manos llenas de seguridad la empujaron de nuevo hacia el lecho cuando se incorporó, empapada en sudor—. Has tenido una pulmonía muy grave. Has estado inconsciente durante días, con delirios y alucinaciones. Tu temperatura era muy alta, y nos asustamos muchísimo. Einar estuvo acompañándome en todo momento, pero ha tenido que marcharse. Las casas aún conservan algún montículo de nieve en sus tejados, como esta, por ejemplo, y hay que despejarlos si no queremos que se derrumben sobre nuestras cabezas.

Le costaba abrir los ojos, y mucho más hablar. Pero cuando consiguió ambas cosas, comprendiendo que lo que había experimentado formaba parte de un sueño, miró a su alrededor sin reconocer nada más que el rostro lleno de preocupación de Drustan, que posó un paño húmedo sobre su frente.

—¿Dónde… estoy? —preguntó.

—En una de las dependencias del *jarl* Olson. Tu esposo se quedó aquí, después de enterrar a su hermano Viggo.

—¿Viggo… ha muerto?

Sin que pudiera evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas que le corrieron por las mejillas, ajadas por la fiebre. Quiso preguntar qué había ocurrido, pero tenía la boca tan seca que su mente fue más rápida. Imágenes de ella, esperando la vuelta de Drustan en aquella cueva, la asaltaron, mezcladas con otras más difusas. Einar apartando la piedra, mucho tiempo después. La luz del sol impactando en sus ojos, un instante antes de que distinguiera su aura temblorosa por el miedo. Sus manos maniobrando con su vestido húmedo, para tenerla desnuda, pegada a su enorme cuerpo.

El calor que desprendía, mezclado con esas dudas que pudo oler, antes de intentar despejárselas todas a base de besos.

Y la debilidad creciente, que terminó con su resistencia.

—No entiendo… —sollozó—. No comprendo qué ha ocurrido… Viggo…

—Al parecer, Einar encontró su cadáver, ataviado con la ropa de los guerreros del conde Magnus. No sé más, muchacha. Él se ha negado en redondo a responder las pocas preguntas que me he atrevido a hacerle. Y el *jarl* solo ha afirmado que necesita tiempo.

—Santo Dios…

Comenzaba a comprender esa mezcla de colores y olores que Einar había llevado consigo cuando la sacó de la cueva. Cargaba con la muerte de Viggo, pero también con lo ocurrido entre ella y el conde, y con lo que fuera que Revna le hubiera hecho, además de su aversión natural a los espacios pequeños, cerrados y oscuros.

—¿Haakon…? ¿Revna…?

—Ha sido expulsada de la aldea junto a su esposo por lo ocurrido. En cuanto al otro hombre, no he querido indagar. Mi prioridad, y la de tu esposo, era tu recuperación.

—Quiero… verlo.

Había perdido demasiado tiempo para aclarar lo ocurrido. Para que él conociera con exactitud sus sentimientos, y ella los suyos.

Para terminar de cicatrizar una herida que, lejos de curarse, había vuelto a sangrar con la mera presencia del vikingo y todo lo que esta implicaba.

—Por favor… —insistió, apoyándose sobre los codos. Cerró los ojos cuando una horrible sensación de vértigo la acometió, pero logró contener las náuseas—. Necesito verlo. Ya no tengo fiebre. Puedo ponerme en pie.

—A él no le importa esperar un poco más para regresar a vuestra aldea y reconstruirla, y al *jarl* tampoco.

—Pero a mí sí. —No podía permitirse el lujo de recrearse en un pasado inmediato que solo les traería desgracias a los dos. La reconstrucción de Njardarheimr sería un buen comienzo. Un nuevo comienzo… para todos—. Dame un poco de agua y ve a por él, te lo ruego.

El fraile no le ofreció agua, pero sí un líquido que sabía a rayos, antes de ir en busca de Einar.

A Thyra solo le dio tiempo a incorporarse y, con pasos inseguros, caminar hacia la chimenea donde ardía un pequeño fuego para sujetarse en la repisa, antes de escuchar cómo la puerta se abría y se cerraba a su espalda.

—Drustan me ha encontrado cuando venía hacia aquí.

—Pues has llegado a tiempo de verme repuesta.

—No tendré vida para agradecer la tuya a los dioses, *kván*.

—¿Estás seguro de eso? —El tono de Einar implicaba tantas emociones juntas, tanta ternura, que ella se permitió incluso bromear, pero la sonrisa desapareció en cuanto se giró para enfrentarlo.

Al contrario de lo que había esperado, permanecía con un gesto pétreo y sus ojos fijos en los de ella. Frío, inconmovible, en mitad de la estancia. Con las piernas abiertas y los brazos cruzados sobre su pecho en señal de defensa. Parecía enfadado, aunque la emoción de verla al fin repuesta le brotaba por cada poro de su piel sin que él pudiera escondérselo.

Thyra no habló. Solo lo admiró. Era la viva estampa del mejor dios nórdico a punto de impartir justicia. Inspiró profundamente, pero no logró librarse de los escalofríos, sino todo lo contrario.

—Tranquila. Todo irá bien...

Sin embargo, no hacía un solo movimiento que lo indicara.

Ella levantó el mentón. No se humillaría. Había pasado por la peor de las pruebas, pero la había superado. Ahora, estaba resuelta a regresar al que ya consideraba su hogar, antes de perder por completo la dignidad y comenzar a llorar.

Era un plan lógico, pero mientras su mente se lo aseguraba, el corazón insistía en otra cosa.

En algo que tenía que ver con el gigante de hielo que tenía a cierta distancia.

Tan cerca y, a la vez, tan lejos.

La garganta se le cerró; los ojos comenzaron a escocerle, al mismo tiempo que un hormigueo inquietante se apoderaba de las yemas de sus dedos.

Era necesidad.

Deseaba con desesperación el consuelo de Einar. Su fuerza. Solo Dios sabía que ya había utilizado la suya. Que ya había mostrado demasiada desesperación correspondiendo a sus besos en la cueva, como si no hubiera un enorme muro entre ellos, construido por los actos repugnantes de terceras personas, que los separaba.

En aquel instante, había necesitado ese consuelo, esa seguridad que su boca, su calor y su cuerpo le ofrecieron, sin la menor de las dudas.

Ahora, lo necesitaba a él.

—Einar...

No pudo decir nada más. Las palabras se desvanecieron junto con su consternación y un millón de inseguridades que le impedían moverse. Ver. Respirar.

Dudó durante una milésima de segundo.

Hasta que Einar le abrió los brazos, y perdió la batalla.

Comenzó a caminar hacia él. Se arrojó contra su pecho, envolvió la cintura del guerrero con los brazos y empezó a llorar sin control. Sintió las manos masculinas vagar a lo largo de su espalda, en una caricia reconfortante que no cortó el flujo de lágrimas. Podría haberla recibido con cualquier imprecación, con ese enfado que parecía haber contenido, pero respetó su silencio. Sus lágrimas.

Solo después de una pequeña eternidad entrelazados, él la apartó y se las limpió con ternura.

—Respira hondo, Thyra —ordenó con voz queda—. De lo contrario, no podrás tranquilizarte lo suficiente para hablar.

—Soy yo la que debería tranquilizarte a ti. —Nuevamente, volvió a arrojarse en sus brazos—. Has perdido a tu hermano y a tu mejor amigo. Tú eres quien merece mayor consuelo.

—No hay ni rastro de Haakon. La pena por la pérdida de Viggo me ha destrozado, pero pensar que tú podrías haber seguido su mismo camino estuvo a punto de acabar conmigo. Llegué a pensar que habías vuelto a tu época de alguna manera. Hasta que llegó Drustan, con su descabellada historia, y yo decidí creerle.

—Y por eso estamos así, ahora mismo. —Solo entonces se atrevió a enmarcar la cara barbuda entre sus manos y adentrarse en esa mirada que, a pesar del brillo de la emoción, permanecía distante—. Como dos desconocidos que han pasado por demasiado como para volver a reconocerse.

—Me besaste en la cueva. No creo que eso sea propio de un desconocido.

—No era dueña de mis actos, pero te lo pondré fácil. Einar, yo…

—No habías pensado en lo que ocurriría cuando volviéramos a vernos porque, sencillamente, no creíste que sucedería —añadió el vikingo, sin ocultar su decepción.

—No es eso. Solo necesito estar sola para…

—No. Nunca te voy a dejar sola. Pero quiero que sepas que yo también desconfío. No sé lo que hiciste. Cómo lo hiciste.

—¿Yo? No hice nada.

—¿Te entregaste al conde por voluntad propia?



6 SERÁ NUESTRO FIN

Podría haber contraatacado afeándole su propio comportamiento, solo para ponerlo contra las cuerdas. Pero el pecho comenzó a pesarle con cada respiración.

—La sombra de Magnus nos ha alcanzado con demasiada fuerza —afirmó, desligándose de su agarre para recuperarse de su sorpresa—. Por mucho que lo intentemos, no conseguiremos ser felices si no confiamos.

—Dame un motivo para mantener esa confianza y dime que nada de lo que ocurrió fue consentido.

«Por favor», le gritaban sus ojos, pero ella no abrió la boca.

¿Cómo se atrevía a insinuarlo siquiera? ¿Acaso no había visto el estado en el que se encontraba cuando él la encontró? ¿La furia que estaba tratando de contener a duras penas?

—Mi silencio te ha respondido con creces —siseó, tan calmada que daba miedo—. Si no lo quieres escuchar…

—¡Quiero escucharte a ti! ¡Quiero que me asegures que él te forzó, como ocurrió con Revna y conmigo!

Ella retrocedió, como si hubiera recibido un golpe mortal.

¡Qué estúpida había sido al pensar que comprendería el infierno por el que estaba pasando! Ni siquiera el saber que lo ocurrido entre Revna y él no había sido consentido calmó el ataque de ira que la dominó en aquel momento.

—¿Por eso te has rendido? ¿Por eso has decidido por los dos y me has rechazado? ¿Tan sucia crees que estoy? ¿Tan horrible te hubiera resultado aceptar que habría estado dispuesta a cualquier clase de vejación con tal de salvar tu vida, tal y como aparentemente hiciste tú?

—No fue aparente… Fue real, y lo sabes.

—¿Sabes tú lo que tuve que soportar en silencio? ¿Te haces una idea del dolor que sentí cuando Gudrun cayó a pesar de que accedí a no presentar batalla?

Einar abrió la boca, incrédulo.

—¿Te doblegaste por una esclava?

—¡Por una amiga! ¿Qué no hubiera hecho por el hombre que se adueñó de mi corazón, y que ahora me escupe auténticas aberraciones?

—Las mismas que yo sufrí, recuérdalo. Creo que ya conoces esa parte de mi historia.

—¡Claro que no! —Con un grito de rabia, Thyra le sostuvo la mirada—. ¡Solo conozco una parte muy pequeña de esa historia que, tarde o temprano, tendremos que aclarar, porque nos marcará de por vida! ¡Conozco una parte muy pequeña de ti! ¡Por el amor de Dios, ni siquiera sé por qué eres el jefe de tu propia aldea! ¡Un simple guerrero que solo conoce una forma de ganarse la vida, y que odiaba cada muro construido de lo que un día fue su hogar, no debería ostentar semejante título! ¡O cómo llegaste hasta la fortaleza de Magnus, cuando yo ya te creía muerto!

—El *jarl* me permitió liderar a mi gente después de que salvara su vida en una refriega contra los daneses. En cuanto a lo demás, Ylva y Berit me ayudaron. Ya he satisfecho tu curiosidad. ¿Contenta?

—¡Dudo que alguna vez lo esté! —Su mente iba tan deprisa como su respiración, pero debía calmar ambas si quería pensar con frialdad. Inspiró hondo y se acercó hasta posar una mano en el pecho masculino, que ardía de indignación—. Si eres incapaz de comparar lo ocurrido entre tú y Revna con lo que yo tuve que soportar…

—¡Es que no tiene comparación! ¡Yo lo sufrí por ti, mientras tú me dabas por muerto! —Sus ojos azules se entrecerraron con suspicacia —. ¿Era eso lo que querías, Thyra? ¿Te fuiste con él por iniciativa propia, pensando que yo ya no existía? ¿O tal vez formaba parte de un plan para humillarme, ofreciendo al conde mi cabeza en bandeja?

No vio venir la bofetada. Y cuando la recibió, solo apretó los labios hasta que estos formaron una línea apenas apreciable.

—Me arrepiento. —Ella temblaba como una hoja, pero siguió haciéndole frente—. Me arrepiento de pensar que, un día, tuviste sentimientos con respecto a mí.

—Deberías saber que no hay en mi alma ni la más mínima pizca de compasión —afirmó con voz oscura, mientras se frotaba la mejilla golpeada—. Me la destruyeron antes de que pudiera aprender el significado de esa virtud. Juzga por ti misma si deseas aclararme todo de una maldita vez.

—¡Solo deseo tu confianza!

—En ese caso, tendrás que ganártela.

Thyra parpadeó, tratando de comprender en qué momento el significado de su reencuentro en la cueva había cambiado hasta convertirse en algo rígido, sórdido, demasiado fuerte como para echarlo abajo.

—¿Cuándo decidiste juzgarme de este modo tan cruel e injusto?

Einar no respondió, pero ella percibió el sonido inconfundible de los remordimientos.

El vínculo establecido entre ellos antes de Magnus, iba desvaneciéndose.

Pero en esa ocasión, sucedía por ambas partes.

—La testarudez puede sustituir a la colaboración —se atrevió a aventurar—. Si permitimos que eso ocurra, será nuestro fin.

—Ya lo es, *kván*. Puedo garantizártelo.

«Afirma lo que quieras, con la vehemencia que desees, que yo siempre intentaré lo contrario».

Thyra asintió a su propia afirmación y dio un paso hacia él, pero se quedó inmóvil al comprobar que la intención de su marido era salir de allí lo antes posible.

—¿No vas a quedarte? —Un paso más hacia la salida, en absoluto silencio—. ¿Vas a renegar de nuestro matrimonio? ¿De mí? ¿Vas a demostrarme la misma cobardía que exhibiste cuando Revna requirió de tus favores y tú se los concediste sin mostrar un mínimo de resistencia?

Había ido demasiado lejos llevada por la desesperación, pero todo lo daría por bueno si conseguía su objetivo. Sin embargo, Einar le lanzó una mirada heladora, antes de desaparecer.

—Esto no va a quedarse así, lo juro.

Thyra se quedó mirando fijamente la puerta abierta que daba al exterior.

Recordó las palabras de Drustan acerca de las pequeñas cantidades de nieve aposentadas aún en algunos tejados, y los planes de Einar de regresar a su aldea cuando ella se recuperara.

Una idea retorcida le cruzó por la mente; antes de reflexionar, cerró de un portazo... Y una buena cantidad de nieve medio derretida resbaló del tejado y cayó al suelo con estrépito.

—Ay, Dios mío...

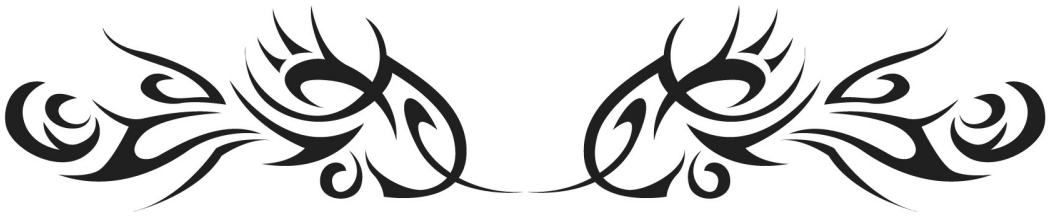
¿Lo habría aplastado? ¡No era eso lo que pretendía, aunque se lo tuviera más que merecido!

Volvió a abrirla, preguntándose si acababa de condenarse en el infierno por matar a un guerrero salvaje que necesitaba ser domesticado, pero se encontró con que Einar estaba de pie, en medio del camino, dirigiéndole una mirada asesina.

—Déjame pasar, por favor —pidió cuando se cruzó con él—. Voy a alimentarme, a vestirme como es debido, y a agradecer al *jarl* su hospitalidad. Después de todo, no deja de ser un hombre atormentado por la decisión tomada con respecto a su hija, en nuestro beneficio. ¿O es solamente en el tuyo? Bueno, espero que el tiempo me responda por sí solo —añadió, encogiéndose de hombros —. Ya me ha quedado claro que, al menos de momento, mi esposo, si es que decide seguir siéndolo, no me concederá ese deseo.

Mucho más tranquila, lo saludó con la mano y siguió el camino, con tanta contundencia como satisfacción.

«Tendrás que ser tú quien confíe en mí, sin necesidad de afirmar obviedades», se dijo a sí misma, aunque no pudo dejar de pensar en el muro que se acababa de levantar entre ellos.



Haakon había creído que moriría cada minuto de cada día, vagando por los alrededores de la aldea sin ser visto, pero allí seguía.

Se encontraba débil por la necesidad. Comía lo que encontraba por el bosque y podía cazar o pescar, dormía donde encontraba un cobijo de las noches frescas y húmedas, y apenas descansaba. Se había procurado una montura con la que recorrer las inmediaciones de los dominios del conde Magnus, solo para asegurarse de que seguía bajo el poder de los hombres del *jarl* Olson, pero pasado un tiempo, cedió a la tentación.

Se acercó como un ladrón, días después de la muerte de Viggo y de su huida. No se merecía otra cosa, pero algo en su interior aullaba de anhelo por volver a ver a los suyos. Por atisbar, aunque solo fuera unos instantes, la silueta de su preciosa Berit, cargando con un bulto diminuto en los brazos que, supuso, sería su hija.

—Mi pequeña… —murmuró, con un nudo de congoja cerrándole la garganta al comprobar que, como siempre había supuesto, seguían vivas, junto a la sierva Ylva y el resto de aldeanos que había sobrevivido al ataque y comenzaban sus labores de reconstrucción—. No podré verte crecer…

Ese sería un privilegio del que jamás disfrutaría. Sugerírselo a Einar sería un riesgo que no pensaba correr. Reconocerle que Viggo había muerto por su mano, terminaría con el *berserker*. La mirada de desprecio que le dirigiría, de odio infinito, sería algo demasiado pesado para llevarse al Hel.

Aún no estaba preparado, y agradeció no ver a Einar entre los aldeanos.

De habérselo encontrado, no sabía lo que hubiera hecho.

—Siento abordarte aquí, mientras recoges frutos con tu hija en brazos, pero los vigías de la aldea me indicaron que debía hablar contigo cuando les demostré que, a pesar de todas mis armas, lo último que deseo es atentar contra vosotros. ¿Eres Berit, la esposa de Haakon?

—La misma.

Haakon se escondió aún más tras las frondosas ramas de un tupido arbusto y escudriñó entre ellas, distinguiendo la figura de una muchacha joven, ataviada con pantalones y armada hasta los dientes, que sonreía a Berit como respuesta a su bienvenida, mientras le hacía carantoñas a Eira.

—Mi padre es Lars Jenssen —informó—. Me temo que por aquí su nombre es conocido…

—¿Sois hija de Lars el Danés? —La chica asintió, mientras sujetaba de la brida su montura. Haakon echó mano de la empuñadura de su espada, preparado para blandirla si detectaba la menor señal de peligro, pero al parecer, la desconocida seguía actuando de forma amigable—. Serin murió…

—Soy su segunda hija, Karan. Escapo de un matrimonio no deseado. Solo espero que mi padre no sea capaz de seguirme la pista. No querría que nadie sufriera las consecuencias de mis actos. Por eso, me gustaría presentarme ante vuestro líder. He escuchado hablar maravillas de Einar Ragnarsson.

—En ese caso, tendrás que esperar. Él… está sanando. —«Su alma», gritó Haakon en su fuero interno, con una punzada más de culpa aguijoneándole el pecho—. Entretanto, podéis acompañarme. Os proporcionaremos un alojamiento digno de vos.

—¡No, por favor! Deja ese trato tan formal hacia mí. Lo último que deseo es incomodaros. A partir de este momento, me gustaría ser una más. Sin ningún privilegio. —Karan abarcó todo el desastre que le rodeaba con una mirada triste—. Colaboraré en todo lo que pueda ser de ayuda. A cambio, me gustaría pasar desapercibida hasta recibir la aprobación o el rechazo de Ragnarsson. ¿Te parece buen trato?

«¡Di que no, Berit! ¡Puede ser una espía enviada por su propio padre! ¡No seas tan confiada!».

—El mejor. Einar decidirá si mereces nuestra confianza, pero hasta entonces, estarás vigilada.

—Me parece justo.

Haakon meneó la cabeza con desaliento.

Berit había dado por buena la explicación de la tal Karan, sin cuestionarla siquiera. Algo poco usual en ella, salvo cuando su don le indicaba que así debía ser. Por otro lado, todo parecía indicar que Magnus hubiera muerto. Sus tierras habían sido requisadas por Olson. Sin embargo, quedaban aún muchos flecos por erradicar de forma definitiva.

El mal todavía campaba a sus anchas por aquellas tierras.

Helga seguiría con vida. Acechando. Esperando el mejor momento para extender sus tentáculos hacia ellos. Hacia su familia.

—No lo consentiré. Los protegeré, aunque pierda una vida que carece de valor para mí.

Y en ese preciso momento, Haakon supo cómo podría expiar su culpa.



7 DESTRUIR FANTASMAS

No era digno de ella, del mismo modo que ella había demostrado no ser digna de él.

Después de días de agotadora marcha, la comitiva compuesta por Thyra, Drustan, un puñado de guerreros cedidos por Olson. y él

mismo, seguían su viaje hacia la aldea.

Aún no era capaz de asumir lo ocurrido con Revna, o la brutal revelación de Helga acerca de la relación que le unía al conde Magnus. Tampoco estaba preparado para aceptar la falta de explicaciones de Thyra. ¡Debería haberse deshecho en lágrimas mientras se las ofrecía! ¡Haberle suplicado que la creyera! De ese modo, sus propios actos hubieran resultado menos deleznables.

Pero ella había preferido declararle la guerra.

—Drustan, me encanta que viajes con nosotros. Ahora mismo no hay nadie que goce de mayor confianza para mí que tú.

Einar la fulminó con una mirada furiosa; Thyra, a cambio, le obsequió con una sonrisa que pretendía ser inocente, pero que no logró engañarlo.

—Si sigues cruzando esas miraditas con Drustan, voy a empezar a pensar peor que mal —la advirtió con un suspiro.

—Una conjetura más o menos, ¿qué importa a estas alturas? Te empeñas en parecer hielo, pero yo no me preocupo de disimular aquello que soy, por muchos días de viaje que pasemos juntos, muchas noches separados y un montón de fiordos de distancia.

—¿Y qué se supone que eres?

—¡Al fin! —Los ojos verdes de Thyra se entrecerraron con el brillo de la victoria—. Ya veo que pretendes arrancarme una confesión a partir de una pregunta aparentemente inofensiva…

—Eres demasiado astuta para mi gusto.

—Y tú demasiado evidente para el mío.

Einar murmuró un gruñido por lo bajo.

Había cedido al impulso de tocarla, de besarla, de acariciarla de todas las formas posibles, cuando la encontró en la cueva. Ese instante en el que había logrado olvidarse de todo lo que no fuera ellos dos, supuso una especie de burbuja que se había mantenido cuando comprobó su recuperación. Su angustia silenciosa. Ese dolor incrustado en los huesos que él tan bien conocía.

Entonces le abrió los brazos… Y estuvo a punto de caer al vacío sin remisión.

Por fortuna, había logrado recuperar su capacidad de pensamiento, aunque solo fuera para seguir sufriendo. Ella lo castigaba,

empeñándose en no negar ni afirmar aquello que lo carcomía por dentro. Pues bien, si era lo que quería, sería lo que tendría.

—No te creas poderosa por contar con el favor de un fraile cuya procedencia es tan dudosa como la tuya. Tampoco pienses que vas a vencerme con medias verdades, insinuaciones contradictorias y silencios medidos, porque mi paciencia tiene un límite. Si lo rebasas, ni siquiera estos hombres que nos acompañan podrán salvarte de tu castigo.

—Ya lo recibí cuando era tu esclava, ¿recuerdas? Y volví a sufrirlo una vez me convertí en tu esposa.

—Te entregaste a mí por voluntad propia, y seguiste haciéndolo con placer —siseó él con la mandíbula apretada—. Al menos, eso me pareció. Aunque pudiste haber fingido muy bien.

—Un simple acto sexual no me convierte en una mujer ávida de tus atenciones. Me parece que has tenido ejemplos de sobra para comprobar que puedo sobrevivir a ellas.

—¡Creo que ya he aguantado demasiado!

Con un fuerte tirón, llevó su caballo y el de Thyra lejos de los oídos indiscretos. Cuando se hallaron tras una roca, desmontó y la alzó por la cintura para dejarla en el suelo.

—¡No tienes ningún derecho a tocarme! —bufó ella, apartándose un paso—. ¡Los perdiste todos al considerar determinadas posibilidades como certezas!

—¡Tengo todo el derecho del mundo a hacer lo que me plazca contigo! ¡Eres mi esposa, así que puedo traerte aquí para hablar sin interrupciones, imponerte mi presencia, mi silencio, mis recriminaciones e incluso mis besos o deseos!

—¿Ah, sí? —Al contrario de lo que esperaba, Thyra alzó las cejas y volvió a acercarse. Con un solo dedo, describió un camino que comenzó en el centro de su pecho, siguió rodeando su espalda y terminó en el mismo lugar donde había empezado. Lento, inesperado, pero tan ardiente que en esa ocasión fue él quien dio un respingo—. ¡Pues adelante, bravo vikingo! ¡Cúbrete de honor al forzar a tu propia mujer, porque será la única manera de que obtengas mis favores!

—Una vez afirmaste que el infierno se helaría antes de que tú me los otorgaras. ¿Qué arderá en llamas ahora, *kván*? ¿El invierno escandinavo al completo?

—Es posible. —Acercó su rostro al de él, hasta que sus bocas estuvieron a punto de tocarse—. Aunque también es posible que tengas que buscarte una amante para desahogarte, como hiciste tantas veces conmigo.

—Un momento. ¡Un momento, he dicho! —Tuvo que sujetarla por un brazo para evitar que se marchara, la muy…—. ¡Vamos a aclarar ciertas cosas! El día en que te entregaste a mí por primera vez, sucedió algo más complejo que un simple acto sexual.

—Yo no lo percibí así.

—Mientes, pero no te lo tendré en cuenta. Fue una sensación nueva para mí, y sé que tú también la sentiste.

Ella guardó silencio para evitar darle la razón, pero él elevó la comisura de sus labios en un sutil intento de sonrisa victoriosa.

No le había importado en absoluto reconocer que, al poseer a Thyra, había experimentado algo extraño. La habitación se había llenado de una claridad tan intensa que hasta el aire se había vuelto blanco, como la nieve invernal recién caída brillando a plena luz del sol.

Nunca olvidaría algo así. ¡Por todos los dioses, incluso había sentido su fuerza! Una energía que nada tenía que ver con la que se liberaba en una simple cópula, en efecto, pero que permanecería encerrada en su mente sin posibilidad de salida.

Antes de confesárselo a Thyra, se tragaría su propia lengua.

—Supones demasiado, vikingo. Cuando te des cuenta, no te alcanzará la inmortalidad para pedir disculpas. Y ahora, me gustaría regresar. No me encuentro cómoda con tu compañía, al contrario que con la del resto de hombres que, durante todo el trayecto, han demostrado que se preocupaban por mi bienestar.

A regañadientes, la soltó y la siguió en un silencio que se prolongó durante el resto del trayecto.

Necesitaba pensar para evitar explicarle que nadie de los allí presentes, y posiblemente del mundo entero, se preocupaba por ella más que él, pero las dudas que Thyra se negaba a despejar

contribuían a que él estuviera hecho un lío. No sabía cómo remediarlo.

Se sentía perdido, vencido.

Y su verdugo había sido nada menos que una mujer, pensó con fastidio.

—Estás enamorado. A pesar de ti mismo.

—No la quiero, si es eso lo que estás insinuando, cristiano —insistió él con terquedad, mirando de reojo a ese inesperado moscón que se atrevía a interrumpir sus pensamientos.

Drustan lo miró con solemnidad, seguro de que ella no los escucharía, ya que cabalgaba varios metros por delante. Recta y digna como una reina.

—¿En serio?

Maldición. Incluso imponía.

—En serio.

—Entonces no se lo digas, porque ella te quiere mucho. Tanto, que me duele ver cómo la tratas.

—¿Y cómo la trato?

—Pues, por ejemplo, ¿le has sonreído alguna vez desde que os habéis vuelto a encontrar? —Por toda respuesta, Einar calló—. ¿Le has dicho alguna palabra amable?

—Varias.

—Lo dudo. No es así como se conserva a las mujeres, *berserker*.

—En primer lugar, no voy a consentir que alguien que no tiene experiencia alguna en el tema, me dé lecciones de cómo conservar a las mujeres —bufó con un resoplido—. Y en segundo lugar, resulta que no me interesa conservarla —mintió.

—En ese caso, libérala.

No podía, pero guardó silencio. Porque si empezaba a hablar, tendría que decir que su cabeza se llenaba de planes descabellados cuando pensaba en perdonar todo lo ocurrido entre ellos. Que incluso se permitía fantasear con la idea de darle todo aquello que Thyra le pidiera con tal de aliviar ese sufrimiento que veía demasiado a menudo en sus ojos durante los últimos días. Lujos, hijos, cualquier petición que saliera por aquella boca hecha para besar y ser besada,

y que sirviera para que ella no lamentara haber abandonado su época a cambio de él.

En ese punto, la sensación de pánico aumentó.

Ella permanecía en ese tiempo, pero, ¿podía regresar a su época? ¿Deseaba hacerlo?

¿Y si la perdía? ¿Y si el tiempo se la llevaba con la misma facilidad con la que la había arrojado a su vida? ¿Y si, un día, mientras la miraba o la tocaba, se desvanecía de repente?

«Entonces, serás un completo idiota si no aprovechas el tiempo que el destino os ha concedido juntos», se recriminó en silencio.

—No temas. El día en que tome su decisión, ni siquiera yo habré influido en ella —sentenció Drustan, como si le hubiera leído el pensamiento—. Conozco de primera mano las ventajas y comodidades de su tiempo. Esas a las que ha renunciado por permanecer en este, al lado de un borrico incapaz de distinguir aquello que tiene delante de sus narices, y que no deja de brillar.

—¿Eres… como ella?

—En algunos aspectos, sí. —Einar resopló. Otra vez más vaguedades…—. En otros, es y siempre será, única. Solo espero que hagas caso de lo que te dicta tu conciencia y no permitas que ese completo idiota que ya has pensado que eres, gane la partida.

A continuación, como si hubiera estado hablando de algo totalmente banal, azuzó su montura y lo dejó mudo, perplejo y con mucho en lo que pensar.



Cuando puso un pie en tierra e Ylva, junto con otro puñado de mujeres y niños, se le echaron encima para brindarle una calurosa bienvenida, tanto a él como a Thyra, Einar comprobó que Berit se mantenía a cierta distancia, con su pequeña en los brazos.

Sonreía mientras lo miraba, pero no había ni pizca de alegría en ese gesto.

—Sabíamos que volveríamos a verte. Que ese gusano infecto de Magnus perdería, por mucho que tuviera a su lado a la bruja. —Ylva no contuvo las lágrimas cuando acunó el rostro barbudo de Einar entre sus manos, pero algo le hizo fruncir el ceño. Pasó su mirada de él a Thyra, y después otra vez a él—. ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

—Nada que debas saber de momento, *amma*. El conde sigue vivo. Si no hay cadáver, no hay muerte —concluyó. Cuando llegó hasta Berit, acarició la cabecita pelirroja de Eira—. ¿Haakon ha regresado?

—Como acabas de decir, si no hay cadáver, no hay muerte. Thyra, bienvenida a casa —añadió, abrazándola, para después dirigirse al fraile—. A ti, solo me queda agradecerte tus cuidados.

—¿Sabías que Drustan ha estado cuidando de ella?

—Yo sé muchas cosas, *berserker*. Recuerda que soy una *völva* muy eficiente. Por eso nos hemos limitado a esperarte, mientras acogíamos a una invitada muy especial. Ven.

Durante el trayecto hacia el hogar de Ylva, Einar procuró no recrearse en el escenario de destrucción que les recibió. A cada paso, su mente fabricaba una manera de rehacer lo deshecho con tanto ahínco, que se sorprendió cuando vio a la muchacha rubia que salió corriendo en dirección al monje.

—¡Drustan! —exclamó, sujetando las manos del hombre entre las de ella como muestra de cariño, con una sonrisa que le iluminó toda la cara—. ¡Pensé que no volvería a verte!

—Si os soy sincero, yo también lo pensé, mi señora. Las circunstancias que envolvieron la muerte de vuestra hermana invitaban a ello…

—¡Pero huiste, al igual que ella! Y que yo, ya puestos.

—Esta es Karan, la hermana pequeña de Serin —informó Berit—. Como puedes comprobar gracias a tu acompañante cristiano, su identidad ha quedado sobradamente probada.

—Eso parece, aunque no su presencia aquí.

—Te informo enseguida, Einar. Su padre pretendía entregarla en matrimonio en contra de su voluntad, como ocurrió con Serin, y ella

decidió escapar. Gracias a los dioses, lo logró.

—La hija de Lars Jenssen. —La mano del vikingo tocó la empuñadura de su espada casi al instante, mientras no dejaba de observar la actitud humilde y amigable de la mujer que inclinaba la cabeza en su presencia, en señal de respeto—. No vistes como si lo fueras.

—Rechacé cualquier privilegio cuando llegué a la aldea, mi señor. Vivo con vuestra *amma* para no causar ningún problema. Ahora, solo me queda esperar vuestro veredicto.

—¿Qué delito has cometido?

—El de presentarme sin avisar, sin ser invitada, y trayendo conmigo el peso de mi propia sangre. No se me olvida que mi padre y el conde Magnus eran aliados y, por lo tanto, vuestro potencial enemigo. Tampoco que podría descubrir mi paradero, con el perjuicio que eso supondría. Por eso, entendería que ahora mismo me ordenaseis que me fuera. Vuestra aldea, vuestra gente y vos mismo, habéis sufrido demasiado, pero si me dais una oportunidad, aportaré todo lo que pueda.

Einar observó su gesto de admiración.

Si permitía que la muchacha se quedara con ellos, expondría a los aldeanos a demasiados peligros innecesarios. Por otro lado, podría sacar provecho a su presencia para conocer el paradero exacto de Magnus, o cualquier otro detalle acerca de la alianza entre él y Jenssen.

Entrecerró los ojos, sopesando ambas posibilidades, pero fue la reacción de Thyra la que terminó de decidirlo.

Observaba a la muchacha como si pudiera rebanarle el pescuezo con solo mirarla.

Por todos los dioses del Valhalla, ¡Estaba celosa!

—Como acabas de señalarme, mi aldea está destruida y necesita demasiadas manos para renacer de sus cenizas. Todas serán bienvenidas. Incluidas las de la hija de un traidor al rey Harald —concluyó, asintiendo—. A partir de mañana, comenzaremos la reconstrucción de todas las casas. El comercio se restablecerá, y los guerreros retomarán su adiestramiento —exclamó, dirigiéndose a todos en general, y a su preciosa esposa, que parecía batallar

consigo misma para mantener su lengua a buen recaudo, muy en particular—. Karan Larssen, se te asignará un vigía personal que estará al tanto de todos tus movimientos. Si descubro que tus intenciones no son las que aparentas… Ten por seguro que acabaré contigo. Mientras decido quién será el encargado de custodiarte, ven conmigo.

La sonrisa deslumbrante de Karan le respondió, pero no fue eso lo que encendió su sangre, sino el gruñido disconforme que escuchó a su lado. Por el rabillo del ojo, vio cómo Thyra se marchaba, airada, en compañía de una desconcertada Ylva.

—Me gustan los retos, *kván* —musitó para sí, antes de marcharse en dirección a la casa-cueva.

Esperaba que aún se mantuviera en pie, porque había llegado la hora de destruir fantasmas.



8 OLVIDARME DE TI

—¿Qué es lo que acabo de ver?

—Bastante resentimiento y un punto muy importante de culpa. —Thyra se dejó caer en el taburete, junto a la larga mesa de la cocina de Ylva, y escondió la cara entre las manos—. Viggo ha muerto… Y

yo no dejo de decirme que, si no hubiera permitido que Magnus me llevara con él, seguiría con vida.

—Piénsalo de este modo: si no hubieras presentado batalla, ni Eira ni yo estaríamos aquí ahora —añadió Berit, tomando asiento frente a ella para apartarle las manos y poder limpiarle las lágrimas. La vieja sierva había dejado de remover el guiso del fuego para contener las suyas, al conocer la noticia de Viggo—. Fuiste muy valiente, Thyra. Siempre te estaremos agradecidas.

—¡Pero Haakon ha desaparecido! Y Gudrun perdió su vida por intentar defenderme. ¿Cómo voy a mirar a Einar a la cara con la conciencia limpia?

—Del mismo modo que él lo ha hecho, aunque se empeñe en fingir que tu presencia le da igual. —Con un largo suspiro, Ylva se unió a ellas. Eira dormía plácidamente en una pequeña cuna de madera, que su madre balanceaba con aire ausente—. Mi muchacho es terco como una mula, y más ciego que un topo. Le han herido de muerte. Desconozco si los motivos tienen que ver contigo o con terceros, pero no voy a preguntártelo, cariño. Solo vosotros sois los dueños de vuestros secretos.

—Y esa Karan que lo mira como si fuera el mismísimo dios del sol reencarnado —murmuró Thyra, conteniendo la punzada de celos que le atravesaba el pecho con solo rememorar esa mirada—. ¡Lo peor de todo es que él parece corresponder a sus atenciones con gusto, mientras a mí me acusa de…!

Se detuvo, pero Berit hizo un gesto con la mano, instándola a continuar.

—No puedo. —Era demasiado reciente. Su cuerpo aún temblaba con solo advertir el hedor a podredumbre que manaba de Magnus mientras la forzaba. El color turbio de cada uno de los golpes que recibió. La impotencia al sentir la invasión íntima que la obligó a rendirse ante la fuerza bruta—. Él piensa que lo que me ocurrió con el conde fue consentido.

A su espalda, escuchó dos jadeos contenidos.

—¿Te forzó? —Ella solo pudo asentir a la pregunta de Ylva—. ¿Cuántas…?

—Solo una. Me chantajeó con la vida de Gudrun. Cuando comprendí que acabaría con ella igualmente, fue tarde. Mi resistencia no sirvió de nada.

—¿Einar lo sabe? —intervino Berit.

—Einar vio los efectos de esa violencia en mi cuerpo. En mis ojos. En mi alma. Pero por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, duda de mí.

—Unas dudas que tú no quieres despejar. Sus razones tienen un nombre, cariño: miedo. —Como si su explicación fuera suficiente, Ylva la llevó de nuevo a su asiento—. Si lo conozco como creo, ahora mismo estará sufriendo, no solo por lo sucedido contigo, sino por lo que ocurriera entre él y esa serpiente venenosa que un día se cruzó en su camino, para seguir alterándolo.

Ambas la miraron como si ya lo supieran. Con su habitual serenidad y templanza.

Y ella volvió a llorar, mientras las abrazaba.

—¡Ni siquiera sabía lo que había ocurrido con vosotras! Cuando Drustan apareció, no tuve otra opción que confiar en él. ¡Incluso me dejé encerrar en aquella cueva! Al ver a Einar después, pensé que podríamos superarlo todo mientras permaneciéramos unidos. Pero su duda destruyó mi fe en él. Y aunque sus acusaciones siguen doliéndome, no pienso dar mi brazo a torcer. Tendrá que otorgarme su confianza con la información de la que dispone. Solo así podrá recuperarme.

—No lo creo. —Ylva señaló la puerta cerrada—. Lo que hemos presenciado hace un momento ahí fuera es un hervidero de pasión reprimida. Eso es lo que pasa cuando la persona a la que más amas en el mundo, es también la que más odias.

A Thyra el alma se le cayó a los pies.

—¿Él… me odia? —murmuró—. ¿Por eso ha permitido que esa extranjera se quede? ¿Pedirá el divorcio y se casará con ella? ¡Ah, seguro que sí! Es mucho más hermosa que yo. Tiene el cabello largo, y estará más que dispuesta a complacerlo en todo lo que él le pida.

—De momento, tengo suficiente contigo, *kván*. —Las tres dieron un respingo al escuchar el vozarrón potente de Einar desde la puerta —. A pesar de todo el desastre que aún impera en la aldea, he

conseguido adecentar la casa-cueva. Nos servirá hasta que nuestra residencia definitiva esté reconstruida. Vamos.

—No pienso ir contigo a ningún lado.

Las rubias cejas se alzaron cuando ella se puso en pie de un salto y le hizo frente.

—Sabes que me bastaría con una mano para lograr lo que quiero.

—Entonces, adelante. —Thyra se cruzó de brazos—. ¿No te atreves, vikingo?

—No es el momento, ni el lugar. Vamos —repitió en un susurro—. Lo último que querría es despertar a una criatura de semanas de vida, pero si tengo que hacerlo, será algo más que recaerá sobre tu conciencia. ¿Podrás soportarlo, pequeña? —Con un nudo en la garganta, ella negó—. Excelente. En ese caso, acompáñame.

—Dame una buena razón.

—Acabo de hacerlo, pero si no tienes suficiente… Eres mi esposa. Y seguirás siéndolo, a no ser que uno de los dos pida expresamente lo contrario.

—Deberías dar el primer paso. Después de lo que todos hemos visto con la forastera, me temo que yo supondría un lastre entre vosotros.

—Tú siempre has supuesto un lastre. Pero por el momento, quiero seguir padeciéndolo. ¿Vas a acompañarme por las buenas? —Ella elevó el mentón con altivez por toda respuesta—. Está bien. Tú lo has querido. Ylva, me gustaría conocer con exactitud el estado de las cosas en la aldea para comenzar una reconstrucción eficiente y ordenada. A ser posible, antes de mañana al anochecer.

—Einar, me parece que te estás sobrepasando con ella…

—Nadie te ha pedido tu opinión al respecto, Berit —respondió, inflexible—. Por favor, no hagas que me sienta más culpable por la desaparición de Haakon.

—Te bastas y te sobras tú solito para formarte una teoría acerca de esa desaparición, incluyendo en ella al conde o a los esbirros que, a estas alturas, pueden seguir vivos y fieles a él. —Ylva lo enfrentó con las manos en las caderas y una mirada recriminatoria—. Thyra solo estaba descansando con nosotras. Está agotada por el viaje, no hay más que verla. Y tiene golpes que aún no han sanado, cuya

procedencia desconozco. ¡Por Odín, si ni siquiera ha podido quitarse la suciedad del camino!

—De eso me encargo yo. Aparta, *amma*.

—Solo si me aseguras que no vas a emprenderla contra ella.

—Si dudas, es que no me conoces en absoluto.

Sin una palabra más, cargó a Thyra sobre su hombro y salió, dando un portazo.

—¡Maldito seas, suéltame ahora mismo! —Ella comenzó a retorcerse como una culebra escurridiza, mientras seguía profiriendo insultos y sus pequeños puños impactaban contra el muro compacto de los músculos masculinos, pero no le sirvió de nada. Antes de que pudiera darse cuenta, Einar la dejó en el suelo de la casa-cueva con rudeza y cerró la puerta tras ellos—. ¡Eres… eres…!

—¿Más insultos? Tu imaginación es inagotable, *kván*. Lástima que no desees compartirla conmigo, aunque tampoco me importa demasiado, dadas las circunstancias. —Sin que su gesto indiferente cambiara, señaló la decoración simple del reducido habitáculo, consistente en un camastro, un único baúl, una pequeña mesa con una palangana de madera y una jarra, y dos banquetes junto a la chimenea que estaba encendida—. Viviremos aquí hasta que la casa grande esté en condiciones.

—¡No pienso compartir nada contigo! Imagino que la noticia no te sorprenderá, puesto que, conociendo el tamaño de tus… apetitos carnales, ya habrás encontrado a una sustituta más que dispuesta a satisfacerlos.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¡De la danesa! Se marchó contigo la mar de contenta. ¿Ya te has acostado con ella? ¡Porque no me importará lo más mínimo! —gritó, golpeándole el pecho con saña.

La única reacción de Einar fue sujetar sus muñecas mientras alzaba una suspicaz ceja.

—¿Seguro?

—¡Totalmente! ¡No me importa, ni tampoco me importas tú! ¡Solo eres un malnacido que me culpa de la muerte de Viggo y de la desaparición de Haakon!

—Un momento… ¿Qué dices, Thyra?

—¡Sé que cuestionas lo ocurrido en la fortaleza de Magnus porque me haces responsable del destino de tu hermano y de tu mejor amigo! ¡Que tienes miedo de que Haakon pueda ser utilizado como moneda de cambio en caso de seguir con vida, igual que tú y tu *jarl* pretendíais hacer conmigo en su momento! ¡Que la muerte de Viggo te ha dejado tan destrozado que necesitas buscar culpables en otros, en lugar de indagar dentro de ti mismo! —La resistencia feroz cesó para dar paso a las lágrimas. Einar tragó saliva. No recordaba haber visto a su pequeña harpía llorar tanto y tan seguido como en los últimos días—. ¡No eres más que un miserable! ¡Un ser peor que Edwin! ¡Un maldito bastardo!

—En eso te doy la razón. Soy un maldito bastardo, y Viggo también lo era. ¡Pero eso no te da derecho a comportarte conmigo como si estuviera demasiado sucio para ti!

—¿Sucio?

—Eres increíble. Cualquier otra me hubiera recriminado el resto de mis afirmaciones. Sin embargo, lo único que parece importarte es la limpieza de mi alma. —Inspiró hondo y se apartó, con un ramalazo de tristeza que no pasó desapercibido a Thyra, pero que ignoró con la misma frialdad empleada por él—. Si deseas que nuestro matrimonio transcurra en estos términos, que así sea. A partir de hoy, seguirás viviendo conmigo, salvo que decidas acabar con esto. Dormirás conmigo…

—¡Ni aunque consiguieras atarme!

—En ese caso, te ataré. No es una simple amenaza sin fundamento. —Thyra retrocedió cuando vio la determinación brillando en los ojos celestes—. Con respecto a mis necesidades físicas y quien pueda satisfacerlas… A partir de mañana, Karan será tu sirvienta personal. De esa manera, contribuirá con su trabajo, y al mismo tiempo la mantendré controlada.

—¡Nos mantendrás controladas a ambas, querrás decir!

—Gracias por la aclaración. —Él comenzó a desnudarse de cintura para arriba, para después pasarse el paño, que descansaba en la palangana repleta de agua, por el pecho, las axilas, la espalda y el cuello—. Si deseas asearte, aquí puedes hacerlo. No es una tina con

agua hirviendo, ni tampoco aguas termales, pero te proporcionará la intimidad que necesitas.

—¿Contigo?

—Ah, *kván*. —Se tumbó en el catre boca arriba, con las manos anudadas en la nuca, decidido a observarla—. No dudes que me propongo salvarte de ti misma, ya que yo… yo ya he muerto y me he condenado para toda la eternidad.

Thyra se mordió la lengua para controlar la respuesta mordaz que le vino a la mente, pero reconoció que no tenía otra alternativa más que obedecer. A regañadientes, se desprendió de la parte superior de su vestido, sintiendo en todo momento los ojos de su esposo clavados en su espalda como puñales helados, y se aseó apresuradamente. Durante el proceso, estuvo tentada a exigirle un divorcio más que fundamentado, pero sus instintos la frenaron sin razón aparente.

Decidió hacerles caso.

Cuando terminó, se giró dispuesta a plantear ella también sus propias reglas, pero Einar se había quedado dormido. Con su puñal en la mano, las calzas puestas y ese gesto que solo relajaba en sueños.

En ese momento, su ira se desinfló como un globo.

—Lo siento —murmuró, conteniendo un nuevo cargamento de lágrimas, segura de que él no la oiría—. Siento todo lo ocurrido. Magnus vino a buscarme, sabiendo que tú acudirías detrás. Por mi culpa, Viggo terminó muerto, y Haakon no aparece. Una muchacha joven como Berit debe criar sola a su pequeña… ¡Dios, lo siento tanto!

Se sentó en el borde de la cama y se cubrió la cara con las manos. En ese momento, la losa que soportaba sobre sus hombros era tan grande que temió que la aplastaría. Respiró hondo y volvió a mirarlo, solo para comprobar que seguía dormido.

A continuación, se tumbó a su lado, procurando no tocarlo, hasta que el sueño la venció.

«Ojalá todo fuera diferente entre nosotros… Ojalá pudiera terminar con este sentimiento que me lleva a ti una y otra vez, para poder

buscar la manera de regresar a mi tiempo. El modo de olvidarme de ti…».



9 EL ÚNICO RESPONSABLE

«—Tendrás que venir a mí tantas veces como yo desee, *berserker*. A la menor resistencia por tu parte, Thyra morirá.

—Magnus no lo permitirá. Según tus propias palabras y las de Helga, es su nueva concubina…

La risa de Revna le perforó los oídos. Era un sonido amargo. El sonido de la venganza. De una sumisión que comenzaría en ese mismo momento. Esa misma noche.

Einar se hallaba sentado frente a ella, maniatado gracias a la colaboración del centinela que permanecía al otro lado de la puerta. Revna se limitaba a observarlo mientras se desprendía de la ropa. Totalmente desnuda, se acercó a él y se inclinó hacia su apuesto rostro, transfigurado por la furia.

—Sé que disfrutarás, aunque nunca lo reconocerás —murmuró junto a sus labios. A continuación, comenzó a maniobrar con las prendas del vikingo, hasta que tuvo parte de su pecho descubierto y las calzas flojas—. Ah, Einar, si supieras cuánto tiempo llevo esperando esto… Cuántas veces había soñado que te tenía a mi merced…

Su mente trató de escapar al ataque físico que comenzó a sufrir ante su forzada pasividad. Cerca de allí, la vida de Thyra dependía de esa pasividad. Intentó centrarse en ella cuando apretó los párpados al sentir el tacto de unas manos femeninas hurgar en su entrepierna, frotándola hasta que obtuvo la respuesta física que buscaba. Sus dientes rechinaron y sus muñecas presionaron las cuerdas hasta casi romperlas. El dolor se extendió por sus brazos y piernas, cuyos tobillos también se encontraban maniatados.

No fue suficiente para controlar la repugnancia que le provocaban las manos de Revna excitándolo, a pesar de que intentó mantenerse impasible por todos los medios. Recordar a Thyra, su dulce entrega, la forma en la que había logrado que se abriera por completo a él, no logró la frialdad a la que apeló con desesperación, cuando su violadora se sentó a horcajadas sobre él e introdujo su miembro dentro de ella, para cabalgarlo como si su voluntad no contara en absoluto.

Anulándolo como persona, como hombre. Incluso como guerrero.

Aceptó la humillación si con ello salvaba a Thyra. Hubiera aceptado las llamas del Hel al completo para salvarla a ella. Pero aún le quedaba un resquicio de dignidad, que empleó en no proferir ni un solo gemido, a medida que su cuerpo respondía a las caricias y los besos, como un maldito traidor. Permaneció mudo, a pesar de que

sus caderas querían ir al encuentro de las de la mujer, y se tragó el sonido gutural que estuvo a punto de proferir cuando llegó su liberación.

Dentro de Revna.

Sintió tanto asco de sí mismo, que se negó a abrir los ojos al sentir que ella se ponía en pie.

—Einar, mírame. —Él giró la cara, pero ella se la sostuvo clavándole los dedos en las mejillas—. Si no me miras, este momento de intenso placer no habrá servido para nada.

—¿Hasta cuándo, Revna? ¿Hasta cuándo vas a utilizar a mi esposa para obtener mis favores?

—Hasta que me los proporciones por propia voluntad. —Al fin, él parpadeó cuando observó los signos de ese placer que ella había nombrado en sus pupilas brillantes, su pelo alborotado, sus mejillas sonrojadas—. Te daré el tiempo justo para que te recuperes, antes de volver a empezar. Ya conoces la intensidad de mis apetitos sexuales, querido.

—Y tú los míos. —Acababa de decidir que se había acabado, pero debía hacerle creer lo contrario. Y no era nada fácil engañar a Revna. Se tragó la indignación, y compuso una sonrisa sesgada que agradó a la mujer—. Deberías saber que no necesito de recuperaciones cuando he pasado por un periodo, digamos, de sequía en el lecho.

Ella soltó una carcajada incrédula.

Bien. Iba por buen camino.

—¡Lo sabía! —exclamó, satisfecha—. Esa insípida pelirroja ni siquiera aspira a tenerte medianamente satisfecho. Necesitas a una mujer como yo.

—Por supuesto. Acabas de demostrármelo. Y me encantaría seguir disfrutando… pero, a ser posible, en una posición y en un lugar mucho más cómodos. —El brillo en los ojos femeninos aumentó. Desconfiaba—. Vamos, Revna, me conoces en el lecho mejor que ninguna otra. ¿Cuándo me he quedado como una estatua mientras tú te dabas un festín con mi cuerpo? No es justo. Estamos en inferioridad de condiciones. Desátame.

—No.

—Si no lo haces, no podré tocarte. Ni lamerte… Desátame —insistió, con su voz más sensual.

—No, hasta que no me demuestres que eres sincero.

—Está bien. Acércate.

Ella volvió a sentarse sobre sus muslos y colocó sus pezones a la altura de la boca de Einar.

Arrancárselos de cuajo para infligirle una pequeña parte del dolor que él seguía experimentando, eso fue lo primero que se le pasó por la cabeza, pero su mente se amarró con fuerza a la imagen de Thyra para chupárselos con fruición, hasta que escuchó el gemido de placer y sintió sus manos anudándose en su nuca. Sus ojos conectaron un instante antes de que sus bocas lo hicieran. Einar no apartó ninguno de los dos. Era esencial que resultara convincente. Que se excitara con aquellos preliminares. Dejó su cabeza vacía de todo contenido agresivo y se centró en lo que su cuerpo volvía a comunicarle.

Cuando Revna fijó su atención en la descomunal erección que volvía a exhibir, sonrió.

—Desátame, y seguiré demostrándotelo —le prometió él.

—Sí… con condiciones. —Ella sacó un cuchillo de algún lugar. Sin dejar de amenazarlo con él, dejó libres sus piernas y después sus brazos—. A la cama, Einar. En nuestro siguiente juego, me temo que esto deberá estar presente entre nosotros.

—¿Cuándo me ha asustado un buen juego, mujer?

—Estoy deseando verlo.

No se resistió. Si quería tener alguna posibilidad, debía llevar aquella aberración hasta el final. No intentó desarmarla cuando ella se tendió sobre el jergón con aire abandonado, pero sin soltar el cuchillo. Al contrario, se esmeró en complacerla, mientras pensaba que era Thyra y no Revna quien se retorcía debajo de él, pidiendo más. Tuvo que centrar todas sus fuerzas en procurar que ella alcanzara su clímax antes de que él se vaciara por segunda vez, pero en aquella ocasión, no se arrepintió.

Sin que mediara palabra entre ellos, la joven se hizo un ovillo junto a su pecho. Sintió el frío del metal presionándolo con ligereza, pero no hizo nada para evitarlo.

—Esta vez soy yo la que necesita unos minutos de descanso —la escuchó susurrar, ronroneando como una gata satisfecha—. No has perdido facultades, *berserker*. Sigues siendo el de siempre.

—No sabes hasta qué punto.

La abrazó en contra de su voluntad, presionando adrede la hoja del arma hasta que esta le rasgó la piel. Depositó un montón de besos, aparentemente tiernos, sobre el rostro de su compañera. Empleó todo el tiempo del mundo en relajarla, mientras le susurraba palabras destinadas en exclusividad a su esposa, y que jamás volvería a utilizar con ella. Y cuando notó que, poco a poco, el cuerpo femenino se relajaba contra el suyo, actuó con tanta rapidez que, para cuando ella quiso reaccionar, tenía el cuchillo amenazando su garganta y una enorme mano taponándole la boca.

—Al fin te tengo donde quería tenerte —le susurró, con una mirada llena de hielo—. Te juro que vas a pagar cada acto cometido contra mí, en esta vida o en la otra, me es indiferente, pero antes, vas a hacer lo que yo te diga. Si gritas o pones sobre aviso al centinela de alguna manera, te enviaré a las tinieblas del inframundo sin que me tiemble el pulso. Voy a dejar tu boca libre, y permanecerás en silencio, ¿has comprendido?

Esperó a que ella asintiera y se apartó, lo justo para recuperar las cuerdas y atarla a la cama. Usó un trozo de su túnica para amordazarla y se guardó el cuchillo, después de vestirse.

—Había pensado en marcharme sin ni siquiera mirarte. No te lo mereces, pero voy a ser magnánimo. —Su expresión era de total desprecio cuando deslizó sus ojos por cada rincón de su cuerpo—. Un día, me atrajiste tanto que estuve dispuesto a perder mi preciada cabeza por ti; ahora, solo me provocas asco y sed de una venganza que llevaré a cabo. Ya ha empezado. —Giró la cabeza cuando escuchó los primeros signos de lucha en el exterior—. Si todo transcurre como espero, eso de ahí afuera es el ejército de tu padre, comandado por tu esposo. Rezo a los dioses para que le permitan encontrarte tal y como estás. Aunque dudo que te avergüence confesar lo que has hecho, suponiendo que tengas un ataque de sinceridad adecuado, la humillación será suficiente para tu petulancia. Lo demás… vendrá después. Te doy mi palabra.

Cuando le dio la espalda para encargarse del centinela, intentó olvidarse de ella y de lo que había ocurrido en aquella habitación. Trató de reemplazar las imágenes denigrantes por las que protagonizaba Thyra, para luchar contra una oscuridad que se empeñaba en regresar, pero no lo logró.

Supo sin ningún género de dudas que, a partir de aquella noche, y si la encontraba con vida, nada volvería a ser igual entre ellos».

—Einar, despierta y deja de retorcerte como una serpiente, aunque haya más de una persona que, en este preciso momento, piense que lo eres.

El vikingo saltó en su jergón, sobresaltado al escuchar la voz contundente de Ylva mientras lo sacudía sin ninguna consideración. Lo primero que apreció fue su expresión severa. Lo segundo, ese «una persona» cuya identidad adivinó, y que no se encontraba a su lado, a pesar de que acababa de amanecer.

Sintió alivio. Al menos no había presenciado su denigración, en forma de gritos inconscientes mientras dormía. Hubiera sido todavía más humillante pararse a pensar que, solo a lo mejor, sus padecimientos deberían servirle para comprender los de su esposa. O, al menos, para dejar de cuestionar unos actos demasiado parecidos a los suyos como para aceptarlos de buen grado, sin que su hombría se viera afectada.

—Tenía una pesadilla —musitó, todavía temblando entre sudores fríos—. Era…

—Revna, lo sé. Gritabas su nombre.

—¿Por eso Thyra se ha marchado?

—¿Porque piense que eres una serpiente? Lo piensa, pero está decidida a cambiar la percepción que tienes de ella, que, por lo que he oído, no es muy distinta de la que tienes de ti mismo. A pesar de que chillabas como un cerdo a punto de ser sacrificado, no, no creo que te haya oído. Solo yo lo he hecho, y eso porque venía a buscarte.

—¿Tanto he dormido?

—Por lo visto, demasiado. Hay cosas que es mejor dejar en el mundo de los sueños, a no ser que pretendas sacarlos a la luz para enmendar errores, en cuyo caso tienes mi aprobación y mi apoyo.

—No sé de qué errores hablas.

—Lo sabes e intentas ignorarlos, porque solucionar tu problema conllevaría reconocer ciertas cosas. Pero escúchame bien, muchacho; los tormentos de esta vida solo sirven para dos cosas: aprender a aceptarlos para aceptar los de los demás, y superarlos para hacernos más fuertes. Tú ya has padecido lo bastante como para saberlo, pero al parecer alguien tenía que recordártelo.

—Si te refieres a lo ocurrido con Thyra y Magnus…

La sierva sacudió la cabeza y posó las manos sobre sus inmensos hombros. Así plantada, parecía casi insignificante a su lado, pero Einar conocía su fuerza.

—Ningún sacrificio es suficiente cuando se cree que se hace para salvar un alma que merece ser salvada. La tuya lo es, muchacho, aunque ahora mismo pienses lo contrario. —El vikingo apretó los dientes, incapaz de negar lo que la mujer veía a través de él. Después de un empecinado silencio, Ylva sonrió y comenzó a corretear, recogiendo la estancia y lanzándole su ropa para que se vistiera—. ¡Por los dioses, esto está peor que una cochinera!

—¿Quieres dejar de hacer ese tipo de comparaciones? No sigas, por favor. Este es trabajo de Thyra. En cuanto averigüe dónde está, la traeré de vuelta para que cumpla con sus deberes de esposa.

—¡Eso está haciendo, pedazo de mulo con patas! ¡Ahora mismo, se encuentra en lo alto de la loma, practicando con Karan!

—¿Practicando? ¿El qué?

—El arte de la espada. —Einar la miró boquiabierto—. Esa Karan ha aprendido bien en su tierra, hay que reconocérselo. Y puesto que, según la propia Thyra, has ordenado que sea su sirvienta, ella ha decidido emplear esos servicios en aprender a utilizar las armas. Todas las armas.

—No puedo creerlo… Si quería aprender, ¡yo podría enseñarla mejor que cualquier mujer!

—Ni Karan es cualquier mujer, ni la tuya te quería cerca. Conozco la razón, no te molestes en buscar argumentos tan flojos como tú

ahora mismo —añadió Ylva, sacudiendo la mano para restarle importancia—. Tú eres el único responsable de tus aciertos, pero también de tus errores. Solo espero que tengas la inteligencia suficiente como para aprovecharte de los primeros para evitar los segundos. Entretanto, te prepararé un buen desayuno para que puedas seguir comportándote como un tozudo estúpido con Thyra todo lo que resta de día, que es mucho.



10 NO LO VAS A CONSEGUIR

—Si separáis un poco más las piernas, guardaréis el equilibrio mucho mejor, y la espada no os resultará tan pesada.

Thyra trató de concentrarse en lo que escuchaba, pero después de una hora de duro entrenamiento, las extremidades le dolían, el sudor

se le pegaba al cuerpo y la atención ya no permanecía solo en el arma que Karan le había entregado, sino en la propia Karan.

No podía ser tan solícita. Tan amable. Tan simpática y dispuesta a ayudarla en todo lo que precisara.

No era así como se había imaginado a la supuesta amante de Einar, después de haber pasado una noche para olvidar, mientras trataba de ignorar la presencia inquietante del hombre que se había convertido en el dueño incluso de sus peores pesadillas, aunque se lo negara a sí misma.

—Estoy cansada. Y debo atender a mi esposo —añadió, comprobando que la reacción de Karan al comentario era nula—. Conociéndolo, ya debe de haberse levantado y estará…

—De un humor horrible, como desde el momento en que llegó.

—¿Contigo también se ha comportado mal?

—No sé de qué os extrañáis, mi señora. A pesar de que os mira con adoración, tendría que estar ciega y sorda para no notar que está furioso con vos.

—Por mí puede tragarse sus razones, que no pienso ser yo quien lo saque de su error —siseó entre dientes, furiosa, antes de colgarse al hombro un carcaj con flechas y tomar el arco—. Acabo de cambiar de opinión en lo tocante al resto. Si necesita algo, que se lo haga él mismo. Yo estoy demasiado ocupada aprendiendo a defenderme. Y tú también, enseñándome a hacerlo, tal y como te pedí.

—De… acuerdo. —Karan parecía perpleja cuando señaló la diana, que momentos antes había colocado en el tronco de un árbol—. El procedimiento es mucho más sencillo que el manejo de la espada. Solo requeriréis de concentración, paciencia, buen ojo y mucho mejor temple para dar en la diana, una vez hayáis aprendido a colocar la flecha y tensar el arco. Y por lo que veo, tenéis de todo eso en abundancia.

Thyra esbozó la primera sonrisa auténtica desde que habían regresado. Lamentó regalársela a una muchacha que debería ser la depositaria de todos sus recelos.

—La curiosidad nunca es buena en exceso, aunque en tu caso, suele ser mortal de necesidad, *kván*. Deberías centrarte más en las explicaciones de tu acompañante, y menos en eso que te ronda por

la cabeza, antes de que lo digas en voz alta y más de uno salgamos perjudicados.

Las dos mujeres se volvieron al mismo tiempo hacia Einar, que permanecía a una distancia prudencial, con sus fríos ojos celestes clavados en ella y los brazos cruzados sobre el pecho.

Esperando. O acechando. ¿Quién podría saberlo con exactitud?

—Veo que no has descansado tan bien como aparentabas, vikingo —fue su tenso saludo—. Tienes ojeras, y un aspecto bastante desaliñado.

—Eso se debe a la desidia de mi esposa, que no estaba en mi cama cuando mi *amma* ha acudido a despertarme para dirigir la reconstrucción. No hay constancia de que el conde Magnus el Soberbio haya muerto. Y mientras la duda exista, el peligro también.

—En ese caso, ¿qué haces aquí, observando mis torpes intentos por dominar la espada?

—Pues… —Einar carraspeó. Fue la única debilidad que demostró, antes de señalar el arma en cuestión—. Pues…

—¿Sí?

—Esas enseñanzas te serán muy necesarias cuando te quedes sola en la aldea. Te servirán para cazar, y también para defenderte de indeseables que intenten… —Tragó saliva. La sola idea le producía náuseas—. No importa. Por muy instruida que Karan esté en ese arte, no deja de ser una mujer.

Thyra alzó una ceja.

—Así que volvemos con lo que las mujeres podemos y no podemos hacer —apuntó, tomando de nuevo el arco para intentar colocar en él la flecha—. Imagino que la situación no es tan grave como la pintas si permaneces aquí todavía, así que comprueba por ti mismo lo equivocado que estás. Karan, ¿podrías darme ahora la explicación que mi esposo ha interrumpido?

—Como deseéis, mi señora. Acompañadme, pues.

Con la barbilla bien alzada, y un silencioso mensaje que él recibió, Thyra se dirigió hacia el árbol. Tomó distancia y tensó la cuerda del arco, pero cuando quiso colocar en ella la flecha, esta se le resbaló.

—Con tranquilidad, mi señora —advirtió Karan—. Os tiemblan demasiado las manos…

—Me temo que yo soy el culpable, danesa.

—Serás engreído, arrogante bárbaro…

De dos zancadas, Einar apartó a Karan para ocupar su lugar.

—Debes sujetar la parte posterior de la flecha con dos dedos, al mismo tiempo que la presionas contra la cuerda del arco, así. —Su enorme cuerpo pareció cubrir el suyo cuando se colocó a su espalda, robándole incluso el aire que respiraba, y su mano sujetó la de ella para indicarle cómo debía hacerlo—. Bien. Ahora, mantén el otro brazo extendido sujetando el arco, y deja tu mente vacía de todo lo que no sea tu objetivo…

Los ojos de Thyra se desplazaron hacia el tronco del árbol, pero le resultó imposible concentrarse con más fuerza en él, cuando el aroma único de su marido le atacó las fosas nasales. De pronto, comenzó a temblar, a pesar de que apretaba los dientes para contener la riada de calor que casi la asfixió ante un contacto, aparentemente, tan inofensivo como el de sus manos unidas. Entrecerró los ojos, dispuesta a no darle el gusto de demostrarle hasta qué punto su mera presencia lograba alterarle el pulso, pero cuando escuchó una risilla presuntuosa cerca de su oído, supo que no lo había conseguido ni de lejos.

—Si estás pensando en otra serie de cosas, o ya puestos, de víctimas a las que no tienes delante, el entrenamiento será tan baldío como los resultados que se pretenden conseguir, *kván* —murmuró Einar, depositando la fuerza de su aliento en el lóbulo de su oreja para hacerla rechinar los dientes—. Olvídate de lo que ocurre entre nosotros. Ahora, solo existes tú… y esa diana que con tan buena voluntad ha confeccionado Karan.

—Presupones su buena voluntad, vikingo.

—Presupongo lo que debo, pequeña. —¡Aquello era demasiado! Thyra giró la cabeza y se revolvió, dispuesta a librarse de su agarre, tanto físico como emocional, pero él aumentó la intensidad de su presencia inclinándose hacia ella, de modo que prácticamente quedó engullida por una cantidad inmensa de músculos—. Después. Ahora, sigamos con el entrenamiento.

—No pienses que vas a ganarme mostrándote tan solícito con algo que nadie te ha pedido.

—Soy consciente de ello. Te convendría hacer otro tanto. Ah, no, no te muevas o tendrás que empezar desde el principio —aconsejó cuando ella volvió a intentar girarse—. Repitiendo tus propias palabras… No pienses que vas a ganarme mostrándote dócil. No me engañas.

—No lo pretendía. Maldito seas…

—De eso ya se encargó Helga. —Thyra sintió el roce íntimo de una de sus trenzas en su mejilla cuando él señaló el objetivo con un gesto de cabeza—. Vamos, demuéstrame de lo que eres capaz.

Era un desafío en toda regla, sabedor de que ella lo aceptaría por muy absurdo que pareciera. Thyra resopló, pero trató de seguir sus instrucciones al pie de la letra. Visualizó la diana con una precisión que incluso a ella le sorprendió. Y cuando creyó que al fin podría librarse de él dando en pleno centro, todos sus esfuerzos se fueron al traste cuando notó aquel pecho completamente pegado a su espalda, el sonido de su respiración, que de pronto se volvió irregular, y el tibio contacto de la otra mano de Einar, enroscada en su cintura para tirar de ella hacia atrás, hasta que sus nalgas impactaron con algo duro que la dejó más sorprendida que otra cosa.

—No te preocupes, es una mera reacción física que tendría con cualquier mujer hermosa. Incluso Karan la conseguiría sin grandes esfuerzos.

—Bastardo mentiroso…

Quiso enfocar la flecha directamente a su cabeza, pero sus manos temblaron demasiado. Dejaron escapar la flecha, que terminó clavada muy lejos de donde hubiera debido, aunque en aquel momento, ninguno de los dos pareció consciente de ello. Incluso la presencia de Karan pasó a ser secundaria. Los ojos verdes fueron al encuentro de los azules con tal cantidad de ira acumulada, que Einar retrocedió, aunque no se retractó de ninguna de sus palabras.

—No lo vas a conseguir —afirmó Thyra en un susurro, cuando logró calmar los alocados latidos de su corazón—. ¿Sabes? Puedes dedicar el resto de tu vida a herirme por placer, o por la búsqueda de unas respuestas que siempre has tenido delante de ti, pero no pienso darte la satisfacción de encontrarlas así. Y ahora, si me disculpas…

—¿A dónde te crees que vas? —Einar la sujetó por el brazo cuando pasaba por su lado. Ocultaba su impotencia bajo esa imagen de indiferencia que tanto le estaba costando mantener. ¡Lo que hubiera dado por mandar al inframundo esas dudas que cada vez le parecían más ridículas, cargársela al hombro y llevársela a casa, para hacerle el amor hasta que suplicara clemencia!—. Aún no hemos terminado…

—Yo sí. Y si de verdad te importara el ritmo de reconstrucción de tu propia aldea, tú también.

—No pienso dejarte marchar hasta que no te hayas explicado mejor, Thyra.

—¿Delante de ella? —preguntó, señalando a Karan con un gesto de cabeza.

—Delante de toda la aldea, si es preciso. Habla, mujer. Para bien o para mal, suelta todo ese veneno que llevas contigo de una maldita vez.

—Está bien. Si tanto me odias, divórciate de mí. ¿No entra en tus planes hacerlo? —añadió cuando lo vio palidecer—. Pues no esperes que yo lo haga. Antes se caerán todas las estrellas del cielo, óyeme bien. ¡Si quieres una guerra, la tendrás! Pero no a cualquier precio. Reconocerás lo equivocado que estás conmigo, así tenga que comportarme como una esposa diligente, aunque me repugne.

—¿Te repugna ser mi esposa?

—Me repugna el hombre en el que te has convertido a mis ojos. No te daré la satisfacción de mostrarme herida por tus desplantes, Einar. Si deseas tomar una amante, aquí tienes a una candidata —añadió, señalando a una boquiabierta Karan sin que le temblara el dedo, a pesar de que su corazón comenzaba a retorcerse—. Si lo que estás buscando es sumisión, permaneceré en silencio tanto tiempo que serás tú quien busque esa conversación que ambos tendremos, lo quieras o no. Pero yo estableceré mis límites, y no podrás impedirlo.

—Soy tu marido. Puedo impedir lo que se me antoje.

—En ese caso, hazlo. —Esperó, conteniendo el aliento, hasta que comprendió que no obtendría ninguna clase de reacción—. Bien. Supongo que tu actitud encierra un mensaje de… lo que sea. Me importa bien poco. Einar Ragnarsson, vuelvo a incitarte. Pero esta vez, no hay un contrincante a la altura, excepto tú mismo.

Por mucho que lo intentó, las palabras no acudieron a él cuando contempló cómo lo dejaba allí plantado, meneando sus caderas con la seguridad de una diosa, con aquellos rizos rojizos, cada vez más largos, bamboleándose al mismo son. No pudo quitarle la vista de encima hasta que la vio mezclarse con los aldeanos y ya no distinguió su elegante silueta, pero entonces, reparó en la mano femenina que descansaba sobre su brazo, tan tenso como hacía un instante había estado la cuerda del maldito arco.

—Mi señor, desconozco la causa de vuestro desencuentro, pero habéis de saber que me tenéis para todo aquello que preciséis. —Einar la miró con incredulidad—. Oh, no, por los dioses, no es lo que pensáis. Solo quería decir que… os veo tan solo, tan desorientado, que… En fin, no sé si me corresponde después de lo que ambos habéis insinuado acerca de mí, pero…

—Tú lo has dicho, muchacha. No te corresponde. El vikingo hará bien en ignorar esa sarta de tonterías que has soltado por la boca, y todas las que aún te quedan en ella.

Los dos se giraron cuando escucharon la reprimenda de Drustan. El monje los observaba con tanta severidad, que la joven masculló una disculpa y se apresuró en desaparecer.

—Por los dioses, todo está ocurriendo a demasiada velocidad, o mi mente va demasiado lenta —apreció Einar ensimismado—. Me da la impresión de que tienes la respuesta a todo aquello que se me está escapando, fraile.

—Y tú demasiados planes descabellados, *berserker*. ¿Por qué no dejas de luchar contra esos dragones ficticios y recuperas el amor de tu esposa, para enfrentar juntos a ese enemigo al que aún no habéis encontrado?

—Porque ese enemigo cambió mi vida a través de la de Thyra. —Einar se mordió la lengua para no contarle cómo la propia Revna había contribuido a ese cambio—. Ella no puede desairarme de este modo. Ya lo hizo una vez, y estuvo a punto de dañar a terceras personas. No volveré a cometer el error de permitírselo de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

A su mente acudieron los recuerdos más tórridos vividos en brazos de aquella harpía que insistía en ignorarlo con esos aires de grandeza

que, para su propia desgracia, solo conseguían excitarlo en lugar de dejarlo indiferente. Las yemas de sus dedos comenzaron a hormiguearle de necesidad por volver a tocarla. Inspiró fuerte, esperando captar de nuevo su esencia femenina, como hacía unos instantes.

—Si me fío de tus creencias, es posible que mis planes te dañen los oídos —respondió a Drustan—, pero correré el riesgo. La dominaré en el único terreno en el que demuestra ser vulnerable: el sexual. Ya lo hice una vez, y ella no parece acobardada por el odio que le he manifestado, justificado o no. Ni siquiera ligeramente temerosa. No tardaré demasiado en conseguir que se pliegue a cualquier cosa que desee hacerle.

Además, Thyra ya sabía con cuánta facilidad podría llevarlo a cabo...

¡Por Odín! Con solo imaginarlo, el aliento se le cortaba sin posibilidad de recuperación.

Volvía a convertirlo en un moribundo, aunque prefiriera morir antes de confesárselo a ese fraile que lo miraba con cara de espanto.

—¿Qué? —preguntó, encogiéndose de hombros—. La provocación en ese terreno es algo que siempre me ha dado resultado con Thyra. Será un buen método para conseguir arrancarle la verdad.

—¡Eres un zoquete, hombre! —El monje lo sujetó con una sorprendente fuerza, dada su complexión y su estatura, y le dirigió una mirada furiosa—. Tienes esa verdad delante de tus narices, pero te niegas a aceptarla, porque es mucho más simple y transparente que eso que tu cabeza ha fabricado, solo para ignorar tu propia oscuridad. Si la provocas, conocerás de primera mano de lo que es capaz una mujer del siglo XX.

Einar frunció el ceño.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Drustan sonrió con suficiencia—. Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—No me importa reconocerlo.

—¡Pues déjame decirte que nuestra estabilidad ahora mismo es tan precaria como el hilo de tu vida! Tendremos que reconstruir lo destruido y redoblar la vigilancia al mismo tiempo, para estar preparados ante un posible ataque de Magnus. Tendrá que

arrancarme el corazón si pretende volver a llevarse a Thyra —prometió con voz oscura—. Y tú, fraile, me ayudarás a conseguirlo.



11 SIEMPRE LO HA HABIDO, Y SIEMPRE LO HABRÁ

El ejército de Lars Jenssen, acompañado de Magnus y su pequeño séquito, arribó en las costas noruegas poco después de la

desaparición de Karan.

—Si descubro que has tenido algo que ver en la desaparición de Karan, bruja, te aseguro que ninguno de tus poderes logrará salvarte de mí —le espetó Jenssen a Helga, una vez abandonaron la costa y se dirigieron hacia el interior, ataviados con ropajes humildes para pasar desapercibidos—. ¡Su boda con el conde Magnus le repugnaba tanto que, en lugar de demostrármelo a la cara, la muy ladina me lo ocultó para poder marcharse de mis dominios como una vil ladrona! ¡De eso hace ya semanas, y por su culpa estamos aquí ahora, sin rumbo! ¡Vagando, como…!

—Ya os lo he explicado antes. El rumbo es aquel que nos lleve a mis antiguas posesiones —terció Magnus con fastidio—. Con vuestros hombres podremos recuperar la fidelidad de los míos, en cuanto me reconozcan y vean que llego con refuerzos. El ejército del *jarl* Olson no tendrá posibilidades si planeamos un ataque por sorpresa, para recuperar la plaza que me ha sido arrebatada.

Al escuchar al conde, y a pesar de que su compañía era bien recibida por Helga desde hacía tiempo, la tercera persona en discordia decidió morderse la lengua. Aquello sonaba muy bien, pero era mucho más difícil de llevar a cabo con garantías de éxito. En cuanto a sus propios planes… Hasta un alma podrida por el odio y la sed de venganza como la suya, sabía que debería esperar para poder seguir su camino, lejos de aquellos salvajes a los que no les importaba sesgar vidas en nombre de la ambición. Aunque, ¿qué podía recriminarles? La ambición era precisamente su acicate para conservar la esperanza de que, allá donde estuviera, encontraría a Cora de nuevo para no perderla de vista.

Solo así conseguiría recuperar la fe en su regreso al siglo XX. Por encima de alianzas repulsivas como la que había nacido entre su humilde persona y aquellos notables, bajo la constante vigilancia de Helga.

—No te preocupes. Tu momento llegará —le susurró la bruja cuando pasó por su lado, como al descuido—. Ahora, es el momento del conde.

—Y aunque no lo fuera, yo lo propiciaría. —Cuando sintió los dedos de hierro de Magnus clavados en su brazo, no opuso resistencia.

Conocía de primera mano su crueldad. La había visto tan de cerca que otra persona en su lugar hubiera huido despavorida a la menor oportunidad—. Tengo una deuda de honor no solo con Olson, sino también con esas mujeres que se atrevieron a desafiarme. Lo último que deseo es que el hombre que al fin ha decidido concederme parte de su fuerza armada, me la retire antes de conseguir mis metas.

—Claro, mi señor —terció Helga a su favor—. Bastante humillante debe resultaros haber sido rechazado nada menos que por dos mujeres de una misma familia, hermanas, para más mortificación vuestra…

El filo de una daga amenazando su gaznate logró interrumpirla, aunque no asustarla.

—Si sigues por ahí, tu vida terminará antes que la del *berserker* —siseó Magnus con desprecio, tirando de sus ajados cabellos hacia atrás para tener un mejor acceso a esa parte de su cuerpo—. Nadie de los aquí presentes sentiría demasiado tu pérdida, vieja. Piénsalo antes de dejar que tu lengua campe a sus anchas y suelte lo primero que se te pase por la cabeza.

—Lo único que pienso, mi señor, es que quizá sí que me echéis de menos… cuando comprobéis que no podéis recuperar solo todo aquello que os han arrebatado. —Los ojillos vivaces de la *völva* se detuvieron en su persona, logrando que contuviera un escalofrío. Helga conocía su procedencia, sus intenciones. Incluso el papel que jugaría en aquella extraña partida hasta conseguir aquello que había ido a buscar—. Todos cumplimos una función en el destino que los dioses trazan para nosotros. Incluida vuestra querida hija Karan, Lars Jenssen.

Como un rayo, Lars ocupó el lugar de Magnus y la zarandeó como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Conoces su paradero! —tronó—. ¡Habla! ¡Dime dónde puedo encontrarla! Después…

—Después no, mi señor. Debe ser antes. ¡No podemos alterar el orden natural de las cosas! No seremos nosotros quienes vayamos en su busca; ella será quien nos encuentre.

—¿Cuándo?

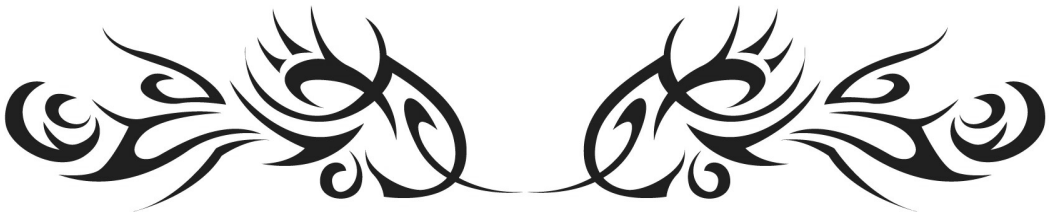
—A su debido tiempo.

—¡No tengo el suficiente como para…!

—¡A su debido tiempo! —Helga se alejó de los dos notables con un bufido de disgusto—. Mirad hacia el norte. Estamos a poco más de un día de distancia de nuestro objetivo. Caeremos sobre ellos durante la noche, como aves de rapiña. Cuando quieran reaccionar, será tarde.

Ninguno contravino sus palabras, pero solo uno de ellos se percató del cambio de la *völva*. De sus ojos cerrados y sus labios moviéndose en silencio, pero de forma incesante, como si elevaran una plegaria a los dioses.

O como si estuvieran conectando en otro plano, mucho menos terrenal, con la mente y el espíritu de algún pobre diablo a quien esclavizaría, pensó con un ramalazo de amargura, al comprender que, de un modo u otro, siempre se había tratado de eso: se había convertido en la última víctima de Helga, a la espera de que alguien tomara el relevo.



—Estoy embarazada.

Bjorn soltó su frente de golpe, tan paralizado por la revelación que dejó de prestar atención a los vómitos de Revna que, hasta aquel momento, había tratado de aliviar.

—¿Qué has dicho? —preguntó, lívido.

—Lo que has oído. No soy tan estúpida como para repetírtelo, aunque si necesitas asimilarlo con mayor rapidez, te diré que tú no eres el padre.

Ella se incorporó, mirándolo con toda la rabia acumulada a lo largo de tantos días de exilio forzado. Y lo que vio acicateó aún más su cólera. Era la estampa de un hombre desmejorado, cansado, casi rendido a su suerte, al que ya pocas cosas podrían afectar.

—¿No dices nada? —inquirió ella, con una sonrisa retorcida, acercándose a él al mismo tiempo que él retrocedía, como si tuviera delante a un fantasma—. Vaya, no pensaba que te fuera a importar tan poco mi estado.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Lo llevo sospechando desde hace aproximadamente una semana. Un simple retraso, me decía, hasta que han aparecido los primeros síntomas.

—¿Puede ser que te equivoques?

—¿Eso es lo único que te preocupa? Debí suponerlo… ¡No puedo esperar nada más de un hombre que se dedica a vagar como un fugitivo, robando y comiendo lo poco que logra cazar y pescar! ¡Durmiendo a la intemperie, sin que le importe la suerte de la mujer que él mismo eligió! ¿Cómo voy a esperar que, al menos, muestre un poco de curiosidad por saber quién es el padre de mi hijo? ¿Quién…?

No pudo continuar. Una mano de hierro se enroscó en torno a su cuello impidiéndole hablar, y hasta respirar. Bjorn solo gruñó mientras la inmovilizaba con aquel simple gesto, que escondía toda su frustración, acumulada a lo largo de demasiados días como para tenerlos en cuenta.

—Estoy harto de ti —siseó, sin aflojar su agarre—. ¡Estoy harto de tus desprecios, de tus intrigas, de tu maldad! Pensé que esa actitud era una especie de escudo que escondía un corazón bondadoso. Quise ver en ti a la mujer que yo esperaba que fueras, pero me enamoré de un ideal. ¡Y estoy pagando con creces mi error! —Prácticamente la llevó en volandas hasta el lugar donde habían improvisado su campamento para pasar la noche, y la arrojó al suelo, junto a la fogata—. Deberías estarme agradecida, mujer. De no ser por mí, ni tú ni tu bastardo estaríais ahora con vida. Piensa en ello la próxima vez que quieras provocar mi ira.

—¡Eres un… asesino! —Revna tosió mientras se arrastraba lejos de él—. ¡Un malnacido sin sentimientos, que ni siquiera es capaz de considerar otras posibilidades cuando se trata de mí!

—Sé que me arrepentiré de preguntar…

—¡No es necesario que lo hagas, yo te lo diré! ¡Magnus me violó las veces suficientes como para convertirse en el primer candidato!

Ojalá eso sirva para que los remordimientos de conciencia te atormenten hasta el fin de tus días.

—¿El primer candidato? —Sin darse cuenta, Bjorn había empuñado su espada contra ella, pero la dejó caer, estupefacto—. ¿Quieres decir que hay más?

—Siempre lo ha habido, y siempre lo habrá.

Einar Ragnarsson.

Su mente voló al día en que la encontró en la fortaleza del conde, desnuda y atada a la cama, furiosa como un perro rabioso, maldiciendo a un hombre. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera haber sido forzada por hombre alguno, así que calló cuando se hicieron con la plaza para el *jarl* Olson. Incluso aceptó con resignación el destino que este les impuso como castigo a la huida de Revna, que había provocado tanta muerte y destrucción.

Pero aquello ya era demasiado.

—Levántate. ¡Levántate! —tronó, tirando de ella sin compasión, hasta tenerla de pie frente a él. Con aquel desafío eterno que parecía brillar en sus ojos, carentes de cualquier emoción que no tuviera que ver con el egoísmo—. Por los dioses, no sé qué espíritu me poseyó el día que acepté tu mano, pero juro que voy a enmendar el error cometido. Aún estoy a tiempo. Pediré el divorcio para intentar restaurar el honor perdido. Porque un día tuve honor, mujer, pero tú me lo arrebataste.

—Mi padre no concederá…

—Me trae sin cuidado lo que conceda o no el *jarl*. Se celebrará el juicio, y los aldeanos hablarán. Con eso será suficiente. Ahora, vete. —El rostro de Bjorn reflejaba el dolor que su decisión le causaba, pero también se mostraba inflexible, con un dedo señalando el otro lado del claro en el que se habían detenido—. ¡Vamos, maldita seas! Coge tu caballo, tus pocas pertenencias, ¡y desaparece de mi vista!

—No puede ser que me estés echando de tu lado…

—¿Es que no he hablado con claridad? —En cuestión de segundos, Revna fue colocada sobre el lomo de su montura. Él estaba tan pálido que podría haber pasado por un espectro, pero ella supo, sin ningún género de dudas, que no se retractaría—. ¡No quiero volver a verte!

—Pero, pero… ¡estoy encinta!

—Haberlo pensado antes. Puede que yo nunca haya sido un candidato para ti, pero él tampoco. Te lo ha dicho de mil maneras. Deberías haberlas comprendido todas.

Le dio la espalda solo para controlar los temblores que lo acometieron en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. Había rechazado definitivamente a la mujer de su vida, embarazada de otro hombre. No se sintió libre, ni fuerte, ni siquiera aliviado. Los ojos se le llenaron de lágrimas que se negó a verter; a cambio, se atrevió a girarse, el tiempo justo para apreciar la mirada fulminante que su aún esposa le lanzó, antes de alejarse al galope.

—Continuaré sin ti —le prometió entre dientes, superando el nudo que se alojó en su garganta.

Se aseguraría de que la plaza de Magnus que él había ganado para el *jarl* Olson siguiera en sus manos. Después, iría a la aldea de Ragnarsson, aunque solo fuera para sanar su maltrecho corazón.



12 SIEMPRE ESTÁS EN SUS PENSAMIENTOS

Thyra llegó al cobertizo del telar y comenzó a tejer una tela verde musgo, pensando en el color de los ojos de su madre, que era el mismo que los suyos.

—¿Nostálgica?

—Y con mal cuerpo —añadió a la pregunta de Ylva—. Menos mal que al menos podemos reanudar las actividades más esenciales en la aldea.

—Han pasado dos semanas desde que Einar y tú regresasteis. Muy poco para algunas cosas, y demasiado para otras.

—Imagino que has hablado con Einar y quieres saber mi versión.

—¡Ese zoquete con patas se niega a hablar con nadie! Sigue con un ánimo tan oscuro como el cielo encapotado de hoy. Aunque a lo mejor, si tú te plegaras a…

—¡A nada! —Se puso en pie de un salto y olvidó su labor—. No pienso rebajarme a suplicar por algo que fue evidente para cualquiera que tuviera ojos, oídos y un poco de inteligencia. ¡Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado siquiera que Einar llegase a dudar así de mí!

—Pero es posible que las circunstancias le impidieran reaccionar con su astucia habitual, Thyra.

—¡Yo jamás lo juzgaría como lo está haciendo él conmigo! ¿Por qué no es capaz de comprender que haría lo que fuera para salvarlo?

—¿Sigues dispuesta a ello? —De pronto, toda furia se convirtió en una debilidad tan fuerte que tuvo que volver a sentarse, incapaz de responder a Ylva—. Vamos, muchacha, no pienses que eres tan transparente en cuanto a tus sentimientos con respecto a Einar. Solo las personas que te conocemos bien los hemos percibido. Y lo incluyo a él en ese reducido grupo, además de a ese fraile que nos ha ayudado como el que más en toda clase de trabajos, y que no pierde la oportunidad de observaros.

—Drustan se convirtió en mi tabla de salvación cuando creía que mi vida terminaría en aquella habitación, a manos de…

—¿Einar lo sabe?

—No lo sabrá nunca, a no ser que cambie su actitud conmigo.

—¿Quiere eso decir que, cuando estáis juntos…?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada de nada.

—¡Dioses! ¿Y él no ha reclamado sus derechos como esposo?

—Si sabe lo que le conviene, ni se le ocurrirá insinuarlo —bufó Thyra, simulando desprecio cuando lo que de verdad sentía era una herida sangrante en mitad del pecho, ante su incapacidad para reconducir una situación que, le gustara o no, se le estaba yendo de las manos—. Creo que es su manera de eludir las consecuencias de lo que ocurrió en la fortaleza de Magnus. Es más fácil imaginar que su esposa es una cualquiera, capaz de disfrutar entregándose voluntariamente a un monstruo que…

—¿Te entregaste voluntariamente, cariño?

—Si por «voluntariamente» entiendes ceder a un chantaje, pensando que de ese modo no solo salvas la vida de tu amiga, sino también la del hombre que amas, sí. —Un fugaz sentimiento de culpa intentó abrirse paso en su mente, pero ella lo desechó con firmeza—. Pero me tragaré la lengua antes de reconocérselo a él. No, mientras vea esa mirada recriminatoria cada mañana al despertar, o mientras tenga que soportar sus órdenes airadas, junto con su frialdad, cada vez que me dirige la palabra. Ahora mismo somos dos bloques de hielo separados por un muro infranqueable, y así seguiremos, a no ser que Einar acepte la magnitud del enorme error que está cometiendo —añadió, con un resoplido de resignación—. Tengo que dar gracias a Dios por mantenerlo ocupado con la reconstrucción.

—Así tenga que reconstruir el país entero, Einar siempre te tendrá aquí —dijo la sierva, señalando su frente—, y aquí —añadió, haciendo lo propio con su corazón—. Ha redoblado la guardia en estos días. Mientras no vea el cadáver del conde, para él seguirá vivo. Y tiene demasiadas razones para desear su muerte, incluidas las que le ha proporcionado la sangre. Por eso ha decretado que Karan te acompañe siempre. Aunque no la veo por aquí, sé que su compañía no te desagrada precisamente.

Pero Thyra no escuchó esa segunda parte de su reflexión.

«Soy un bastardo. Y Viggo también».

Aquellas palabras acudieron a ella como una revelación.

—¿Hablas de la misma sangre? No puede ser…

—Es una historia muy larga, que él deberá contarte cuando iniciéis un acercamiento. Hacedlo cuanto antes. El amor es algo extraño. Entra por los ojos para aposentarse en el corazón, pero al

desprenderte de él, deja una herida que nunca se cura del todo si no se intenta a tiempo.

—No te prometo nada.

Thyra trató de concentrarse en el telar, pero le resultó imposible. Rememorar su convivencia con Einar aquellos días, le provocaba náuseas de necesidad, pero también de orgullo herido.

Aunque algo le decía que la resistencia del vikingo flaqueaba. De vez en cuando, lo pillaba mirándola con esa luz intensa que empleaba, antes de que Magnus entrase en sus vidas para cambiarlas por completo. Era una sensación fugaz, pero permanecía allí, recordándole que su comportamiento, respondiendo a cada uno de sus desaires con una sonrisa tranquila, en lugar de con ese fuego que él esperaba, era el adecuado para conseguir sus fines.

Pero ¡cómo dolía!

—Ganarás pequeñas batallas, vikingo, pero te aseguro que la guerra será mía —se prometió cuando la espalda comenzó a dolerle y, murmurando un pretexto, salió de allí en busca de aire fresco para aligerar el peso de su corazón.

El resto del día lo dedicó a atar manojos de hierbas para su secado, macerarlas en agua caliente o molerlas para mezclarlas con grasa de ganso y así crear ungüentos. Llevaba allí el tiempo suficiente como para convertirse en una aprendiz de Ylva muy eficiente. Había descubierto que tres o cuatro gramos de digitalina podían aliviar un ataque al corazón, pero que once matarían. Que unas pocas bayas de belladona mezcladas en un guiso podían conseguir el mismo final, igual que la hoja o la raíz machacada del acónito…

Sacudió la cabeza y se encaminó a casa. Nada de eso le serviría para luchar contra la incomprensión de su marido, pensó, justo antes de vislumbrar su imponente presencia a lo lejos, rodeado de hombres que obedecían sus órdenes sin cuestionarlas.

Thyra frunció el ceño.

Nunca había conocido a un hombre tan contenido que, al mismo tiempo, se encontrara tan cómodo en compañía de los demás. Tenía que reconocer que las conversaciones con él siempre eran estimulantes, incluso cuando discutían. Pero echaba de menos al

hombre entregado en cuerpo y alma a ella. Sus besos sinceros, sus palabras, directas al corazón.

No sabía hasta cuándo aguantaría aquella situación. Las yemas de los dedos le hormigueaban cuando lo tenía acostado junto a ella en el pequeño catre. Necesitaba sentir la caricia de sus palabras en su piel, no los latigazos de su odio.

Una vez en su hogar, se desvistió, quedándose tan solo con su camisola para dormir, y encendió el fuego, dispuesta a meterse en la cama sin cenar. Con un poco de suerte, no se enteraría de la llegada de Einar. No percibiría con tanta claridad su calor corporal, ni ese aroma único que desprendía y que asaltaba sus sentidos, hasta el punto de plantearse abandonar su actitud.

—Sería tan fácil —musitó con esperanza, observando, apoyada junto a la ventana, cómo los truenos parecían partir la tierra en dos —. Solo una aclaración, expuesta con todo ese cariño que estás deseando ofrecerle, y las cosas se arreglarían en un abrir y cerrar de ojos, Cora Thyra. Solo…

Sus ojos se fijaron en una sombra oscura, que se deslizaba, con una antorcha en la mano, desde la herrería hasta los establos. No le hubiera dado más importancia, de no ser porque casi a continuación, distinguió sin esfuerzo un resplandor en el interior del edificio, que identificó en cuanto este aumentó de volumen.

—Fuego… ¡Por todos los Santos, el establo está ardiendo!

Vestida tan solo con la camisola, salió de casa como alma que lleva el diablo y corrió ladera abajo. No se detuvo hasta que no encontró a Einar, que supervisaba los trabajos junto a sus hombres, en el que sería su futuro hogar, situado al otro extremo de la aldea.

—¡Einar, los establos están ardiendo! —gritó, entrando como un vendaval.

A regañadientes, él siguió la dirección de su dedo índice… Y palideció.

—Dioses, es cierto. ¡Vamos! —Todos se precipitaron a la salida cuando parte de los aldeanos ya comenzaba a reaccionar para extinguir las llamas, que se alzaban gigantescas a pesar de la lluvia, pero el vikingo se detuvo a su lado y la sujetó del brazo con firmeza —. Vete a casa y espérame allí.

—No pienso hacer tal cosa. El incendio ha sido provocado y yo puedo ayudar a…

—¡Maldita sea, Thyra! ¡Haz lo que te digo! Necesito mis cinco sentidos para sacar a todos los animales de allí antes de que se calcinen. ¡No puedo pensar en la seguridad de la mujer a la que amo!

Lo había dicho sin darse cuenta, pero para Thyra, aquellas palabras fueron el equivalente a un cielo abierto en mitad de la tormenta que se avecinaba.

¿La amaba? ¿A pesar de que se había esforzado en demostrarle lo contrario, con unos resultados excelentes?

No importaba. ¡Ahora, lo primero era liberar a los caballos!

Y él. También él era importante.

Los aldeanos habían conseguido liberar a una buena cantidad de animales, pero otros, entre ellos el semental de Einar, seguían dentro.

—¡Voy a envolverme en una manta empapada y a entrar! —gritó el vikingo a sus hombres, totalmente ignorante de su presencia. Las llamas alcanzaban una altura escalofriante, imponiéndose a la lluvia que comenzó a caer, cuando alguien le alcanzó esa manta y él corrió hacia la entrada como un espectro—. ¡La tormenta ayudará a sofocar el incendio, pero no os descuidéis!

Thyra no se lo pensó. Tomó otra manta de menor tamaño y corrió tras él a través del humo que se le metió en los ojos y el pecho, haciéndola toser. Pero ni el humo, ni el hombre que, de pronto, se percató de su presencia cuando consiguieron llegar hasta el caballo, lograron disuadirla.

El animal no dejaba de cocear, aterrado.

—¡Por los dioses del Valhalla! —exclamó Einar—. ¡Te dije que te quedaras en casa!

—¿Como una esposa obediente y sumisa? ¡Ya deberías saber que no soy ninguna de las dos cosas! —Antes de que él reaccionara, le ofreció la pequeña manta—. ¡Toma, cúbrele la cabeza! De ese modo, no verá las llamas y se tranquilizará un poco.

—¿Y dónde has aprendido tú…?

—¡Aquí, con vosotros! ¿Dónde si no?

Einar aceptó el consejo sin titubeos. En un abrir y cerrar de ojos, el equino se encontró ciego, pero lo bastante tranquilo como para que

pudiera sujetarlo de la brida para sacarlo de allí.

—Tú, vas a venir conmigo —gritó a Thyra, en un tono que no admitía réplica—. ¡Te quedarás ahí fuera, a salvo! Si se te ocurre volver a entrar, ¡juro por lo más sagrado que te azotaré hasta que no puedas sentarte en un mes! ¿He hablado con claridad?

—Meridiana.

No tenía la menor intención de cumplirlo, pero era mejor hacerle creer lo contrario. Se mantuvo a una distancia prudencial, acompañada por Drustan, cuando el vikingo regresó al infierno. Sus ojos registraron los movimientos de su esposo… Hasta que desapareció delante de sus narices. Como si hubiera sido engullido por aquella enorme construcción que se desmoronaba a pasos agigantados. Esperó que saliera ileso. Rezó para verlo reaparecer intacto. Pero el tiempo comenzó a transcurrir demasiado lento para ella.

—Einar… —murmuró al ver que los animales seguían apareciendo ilesos, pero él no—. ¡Por Dios, ya he esperado demasiado! ¡Voy a ver qué ocurre!

—¡Debes quedarte aquí! ¡Es peligroso!

Drustan intentó detenerla, pero se zafó de su agarre y corrió hacia la entrada.

Si Einar moría…

—¡Thyra, cuidado!

Escuchó su voz llamándola, un instante antes de que una viga se desplomara. Las chispas le saltaron a la camisola y le laceraron la piel. De no ser por la lluvia que la había empapado, hubiera ardido como una tea. Sin embargo, el impacto la hizo tropezar hasta caer de bruces. Aturdida, intentó distinguir la silueta que se inclinaba sobre ella; cuando lo consiguió, solo esbozó una enorme sonrisa de alivio.

—Estás bien… —murmuró.

—Ahora, me interesa más saber cómo estás tú.

—Puedo caminar sola. No es necesario que me tomes en brazos, como si…

—Calla, *kván*. Ya discutiremos más adelante. —Einar le habló con una ternura inesperada—. No seas terca y no avives más mi mal genio, o perderé un control que me está costando mucho tener.

Como a ella, pensó mientras cerraba los ojos, vencida por una oleada de debilidad. Todo se desvaneció, salvo el cuerpo duro y musculoso que la sujetaba contra sí. Notó el calor de las manos en su nuca. Desde tan cerca, se dio cuenta, otra vez, de lo azules que eran sus ojos. Su pelo rubio siempre despedía reflejos color bronce bajo el sol, pensó. Sus mechones le acariciaban la piel.

De pronto, deseó entrelazar los dedos en aquella melena brillante, pero no pudo hacerlo.

Cuando salió al exterior y una bocanada de aire fresco sustituyó el humo de sus pulmones, se desmayó en brazos de su marido.



13 ESPINA ENQUISTADA

La mujer por la que había estado a punto de renunciar a todo, no parecía interesada en el amor que tenía para dar.

«¿Cómo se consigue la felicidad?», se preguntó, mientras corría con su esposa en brazos, en dirección a su casa.

Salvándola. Sin importar ese círculo de confesiones ocultas que les amenazaba, ni su terquedad a la hora de aclararle aquello que lo atormentaba día y noche sin descanso. Había estado a punto de perderla, razón suficiente para afianzarse aún más en sus planes.

Porque Thyra había demostrado que le importaba lo que ocurriera con él. Que le importaba él mismo.

Llamó a Berit a gritos. Mientras se aseguraba de que la joven lo seguía, se fijó en el cabello de su pequeña harpía. La carrera había alborotado sus rizos, cada vez más largos, que formaban un pequeño halo alrededor de su rostro. Un rostro tan familiar que podía repasarlo de memoria con los ojos cerrados.

A decir verdad, podía recordar con demasiada claridad el roce de esos labios sobre los suyos, el sabor de su boca, el sutil perfume erótico de su piel...

Sí. Thyra se rendiría a él, en todos los aspectos posibles. Y después, le confesaría todo aquello que él deseaba saber, y que le roía el corazón.

—Está bien, Einar. No es necesario que la sujetes como si temieras que se la llevaran al Hal.

—Ya se la han llevado una vez. No consentiré que se repita. No puede estar bien si no despierta.

—A veces, la inhalación de humo provoca esas consecuencias. Vete fuera y déjala en el lecho. Los demás te necesitan.

A regañadientes, Einar acató sus órdenes, pero antes de valorar los daños que comenzaban a ser patentes, ahora que la lluvia torrencial parecía imponerse al fuego, se encontró con la figura compungida de Karan bloqueándole el paso.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—Ocurre todo, mi señor. —Sin más, cayó de rodillas delante de él —. Lo mejor que puedo hacer es pediros disculpas, de modo que… aquí me tenéis, dispuesta a enmendar mi error.

—Un momento… ¿Arrepentimiento? ¿Disculpas? No consigo entenderte. Levántate, mujer, y explícate mejor.

—Yo… perdí de vista a vuestra esposa cuando ella salió del cuarto de los telares, esta mañana —confesó—. Creí que después de nuestro entrenamiento diario se quedaría con Ylva o Berit, pero

ahora… ahora está inconsciente en vuestra casa, y yo… ¡Por los dioses, perdonadme! No quería causaros más problemas, ¡pero os los he terminado causando, después de todo!

—No, no, espera. —Einar hizo un rápido recuento de lo sucedido. De no ser por Thyra, se hubieran dado cuenta demasiado tarde del incendio. Este hubiera alcanzado otras construcciones, por no hablar de los animales. Todos habrían muerto calcinados—. ¿De qué me estás hablando ahora? Lo ocurrido con mi esposa no tiene nada que ver contigo. ¿O sí? ¡Karan, haz el favor de mirarme mientras te hablo y deja de lloriquear! ¿Qué me quieres decir?

—Que vuestra esposa no ha podido explicaros cómo es que vio el incendio antes que nadie.

—¿Estás insinuando que ella ha tenido algo que ver?

—¡No, claro que no! Pero es posible que tenga información. Los dos sabemos que en un día como hoy, es fácil que ese incendio surgiera por causas naturales, como un rayo…

—Tienes razón. —Con el ceño fruncido, Einar señaló a los hombres que aún seguían trabajando en las ruinas del establo—. Ve a ver si puedes resultar de ayuda a Ylva mientras yo hago lo propio.

—Pero Thyra…

—Está en buenas manos.

Fue toda la explicación que ofreció antes de apartarse de ella, totalmente ignorante de que ese par de ojos claros seguían cada uno de sus movimientos con el corazón bombeando a un ritmo frenético.

Porque hacía tiempo que Einar Ragnarsson se había ganado las simpatías de Karan, al igual que su esposa. Algo muy contraproducente para Helga y sus intereses.

A su llegada, se había imaginado que se enfrentaría a un monstruo sanguinario, merecedor de todas las maldiciones del mundo, casado con una bruja que se dedicaría a hacer de su vida lo más parecido al infierno cristiano. Lo último que había esperado era encontrarse con un hombre derrotado por las circunstancias. Desgarrado por lo ocurrido entre el que hubiera sido su esposo, y Thyra. Atormentado por confesiones que escapaban a su entendimiento, pero que contribuyeron a que, día tras día, Karan les entregara a ambos un

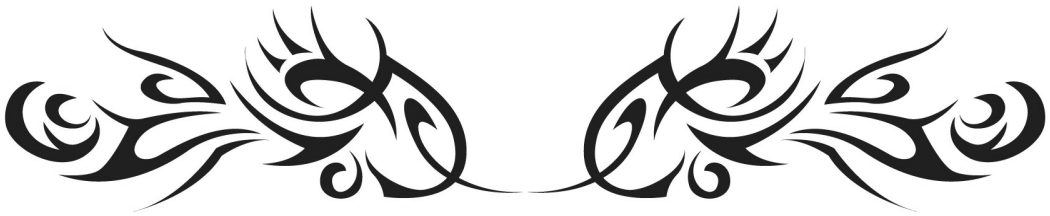
pedacito de su confianza, aunque se esforzó, y mucho, en lo contrario.

—He deseado odiarte, Thyra, tanto como a ti, *berserker* —musitó con pesar, mientras seguía con la mirada los movimientos apresurados del hombre—, pero creo que nunca lo lograré.

Nunca conseguiría ver a aquella mujer como su enemiga. Thyra era un espíritu fuerte, lleno de una justicia que la había alcanzado a ella, para acicatear sus remordimientos.

Se preguntó qué ocurriría cuando Helga supiera que dudaba.

Cuando se diera cuenta de que la mano con la que pretendía ejecutar sus deseos, temblaba.



Por primera vez desde que había vuelto, Einar otorgó a Drustan una pequeñísima parte de su confianza para poder regresar junto a Thyra, consciente de que el fraile le avisaría ante el menor contratiempo. Ylva se estaba encargando de solventar las heridas que algunos aldeanos habían sufrido al intentar extinguir el incendio, y Berit estaría deseosa de regresar junto a su pequeña.

Thyra era su esposa. Su espina enquistada. Su responsabilidad.

Le correspondía a él afrontar las consecuencias de la insensatez de su pequeña harpía y de la suya propia, ¡pero estaba muerto de miedo ante la mera perspectiva!

—Por los dioses, eres un *berserker*. ¿En qué momento has permitido que los actos de una simple mujer te condicionen hasta este punto? —se recriminó a sí mismo, tan ensimismado que ni siquiera se dio cuenta de que Berit se hallaba en la puerta de su casa, con una sonrisa casi siniestra.

—En el momento en que decidiste entregarle tu corazón, vikingo. Y créeme, no lo has recuperado, ni lo harás, a no ser que los astros se

confabulen en vuestra contra. —La sonrisa se convirtió en risilla cuando Einar la fulminó con una mirada huraña—. De acuerdo, te dejo entrar sin preguntarle a ella primero. Ser el mejor amigo de mi esposo tiene sus ventajas.

—¿Ha despertado?

—No solo eso, sino que está aseándose como si tal cosa. Bueno, como si tal cosa no. Me ha pedido encarecidamente que vigile la puerta para que no puedas entrar hasta que ella lo decida.

—¡¿Ella va a decidir cuándo puedo o no entrar en mi propia casa?! ¡Es inaudito!

—Acabo de explicarte que he decidido concederte ciertas prerrogativas. Estás muy distraído, Ragnarsson. Y lo entiendo. Esa guerra de voluntades que os traéis puede resultar reconfortante para la pareja… con un límite, por supuesto.

—Uno que pienso poner ahora mismo. Berit, déjame pasar.

—Todavía no, grandullón.

Él dio un paso adelante decidido, pero se detuvo en seco cuando la pequeña mujercita se interpuso en su camino con terquedad.

—¿Sabes que puedo apartarte con una sola mano? —preguntó.

—¿Y tú sabes que puedo lanzarte una maldición más oscura incluso que la de Helga? —contraatacó ella, con un gesto de arrogancia que desapareció al instante—. Einar, estás llevando esto de la desconfianza demasiado lejos.

—¡Es Thyra quien dicta esa distancia! En cuanto me aclare ciertos puntos…

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de que no hay nada que aclarar? ¿O acaso tu conciencia está tan limpia que te crees con derecho a recriminarle cualquier error en su conducta? —Einar se quedó mudo—. Sí, por supuesto que conozco lo que ocurrió contigo y con Revna en aquella fortaleza. Igual que estoy al tanto de lo que Thyra padeció a manos del conde.

—Falta por saber si fue consentido o…

—¿Es que no me has oído? ¡«Padeció», eso he dicho! Su consentimiento no fue tal si hubo un chantaje previo. ¡Y, o no conozco a Thyra, o lo hubo, sin ninguna duda! —El rostro de la joven comenzó a ponerse rojo conforme su indignación crecía—. Si tú eres

su esposo, ¡deberías presumir de conocerla mucho mejor que yo! Magnus quiso destrozarte a través de ella, y lo está consiguiendo.

—Yo… —La imagen de Thyra con el vestido hecho jirones, prisionera de Helga, lo sacudió por dentro. Los golpes, la sangre seca, la ausencia de vida en aquellos ojos, la palidez de su rostro… Fue un conjunto demoledor que hizo temblar los cimientos de su resistencia y unas convicciones que, de repente, le parecieron sin fundamento—. Berit, no puedo aceptar lo que mi sentido común me dice tan a la ligera.

—¿Por qué?

—¡Porque supondría entregar las riendas a lo que me suplica mi corazón! ¡Y entonces estaré perdido!

—¿Por qué? —repitió ella.

—Porque… porque… ¡la amo! ¡Y no puedo dejar de hacerlo, por mucho que intente imaginármela fraguando actos tan viles como esos de los que la acuso! —reconoció, en un susurro tan afilado como su daga—. Me conoces mucho mejor que a ella. Sabes que posiblemente sea la primera vez que proclame mi amor por una mujer. Pero tengo que mantenerme firme. Tengo que asegurarme, antes de valorar siquiera una posible reconciliación.

—Un gran amor se compone de peleas sin sentido y reconciliaciones inolvidables.

—No me digas que esto es una pelea sin sentido. Lo ocurrido en aquella maldita estancia merece algo mejor. La muerte de Viggo merece algo mejor. ¡La desaparición de Haakon merece algo mejor!

—Tú no estás así con ella por ninguna de esas razones. Pero cuando le ofrezcas una reconciliación inolvidable, habrás conseguido llegar a su corazón. Justo lo que llevas pretendiendo desde que decidiste ofrecerle el tuyo sin reservas. Yo, por mi parte, solo puedo aguardar a que el curso de los acontecimientos sea el que debe. Adelante.

Se apartó, cabizbaja. Ni siquiera se quedó para asegurarse de que Einar franqueara la entrada de su propia casa, aunque el vikingo tampoco se percató de ello. En cuanto la joven desapareció de su vista, solo hubo lugar en sus pensamientos para una persona: Thyra.

Mientras penetraba en la única estancia, alumbrada por las llamas de la pequeña chimenea, trató de aferrarse al último recuerdo de su esposa, corriendo hacia el establo en llamas. Rememoró cómo su corazón casi se le había salido por la boca cuando la vio precipitarse dentro del humo. Y también su firme propósito de reducir su resistencia, empleando todas las armas a su alcance, hasta descubrir lo que había ocurrido con Magnus.

Pero ahora... Ahora que estaba tan cerca, podía detectar el dulce olor de hierbas a pesar del humo, y debajo de él, el cálido aroma de su cuerpo, delicado. Excitante.

Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Abrumado ante la intensidad del cuadro que sus ojos registraron con una sola mirada.

La camisa empapada se encontraba en el suelo, cerca de Thyra, mientras ella se pasaba un paño húmedo por el contorno de sus pechos y el valle que ambos formaban en su centro.

A Einar se le secó la garganta al mismo tiempo que los ojos, pero no lo demostró. Solo se tomó un tiempo para recuperarse, mientras observaba cómo ella se secaba y, con el mismo lienzo, hacía lo propio con su cabello, hasta que sus pies siguieron el curso que le marcaron sus instintos.

—Thyra… —musitó, con una voz demasiado afectada y los puños pegados a ambos lados de sus caderas cuando ella se giró en su dirección.

—Einar. No te había oído entrar.

—He sido sigiloso. No quería provocar tu ira.

—Tendrías que ser un despojo humano de la peor calaña para provocar mi ira —respondió ella, ofreciéndole una sonrisa oscura mientras permanecía con el mentón alzado y el orgullo intacto de una diosa—. Y creo que ni siquiera así lo lograrías, vikingo. Esa es mi peor maldición, te lo aseguro.

—Entonces, estamos a la par.

Había contemplado a Thyra muchas veces últimamente. Como un mendigo hambriento miraría la mesa de un rey, o un sediento un cuerno repleto de hidromiel. Pero en aquel momento, había una sustancial diferencia: la mesa del rey estaba a su disposición, el

hambre se había multiplicado, y sentía la lengua pegada al paladar como consecuencia de la sed.

Solo habría una forma de saciarla. Einar supo que la aceptaría en el mismo momento en que fue capaz de caminar hacia ella y, sin una sola palabra, le quitó la tela que tenía entre las manos y decidió asumir la tarea de secarle el pelo él mismo.

«Lo demás vendrá a continuación, *kván* —pensó, con una pequeña llama de esperanza alumbrando su oscuridad—. Puedes contar con ello».



14 UN HOMBRE HAMBRIENTO DE AMOR

—No es necesario que me mires como si quisieras verme muerto, pequeña. Solo te estoy secando el pelo frente al fuego, mientras doy gracias a los dioses por poder hacerlo.

—Es decir que, a pesar de todo, sigues queriendo verme viva. —Einar se detuvo unos instantes, indeciso, después de haberse atrevido a colocarse tras ella para aspirar su aroma a limpio, mientras deslizaba el lienzo por aquel cabello que comenzaba a lucir ese color rojizo tan vibrante, que le aceleraba el pulso—. No te preocupes, vikingo. De momento, no pienso rechazar tus atenciones. Además, me resultas más útil vivo.

—Ahora soy yo el sorprendido. Pensaba que llevabas muchos días deseándome todo tipo de calamidades, a cada cual más desastrosa que la anterior.

—Pues ya ves que te equivocas. A no ser que hayas sido tú quien provocó el incendio del establo en lugar de un rayo, en cuyo caso tendrías mucho que explicar. Como por ejemplo, cómo podías estar en dos lugares al mismo tiempo.

—No fue un rayo, sino una persona.

Oh, dioses…

—¿La viste? —No le pasó por alto el ligero estremecimiento de aquellos hombros, que permanecían gloriosamente desnudos ante él, como un postre suculento, pero intocable. Deseó que ella se girara para poder descifrar su mirada, pero permanecía de espaldas. Tan cercana, y al mismo tiempo, tan lejos de él—. ¡Thyra, necesito ver tu expresión!

—¿Para comprobar si miento, y así poder añadir otra absurda acusación más a las que ya pesan sobre mi cabeza? —Se encogió, hasta parecer insignificante ante sus ojos. ¡Por Odín! ¿Es que acaso había sido tan injusto como le había insinuado Berit?—. Sí, vi a alguien deslizándose entre las sombras con una tea encendida, y con tanta rapidez y habilidad que ni siquiera sabría decirte si era hombre o mujer. El fuego prendió y yo fui en tu busca. Tranquilo, no te culparía por el incendio ni aunque tuviera serias dudas acerca de tu participación en él.

—¡No estamos hablando de mí, sino de ti! —Einar la zarandeó casi con brutalidad—. ¡El incendio y su causante! ¡Eso es lo único que me interesa ahora!

—¿Por qué? ¿Has estado con Karan y te ha dejado satisfecho?

La soltó como si hubiera tenido las manos metidas en puro fuego, incrédulo.

—¿Fue ella? —preguntó, entornando los párpados—. ¡Responde! ¡Esto es importante!

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—Vi una silueta, nada más. Ya te lo he dicho —respondió Thyra, dándole la espalda con indolencia. Y menuda espalda…—. De momento, no puedo ofrecerte nada más. Y antes de que te atrevas siquiera a pensarlo, no, no estoy protegiendo a nadie. Ni a Karan, ni a Drustan, ya que parecen ser ellos los dos únicos merecedores de tus recelos, a excepción de mí, claro.

—Claro. Por eso te resulto más útil vivo. —Einar posó una mano en el hombro desnudo, blanco, suave, para girarla hacia él—. Esperas que yo descubra el resto, ¿no es así?

—¿No es eso lo que esperas tú también, *berserker*? —Los ojos esmeraldas lanzaron destellos de furia—. Al fin y al cabo, estás casado con una traidora que no te lo pondrá fácil…

—Espera. —Pero Thyra lo ignoró mientras tomaba una sábana y se cubría con ella, anudándola por debajo de sus axilas, dispuesta a marcharse—. ¡Espera, he dicho! —bramó—. ¿Es que siempre tendré que imponerme a ti de esta manera?

—Nunca te impondrás, Einar. Mi voluntad es inquebrantable. Si deseas averiguar las respuestas a tus ridículas preguntas, tendrás que mirar dentro de ti.

—De acuerdo. Pero no te vayas… por favor.

Elevó una plegaria de agradecimiento en silencio cuando la vio detenerse, suspirar y, a continuación, volverse hacia él sin rastro de la rabia y el rencor que esperaba encontrar.

—Al fin veo un poco del vikingo del que me enamoré —murmuró—. Porque me enamoré de ti, Einar Ragnarsson. Y ese amor fue el causante de la esclavitud que vivo ahora. Solo espero que el tiempo me libere, y a ti conmigo.

—Es…un comienzo.

Fue lo único que pudo decir. Al escucharla confesarle su amor, un nudo casi interminable le atenazó la garganta, el corazón y unas

convicciones cada vez más endebles, que siguieron desvaneciéndose conforme su esposa avanzaba hacia él.

—El mejor —respondió ella, llena de seguridad—. Ahora, solo tienes que seguir por ese camino, para encontrar tu final.

—Creo que mi final será también el tuyo, *kván*. Hasta ese punto estamos unidos. —Y al cuerno con sus prejuicios. Gruñó sin disimulo cuando la aferró por los brazos para acercarla a él, con tanto ímpetu que la sábana se desanudó, cayendo al suelo entre ambos. Thyra contuvo el aliento, pero alzó el mentón con desafío. Ni se avergonzaba, ni se arrepentía de aparecer ante él completamente desnuda. Como una diosa digna de un lugar mucho mejor que el que él pudiera ofrecerle. Llena de cruda sensualidad, dirigida a él—. Thyra, yo…

—¿Lo sientes?

—Es algo mucho más complejo. Me enseñaron a poseer a una mujer. A dominarla y no permitir que ella me domine a mí. Pero cuando te miro, solo pienso en adorarte, en rendirme a ti.

—Aunque no tienes ni idea del camino a seguir...

—Tú me enseñarás, pequeña. Dime: ¿cómo lo consigo? —preguntó, muy cerca de la desesperación—. ¿Cómo recupero lo que una vez tuve contigo?

—De ninguna manera. Sabes que esto no tiene futuro, Einar.

—¡Lo único que sé es que no puedo dejar de pensar en ti! Cuando estoy despierto, pienso en ti. Cuando estoy dormido, sueño contigo. ¡Incluso Karan me recuerda que sigues conmigo, y yo contigo! Porque sigues aquí, a pesar de que, según tu rocambolesca historia, podrías haber regresado a tu tiempo, si es que este existe…

—Existe. Y podría.

—¿Lo harías? —De pronto, el azul de sus ojos se enturbió hasta convertirse en un color indefinido. Thyra tragó saliva, resistiendo la tentación de echarse a sus brazos para tranquilizarlo—. ¿Volverías a tu época sin decírmelo?

«¡Por supuesto que no!». Eso le gritaban sus ojos. Pero ella permaneció en silencio, incluso cuando las lágrimas hicieron acto de presencia. Dejó que resbalaran por sus mejillas, como el mejor exponente del dolor que le estaba infligiendo. Einar no se las limpió,

a pesar de que ansiaba tocarla, reconfortarla. Susurrarle al oído que jamás volvería a llorar por su culpa, mientras le prodigaba cientos, miles de caricias para compensar todo lo ocurrido.

No podía hacerlo. No todavía. Solo se quedó con sus ojos fijos en los de ella mientras pasaban los minutos, hasta que su cara, hinchada después del llanto, se ruborizó… por la pasión insatisfecha. Sus ojos, de un verde oscuro, delataban su acuciante deseo sin necesidad de palabras.

Y él estaba más que dispuesto, a pesar de que las dudas lo dominaban. Lo carcomían por dentro, hasta dejarle vacío, como cualquier deshecho inútil. A eso le había relegado aquella mujer. El amor que sentía por ella a pesar de todo. El deseo salvaje que lo impulsaba una y otra vez hacia ella, contraviniendo su propio sentido común...

En cuanto sus labios entraron en contacto, todo lo demás desapareció. En el momento en que su mano quedó aposentada en la nuca femenina y tiró hacia atrás para permitirle un mejor acceso a esa boca que lo tenía obsesionado, todo su autocontrol se calcinó al mismo ritmo que su sangre, o sus pulsaciones alocadas, repiqueteando en cada rincón de su cuerpo.

¡Dioses, cómo la deseaba! La apretó contra él hasta que sintió cada roce, calidez y respiración como si fueran las suyas. Su lengua no encontró obstáculo alguno para penetrar en la boca femenina, ni tampoco resistencia. Thyra se abría a él sin reservas, como había ocurrido desde el primer momento. Y él… él se fusionaba con ella de nuevo en medio de aquella extraña luz que parecía iluminarlo por completo cuando dejaba caer sus defensas para mostrarse como lo que era: un hombre hambriento de amor, que necesitaba escuchar lo mismo por parte de su esposa.

—Por favor... —la oyó murmurar cuando logró separarse de ella, temblando de necesidad entre sus manos.

—Dime que me deseas —le exigió, sin apartar la boca de sus labios —. Vamos. ¿Me deseas, Thyra? —insistió, sin importarle que para ello tuviera que apartarse de su boca—. Tu súplica no me vale como respuesta. Necesito oírte decir las palabras.

Necesitaba que, incluso con los ojos cerrados, ella supiera que era él quien la dominaba, quien la besaba, quien le proporcionaría placer.

Quien la amaba.

Sin embargo, ella continuó en silencio, con los ojos cerrados.

—Está bien. Tú lo has querido.

Su gemido de disgusto precedió a un nuevo beso, decidido a zambullirse en la textura y el sabor de sus labios. Sin embargo, la duda seguía torturándolo. Sabía que podía llevársela a la cama aun sin una respuesta, pero no quería una mujer derrotada por el deseo. Ansiaba tenerla completamente despierta, consciente de lo que hacían, pidiéndole que la tocara.

Que le sostuviese la mirada con verdadero anhelo, que ella lo admitiera...

Einar apartó su boca de la de ella y respiró entrecortadamente.

—Abre los ojos. —Ella siguió pegada a él, inmóvil—. Abre los ojos, Thyra.

«Por favor, no me obligues», fue lo que estos le suplicaron cuando lo miró como un juez a punto de dictar sentencia. Sin que pareciera importarle en absoluto el destrozo que acababa de ocasionar a su corazón, su orgullo y su alma.

Einar apretó los dientes, pero la retuvo junto a él.

—¿Por qué no puedes hacerlo? ¿Tan difícil te resulta, cuando tu cuerpo dice lo contrario? —La voz se le quebró. A cambio, ella se mordió los labios. ¡Dios, cómo lo amaba! ¡Si pudiera perdonarle su egoísmo y lo que este había hecho con ella…

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que hace falta para que te olvides de él? —Por un momento, ella no supo a quién se refería. Pero su gesto desgarrado mientras la apretaba contra él la dejó sin fuerzas. Magnus. Su sombra siniestra planeó entre ellos como un ave de mal agüero—. Di que me deseas a mí. ¡Dilo! ¡Si existe alguna posibilidad para nosotros, pronuncia las palabras! ¡Porque de lo contrario, nunca podré llegar a ganarme tu amor!

Y era lo único a lo que aspiraba. Llevaba demasiado tiempo anclado en sus convicciones. Demasiados días observándola en la distancia, dispuesto a participar en cada una de sus actividades, pero recluido en una prisión que él mismo había forjado. Demasiadas

noches solo, a pesar de su compañía, sin atreverse a moverse por miedo a tocarla, a olerla, a saborearla sin su consentimiento.

Ahora lo había tenido por unos segundos, pero se había evaporado como el agua al fuego.

Ella lo miraba como si no lo reconociera. Inamovible en su actitud. Solo había flaqueado durante aquel beso inesperado, y acababa de recuperar su compostura. Pegada a él, con su cuerpo desnudo invitándolo a tomarlo de mil maneras distintas, pero con la dignidad intacta de una diosa.

—Tengo miedo. A perderte o a perderme yo. Es lo único que puedo concederte, *kván* —reconoció, apartándose un paso, con el corazón un poco más muerto—. Por favor, concédeme tú un tronco al que agarrarme antes de morir. Porque eso será lo que me ocurra si no estás dispuesta a…

—¡Einar!

Ella se cubrió a tiempo de que Drustan no la viera desnuda cuando irrumpió en la casa sin llamar siquiera. Su rostro desencajado fue prueba suficiente de que lo que le había llevado allí era de suma importancia.

—Solo tu palidez te libra de que te dé un puñetazo por entrar con esas confianzas que nadie te ha otorgado —refunfuñó el vikingo con el ceño fruncido—. ¿Qué ocurre?

—En el establo. Hemos encontrado… —El fraile dirigió a Thyra una fugaz mirada, antes de contenerse—. En fin. Creo que es mejor que vengas tú solo a ver esto. muchacha, tú deberías quedarte aquí —añadió con cautela—. No es algo agradable de ver, precisamente.

—Me parece que me conoces lo suficiente como para tener una idea de mí muy alejada de esa fragilidad que insinúas —replicó ella—. Si fueras más conciso, podría saber lo que debo o no debo ver.

—No importa. Él tiene razón. Quédate aquí.

Einar ni siquiera la miró. Se limitó a soltar la orden y a seguir a Drustan, con su sangre corriendo a toda velocidad por sus venas, pero agradeciendo a los dioses aquella proverbial interrupción.

Ignoraba lo que se encontraría, pero conocía bien lo que acababa de dejar atrás.



15 MI CONDICIÓN

La incertidumbre era peor que la certeza de algo nefasto.

Y Thyra acababa de tener una certeza: era tan vulnerable a las atenciones de Einar que había sucumbido a ellas. ¿Cómo podía tener

tan poco orgullo? ¿Cómo podía dejar que la terquedad de un hombre la llevara a transigir, solo para atenuar su sufrimiento?

No se paró a responderse y siguió a los hombres, contraviniendo las órdenes de su marido. Perpleja, advirtió cómo Einar y Drustan se acercaban a un lugar donde parte de la pared del establo había desaparecido, para entrar por ella. Escuchó el sonido de las vigas siendo apartadas y luego sus susurros.

A continuación, silencio.

Cuando salieron, la expresión de Einar era escalofriante, y el bulto que arrastraba con él le cortó la respiración.

—¿Qué es eso? —logró preguntar, con una horrible sensación oprimiéndole el pecho.

—El cuerpo de uno de los mozos que se hacía cargo de los caballos. Debía de estar en el desván del establo y no pudo salir. Por desgracia, nadie sabía que se encontraba allí —respondió Drustan, apenado.

Thyra no pudo indagar más. Un grito escalofriante rompió la lúgubre paz en la que los aldeanos les rodearon conforme fueron apareciendo. Una mujer se abrió paso entre ellos, rota de dolor, y cayó arrodillada junto al cuerpo calcinado del joven. De inmediato, Ylva acudió a intentar reconfortarla, pero no había consuelo posible para ella.

—Es su madre. —La voz inflexible de Einar la sobresaltó—. El joven Akke era trabajador, honrado y responsable. Además de su único hijo. ¿Tendremos que agradecer a tu querido conde su muerte, *kván*? ¿Realmente no pudiste distinguir al autor del incendio, o todo forma parte de un plan macabro?

—Te juro que, si no fuera porque sé que tus palabras provienen de un dolor y una ira tan intensos como los míos, te abofetearía hasta hartarme, aunque dudo que alguna vez se produjera semejante milagro. —Casi podía sentir la sangre agolpándose en sus mejillas, o el escozor de sus ojos, conteniendo unas lágrimas llenas de rabia e incredulidad—. Sin embargo, no te voy a dar ese gusto.

—Una pena. Ya tuve el placer de disfrutar de ese tipo de caricias una vez.

—¡No te daré ni un solo motivo más para seguir tratándome como si fuera una traidora! —estalló ella—. ¡A partir de hoy, vikingo, entrarás de lleno en esta guerra que te empeñas en mantener!

—¿Y si no quisiera?

Thyra parpadeó, confundida. Intentó averiguar su juego, pero pronto comprendió que no se trataba de eso. La tristeza que empañaba su rostro barbudo parecía genuina.

—En ese caso, tendrás que demostrarlo —concluyó—. Tendrás que confiar en mí, Einar. Del modo que quieras, que necesites, que puedas. Me es indiferente, pero esa es mi condición.

No esperó respuesta. Por el rabillo del ojo, vio que él asentía antes de mezclarse con el resto de sus hombres, impartiendo órdenes acerca de la seguridad de la aldea y de los registros que comenzarían a llevar a cabo para averiguar quién había asesinado a Akke.

—Mi señora, estáis demasiado agitada como para pensar con claridad, y Berit os necesita. —Karan tuvo que apretarle el brazo dos veces para que sus ojos se despegaran de la expresión indescifrable de Einar dirigida a ella—. Mi señora…

—Sí, perdóname, Karan. ¿Berit me necesita?

—La madre de Akke ha sufrido un desmayo. Ylva y ella se van a encargar, pero la pequeña Eira solo parece tranquilizarse con vos.

—En eso tienes razón.

Componiendo una sonrisa temblorosa, Thyra dio la espalda a su esposo y siguió a Karan.

Norte de Noruega

Los planes del conde Magnus habían salido a pedir de boca, gracias a Lars Jenssen.

Pudo constatarlo en cuanto puso un pie en la fortaleza, que había vuelto a manos del conde, después de realizar el encargo para el que se había desplazado a la aldea de Einar.

Le hubiera gustado rematarlo todo dando a Cora su merecido, pero Helga le había encargado dejar una especie de serio aviso para que el *berserker* supiera que Magnus seguía con vida, y eso había hecho. Esperaba que el incendio del establo sirviera de advertencia, aunque no se había quedado para averiguarlo. Debía regresar cuanto antes. No tenía experiencia en el manejo de las armas, mucho menos en las de aquel tiempo, pero había demostrado con creces que podía ser de ayuda en otros muchos campos. De hecho, cuando comprobó que la escasa guarnición del *jarl* Olson había caído bajo el ejército de Jenssen y los pocos efectivos que aún eran leales a Magnus, solo pudo felicitar a los nobles.

—No tan deprisa. Todavía tenemos que repartir ganancias —le advirtió Lars, ante el asentimiento de Helga que, extrañamente, era la que presidía la reunión—. Mis hombres no sirven a otro a cambio de nada, conde.

—Lo sé. Y por eso, te cederé parte de mis tierras. Un comienzo inmejorable si queremos reducir a cenizas el poder de Olson.

—Hemos recuperado la plaza que siempre debió ser vuestra, mi señor. Como podéis ver, contamos con más aliados de los que parecía en un primer momento —añadió Helga, señalando en su dirección—. Son muchos los sentimientos que pueden empujar a una persona. La venganza, sin duda, es uno de ellos.

—Al igual que la ambición —sentenció Lars—. Pero en mi caso, deseo encontrar a mi hija por encima de todas las cosas, y darle una lección que nunca olvidará. En cuanto caiga en mis manos, pasará a las del conde. Él se encargará de domesticarla. A cambio, exijo las tierras que lindan con el lago. Son las más fértiles y extensas, y las más cercanas a los dominios de Olson.

Magnus les lanzó a todos una mirada torva, que se detuvo en el danés.

—¿No crees que pides demasiado? —insinuó.

—¿Eso te parece? Acompáñame. —Desde la ventana, los dos hombres observaron los cadáveres de ambos bandos, diseminados aquí y allá, después de la encarnizada lucha que les había otorgado la victoria—. ¿Crees que la vida de mis hombres vale menos que la de los tuyos?

—Depende del grado de lealtad que nos profesen, supongo.

—Pues entonces, observa ese grado y decídete de una vez. O estás conmigo, o contra mí.

No había más alternativas. Hasta alguien que venía de otro tiempo, supuestamente mucho más avanzado, lo sabía. Pero la ventaja que tenía era que ninguno de los dos pareció reparar en su presencia mucho más que Helga. De ese modo, tuvo el privilegio de disfrutar del desarrollo de aquella nueva batalla sin un ápice de peligro para su persona.

—De acuerdo. Estoy contigo —cedió Magnus a regañadientes.

—Me alegra oírlo. Voy a comunicárselo a nuestros hombres. A partir de ahora, tendremos que trabajar la nueva alianza. Solo así podremos vencer a Olson.

El rostro complaciente de Magnus cambió de inmediato en cuanto se quedaron solos. Los tres. Aunque en lo tocante a su presencia, ni él ni Helga parecieron tenerla en cuenta cuando se enfrentaron cara a cara.

—¡No puedo creer que hayas escuchado todo y lo hayas permitido! —estalló el conde—. ¡Se supone que eres mi aliada, no la suya! ¿Dónde está la muchacha destinada a convertirse en mi esposa? ¡Porque seguro que tú tienes mucho que ver en su desaparición!

—Se encuentra cumpliendo parte de su cometido, mi señor. Al menos, eso espero. Lo cierto es que no he logrado establecer contacto con ella desde que se marchó.

—¿A dónde?

—A cumplir con su cometido, ya os lo he dicho…

—¡No me has dicho nada que merezca la pena ser escuchado!

Ante sus espantados ojos, el conde se abalanzó sobre la bruja, que en aquellos momentos solo parecía una pobre anciana a punto de sufrir un brutal ataque. Estuvo a punto de acudir a socorrerla, pero entonces, ella enarboló aquel bastón nervudo que nunca la abandonaba, y el conde retrocedió.

—A ver si os gusta más esto, mi señor —siseó, arrastrando sus pies hacia delante, aprovechándose del desconcierto y el creciente temor de Magnus—. ¡Mis servicios tendrán que ser ampliamente recompensados! Y no me refiero a un puñado de tierra que en nada

me beneficiaría, no. Mi recompensa va mucho más allá. Quiero el fruto de vuestra simiente.

—No estoy seguro de entenderte…

—Vuestro primer hijo, que ya ha sido engendrado, será mío. Con él perpetuaré mi estirpe, y al mismo tiempo la vuestra. Ese será mi pago. Mi condición. Como queráis llamarlo, mi señor.

Durante una eternidad, ni siquiera fue capaz de escuchar su propia respiración, al igual que le ocurría al conde. Sabía a quién se refería la bruja, pero por si tenía alguna duda, sintió el efecto de su mirada penetrante mucho antes de reunir el valor para enfrentarla.

«Sí. Me refiero a ti, por supuesto. A todos tus antepasados, e incluso a los que podrían venir después de que tú hayas muerto. A toda una generación de hombres y mujeres con poderes tan especiales como los que te han permitido viajar en el tiempo, siguiendo la estela de la mujer a la que más odias».

—De acuerdo. —La voz de Magnus rompió aquel tétrico contacto visual—. Si todo sale como planeo, podré engendrar muchos más. ¿Qué importa si tú quieres quedarte con ese que, según tus vaticinios, ya ha sido engendrado?

—Gracias, mi señor. Pronto comprobaréis lo acertado de vuestra decisión —respondió Helga, con una sonrisa de satisfacción dirigida al notable.

Aunque sus ojos se quedaran clavados en la persona a la que de verdad ambicionaba.



16 TREGUA

—Tienes que crecer fuerte y sana, como tu madre. Y para eso, te contaré las historias del gran Thor, que blandía los rayos. O de Loki el embaucador de Odín. O de Fenrir, el lobo...

Einar se quedó en el vano de la puerta que había pensado en franquear como un oso colérico, para recuperar de una vez por todas lo que llevaba siendo suyo desde el momento en que así lo decidieron ambos. Sin embargo, la estampa que lo recibió le hizo olvidarse de que el culpable de la muerte de Akke parecía haberse evaporado como el humo, de la más que posible relación entre él y el conde Magnus, e incluso del temor a un nuevo ataque que le había obligado a redoblar la vigilancia a pesar de sus escasos recursos.

Su pulso comenzó a latir al son de aquel cuerpo femenino, que se movía de un lado a otro con el bebé en brazos. Con una suave cadencia que lo atrapó. Los movimientos de Thyra eran hipnóticos, pero el sonido de su voz lo llenó de una tranquilidad que hacía tiempo que no experimentaba. ¡Era tan hermosa! Cuando sonreía, parecía que el sol hubiera salido para no ocultarse jamás. Pero él y sus sospechas se habían encargado de eclipsarlo. Solo así podría explicar ese gesto tan complaciente, mientras su mujer miraba a la niña con un amor que solo debería reservar a sus propios hijos.

Hijos. Suyos y de ella.

Recordó el que se había malogrado por su culpa. Por la aparición inesperada de unos fantasmas que, gracias a Thyra, había aprendido a mantener a raya. Quizá tendría que hacer eso mismo con los que le asediaban ahora, pensó. Pero para eso, la necesitaría a ella.

—Cuando seas mayor, alguien te adiestrará en el arte de las armas, con el beneplácito del afortunado que te tome por esposa —le estaba diciendo ella a la bebé, que ya dormía plácidamente entre sus brazos —. Y entonces, podrás parecerte a…

Einar se encontró escuchando las historias de Jotenheim, el reino de los gigantes de hielo, y del dragón Nidhoggr, que roía constantemente las raíces de Yggdrasil, el poderoso fresno que conectaba la tierra y el cielo, como si fuera la primera vez que las oía. Estaba tan embelesado, tan ansioso por experimentar en carne propia solo un pedazo de la felicidad que parecía embargar a Thyra y a la niña, que se sobresaltó cuando su esposa tuvo que llamarlo por segunda vez.

—Si querías que te contara un cuento, solo tenías que pedirlo, vikingo —le dijo con sorna.

—¿Eso será lo que me cuentes cuando te pregunte por qué no cumpliste mis órdenes y te quedaste en casa, en lugar de seguirnos al establo incendiado?

—Habla más bajo. Si despiertas a Eira, te juro que serás tú quien la duerma.

—¿Yo? Estoy demasiado cansado. Ha sido una noche muy dura. Venía a buscarte para… —«Para que vengas conmigo. A mi cama. A mi vida. A cada detalle, objeto o pertenencia que me rodea. A llenar cada uno de mis vacíos en la seguridad de que siempre permanecerás justo ahí»—. Para descansar. Imagino que estarás tan agotada como yo. Además, la niña se asustaría si de repente yo… la cojo en brazos —admitió, retrocediendo como si estuviera ante un monstruo de dos cabezas en lugar de un bebé.

Thyra reprimió una sonrisa. A pesar de su enfado, ver su espanto le producía una extraña sensación de calidez.

—No puedo irme hasta que Berit no vuelva.

—Pues ya estoy aquí, amiga mía. —La susodicha apareció como por ensalmo, pero su cara era todo un poema—. Ha sido horrible. La pobre Dahlia no volvía en sí. Y cuando reaccionó, volvió a dejarse llevar por la pena. Ylva se ha quedado con ella. Asegura que se repondrá con sus cuidados. Y esta pequeñaja, ¿te ha dado mucho trabajo? —preguntó a Thyra mientras colocaba a la niña en su cunita —. No suele permanecer dormida en brazos de nadie que no sea yo…

—O yo. A las pruebas me remito.

—Eso es porque tu espíritu está tranquilo. Ojalá permanezca así. —Un simple vistazo a Einar bastó como explicación—. Te veo agotado, vikingo. Deberías ir a descansar con tu esposa.

—Eso pretendía. Si nos disculpas…

—¿A qué vienen esas prisas? —le preguntó Thyra cuando los dos estuvieron fuera.

—Al cielo. Parece que va a volver a llover y no quiero que nos mojemos otra vez sin haber aclarado ciertas cosas entre nosotros, *kván*. Supongo que lo ocurrido antes de que Drustan nos interrumpiera significa algo para ti.

—Lo mismo que para ti.

—Con que esas tenemos. —Si quería rodeos, los tendría. En lugar de enfilar directamente el camino hacia su casa, emprendió el que se dirigía al lago. Ella lo siguió hasta que ambos se sentaron en la orilla —. No vas a provocarme con indiferencia, Thyra. Sé que eso es lo último que sientes por mí.

—Has acertado. Siento mucha más curiosidad por saber de dónde procede esa desconfianza que me tienes, cuando en la fortaleza de Magnus me demostraste lo contrario.

—Ni siquiera lo nombres en mi presencia.

—¿Y cómo pretendes que acerquemos posturas si no dejas de imponer condiciones absurdas? No pienso perder el tiempo contigo si esa es tu actitud, vikingo. O me dices qué buscas trayéndome aquí, o me marcho a descansar.

—Seguridad. —El tono solemne que empleó, logró que ella volviera a sentarse después de haberse levantado—. Bien. Veo que no tendré que correr detrás de ti para que me escuches.

—Después de nuestro beso en casa, es extraño que demandes algo que eres muy capaz de conseguir a través de otros caminos mucho más sutiles.

—Te has dado cuenta.

—Solo una mujer ciega, muda e insensible no se la daría, Einar. —Muy a su pesar, Thyra sonrió—. Pero siento decirte que no conseguirás nada, camuflando tus verdaderas intenciones bajo un aparente deseo por mí.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que es aparente? ¡Por todos los dioses!

¿Cómo podía estar tan equivocada? Einar se revolvió el cabello suelto cuando recibió la expresión transparente de su esposa. Le hubiera gustado estar seguro de lo que percibía para reparar el posible daño que le hubiera causado. Para recuperar el tiempo perdido. Porque la deseaba. Eso nunca había cambiado. Y, sin embargo, la distancia entre ellos había crecido tanto que apenas podía ver el otro lado.

—Una tregua —se le ocurrió proponer—. Si aceptas, empezaré de cero, como si fueras una desconocida a la que deseo conquistar.

—¿Te refieres a… un cortejo?

—Ignoro si se llama así en tu época, pero aquí, se trata de convencer a una mujer para que caiga rendida a los pies de un hombre. —explicó con una sonrisilla de suficiencia—. Quizá así te queden claras mis intenciones, sin necesidad de que te lo demuestre.

—Tus intenciones siempre han sido las mismas: buscar una respuesta que ya conoces.

—No la conozco, Thyra.

—No la quieres creer, porque entonces no tendrías excusa para tratarme como lo has hecho. No quieres creerla porque estás disfrutando de todo esto.

—Si me conocieras un poco, sabrías que sufro tanto como...

—¿Como yo? ¿Eso ibas a decir? —Einar parpadeó, confundido ante la mirada incendiaria llena de indignación que ella le dedicó—. Lo cierto es que te sirve cualquier chivo expiatorio para paliar los efectos de tus propios actos, para desahogar tu ira, y yo soy el más adecuado. ¡Estás tan obsesionado con la venganza que te has quedado ciego y sordo ante todo lo demás!

—Eso…

No era cierto, pero no fue capaz de terminar la frase. Antes, tenía que serenarse para pensar con objetividad. Necesitaba esa tregua. La necesitaba a ella. Y si para conseguirla tenía que darle la oportunidad de explicarse, aunque lo que escuchara no le gustase que así fuera.

—Por Thor, empecemos otra vez, te lo ruego. —Contuvo un suspiro de alivio cuando Thyra pareció relajarse antes de asentir—. Tendría que morir y volver a nacer para contemplar cualquier tipo de venganza contra ti, pero desde que ambos volvimos no tengo un instante de respiro, pequeña. Busco contemplarte y volver a verte. Echar a un lado todo lo que me revuelve por dentro, porque contigo probé lo que se sentía al ser un hombre íntegro, y quiero volver a serlo. Pero lo ocurrido con Revna, o lo que imagino que sucedió contigo, no me lo permite. He sufrido. Y sigo haciéndolo, cada día un poco más. —¿Cómo explicarle que nadie le había hecho sentir tan vivo a través de ese sufrimiento como ella? Pensativo, arrojó un guijarro al agua y observó las ondas que dibujaba en su superficie—. Nunca me había ocurrido con una mujer.

—¿Ni siquiera con Ingrid?

—El cariño que me unía a ella no se parece ni de lejos al cúmulo de tempestades que me asedian cuando solo intuyo tu presencia, *kván*. La necesidad de protegerte a costa de lo que sea, es nueva incluso para mí, aunque siempre me haya peleado por salvaguardar la existencia de los demás. No solo la de mi propia familia, sino también la de hombres que, a la postre, me lo agradecieron. Todavía siguen haciéndolo.

—Como el *jarl* Olson.

—Olson y yo coincidimos en una incursión en tierras danesas. Es un guerrero formidable, pero aquel día bajó la guardia. Un moribundo le propinó un corte profundo en la pierna desde el suelo. De no ser por mí, hubiera acabado allí mismo. Lo saqué a rastras y le cauticé la herida antes de que perdiera demasiada sangre. Él pensó que moriría, y a cambio obtuvo otra oportunidad, del mismo modo que ocurrió conmigo el día que el conde te secuestró. Puede ser que tú me creyeras muerto y que te marcharas con Magnus encantada de hacerlo, pero una vez más, sobreviví. Tu recuerdo me ayudó a hacerlo. Y ese recuerdo siguió muy presente mientras me prestaba a los requerimientos sexuales de Revna. Sí, hubiera podido ponerles fin con mucha facilidad, si solo mi vida hubiera estado en juego. Pero también estabas tú, pequeña. Suficiente razón como para…

—¿Qué pasó con ella en la fortaleza del conde?

Einar estaba resuelto a contarle todo, si así obtenía la reciprocidad que pretendía, pero de pronto, un nuevo cargamento de lluvia comenzó a caer sobre sus cabezas, de una forma tan repentina que ambos abandonaron el lugar a la carrera, internándose en el bosque.

Trondheim, Noruega

—Mi señor, hay alguien que quiere veros…

Olson lanzó un gruñido malhumorado.

—Acabo de atender al emisario del rey, que me pide hombres para enviarlos a tierras sajonas con urgencia, antes de proseguir con su

reclutamiento. ¡Por Odín, todavía no me he repuesto de la noticia de que el conde Magnus y su aliado danés han recuperado su plaza!

—No se trata de un guerrero, sino de una mujer. En realidad es… vuestra hija.

Saber que el mismísimo rey Harald Hardrade lo esperaba no hubiera causado un efecto tan catastrófico en él. De pronto, todo su mal humor se esfumó para ser sustituido por un rayo de esperanza.

Revna había vuelto. El temor a haberse equivocado con ella lo había martirizado durante tanto tiempo que apartó al centinela de un empujón y fue él mismo a recibirla.

Su hija se hallaba ante él cabizbaja. Sucia. Tan desmejorada que le costó reconocerla.

—Por los dioses… —murmuró, sujetándola por los hombros justo a tiempo de evitar que cayera al suelo—. ¿Qué tienes, hija mía?

—Mucho cansancio, tanto como tristeza al haber sido abandonada por mi esposo, padre… —Los ojos de la muchacha se alzaron hacia él, brillantes por las lágrimas que trazaron surcos en sus mejillas. Ella se aferró a él y escondió el rostro en su pecho—. ¡Él me ha repudiado después de saber que espero un hijo! Me he encontrado sola, desorientada, sin comida, ni ropa, ni un techo donde dormir… Solo podía regresar a mi hogar, en la esperanza de que me aceptarías, porque llego dispuesta a espiar mis faltas, a enmendar mis errores… ¡Te pido perdón, padre! —exclamó, arrodillándose—. Por favor, acéptame de nuevo a tu lado. ¡Prometo no volver a desobedecerte jamás!

—Revna, levántate…

—¡No lo haré hasta que no reciba tu perdón!

—¡Levántate, muchacha! —Su corazón temblaba más que sus manos cuando tiró de ella. Un rápido vistazo le dijo que eran el centro de atención de todos los aldeanos y buena parte de los guerreros que se habían congregado a su alrededor—. Tuviste mi perdón mucho antes de pedírmelo, hija. Soy tu padre. Nunca dejaría de quererte.

—¿Ni siquiera si me hubiera comportado como un monstruo ambicioso?

—Puede que la ambición haya gobernado buena parte de tu vida y de tu naturaleza, pero desde luego, estás muy lejos de parecerte a un monstruo.

—¿Y si te dijera que… que no sé quién es el padre de mi hijo?

Olson palideció mientras echaba otra ojeada a su alrededor.

—Definitivamente, seguiremos esta conversación en la intimidad de nuestra casa —concluyó casi en un susurro—. Acompáñame. Ordenaré que te preparen un baño en tu cuarto. Después…

—¿Eso quiere decir que vuelves a aceptarme?

El *jarl* se detuvo a examinarla. Nada en ella indicaba que estuviera fingiendo. Su sufrimiento parecía tan genuino que algo dentro de él se rompió sin posibilidad de reconstrucción.

—No podría rechazarte, ni aunque lo que me contaras fuera la mayor aberración del mundo —afirmó, conmovido hasta los huesos.

Revna asintió y lo siguió, manteniendo la misma actitud sumisa, pero felicitándose en silencio por los resultados obtenidos.

Si en ese momento Olson se hubiera girado, habría descubierto el eterno brillo malicioso en sus ojos que presagiaba una victoria más, gracias a sus artimañas de mujer sin escrúpulos.



17 ESTOY MALDITO

—No puedo entrar ahí.

—Claro que puedes.

—No. —Thyra clavó los talones en el suelo, temblando cuando Einar intentó meterla en la cabaña—. Yo… Aquí… Ellas ordenaron que

me cortaran el pelo…

—Maldición. —Él la sujetó por los hombros y se inclinó, hasta que sus ojos estuvieron casi a la par—. Pequeña, vivimos en la casa-cueva. El escenario de mis peores pesadillas. Y allí seguiremos hasta que consigamos construir un lugar mejor, si es que el conde no aparece antes. Si yo soy capaz de convertir lo que fue mi peor prisión en mi hogar eventual, tú puedes entrar ahí y esperar a que pase la lluvia.

—Visto así…

—No hay otra manera de verlo. Vamos, o tendré que meterte a la fuerza.

Thyra inspiró hondo. Tenía razón. Además, él estaba dispuesto a dar el primer paso.

—Quédate aquí mientras enciendo el fuego de la chimenea.

—¿Por qué? —replicó cuando él la obligó a sentarse en el único banquete de la estancia y colocó los leños que había en ella.

—No me gustaría que te enfriaras. Sería un gran inconveniente para mí.

—Claro. Tenía que haberme imaginado que no se trataba de un acto altruista.

—Sí, tenías que haberlo imaginado. Ya me conoces lo suficiente como para saber que prefiero mirar por mis propios intereses.

—Cuestión de prioridades, lo llamabas hace tiempo.

—En efecto.

Y ella estaba demasiado cansada como para hacerse la digna. Dejó que él se le acercara por detrás y la cubriera con una manta cuyo origen desconocía. Se estremeció ante su contacto y, con un suspiro de satisfacción, se reclinó hasta que su espalda encontró el muro del pecho masculino, y los brazos de su marido la rodearon para llenarla de una calidez que poco tenía que ver con las pieles.

—Pues déjame que te diga que, en muchas ocasiones, sí que te has dejado llevar por ese altruismo que ahora rechazas. Por ejemplo, conmigo —apuntó, sin moverse—. Si hubieras pensado tan mal de mí como aparentas, me habrías dejado donde estaba cuando me encontraste en la cueva. Ni siquiera te hubieras planteado la

posibilidad de aplacar mi enfermedad con el calor de tu cuerpo, con tus besos, con tu abrazo y tus palabras de ánimo...

—Se me pasó por la cabeza.

A ella se le escapó una suave carcajada.

—¿Y eso fue antes o después de concluir que debías rechazarme?

Einar se apartó de ella y colocó la manta junto al fuego para que ambos pudieran usarla.

—No me juzgues tan a la ligera, Thyra. No antes de conocer lo ocurrido entre Revna y yo. —Tragó saliva y le lanzó una mirada temerosa—. Ella… se aprovechó de mi pasividad absoluta y mi mansedumbre. Accedí a lo que quería obtener de mí… por ti. Y no me arrepiento, a pesar de que parezca lo contrario. No. —La detuvo cuando vio cómo ella elevaba una mano con la intención de reconfortarlo—. No necesito tu compasión. Y sé que tengo tu comprensión. Lo hice por mi esposa. Por la mujer que había resucitado en mí al antiguo Einar. Sin embargo, tú…

—Así que se trata de eso. Piensas que, o bien no me resistí lo suficiente para salvar la inútil vida de una esclava que, finalmente, murió de igual manera, o que ni siquiera me resistí.

—Sacas conclusiones apresuradas.

—¿Tú crees? —preguntó Thyra, poniéndose en pie—. Discúlpame.

Se alejó de la chimenea. Necesitaba tomar un mínimo de distancia para espantar los efectos de la bofetada que acababa de recibir, pero él la sujetó por el brazo.

Ella se giró con una mirada fulminante.

—Suéltame, Einar.

—Aún no hemos terminado la conversación.

—Yo sí.

—¿Quieres dejar de comportarte como una cabeza hueca y escucharme?

—Así que, además de una ramera, ahora también me consideras una cabeza hueca. Vamos descendiendo peligrosamente en esa larga lista de prioridades.

—¡Yo no he dicho que fueras una ramera!

—Lo has insinuado. Y sigues esperando a que yo lo niegue, para recuperar tu orgullo de macho herido.

—No pretendía...

—Entonces, di lo que quieras y acabemos de una buena vez.

Estaba comportándose con dureza; percibía el aura oscura que rodeaba a Einar. El color del sufrimiento, de la vergüenza. Pero era lo que se merecía, después de suponer que se había entregado a Magnus con… placer.

Había hecho todo lo posible por superar sus propios demonios, pero la actitud del vikingo se los recordaba constantemente. Aun así, ella no se había rendido. Y allí tenía el resultado. Un hombre atribulado, cabizbajo, deliberando consigo mismo acerca del camino a tomar.

«Ayúdalo. Demuéstrale que tú sí eres capaz de concederle el beneficio de la duda y la ventaja de una explicación convincente. Aunque los dedos te ardan por la necesidad de tocarlo y tus sentidos perciban toda la tormenta que lo sacude por dentro como si la estuvieras presenciando».

—Sé dónde me encuentro —comenzó, siguiendo los consejos de su propia conciencia—. En este mundo, la confianza y la dependencia mutuas son muy importantes, por diversas razones que nada tienen que ver con nosotros.

—Cierto. El peligro constante de las batallas, suelen forjar unos lazos entre los hombres distintos a los demás. Me alegra que lo hayas comprendido.

—A mí me alegraría mucho más que tú comprendieras que esos hombres deberían pensar de la misma manera respecto a las mujeres. Para vosotros, nosotras somos meros objetos destinados a satisfacer vuestras necesidades, tener hijos o conseguir ambiciones políticas.

—Tú jamás fuiste eso para mí.

—Entonces, demuéstramelo. —Ella se atrevió a tocarle el hombro. La corriente que la atravesó los sacudió a ambos, pero no apartó la mano—. Puedes pensar de mí lo que te venga en gana, pero me tratarás como a una igual. Si deseas mi confesión, antes yo escucharé la tuya. Estoy dispuesta a pronunciar en voz alta aquello que siempre has sabido, pero después de ti.

Einar soltó una maldición por lo bajo.

Debería haber previsto aquello. Thyra siempre había sido extraordinariamente intuitiva. Sinestesia, lo había llamado una vez. Ahora, la palabra y su posible significado se diluían en la intensidad de la mirada que ella le dedicaba. Podía confiarse a ella por completo, que encontraría la comprensión que necesitara. Eso le decían aquellos dos faros verdes que parecían acariciar su alma.

Le ofrecía un nuevo comienzo. Y él lo aceptaría.

—Los dos hemos sufrido actos que, de un modo u otro, nos marcarán en el futuro —comenzó, dirigiendo su mirada a las llamas —. Por separado, pero también en nuestro camino juntos.

—Así que piensas que hay un camino común para nosotros...

—¿No es evidente que lo estamos recorriendo a pesar de todo? Quizá no del mejor modo, pero ninguno de los dos hemos solicitado un divorcio que estaría más que justificado. —Esperó una réplica por parte de ella, pero al ver que no se producía, continuó—: El hecho es que esos... obstáculos que otros nos han impuesto, no me parecen insalvables; creo que, al final, somos nosotros dos quienes podemos determinar cómo salen las cosas.

—¿Otra vez ese «nosotros»?

Einar respiró profundamente.

—Las que sean necesarias. Cuando me casé con Ingrid, descuidé tantos aspectos esenciales de nuestra relación, que terminé perdiéndola. No hace mucho, casi te pierdo a ti. Ese día, decidí que no fracasaría por segunda vez y sigo pensándolo, pero solo soy la mitad de esta relación, *kván*.

—Hasta el momento, has forzado una proximidad que muy bien puede llevarnos a generar un desprecio mutuo.

—Y, a no ser que tú quieras lo contrario, algo que no me has manifestado, pienso seguir haciéndolo.

—¿No tienes miedo de lo que pueda suceder si persistes?

—Si algo he aprendido a tu lado, es que es preferible tener una mente abierta a la hora de aceptar todas tus sombras, pequeña. ¿Estás dispuesta a hacer lo mismo?

Ella inspiró hondo. Cuando encontró la mano de Einar, la cubrió con la suya solo para ser más consciente de su cercanía, de su fuerza. Sus ojos recorrieron con disimulo la poderosa línea de su

mandíbula, cubierta por la barba corta, los planos de sus pómulos altos, la curva sensual de su boca...

Recordó la presión de esos labios contra los suyos. Ningún hombre la había besado nunca así, ni le había provocado ese inquietante destello de calor tan dentro de ella. Ningún hombre se había mostrado tan accesible como lo era Einar en aquel momento. No la miraba, pero le transmitía un montón de pensamientos a través de sus dedos entrelazados. Sus manos eran el símbolo de aquello que ambos anhelaban, de modo que, ¿para qué seguir negándoselo?

—Está bien —concedió, con la emoción trepándole por la garganta.

—De acuerdo. Entonces, trato hecho. —Él solo le dirigió una fugaz mirada antes de regresar de nuevo a la chimenea, como si allí estuvieran las respuestas a todas sus preguntas—. La tierra vive con la primavera. Siempre es así.

—Einar, no entiendo qué tiene eso que ver con nosotros.

—Que es mi tierra. El lugar donde un hombre puede echar raíces. Mi hogar. Donde tengo intención de quedarme y donde mis hijos crecerán. No puedo negar que las circunstancias en las que el destino te ha puesto en mis manos son, como mínimo, extrañas, pero con una explicación que yo he terminado por creer de principio a fin. Ambos estamos irremediablemente unidos. Ahora bien: ¿podrás llegar a representar ese hogar del que estoy hablando para mí?

—Hubo un tiempo en que pensaste que sí. Pero ahora, todo está roto entre nosotros.

—Y yo tengo demasiado miedo de recomponerlo. —Su angustia era tan patente que ella contuvo el aliento. Los ojos masculinos se oscurecieron hasta parecer casi negros. Dos pozos interminables de secretos que estaba dispuesto a descubrir—. Estoy maldito, Thyra.

—Superaremos la maldición de Helga con la ayuda de Berit y…

—No me refiero a la *völva*. Mi madre sufrió lo indecible antes de morir, sola. Mi primera esposa siguió su mismo camino, como mi primogénito. Mi mejor amigo ha desaparecido. Tú perdiste a nuestro hijo por mi culpa, y mi hermano pequeño corre el riesgo de vagar entre las sombras eternamente. ¿Sabías que un guerrero debe morir con una espada en la mano o no podrá entrar en el Valhalla? Viggo

demostró ser un gran guerrero. Su intención fue protegernos. A todos. Por eso se vistió con las ropas del enemigo. Así lo encontré...

—No puedes martirizarte de esa forma. Tú no tienes la culpa de nada de lo que me has contado.

—Pero sí la tengo de que te entregaras a Magnus. Y te pido perdón por ello. —Antes de que ella pudiera reaccionar, Einar se arrodilló a sus pies—. No me importa lo que ocurrió. Lo único importante es tu sufrimiento. Las señales que vi en ti y que borré de mi mente para justificar las mías. En lugar de reconfortarte, avivé ese dolor con mi egoísmo. Thyra, no soy mejor que el conde.

—No digas eso…

—Estoy en condiciones de decir mucho más. —Su cara barbuda palideció y se desencajó. Inhaló aire, y añadió—: Él es mi padre. Y también el padre de Viggo.



18 TU ÚLTIMO HOMBRE

Thyra parpadeó, muda por la impresión.

—Helga me lo confesó para impedir que lo matara. Como tú, dudé una fracción de segundo. Suficiente para que él escapara. —Einar dejó caer los hombros, tan pálido y abatido que ella tuvo que

contenerse para no reconfortarlo a base de los millones de besos que estaba deseando darle—. Te ahorraré los detalles. Baste decir que somos fruto de dos violaciones, y que Viggo fue el resultado de la que ya te hablé en su día.

—Esa mujer te ha maldecido. No puedes dar pábulo a sus palabras. Cada una de ellas es una mentira en potencia…

—Entiendo que te resulte repulsivo pensar en aceptar algo así. Yo también siento asco de mí mismo cuando lo pienso, pero no hay error posible. Él tiene la misma marca que yo —añadió, señalándose el muslo—. Ambos la compartimos con Viggo. ¿La has visto?

Ella asintió, recordando el momento con un horror que le sirvió para contemplar a aquel hombre con otros ojos. Como si no lo conociera. Hasta que sus emociones se transformaron en unos colores demasiado familiares.

Había llegado el momento.

—No me entregué a él por voluntad propia. Nunca haría algo así sin luchar. Lo que viste fue el producto de esa lucha. Él me llevó a la fuerza solo para hacerte daño, y me chantajeó con la vida de Gudrun, pero cuando acabó con ella, me rebelé. —Encontró el valor suficiente para acercarse a su esposo y apoyar la cabeza sobre su hombro, sin miedo a ser rechazada—. Es la verdad. Y con ella no busco tu compasión, ni tu comprensión. Solo... tu calor.

¿Se lo daría si se atrevía a llegar más lejos que un simple acercamiento físico? Cuando se arrastró hasta sentarse sobre las fuertes piernas masculinas y enlazó sus manos alrededor del cuello del vikingo, supo la respuesta. Se meneó hacia delante para apretarse contra Einar como un gato que se acurruca junto a una estufa. Él no le respondió con palabras, pero despacio, recorrió su cuello con la boca, dejando un rastro de besos.

Pretendía lograr el olvido, juntos. La superación de todo lo ocurrido, para poder pensar en un mañana. La construcción de su propia burbuja de aislamiento frente a todos los problemas que seguían acuciándolos ahí fuera. Arrancar de su cabeza al conde y su siniestra huella.

Consiguió todo eso con creces. Cuando sus bocas se encontraron, en la mente de Thyra solo hubo lugar para él. Para su olor, su sabor,

su calor. Su presencia masculina arrasadora. Sus manos, que recorrían su espalda hasta posarse sobre sus nalgas, mientras sus lenguas se enzarzaban en la pelea más sensual, ávida y contundente que ella hubiera experimentado jamás.

—Einar…

—Si me rechazas después de buscarme, significará que no aceptas mis disculpas, ni mi deseo, ni mi pasión, y mucho menos mi alma, *kván*. —Se apartó de ella lo suficiente para examinar su expresión—. Gracias. Otra vez.

Thyra no pudo responder. Se hallaba demasiado inmersa en el remolino de inesperada pasión que la sacudió entera. Se arqueó contra él, le rodeó la cintura con las piernas, y gimió al sentir cómo se frotaba de forma íntima contra ella.

Gimió y se sujetó a él con más fuerza cuando su túnica terminó arremolinada alrededor de su cintura, dejándola completamente expuesta. Echó la cabeza atrás y se dejó llevar. Eran demasiadas sensaciones como para controlarlas. Ni podía, ni quería hacerlo. Sobre todo cuando Einar se las arregló para desembarazarse de sus pantalones y su contacto fue brutal. Único.

Los sentidos de Thyra lo encontraban abrumador; su aroma masculino, el sedoso contacto de sus cabellos rubios, la presión de su cuerpo duro como una roca, pegado al de ella...

Tragó aire con un jadeo entrecortado.

Era como si no pudiese llenar los pulmones, pero todo dejó de importar cuando Einar reemplazó su necesidad de aire por la de sus labios, la de su lengua, la de percibir la urgencia que él tenía de ella.

—Soy el último —le advirtió, con una dulzura sobrecogedora—. Todo se termina aquí. Conmigo. El mejor y él último. Tu último hombre.

En ese momento vertiginoso, el pasado perdió toda su razón de ser.

Era como si el siglo XX nunca hubiera existido, ni el infierno que había tenido que pasar en la fortaleza del conde, ni el rechazo de Einar.

Como si ella hubiera pasado toda su vida dirigiéndose hacia aquel momento.

Aquella magia.

Aquel hombre.

—Espera. —Incluso ella misma se sorprendió de la firmeza con la que promulgó la orden. Einar se quedó inmóvil, conteniendo el aliento cuando sintió las tímidas manos femeninas abarcar el grosor de su erección para comenzar a acariciarla—. Sé que esto te agrada…

—No sabes cuánto, pequeña.

—… y esto también. —En un alarde de valentía, Thyra se inclinó sobre su verga hinchada y sonrió cuando vio la incertidumbre en los ojos azules—. Sí, es lo que piensas.

—¿Vas a atreverte a…?

—¿No te gustaría?

—¡Por Odín, pequeña! Nada me gustaría más, pero me pregunto si te gustará a ti.

—Solo hay una manera de saberlo, ¿no crees?

A él no le dio tiempo a responder. De pronto, se encontró sumergido en aquella boca que lo succionaba con una inexperiencia mejor que cualquier destreza. Acababa de convertirse en el esclavo de aquella mujer, y ni siquiera había opuesto resistencia. Con la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados y los dientes tan apretados como sus puños sujetando la manta de piel, Einar pensó que acababa de entrar en el Valhalla. Sus miembros se volvieron laxos, a pesar de que todo el cuerpo se hallaba en tensión. Una oleada creciente de placer se concentró entre sus piernas con tanta rapidez, que tuvo que apartarla antes de perder el control por completo.

—¡Dioses, para! —suplicó.

—¿Te he hecho daño?

Cuando Einar abrió los párpados, se encontró con sus dedos enredados en aquellos rizos pelirrojos que ya habían crecido lo suficiente para hacerle perder la razón. Con aquellas mejillas enrojecidas por la pasión, los labios brillantes entreabiertos y la incertidumbre pintada en los ojos que se clavaban en él.

—Ah, mi amor. Ahora te demostraré el daño que me has hecho. —Con un gruñido y una sonrisa, se abalanzó sobre ella y sujetó sus muñecas a ambos lados de su cabeza—. No me tengas miedo, Thyra. Nunca más te haré daño. Pero acabo de cederte una parcela de mi

confianza demasiado íntima como para que la desprecies. A partir de ahora, marcaremos nuestro nuevo camino, juntos.

Atrapó su boca sin soltarla, despertando de nuevo aquella lujuria desenfrenada que siempre la había unido a él. Sus cuerpos estaban tan pegados que, cuando ella se movió, él quedó encajado entre sus piernas. Una oleada de sensaciones fluyó sobre Thyra, dejándola a la deriva en un océano de pasión tan enorme, que sintió como si se le estuviera dando una nueva forma, solo para amoldarla al contacto de aquel hombre.

Igual que las rocas eran moldeadas por el agua salada, ella se diluía ante sus caricias. Se rendía ante la fuerza y la ternura de aquellos dedos que comenzaron a acariciarla en su parte más íntima, sin descanso.

Einar era como un mar embravecido que la cubría con cada ola. Sentía su pasión penetrando en la piel para iniciar su propio fuego, que se extendió por su cuerpo como un incendio sin control, hasta llenarla por completo. Desde el bajo vientre hasta la garganta, no hubo palmo que quedara fuera de su influjo.

Le costó respirar cuando comprendió que no eran los dedos de su hombre, sino su enorme erección, lo que frotaba su sexo empapado.

Necesitaba un desahogo al delicioso dolor que estaba sintiendo en el pecho.

Con la piel ardiendo bajo esas manos enormes, se aferró a él cuando la explosión de colores le llenó los sentidos. Sus uñas rasgaron la espalda del vikingo. Volvió el delirio cuando sintió que Einar le mordía los labios. Apenas le cabía un resquicio de aire en los pulmones y todo en su interior se contraía, una y otra vez, haciéndola gemir sin control.

Él le acariciaba la sensible piel del vientre, mientras luchaba contra su propia urgencia, pero cuando ella elevó las caderas pidiendo más, se colocó sus esbeltas piernas sobre sus hombros y la penetró.

Por un instante, los dos se quedaron inmóviles. Sus miradas engarzadas al igual que sus cuerpos, hasta que comenzaron a moverse al unísono, con sus caderas meciéndose cada vez más fuerte, cada vez más rápido y profundo.

Poco a poco, la estancia se llenó de una luz cegadora que le impidió ver lo que había a su alrededor. Solo era consciente de su esposo llenándola, colmándola con cada envite. De sus sudores compartidos, al igual que sus respiraciones o su rendición recíproca. Hasta que el dolor que gobernaba su vientre la liberó, creando un clímax único que la hizo gritar de placer y convulsionarse con violencia, como si fuera una marioneta. El aire que los rodeaba estalló, el tiempo quedó detenido y el corazón le palpitó con una emoción que no había experimentado nunca...

El tiempo se detuvo un instante; en torno a ellos, brotaron chispas de energía.

Einar sintió que la emoción le invadía en oleadas mientras ambos seguían moviéndose, encendiendo un fuego que le alcanzó el centro de su misma alma. Y la fuerza de su placer le obligó a echar atrás la cabeza cuando, por fin, se derramó dentro de ella.

Y fue en ese preciso instante cuando Thyra se dio cuenta de su descomunal error.

¡No solo había cedido a sus más bajos instintos después de mantenerlos a raya todos aquellos días, sino que además le había concedido su total confianza!

—Lo he confesado. Todo —murmuró en cuanto se repuso de la maravillosa experiencia que acababa de saborear—. Por todos los santos, qué estúpida he sido.

—Quizá si te explicaras mejor…

Einar le apartó las manos de la cara. Recostado a su lado, tenía tal expresión de felicidad y satisfacción, que ella volvió a cubrirse, muerta de la vergüenza. Furiosa consigo misma y con sus debilidades. Aquel hombre tenía el poder de desbocar su imaginación y agudizar sus instintos, hasta llegar a extremos que jamás había imaginado.

El cuerpo le pedía muchas cosas, y todas las quería con él. Pero no así. No en aquel instante mágico en el que sentía que todo podría arreglarse entre ellos.

—Tienes miedo.

—¿De ti? No lo he tenido nunca, Einar —replicó, haciéndose la digna ante la sombra de decepción que empañó los ojos azules.

—Entonces, albergas tanto rencor dentro de ti que no eres capaz de alegrarte de que la verdad salga a la luz —aventuró él con un largo suspiro—. Yo sí, Thyra. Me alegro. Mucho. Porque tal vez, a partir de ahora, podamos continuar adelante con un mínimo de normalidad.

—Que es exactamente lo que llevas buscando desde que nos reencontramos. —Decidió tomar distancias y se alejó para ponerse de nuevo la túnica, antes de regresar a la manta. Era el lugar más cálido. Y el que él ocupaba—. Bueno, esto no se puede volver a repetir. Ya te has divertido lo suficiente.

—Me ha parecido que también ha sido divertido para ti.

—Esa no es la palabra que utilizaría. Increíble, maravilloso, incluso conmovedor, serían más acertadas. Pero también ha sido cruel y malintencionado.

Einar se apoyó sobre un codo con incredulidad.

—¿Perdona?

—No lo niegues. Lo has hecho a propósito.

—Claro. Quería proporcionarnos placer a los dos. ¿Por qué es cruel y malintencionado?

—Ya lo sabes.

Ella se giró, pero él la sujetó a tiempo de evitar que se escapara.

—No, no lo sé. Explícamelo. ¿Qué significa esto?

—¿Vas a seguir fingiendo que no sabías cuál iba a ser el efecto? ¡Todo esto no ha sido más que una manipulación emocional para disipar las pocas dudas que pudiera tener con respecto a tu relato, al mismo tiempo que te asegurabas mi confesión sincera!

—Ya veo. ¿Manipulación emocional? Por los dioses, a veces resultas tan intrincada que me cuesta desentrañar lo que quieres decirme…

—Pero esta vez sí que lo has entendido, ¿verdad?

—Perfectamente.

Thyra apretó los párpados cuando lo sintió moverse a su lado. No debía clavar los ojos en su poderosa silueta mientras se desplazaba por la cabaña, mascullando maldiciones. Ni apreciar su potente atractivo, con esas nalgas firmes que la volvían loca, esas piernas fuertes o esos hombros sobre los que habían descansado las suyas, para permitirle entrar y salir de su cuerpo tantas veces y con tanta

profundidad que… Oh, Dios. Se sentía arder por dentro de nuevo, y ni siquiera había pasado un tiempo prudencial para…

—Puedes mirarme. No te preocupes, pequeña. No me has destrozado el corazón. Tus dudas son comprensibles, así que puedes seguir fingiendo frialdad mientras yo finjo que me la creo. —La atrapó entre sus manos, zarandeándola con suavidad hasta que consiguió su objetivo—. Bien, esto ya me gusta más. Por lo menos, podré observar tu reacción mientras te digo lo que tengo que decirte.

—¿Tan importante es?

—Sí. —Einar apretó los labios. Acababa de tomar una decisión trascendental, pero se negaba a pensar en sus repercusiones—. A partir de hoy, dormirás en mi cama, conmigo. Porque lo que acaba de ocurrir, te guste o no, transformará las cosas.

—No comprendo cómo puede hacerlo.

—Prioridades. Negociación. Dime qué tengo que hacer, decir, concederte o negarte para que creas en mí. En la autenticidad de lo que hemos hecho juntos y en su continuidad. —La soltó y se cruzó de brazos—. Adelante. Te escucho.

A Thyra le llevó un buen rato comprender que hablaba en serio. Por completo.

Sería una estúpida si perdiera esa inesperada ventaja, pensó.

—La reconstrucción de la aldea y de tu casa —soltó a bocajarro—. Una vez, hablamos de mis posibles dotes para ayudarte. Ahora, las necesitarás. Si de verdad el conde es tu padre y está vivo, no podrás dedicarte por completo a esa reconstrucción. Es posible que yo no sea capaz de cargar con mucho peso, pero mis ideas podrán contribuir a que tu casa, y el resto de la aldea, sean un lugar más confortable, seguro e incluso único.

Einar se frotó la frente y soltó un cansado suspiro.

Nunca comprendería a Thyra...

Pero entonces, volvió a mirarla con una sonrisa.

—Solo espero no comprenderte —afirmó—. Es la mitad de la gracia de amarte como lo hago. De acuerdo. Trato hecho.

Extendió una mano, pero ella no se movió.

Él le había dicho que la amaba. Con tanta naturalidad que parecía no haberse dado cuenta.

—Trato hecho —respondió estrechándosela, mientras se reponía de la impresión y su corazón volvía a latir—. Ahora, vamos a descansar. Vienen días de mucho ajetreo.

Y esperaba que ese ajetreo tuviera que ver con ellos. Juntos.



19 INSTINTOS DE GUERRERO

Era bien entrada la mañana cuando Bjorn divisó Njardarheimr, la aldea de Einar.

—Al fin, *berserker* —murmuró para sí mismo, aspirando una enorme bocanada de aire para insuflarse el valor que necesitaba.

Había tenido tiempo de sobra para meditar su decisión. Pero tras comprobar que Revna había regresado con Olson y que el conde Magnus había arrasado a sangre y fuego su propia plaza, con la ayuda de Lars Jenssen, consideró que Einar era la única salida viable. Al menos, el paso previo al *jarl*.

Se presentaría solo, con las manos bien en alto para que nadie pudiera cuestionar sus intenciones. Incluso le revelaría el paradero de Revna si él así se lo exigía. Después de lo sucedido, se lo debía. Sin embargo, callaría todo lo referente al maldito embarazo; algo le decía que, si Einar tenía algo que ver en él, desde luego no había sido por voluntad propia. Aunque no alcanzaba a imaginar cómo una simple mujer podía doblegar la voluntad de un hombre mucho más fuerte que ella hasta ese punto. Además, Ragnarsson estaba perdidamente enamorado de su esposa. Y el amor podía forjar unas cadenas casi inquebrantables si se le daba la ocasión. Él lo sabía mejor que nadie. Por otro lado…

Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando detectó movimiento a su derecha, tras unos matorrales. Con el sigilo de un enorme gato, desmontó y avanzó entre la maleza, espada en mano, dispuesto a cortar la cabeza de cualquier enemigo que, por ende, también lo sería de Ragnarsson.

—¡Aquí estás! —exclamó cuando estuvo seguro de que se había acercado a su espalda.

Levantó la hoja de acero con ambas manos, pero toda su determinación se esfumó al ver que era una mujer quién le hacía frente, con una flecha apuntando directamente a su corazón.

—Valora tus opciones, guerrero. Antes de que me ensartes con tu espada, mi flecha te atravesará. Puede que yo no salga de esta, pero te aseguro que tú tampoco.

Bjorn parpadeó, atónito. Por lo que estaba escuchando, por la bravura de aquella muchacha y, sobre todo, por su contundente belleza. Sus ojos celestes parecían lanzarle los truenos y relámpagos de todas las tormentas juntas, pero su temple desmentía la aparente furia que la dominaba. Dos gruesas trenzas recogían sus cabellos rubios a ambos lados de un rostro ovalado, cuyos suaves rasgos no se correspondían con la amenaza que acababa de proferir.

Su cuerpo esbelto se hallaba en posición de ataque. Parecía ágil, pero él no se dejó engañar. Después de un momentáneo deslumbramiento, su sangre fría regresó.

—Tienes un buen revolcón, muchacha —afirmó, con el mismo tono quedo de ella—. Quizás así se te quiten las ganas de soltar bravuconadas. Pero no seré yo quien te lo dé. Antes, tengo cosas más importantes que hacer.

La reacción de la joven fue rápida. El rodillazo en la entrepierna le obligó a doblarse en dos por el dolor. Emitió un quejido contenido, que se evaporó en cuanto logró abrir los ojos para ver la punta de la flecha demasiado cerca de su cuello.

—Perra, pagarás por esto… —siseó, dejándose caer al suelo.

—¿Antes o después de luchar por tu vida, vikingo? —Ella elevó el mentón, satisfecha—. Soy Karan la Danesa, y estas gentes me han acogido. No permitiré que les hagas ningún daño.

—¿Daño? Me llamo Bjorn. Hasta hace bien poco era el capitán del *jarl* Olson… —Se mordió la lengua para no añadir que también estaba casado con su hija. Aquel intento de valkiria no tenía por qué saberlo —. Pienso presentarme ante Einar Ragnarsson. Tengo información crucial para su supervivencia y la de todos nosotros, pero tú eliges el modo en que voy a hacerlo.

—¿Información crucial?

Bjorn aprovechó la pequeña distracción para contraatacar. Karan se encontró con el arco y la flecha en el suelo, el brazo retorcido y la espalda pegada contra el enorme pecho del vikingo.

—Esto está mucho mejor. —Ella intentó liberarse, pero solo consiguió que el contacto se intensificara. Y también un inesperado aroma masculino que le inundó las fosas nasales para incentivar el resto de sus sentidos. No podía negar que el maldito era guapo a rabiar, pero debía seguir oponiendo resistencia. Por su seguridad y por la del resto de la aldea—. Bien. Si eres quien dices ser, no tendrás inconveniente en guiarme hasta el *berserker* como una buena chica.

—Soy quien digo ser. Einar se encuentra supervisando los trabajos de reconstrucción de los edificios principales de la aldea, junto con su esposa, y no, nunca he sido una buena chica.

El agarre se intensificó hasta arrancarle un gemido de dolor.

—No me creas estúpido, danesa. He luchado en las suficientes batallas como para no subestimar al enemigo, por mucho que este tenga un aspecto demasiado alejado del de una bruja capaz de lanzarme un hechizo del que podría no reponerme.

—¿Tan poderosa te crees que soy, capitán? Si es que lo eres, claro.

—Solo hay una manera de saberlo. ¡Andando!

El primer empujón la estampó contra el suelo. Él tiró de su brazo sin piedad para que siguiera avanzando, mientras saludaba a los vigías, que les permitieron el paso en cuanto lo reconocieron.

Karan frunció el ceño.

¿Y si de verdad conocía a Einar? ¿Y si formaba parte del contingente militar del *jarl* Olson?

En ese caso, tendría que controlar ese interés desmedido que la había acosado desde que había vislumbrado su silueta entre los arbustos, observando la aldea como si planeara atacarla. El malnacido sabía ocultarse bien, pero iba solo. Ella lo comprobó antes de seguirle los pasos. Era evidente que el tal Bjorn tenía sus instintos bien afinados.

Eran los instintos de un guerrero curtido.

Y atractivo también.

«Es la segunda vez que piensas en él de esa manera, mientras te trata como si fueras su prisionera de guerra».

—Si vuelves a empujarme, te aseguro que sufrirás las consecuencias —le advirtió en mitad de la plaza, ignorando a los aldeanos que comenzaban a congregarse alrededor.

Bjorn alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Viniendo de una mujer que ha pedido asilo, después de que el conde Magnus se haya aliado con un gran notable danés para recuperar su plaza, aniquilando a los que una vez fueron mis hombres? Lo dudo mucho.

—¿Qué acabas de decir, capitán?

De repente, se olvidó de la deliciosa muchacha que parecía querer asesinarlo con la mirada y se giró hacia Einar. Por un instante, un espeso silencio se instaló entre ellos. El *berserker* lo observaba ceñudo, pero no había nada más que delatara su estado de ánimo.

Para alivio del vikingo, ni siquiera echó mano de alguna de las muchas armas que llevaba con él.

Solo esperaba, probablemente tan sorprendido que era incapaz de hablar.

—Me alegro de volver a verte, Ragnarsson —lo saludó con cautela, inclinando la cabeza antes de dar una vuelta sobre sí mismo—. Como ves, vengo solo y desarmado.

—Aunque demasiado dolorido aún —murmuró Karan entre dientes, conteniendo una risilla cuando el vikingo la fulminó con una mirada cargada de intenciones, antes de carraspear—. Quiero decir, que eso no es del todo cierto, mi señor. Lo sorprendí mientras intentaba acercarse a la aldea, a saber con qué intenciones, y quiso agredirme con su espada. Por fortuna, logré reducirle…

—¿Tú? ¿A mí? ¡Ja! Como puedes comprobar, Einar, he sido yo quien la ha… invitado a que me condujera ante ti. Aunque has sido tú quien me ha encontrado antes de que podamos hablar con un mínimo de intimidad…

—Deberás disculpar mi descortesía, pero como puedes ver, estamos tratando de reconstruir lo que otros destruyeron, además de descubrir quién incendió nuestro establo hace unos días —afirmó Einar con ironía, y los ojos entrecerrados por la suspicacia cuando se clavaron en él—. No hemos encontrado nada, más allá de evidencias de que alguien ajeno a la aldea huyó en mitad de la tormenta, pero tu presencia aquí me hace dudar…

—Puedes dudar si quieres, pero esta mujer acaba de afirmar que me ha descubierto. Hoy. Ahora, Einar. Si me conoces un poco, y puedo presumir de que es así, sabrás que siempre voy de frente. Jamás se me ocurriría algo tan ruin como provocar ese incendio y perjudicaros, a ti y a tu gente. Mi corazón no es el que está podrido.

—Cierto. Es el de tu esposa el que huele mal. Pero de todos es sabido que un hombre enamorado puede caer demasiado bajo. Por cierto, ¿dónde está? No me digas que al fin has entrado en razón…

—Digamos que fue ella quien ayudó a que se me cayera la venda de los ojos, justo antes de que me topara con las tropas de Magnus y las de su aliado danés, asentándose en una aldea que, hasta hace tan solo días, pertenecía al *jarl* Olson. No hará falta que te explique

en qué condiciones la ganamos para él; supongo que sigues teniendo grabados a fuego los acontecimientos de ese día.

—Para mi desgracia. —Su mirada tormentosa se dirigió a Karan—. Esa sanguijuela inmunda cruzó el mar para reclutar refuerzos, y fue directo a tu casa. La presencia de Bjorn solo me está ayudando a atar cabos. ¿Ese fue el motivo de tu huida? ¡Habla!

—Yo…

—Tú me dirás ahora mismo la verdad. Por completo. Delante de toda mi gente. Será eso, o una ejecución igual de pública que tus confesiones.

Karan tragó saliva. Por los dioses. Nunca debió dejar que su relación con aquellas gentes traspasara la cordialidad. Ni permitir que ese capitán saliera de la nada para abalanzarse sobre ella en el momento menos esperado. Ni, sobre todo, ceder a las pretensiones de una bruja como Helga, a cambio de un precio demasiado alto que, por el momento, se estaba librando de pagar gracias a su astucia.

Ahora no sería diferente. Si tenía que sincerarse, se las arreglaría para no hacerlo por completo.

—El conde Magnus era el prometido de mi hermana Serin —comenzó a regañadientes.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Cuando regresó, solicitando la ayuda de mi padre para recuperar sus tierras, él se la concedió, junto con mi mano, a cambio de una buena parte de esas tierras cuando volvieran al conde. ¡No tuve otra alternativa que marcharme, mi señor! A pesar de que era más que probable que él me siguiera…

—No te ha seguido a ti, sino a su propia ambición. —Cuando Karan levantó la vista, vio que Einar estaba tan pálido como la misma muerte—. Debería azotarte por no habernos contado toda la verdad. Es lo que te mereces. Pero si lo que cuentas es cierto, ya has padecido suficientes penurias como para que yo añada otras. ¡Debemos avanzar en las obras! —gritó a todos los presentes—. ¡Magnus el Soberbio sigue vivo, y volverá!

—Mientras tanto, me ofrezco a aligerar un poco tu carga con tus propios hombres. Ser el capitán del *jarl* Olson tiene sus ventajas, y una de ellas es la experiencia en la instrucción. Einar, puedo

conseguir que tus guerreros mantengan su excepcional forma, y que aquellos que no tienen pericia con las armas, la adquieran —se ofreció Bjorn, dando un paso al frente.

—Y yo con él, mi señor. —Se oyeron unas cuantas exclamaciones ahogadas cuando Karan se unió al vikingo, procurando no mirarlo. Eso hubiera sido un error mucho más grande que todos los cometidos con anterioridad—. Vuestra esposa puede dar fe de mi eficacia, y vos también.

Después, de nuevo se hizo el silencio. Einar los observó con cautela, pero con toda la sangre fría que la noticia de la reaparición de Magnus le permitía conservar. Intentó calibrar sus pros y sus contras, y al final llegó a una sola conclusión: ambos le resultarían más útiles vivos que muertos. Por lo tanto, si quería tenerlos controlados, no habría mejor opción que permitirles entrenar a sus hombres.

Analizó las expresiones de todos los que tenía alrededor. Sus hombres parecían tan en tensión como los últimos días. La noticia de la peligrosa cercanía de Magnus no parecía suponer un añadido. En cuanto a Ylva y Berit, ambas lanzaban miradas fugaces a Karan, mostrando su sorpresa, aunque no pronunciaron una palabra al respecto de echarla de la aldea.

La decisión era suya, pero Bjorn decidió allanarle el camino.

—Sé que la lealtad familiar es muy fuerte, así como el vínculo del juramento de los siervos a su señor. Así pues, me convertiré en uno —afirmó, hincando una rodilla en tierra—. Prefiero morir antes que violar mi juramento. Si lo hago, me convertiré en un *nithing,* un apestado. Si os traiciono, traicionaré a todos, pero aceptaré vuestra venganza.

—Si vuelvo a intuir siquiera la presencia de tu mujer por los alrededores de mis dominios, le rebanaré el cuello y colgaré su cabeza en una pica bien alta, para escarmiento y advertencia de todo aquel que intente perjudicarme, a mí o a los míos —advirtió a Bjorn, implacable.

—Yo mismo lo haré si la veo por aquí.

«Porque sería una señal inequívoca de que regresa a por quien siempre consideró suyo, pero nunca lo fue», añadió el guerrero para

sus adentros.

Einar asintió, antes de dirigirse a la danesa.

—Conozco a Magnus lo bastante como para suponer que un matrimonio con él significa ser enterrado en vida. Yo mismo he sufrido las consecuencias de sus actos. Pero solo doy una oportunidad. Si descubro que me has ocultado algo, o que lo que nos has contado es falso o forma parte de algún retorcido plan, ten por seguro que no me temblará la mano.

Karan palideció, pero no demostró ninguna otra emoción cuando aceptó en silencio las condiciones del *berserker*.

—Estaréis vigilados, día y noche. No daréis un solo paso en ninguna dirección sin que yo sea informado antes. ¡Por las barbas de Thor, ni siquiera podréis usar las letrinas sin permiso! —gritó Einar. Después, se acercó tanto a ellos que ambos pudieron sentir la fuerza de su aliento—. Aprovechad esta nueva vida que os ofrezco, porque no tendréis otra.

Ambos asintieron en silencio y se miraron entre ellos.

No necesitaron hablar.

Sabían que, a partir de ese instante, aunarían sus fuerzas para sobrevivir, demostrando al mismo tiempo que eran dignos de la confianza que se les acababa de otorgar.



20 LOS BESOS QUE GUARDO SOLO PARA TI

Einar contuvo una sonrisa.

Nunca pensó que conceder a Thyra el mando en la construcción de su nueva casa fuera tan gratificante, pero lo cierto era que se había olvidado de advertir al resto acerca de la conveniencia de obedecerla.

—Son hombres, *kván*. ¿Qué esperabas? —preguntó, encogiéndose de hombros—. No están acostumbrados a seguir las órdenes de una mujer.

—Lo único que ellos han visto ha sido a un hombre con capacidad de mando, que les decía lo que tenían que hacer, para que los carpinteros, constructores y demás maestros, lo pusieran en práctica. Pero ahora, necesito que refrendes mi autoridad delante de ellos, vikingo.

—De acuerdo. Ven conmigo. —La llevó lejos de los hombres que trabajaban y, sin más dilación, le ofreció su daga—. Vaya. Por tu expresión deduzco que no solo te sorprende mi gesto, sino que además ya te habías olvidado de ella. Buena señal, teniendo en cuenta que las últimas veces que pensaste en utilizarla, yo era tu víctima.

—Me avergüenza decir que… sí.

—No te avergüences. Es una señal inmejorable de que vuelves a confiar en mí lo bastante como para que te plantees, digamos, quedarte conmigo.

—Einar, ¿de qué hablas?

Del suplicio que le suponía no poder tocarla después de haberla saboreado a placer en aquella cabaña, días atrás, por propia iniciativa. Un acto de respeto para demostrarle que se contendría hasta que la confianza se restableciera por completo entre ellos.

—Creí que había quedado claro, pero como veo que no es así, me explicaré mejor —comenzó después de un carraspeo—. Yo… En fin, que tengo miedo de que el destino te lleve de la misma manera que te trajo a mi vida. Que quieras marcharte a tu tiempo si se dan las circunstancias idóneas.

A Thyra la boca se le secó.

Dios.

A juzgar por su expresión descompuesta, estaba siendo completamente sincero.

—No voy a negarte que siento mucha nostalgia de mi época, de mi vida. De mi familia. Pero también puedo afirmar que, después de lo ocurrido en la cabaña, he decidido darnos un tiempo y, con él, una oportunidad, si tú quieres tomarla.

—¡Al fin afrontamos el tema! ¡Por los dioses, creí que nunca podríamos hablar claro de nuestro encuentro! —A punto estuvo de dejarse llevar por la expresión de alivio de Einar cuando, con un gruñido, la tomó por la cintura, con toda la intención de avivar esa pequeña llama que no se había extinguido desde su fogosa entrega días atrás, pero por fortuna, su sentido común la obligó a colocar sus manos sobre el pecho masculino antes de que sus respectivas bocas entrasen en contacto—. ¿Qué ocurre? Creí que ya estaba todo comprendido.

—Eso pensaba yo también, pero por lo visto necesitas alguna explicación adicional. Einar, necesito confirmaciones.

—¿Lo del otro día no te pareció suficiente confirmación?

—Sí, si nos atenemos a nuestros respectivos instintos. No, si pretendemos ir más allá. Y yo lo pretendo. Mis deseos son mucho más profundos que los meramente físicos, vikingo. Con tu concesión a cederme parte del mando en las labores de reconstrucción, diste el primer paso. Al devolverme esto —añadió, señalando la daga—, has seguido avanzando. Estamos tan cerca el uno del otro que casi podemos tocar nuestras respectivas almas con los dedos. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

—Ahora, sí.

—¿Y estás de acuerdo conmigo?

Contuvo el aliento, esperando cualquier clase de airada negativa, pero Einar dibujó una media sonrisa irresistible en su boca al tiempo que hacía bailar las cejas.

—Por supuesto —afirmó, cruzándose de brazos—. Puedes ser una bruja seductora, una mujer servicial y una gata salvaje, *kván*. Todo junto. Pero por mucho que aprenda de ti, siempre me queda algo nuevo por descubrir. Y lo que acabamos de asentar ahora mismo entre nosotros, con una simple conversación, es algo nuevo, desde luego.

—¿Quieres decir que accedes?

—Solo un idiota del tamaño de tu anterior prometido, o un salvaje de la calaña de Magnus, negarían lo que es obvio para todos. Tu labor como mujer es demasiado importante para mí como para subestimarla, pero como mi esposa, es sencillamente imprescindible.

Si no lo comprendes, sal ahí afuera y enseña a esa panda de asnos la daga. Ellos la han visto en mi poder el tiempo suficiente como para relacionarla conmigo.

Thyra se limitó a seguir sus instrucciones. Durante la siguiente media hora, Einar se dedicó a enfriar la sangre que le bullía en las venas sin atender a razones, mientras la observaba con una sonrisa de orgullo pintada en la cara.

Hasta que un pequeño grupo de trabajadores se congregó alrededor de ella.

«Circunstancias desesperadas requieren medidas desesperadas», pensó. Y él estaba tan desesperado por obtener todo aquello que cada vez era más consciente de haber perdido, que se colocó en medio de ambos bandos antes de que su mujer pudiera objetar nada al respecto.

—¿Se puede saber que ocurre aquí? —preguntó.

—Mi señor —dijo uno, dando un paso al frente—. Es la mujer. Cree que puede darnos órdenes.

—No es la mujer, sino mi mujer. Un matiz que lo cambia todo. ¿Has visto mi daga en su mano?

—Sí, mi señor, pero es una hembra...

—Está contribuyendo a construir mi casa. La aldea entera.

—Pero, mi señor, ¡no puedo trabajar para una mujer!

—Pues no lo hagas —espetó Einar—. Si te vas, tendré un hombre menos a quien pagar y muchos que estarán deseando ocupar tu sitio. Tú decides. En realidad, todos decidís —añadió, señalando al resto.

—Creo que antes de que decidáis, yo debería explicaros a todos, incluido mi esposo, cómo quedará esta casa una vez se hayan cumplido mis deseos a rajatabla. —Einar fue el primero que la miró con sorpresa, pero ninguno le restó autoridad—. Bien, tomaré vuestro silencio como un sí. Si no os importa acompañarme al interior de la vivienda… Esto de aquí será una ventana, la mejor, solo por las vistas.

Ninguno pudo objetar nada. Más allá de los tejados de tejas, se veían las praderas donde pastaban las vacas y los caballos, salpicadas de abedules en la falda de las colinas, y más arriba, pinos.

—Esta será, sin duda, la casa de un hombre que ha acumulado una pequeña fortuna gracias a sus campañas junto a su rey —musitó Einar, asombrado—. Hasta ahora no me había molestado en analizarla con detenimiento, pero me descubro ante tu talento, *kván*. Mide al menos treinta metros de largo…

—Y cuando tus hombres acepten mis órdenes, las puertas principales estarán flanqueadas por columnas talladas. En cuanto vivamos dentro, por el agujero central del tejado surgirán volutas de humo que ascenderán al cielo. Además, la salida trasera del edificio da a las letrinas y un baño para poder asearnos. El jabón lo he confeccionado siguiendo las instrucciones de Ylva —añadió entusiasmada, en cuanto pudo mostrarle un pedazo—. Es de buena calidad: ceniza de madera de haya y grasa de cabra. Y mira esto. —Parecía una niña pequeña cuando le mostró las marcas en diversos lugares del terreno—. Tendrá varias habitaciones con compartimentos para dormir, pero en lugar de estar separados por cortinas, mandaré construir un pequeño muro de madera. No es mucho, pero siempre nos proporcionará más intimidad.

—En resumen, te has fijado en la residencia de mi *jarl* para utilizar mis recursos y rentabilizarlos al máximo. Supongo que también planeas incorporar las dependencias para las mujeres.

—¡Exacto! Alrededor, se encontrarán las demás construcciones que los aldeanos ya han reparado: establos, un granero, cochiqueras, talleres y una forja. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Sentía tanto orgullo por aquella pequeña mujer y sus habilidades, que fue incapaz de expresarlo con palabras. Cedió a la tentación, y no se arrepintió. Sobre todo, porque cuando sujetó aquella adorable cara entre sus manos y se apropió de su boca con una mínima parte del ardor que sentía, Thyra no lo rechazó, sino que correspondió en la misma medida.

—Einar…

—¿Vas a decirme que ahora también pretendo jugar con tus emociones? Porque si es así, volveré a alejarme, y entonces no habrá posibilidad de…

—¡Oh, cállate de una vez, por Dios! Solo quería decir que no me siento cómoda delante de tanta gente. Llevo tiempo con vosotros,

pero hay matices que todavía me costará pulir.

—Ah. Bueno, si es cuestión de matices… —Intentó llevarla con él, pero al ver que se resistía, la miró con impaciencia—. ¿Qué ocurre ahora?

—Ellos.

—Ah, ya entiendo —añadió cuando los miró—. Bueno, supongo que si seguís aquí es porque aceptáis las condiciones: trabajaréis para ella tal y como lo haríais para mí. Ese es mi deseo.

—¡Hay que llevar a cabo la colocación de cada mísera rama con sumo cuidado! Necesito hombres fuertes, pero también metódicos, para ello —afirmó Thyra con contundencia—. Hombres lo bastante valientes como para dejar que una mujer les dé órdenes. Esos muchachos de ahí lo son, puesto que han decidido quedarse conmigo. ¿Lo sois vosotros?

—Sí, Thyra —respondió uno de ellos, no muy convencido, en nombre de todos los demás.

—Entonces, id a recoger el material necesario.

Después, se volvió hacia Einar con expresión severa.

—No me digas que ahora me vas a regañar a mí, porque entonces…

Pero se le olvidó lo que iba a decir a continuación, en cuanto comprobó que ella le sonreía.

La belleza de esa sonrisa le llegó hasta el fondo del corazón. Se mezcló con su sangre e incluso le costó recuperar el aliento.

—Bien, puedo imaginar que no son reproches lo que saldrán por esa boca tuya —consiguió pronunciar al cabo de un momento.

—Solo una palabra: gracias.

¡Por Odín! Ahora apenas podía tragar sin que su fachada inquebrantable saliera por los aires...

—No hay de qué —consiguió murmurar, comprobando cómo Thyra comenzaba a cavar, mientras el resto se ponía manos a la obra.

Todavía se sentía mareado bajo el impacto de aquella sonrisa, pero se mantuvo firme. Pensando en aquel permiso implícito que escondía esa sonrisa. Solo para él. Sin necesidad de más palabras entre ellos, pero con un montón de promesas.

«Te tomaré de nuevo entre mis brazos y acallaré tus protestas a base de todos los besos que guardo dentro de mí solo para ti».

Formuló aquella afirmación en su mente cuando ella caminó en sentido contrario, centrada de nuevo en su propósito, con tanta fuerza que esperó que la recibiera. Cuando ella llegó a la bifurcación del camino, se detuvo, como si vacilara.

Einar contuvo el aliento con expectación. Había esperado una eternidad para recuperar aquella conexión que la haría volverse hacia él, en respuesta a su silenciosa llamada. ¿Lo haría al fin?

Thyra avanzó un paso más, y luego otro.

Él lanzó un suspiro.

Entonces, ella miró hacia atrás, por encima de su hombro.

Y su corazón de guerrero se expandió por todo su pecho, con un solo juramento:

«Has sido, eres y seguirás siendo mía, *kván*».

Le dio la espalda, tan feliz, que le costó centrarse en Bjorn, que se acercaba a él acompañado de un hombre al que reconoció de inmediato.

La sangre se le heló en las venas con la misma facilidad con la que se le había calentado.

—Einar, este hombre acaba de llegar de las tierras de Olson, enviado por él —adujo el capitán—. Al parecer, el mensaje que trae es urgente y solo para ti.

—Rolf —saludó con rigidez.

—Einar. Cuánto tiempo.

—Esperaba que fuera mucho más, para qué engañarte. Gracias, Bjorn, sigue con lo que fuera que estuvieras haciendo. Yo me encargaré. —Esperó a que el guerrero se marchara y señaló la casa-cueva—. Siento no poder ofrecerte otro tipo de hospitalidad, pero como puedes comprobar, intentamos superar el ataque de Magnus el Soberbio en el menor tiempo posible.

—Siento comunicarte que las labores tendrán que continuar sin ti, *berserker*. El rey necesita hombres para su empresa. Capitaneados por guerreros experimentados, como es tu caso y el del *jarl* Olson, por ejemplo. Desde que he llegado a nuestras tierras, me he encargado de que los demás *jarls* recluten a todo aquel que nos

pueda servir, sin importar edad o condición, de modo que eso mismamente vengo a pedirte.

Einar detuvo su avance con el ceño fruncido y el corazón golpeándole el pecho.

—Si Olson te envía, supongo que ya estaréis al corriente de que Magnus sigue vivo.

—He comprobado que tienes todas las entradas a la aldea prácticamente blindadas. Me ha costado lo mío conseguir penetrar tus defensas sin terminar sin cabeza.

—Lo conozco. Me quiere muerto, y si para ello tiene que acabar con los míos, lo hará sin dudar. No puedo marcharme ahora.

—Puedes y lo harás. Lo contrario supondría una grave desobediencia a Harald, con unas consecuencias que conoces bien. No te preocupes, me quedaré aquí hasta que consigas reunir a una partida lo bastante numerosa como para poder llevármela —añadió Rolf—. Mientras tanto…

—¡Thyra!

El grito escalofriante de Ylva obligó a Einar a girarse, para ver a su esposa en el suelo, inconsciente.



21 recházame

—¡Por Odín, *amma*! ¡Déjame pasar! ¡Necesito verla!

—Necesitas tranquilizarte.

—¡Cuando tenga a mis pies el cadáver de mi pad… de Magnus! —bramó, tan fuera de sí que a punto estuvo de confesar el vergonzoso

parentesco que le unía a esa sabandija—. En una ocasión intentó acabar conmigo a través de ella. ¿Quién me dice que la historia no se ha repetido?

—Yo. Con eso debería bastarte.

—¡Pues no lo hace! Hasta hace un momento me estaba explicando, entusiasmada, cómo quedaría nuestro hogar cuando terminaran las obras. ¡Incluso ella misma se puso a cavar, con el brío de una persona completamente sana! ¡Y ahora, está en nuestra cama, inconsciente y sola!

—En primer lugar, Drustan, Berit y la niña se encuentran con ella, mientras yo lidio contigo —afirmó la sierva, poniendo los ojos en blanco en un alarde de paciencia extra—. En segundo, Thyra está completamente sana. Y en tercero, es su inconsciencia la que la ha llevado a la cama, cuando debería haber previsto esto mucho antes.

—¿De qué hablas?

—De él. —Ylva resopló, señalando a Rolf, que aguardaba noticias de lo ocurrido con el resto—. Ya todos en la aldea saben que la guerra en tierras sajonas demanda tu presencia, y la de otros de tu experiencia, valor y fuerza. Que, contigo, se irán muchos de los nuestros. Que es más que probable que muchos no vuelvan nunca, o lo hagan después de muchos años…

—¿Me estás diciendo que Thyra escuchó mi conversación con Rolf, y que se desmayó por eso?

—¡Ah, no, muchacho! El desmayo ocurrió antes de que se enterara, y sus causas son mucho más importantes. O no. En todo caso, os corresponde a vosotros dos decidirlo.

—¡*Amma*! —Rugió, impotente, sin importarle que cada una de sus reacciones se convirtieran en públicas. Ahora, lo más importante era Thyra—. Si no dejas de hablar en clave, juro por lo más sagrado que tendrás que hacerte cargo también de mi cordura, ¡porque voy a perderla!

—Está bien. Después de todo, solo hay una manera de decirlo, así que… Thyra está embarazada.

Einar se quedó atónito. Su sangre se quedó congelada en las venas, igual que el aire en sus pulmones, y su mente permaneció tan

bloqueada que fue incapaz de digerir lo que acababa de escuchar, hasta que las palabras de Ylva fueron penetrando en ella.

—Eso quiere decir… —masculló, temeroso de seguir exponiendo sus conclusiones.

—Lo que estás pensando. Precisamente por eso te estoy bloqueando el paso a tu propia casa. Thyra ya está repuesta. Consciente, aunque un poco débil. Y tan sorprendida por la noticia y sus implicaciones como tú. Quiero a Thyra, no permitiré que tus dudas la perjudiquen. Ni a ella, ni al pequeño.

¿Y qué esperaba? ¿Que aceptara a la criatura como suya, después de saber que el conde la había forzado? Einar se mordió la lengua e intentó recolocar sus caóticos pensamientos.

Podría retroceder hasta el tiempo en que las dudas gobernaron sus actos, y entonces recobraría la distancia que lo había separado de Thyra. O podría otorgarle el beneficio de la duda, al menos hasta escuchar su versión. La primera vez que lo había hecho no le había ido tan mal.

—Hay muchas maneras de perder a una mujer, muchacho. Y también hay cosas que no pueden evitarse —le advirtió Ylva, como si le hubiera leído el pensamiento—. Si ella siente que rechazas a su pequeño...

No tuvo que seguir lanzando suposiciones. Einar palideció.

La sombra oscura del miedo a que todo se repitiera era sigilosa, furtiva. Se apoderaba de todo inexorablemente. Si sucedía una segunda vez... Si ese embarazo se malograba…

—No, no puede ser —afirmó, más para sí mismo que para la sierva —. Los dioses no pueden ser tan crueles. Debo aferrarme a esa esperanza. La alternativa es demasiado espantosa como para considerarlo siquiera.

—Sé inteligente, hijo. No cometas dos veces el mismo error. —La mano de Ylva en su hombro no disipó sus dudas, ni su confusión. ¡Ni siquiera sabía cómo enfrentarse a ese nuevo obstáculo!—. No te preocupes. Entra. Nosotros nos encargaremos de tu invitado mientras tanto.

Asintió, como envuelto en un trance, y penetró en la estancia en penumbra.

Thyra se hallaba postrada en el catre. Apenas fue consciente de despedir al fraile y a Berit. Cuando se quedaron solos, fue el primero en reaccionar.

—¿Cómo estás? —fue lo único que logró preguntar con un mínimo de normalidad.

—No mejor que tú, si me fío de tu aspecto. Pareces un perro apaleado.

—Es que me acaban de apalear, Thyra. Todavía no me creo que estés… que tú…

—¿Tan repugnante te resulta, que eres incapaz de pronunciarlo en voz alta?

Con una sonrisa carente de alegría, se puso en pie, pero no se acercó a él. Su lenguaje corporal hablaba de una guerra sin cuartel cuando se encaminó a la ventana, dándole la espalda.

Einar tragó saliva. Cuando se trataba de ella, toda su valentía se esfumaba, tragada por las inseguridades de sus propios remordimientos. Y ahora los tenía.

Aunque Thyra le hubiera hecho replantearse su existencia, algo obvio por mucho que él se empeñara en rechazarla, en odiar todo lo que representaba, su amor había desplazado los sentimientos oscuros a un rincón recóndito, donde no pudieran alcanzarlo.

Ya no despertaba en mitad de la noche, perdido en imágenes del pasado que perturbaban sus días. Incluso había logrado convivir con lo ocurrido con Revna sin sentir repugnancia hacia sí mismo. Ella se había convertido en su luz; no sabría vivir sin la calma, la dulzura, la alegría con que llenaba su día, pero tampoco sin esa agitación constante, ese pulso que parecía dispuesta a mantener con él. Esa seguridad de que, de un modo u otro, saldría vencedora.

Ella lo enfrentó.

—Adelante, pregunta —lo desafió—. Conozco tus dudas, porque son las mismas que las mías.

—No lo creo. ¿Desde cuándo sabías que estabas encinta?

—Desde el mismo momento en que Ylva me lo ha confirmado.

—¿Seguro?

Thyra parpadeó. Por un momento, pareció desconcertada, hasta que comprendió.

—De modo que no solo crees que mi hijo puede no ser tuyo, sino que además me acusas de haberte ocultado mi estado deliberadamente… Pues déjame decirte algo, antes de que te aleje de mí de forma indefinida: ignoro quién es el padre, y es posible que nunca lo sepa. Pero voy a llevar este embarazo hasta el final, y ni tú ni nadie va a impedírmelo —lo amenazó con la barbilla alzada—. Mi primer hijo se malogró por la maldad de otros; el segundo vendrá al mundo, aunque tenga que traerlo sola. De modo que adelante, vikingo. Recházame. Es lo que veo en tus ojos.

—Pero de momento no es lo que he dicho. Ni lo que he hecho.

—Ya una vez tu incertidumbre estuvo a punto de destrozarnos. No hemos tenido tiempo de reconstruirnos. —Había tanta tristeza en sus palabras, que Einar sintió el impulso de envolverla entre sus brazos. Por fortuna, lo contuvo a tiempo. Antes, necesitaba pensar. Saber. Afirmar o negar—. Vuelves a dudar de mí. A pesar de todo.

—O de nada. Porque nada me asegura que… que hayas ocultado tu estado con unos fines…

—¡Si eso piensas, divórciate de mí! —bramó ella, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas—. Porque de lo contrario, me temo que nunca obtendrás la evidencia que buscas.

—Thyra, aguarda un momento. —Con la cabeza bien alta, ella se dispuso a marcharse, pero una mano firme se lo impidió—. ¡He dicho que aguardes! ¡No voy a consentir que me dejes plantado como si yo fuera el culpable de esta situación!

—¡Es que nadie es culpable! ¡Pero mi pequeño lo es aún menos!

—¿Tu pequeño? ¡Di mejor las consecuencias de tus decisiones irreflexivas! —Se quedó inmóvil, pegada a él a la fuerza, tan pálida como la misma muerte, pero ya era tarde para retractarse, y él se hallaba demasiado fuera de sí como para intentarlo siquiera—. Por todos los dioses del Valhalla… ¡Debería matarte!

—¡Entonces, hazlo! —Antes de darle tiempo a reaccionar, ella sacó la daga que él le había devuelto y la llevó hasta su propio pecho—. Si de verdad me crees capaz de engañarte con algo tan serio como la paternidad de mi propio hijo, ¡termina con estos celos ridículos de una maldita vez! ¡Solo tienes que empujar la empuñadura hacia delante!

Su mirada chocó con la de él, resuelta. En los ojos celestes, Thyra vio ira, sufrimiento. Una herida mucho más profunda de lo que nunca hubiera adivinado.

La mano de Einar se cerró sobre la de ella, llevándola un poco más arriba, hasta que la hoja tocó su garganta.

Iba a matarla, pero de pronto dejó de importarle.

Todo carecía de importancia, al lado de lo que acababa de comprender.

Había perdido su amor, su confianza.

La expresión de sus ojos era más de lo que podía soportar. Las lágrimas descendieron por sus mejillas mientras el silencio se extendía entre ellos, pero a continuación, sin previo aviso, su agarre cambió, deslizándose hasta su muñeca antes de ceñirse con una fuerza brutal.

Thyra se quedó sin aliento.

La daga cayó al suelo, pero la expresión indescifrable de Einar no cambió. Con un firme movimiento la empujó, se apartó de ella y recuperó la daga.

—Deberías pedirme perdón —murmuró, en un susurro tan oscuro como él mismo.

—Tanto como tú a mí.

Einar se limitó a clavar su mirada iracunda en ella, antes de marcharse.

Thyra lo siguió, pero se quedó en la puerta. Tan llena de cólera que temblaba de pies a cabeza, y con los latidos de su corazón reverberando en cada rincón de su cuerpo, mientras trataba de asimilar los acontecimientos sin derrumbarse para siempre.

Había estado demasiado centrada en sí misma y en su propia desgracia, pero en aquel momento, todo le parecía banal, comparado con las risas de un bebé. O con unos implacables ojos azules que perforaban el alma, con unos besos que hacían derretirse el corazón...

O con despertar junto a un hombre duro como el acero, sobre ella.

Aquello sí que era riesgo, peligro. El propio tejido de su existencia.

En su día, había renegado de él.

Ahora, quería experimentarlo a diario durante el resto de su vida.

Pero Einar se iba sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Aún seguía sintiéndose tan perdida en ese tiempo, que se veía incapaz de proteger a su hijo de todo lo que estaba sucediendo, y de lo que quedaba por venir. Pero sobre todo, del rechazo de su padre.

«Vamos, por favor. Da la vuelta y mírame».

Sus dedos se aferraron al marco de la puerta con una fuerza desgarradora, mientras su corazón latía desbocado. Gritó en su mente las palabras como si fueran su credo particular. Rogó entre dientes para que él diera el primer paso, ya que su orgullo, cada vez más estúpido, le impedía hacerlo a ella.

—Maldito seas —siseó—. Si me dejas así, te juro que...

Como si intuyera la intensidad de su amenaza, él giró la cabeza hasta que sus miradas se encontraron.

El corazón de Thyra dio un vuelco.

«Dame algún signo que indique que serás capaz de comprenderme», rogó.

Pero no ocurrió. Su expresión era tan torva como la peor de las tormentas cuando, después de un momento infinito, golpeó con los talones los flancos del caballo en el que acababa de montar.

—No...

Ella se mordió la lengua para no continuar con su ruego. Para que su cuerpo permaneciera en su sitio a pesar de que la garganta se le cerró, y los ojos se empeñaron en seguirlo hasta que estuvo fuera de su vista.

Después, se desmoronó, envuelta en llanto.

◆◆◆

Drustan dio un golpe sobre la mesa que sobresaltó tanto a Ylva como a Berit.

—¡No puede ser! —exclamó—. Ese embarazo es…

—… justo lo que debía ocurrir —lo interrumpió Berit—. Deberías tener más fe en lo que las runas nos dicen cuando nos hablan.

—Dudo mucho que predijeran algo como un niño. ¡Un impedimento para que Cora Thyra regrese a su tiempo!

—¿Por qué lo ves así? Es posible que ella no quiera marcharse de ninguna forma. ¿No te has parado a pensarlo?

—Demasiadas veces. —Vencido, Drustan se dejó caer en el banquete, con la mirada perdida—. He visto la felicidad pintada en sus ojos, pero también la incertidumbre y la melancolía. ¡No podemos olvidar que ha llegado aquí con un propósito que cumplir, al igual que yo!

—Y lo cumplirá. Una vida por otra vida.

—El hilo del destino completará su función. No penes por eso, fraile. —Ylva sacudió la mano—. Ella comprenderá. Y cuando lo haga, no dudará en tomar las decisiones correctas. Tú jugarás un papel esencial.

—¿Cuándo?

—En el momento adecuado. —Drustan maldijo por lo bajo cuando las dos mujeres cruzaron una mirada de entendimiento de la que lo excluyeron deliberadamente—. Tu paciencia obtendrá su debida recompensa. Pero antes…

Los tres notaron el frío que se apoderó de la estancia.

El mal acechaba, y no tardaría en manifestarse.



22 ATAQUE INESPERADO

—Eh, Einar, ¿no crees que deberías agasajar a nuestros invitados con algo más que las sobras del día?

Einar se giró hacia Bjorn que, sentado junto a Karan, le observaba con una mezcla de cautela y valentía solo reservada a unos pocos

privilegiados, y tiró una rama a la hoguera en torno a la cual se hallaban sentados todos.

Desde que se había enterado del estado de Thyra, pero su humor empeoraba a pasos agigantados. Durante el día, procuraba tener la mente ocupada en los preparativos para su marcha hacia tierras sajonas, pero la noche era diferente. Por mucho que estableciera distancias entre él y su esposa, aquella maldita casa era demasiado pequeña para respetarlas. Y la presencia de Thyra, demasiado atrayente y peligrosa como para ignorarla como debía.

Apenas cruzaban unas cuantas palabras de cortesía. Se trataban como dos extraños heridos de muerte, y su corazón, ese que Thyra le había demostrado que tenía, sangraba cada vez más.

Sentía pánico si pensaba que ese niño podía llegar a un mundo muy distinto del suyo. Que, después de todo, Thyra podía abandonarlo antes de dar a luz. Entonces desaparecerían de su vida de una manera mucho más cruel que Ingrid y su primogénito, porque él siempre sabría que estaban vivos, pero lejos de su alcance.

—Rolf, espero que tus pesquisas hayan resultado fructíferas —respondió, levantando un cuerno repleto de cerveza en dirección al guerrero—. De momento, no puedo ofrecerte más hombres. El conde acabó con un buen puñado de ellos, pero el resto está dispuesto a defender los intereses del rey.

—Olson tendrá que conformarse, y Harald también. No puede sangrar tanto a su gente, o solo conseguirá cadáveres, Einar.

—Me alegro de que pienses así. —Por el rabillo del ojo, vio que Thyra hacía su aparición junto a Ylva y Berit. Las tres habían formado un frente común y lo castigaban con un silencio deliberado, y apoyado por el maldito fraile, pero le daba igual. No había nada que le importara lo suficiente como para reaccionar, así que se dirigió a Bjorn, que esperaba respuesta, mientras mantenía a Karan demasiado cerca de él—. Vosotros dos, parece que os gustan los extremos. Habéis pasado de no soportaros a no poder separaros. ¿Algo que yo deba saber?

—Nada… por el momento, mi señor —respondió la danesa, lanzando al guerrero una mirada lánguida que lo dijo todo—. La situación militar no invita a muchos dispendios.

—Seguimos estando en peligro. —«Ella sigue estando en peligro». De nuevo sus ojos se fueron a su esposa, que permanecía en un segundo plano, tan impasible que comenzó a preocuparse. ¿Dónde estaba el fuego que siempre demostraba ante una situación límite?—. Si destino el grueso de mis hombres a la campaña sajona, mi aldea quedará desprotegida.

—Tienes libertad para elegir el número, pero procura que sea elevado. Y tu decisión, rápida —apuntó Rolf—. Mis propios hombres empiezan a impacientarse. Quieren echarse a la mar lo antes posible.

—Pero mientras tanto, cambiar el pescado por un venado o un jabalí asado sería muy agradable —insistió Bjorn, con una sonrisilla petulante que terminó por vencerlo.

Desde luego, necesitaba tomar distancia física con la presión silenciosa que Thyra representaba en aquel momento. Mirarla suponía un suplicio que no podría soportar por mucho tiempo. Olerla, escucharla, sentirla, era como tener delante el mejor de los platos sin poder probarlo.

—Hablas de salir a cazar —comentó, distraído, cuando vio que Thyra le servía cerveza con una sonrisa de lo más inocente.

Tensó la mandíbula.

Maldita fuera…

—Claro, hombre. Hasta donde yo sé, ni el venado ni el jabalí se pondrán solos al fuego —bromeó Rolf, con una sonora carcajada que le obligó a desviar la atención de su desafiante mujercita para centrarla en los hombres.

—Bueno. ¿Por qué no? —terminó asintiendo.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana.

De pronto se sentía tan inquieto que agradeció terminar la conversación para levantarse como un resorte y salir detrás de Thyra en cuanto percibió que esta abandonaba la reunión.

A ella se le borró la sonrisa pretenciosa de la cara cuando, con un gruñido, Einar la llevó a un aparte, pasando por alto las miradas de extrañeza de las que eran objeto.

—Puedes hablar conmigo sin necesidad de comportarte como un arrogante borrico —siseó, liberando su brazo de un sutil tirón.

—Maldición, *kván*, no es esto lo que quiero.

—A estas alturas, todavía no tengo la menor idea de qué demonios es lo que de verdad quieres, así que agradezco que me des alguna pista al respecto.

—No voy a entrar en tu juego. Solo me he acercado para…

—¿… marcar tu territorio con respecto al resto del mundo?

—Para decirte que he organizado una cacería —le replicó Einar, con toda la templanza que pudo reunir para no retorcerle su hermoso cuello antes de tiempo—. Saldré al amanecer con algunos de los hombres. Alégrate. Estarás sola hasta la hora de la cena.

No le dio opción a réplica. Se marchó a grandes zancadas, dejándola con aquella devastadora sensación de soledad, con unos colores oscuros entremezclados que despedían un hedor característico, del que no se había podido librar desde que había descubierto su embarazo.

«¿Crees que yo no tengo ganas de averiguar quién es el padre de mi hijo, solo para quitarme de encima esa suciedad que me acompaña sin que pueda evitarlo? —tuvo ganas de gritarle—. ¿Acaso piensas que acepto a mi pequeño solo porque puede ser hijo de un monstruo?».

Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero las contuvo cuando Drustan apareció.

—Thyra, a lo mejor ha llegado el momento de que te plantees un cambio de rumbo en tu vida, aunque no lo incluya a él —sugirió, señalando el lugar por el que había desaparecido Einar.

—No he vuelto a ver las luces que me trajeron aquí. Ni a escuchar esa voz que me llamaba para que las siguiera. Ni siquiera algo parecido a la música de guerra que me llevó hasta el río. En resumen, nada indica que pueda regresar a mi época.

—¿Lo harías si pudieras?

—Él necesita tiempo, y yo también —murmuró con voz lúgubre—. Se niega a aceptar lo que sus sentimientos le dictan.

—¿Y los tuyos, muchacha? ¿Qué te dicen?

Solo entonces Thyra logró desviar la mirada del camino desierto para centrarla en el fraile.

—Que, a pesar de su rechazo, mi hogar no solo está donde se halla mi corazón, sino también donde este se puede romper. No quiero irme —confesó, sin el más mínimo remordimiento.

Drustan asintió con gesto solemne y le hizo un gesto para que lo siguiera.

Ella no dudó. Sus pasos los llevaron hasta la casa de Ylva, donde esta y Berit se hallaban, llenando cuernos de cerveza para repartir entre los hombres.

—Ya era hora de que hicieras algo útil, monje —bromeó la sierva, señalándole un banquete para que ambos tomaran asiento. Después, ella tomó las manos de Thyra sobre la mesa—. Mi niña, no debes desalentarte por la actitud de ese asno ciego. Verá. Y cuando lo haga, reconocerá en ti la pureza que siempre te ha acompañado.

—Me dijo que me amaba. Pero ahora ya no estoy tan segura…

—Thyra, en nuestro pueblo las mujeres somos muy valoradas, no solo por la labor que ejercemos en nuestros hogares, sino por aquella que se nos asigna en ausencia de nuestros hombres —afirmó Berit, meciendo a Eira entre sus brazos—. ¿Sabes por qué Einar permitió que Karan te instruyera en el manejo de las armas?

—Al parecer, para que pudiera defenderme si alguien me atacaba mientras él no estaba.

—Correcto. Einar no es ningún estúpido. Sabe valorar todo tu potencial, pero es tu propia seguridad la que ahora mismo está atacando la suya. No sabe cómo afrontar el hecho de que, si te mantiene a su lado, terminará adorando a ese niño que crece en tu vientre, tanto si es su hijo como si no.

—El conde es su padre. Y el padre de Viggo —soltó a bocajarro.

Contra todo pronóstico, los tres cruzaron miradas de entendimiento.

—Pensábamos que no lo sabías, pero esto lo hace todo más fácil —concluyó Ylva, palmeando su mano con cariño—. Mi muchacho sigue siendo demasiado ingenuo para todo lo que le ha ocurrido en la vida, por los dioses…

—Si conoces ese parentesco y no has huido de su lado, es que estás completamente enamorada de él —añadió Berit con una dulce sonrisa—. Que quieres quedarte.

—Eso es lo que quiero.

—¿Aun sin saber qué ocurriría si te fueras?

—¡Precisamente porque no lo sé! Einar tendrá novecientos años en mi tiempo. ¡Hará siglos que habrá muerto!

Por un acuerdo tácito, Ylva y Berit se hicieron a un lado para que Drustan ocupara su lugar frente a ella, con las manos extendidas sobre la mesa y una sombra oscura empañando sus ojos atemporales.

—En ese caso, necesitarás saber. Toma mi mano, Thyra —pidió.

Despacio, puso la suya sobre la del religioso, con la palma hacia abajo.

Una cálida y hormigueante vibración le recorrió el brazo cuando él cerró suavemente los dedos. Thyra cerró a su vez los ojos... Y de repente, se vio viajando a toda velocidad.

Hacia atrás, en contra de lo que ella había pensado.

—Un momento... —murmuró, agitándose—. Quiero viajar hacia delante. Quiero ver lo que ocurrirá con Einar si decide acompañar a su rey a la batalla. Lo que ocurrirá si no lo hace. Lo que...

—No te impacientes. Todo a su tiempo.

Los dedos presionaron los suyos, hasta que comenzó a ver. De verdad.

Pero no situaciones físicas, sino emociones.

Estuvo a punto de tocar el orgullo de una madre al tomar a su hijo recién nacido en brazos por primera vez. Vio la alegría que sentía un niño muy pequeño, al descubrir que con una sonrisa suya obtenía otra a cambio. Notó la pena de esa madre que no deseaba abandonar ese mundo con su criatura en el vientre, sin la promesa de que pronto podría reunirlo con su padre... Y vio la muerte. Como el comienzo de algo nuevo.

Lo apreció todo en forma de colores luminosos, intensos. Eran energía pura, trasladándose a una velocidad que convertía esas emociones en atemporales.

—Energía y materia continuas, Thyra. Eso es lo que estás notando. Sin principio ni fin, pero presentes siempre y en todas partes.

Drustan le soltó la mano, se recostó en la silla y la miró.

Thyra abrió los ojos.

Tenía el corazón en la garganta, palpitando con una clase de miedo desconocido para ella, que la hacía temblar de pies a cabeza. Tres pares de ojos la observaban, hasta que Berit se decidió a hablar.

—Ese es el poder de Drustan y el nuestro. Pero, sobre todo, el tuyo. —«Deberás soportar muchas pruebas para salir victoriosa. Sufrirás dolor físico, pero también del corazón y del alma. Tendrás que enfrentarte a la maldad, a la envidia y a la desconfianza que generará la confianza. Y sobretodo, tendrás que sacrificar aquello que más amas para ganar, después de creer que lo has perdido todo». Para Thyra, aquellas proféticas palabras que Berit le había dicho hacía ya una eternidad, cobraron todo su significado—. ¿Comprendes ahora?

—Creo que… sí.

—Necesitas tu fuerza para sacar a tu hijo adelante, pero también para impedir que Einar cometa el mayor error de su vida —añadió Ylva.

—¿Ir a la guerra?

—Una guerra cuyo desenlace ya conoces.

La muerte del rey Harald. Eso decían los libros de historia.

—Si peleo por Einar, tendré que cambiar ese desenlace. Y no quiero ni pensar en las consecuencias que eso podría tener. —Una parte de ella había temblado al sentir la fuerza con la que Einar se negaba a creerla, pero otra, aún más fuerte, la impulsaba a hacer algo para cambiar el curso de la historia—. No me importan las consecuencias de mantener con vida al rey Harald, si con ello mantengo con vida a mi marido.

—¿Ni siquiera si eso implica otra clase de muerte?

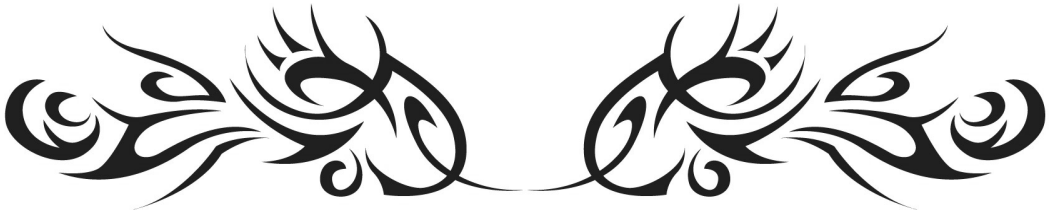
—Berit, no sé de qué hablas, pero ahora debo recuperar el tiempo perdido. —Con energías renovadas, se puso en pie casi de un salto—. Pienso recuperarlo.

—¡Bien dicho!

—Pero no pienso pasar la noche con él.

—Entonces, ¿cómo vas a…?

—Asalto inesperado. Estrategia militar. Le atacaré en su mismo campo, Ylva. Y venceré.



«Ese no es tu sitio. Vuelve a tu hogar, pequeña…».

Revna abrió los ojos y se tapó los oídos, pero la voz de la völva seguía resonando en su cabeza como si estuviera presente. Por mucho que lo intentó, no logró librarse de ella. Aquella maldita frase se repetía cada vez más fuerte, hasta conseguir que perdiera los nervios en la cena, delante de su padre y de toda la comitiva enviada por el rey, exigiendo efectivos para su guerra contra los sajones.

—Revna, ¿te encuentras bien? —le preguntó Olson, extrañado, cuando rechazó la comida que le llenaba la escudilla.

—Sí, padre. Es solo que tengo el estómago un poco revuelto. Me gustaría retirarme a descansar.

—Ve, pues.

Revna no perdió el tiempo. Aun a sabiendas de que, desde su regreso, era estrechamente vigilada, se las arregló para permanecer en el lecho hasta que las voces del salón dieron paso al silencio de la noche. Solo entonces se atrevió a ataviarse con su capa más oscura. Pegada a las paredes como si fuera una sombra, logró alcanzar el establo. Sobornó al guardia que la custodiaba con una serie de promesas sexuales que no pensaba cumplir, y se alejó de nuevo de su casa. De su padre. De su hogar.

Pero también del embrujo de Helga. Aunque para ello tuviera que reclamar responsabilidades al verdadero progenitor de la criatura que llevaba en su vientre.



23 LA TRAICIÓN DE KARAN

Karan resopló cuando vio el nuevo desencuentro entre Einar y Thyra.

—Esos dos no parece que vayan a entenderse, al menos a corto plazo, ¿verdad?

—Son demasiados obstáculos, y demasiado importantes, como para que su amor salga indemne de todos, suponiendo que los superen —respondió a Bjorn, sin girarse a mirarlo. Últimamente, hacerlo suponía echarse a temblar como una hoja, y no era esa la imagen que ella quería ofrecer a ningún hombre en general, y a aquel muy en particular.

—Tal y como nos ocurre a nosotros, danesa.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, pero si tengo que repetírtelo, no me importará lo más mín…

—¡Ni se te ocurra! —Entonces sí que se movió, con la agilidad de una pantera, para tapar la boca de aquel deslenguado antes de que su voz potente se escuchara en cada rincón de la aldea—. ¿No ves que pueden oírte y sacar conclusiones erróneas?

—Ah, que la muchacha ahora se preocupa por una reputación que ya ha quedado más que en entredicho, después de reconocer la relación con el conde Magnus…

—¡No hubo tal relación! Precisamente estoy aquí para impedirla. Además, tú no tienes el alma blanca precisamente —añadió, con las manos en las caderas y ese gesto engreído que conseguía encender la sangre del vikingo—. Te recuerdo que estuviste a punto de perder tu preciada cabeza cuando Einar descubrió que pretendías hablar con él acerca de una tal Revna…

—No lo pretendía, lo conseguí. Y la tal Revna es alguien mezquino además de mi esposa. —Bjorn parecía demasiado enrabietado como para mentir cuando la llevó del brazo, sin detenerse hasta que solo las sombras de la noche los cubrieron—. Ahora ya puedes preguntar lo que quieras. Empezaba a aburrirme de la rutina. Necesitaba un cambio.

—¿Y por eso me has soltado…?

—Te lo he confesado, no soltado. Hay una sustancial diferencia: lo segundo lo haría con un desconocido del que no me importara su opinión. Lo primero, supone una verdad incuestionable hacia alguien que, solo a lo mejor, merece un poquitín de mi confianza.

—No me lo puedo creer… —Karan se tomó unos segundos para recomponerse de la sorpresa. Aquel hosco y bello vikingo no solo

había pulverizado de repente la barrera que los mantenía a ambos a una distancia prudencial del otro, sino que pretendía acercar posturas —. De modo que reconoces que soy una persona digna de confianza.

—De la mía, sí. Llevamos demasiado tiempo compartiendo armas, enseñanzas e incluso alguna que otra broma, aunque tú te hayas empeñado en mantener esa imagen de mujer de hielo que nadie se cree. Y de momento, no has intentado asesinarme cada vez que te corregía, o que me imponía a tu voluntad… —Ante su total asombro, Bjorn comenzó a acercarse, hasta que su silueta oscura eclipsó la luz plateada que brotaba de la luna llena—. O incluso cuando te sujetaba por aquí para corregir alguna que otra posición —añadió con voz queda, deslizando su brazo en torno a la cintura de la muchacha para pegarla a él, de un modo tan delicioso que no encontró oposición alguna—. Ahora, me encantaría avanzar más en nuestras «enseñanzas». Aunque seamos tan opuestos como el invierno y el verano. Aunque nuestras almas escondan aún secretos insondables que ninguno está dispuesto a desvelar del todo. Porque sí, Karan, nos pasamos el día demostrándonos cuánto nos odiamos, pero nuestros cuerpos hace tiempo que nos gritan lo contrario. —El agarre se intensificó. Karan contuvo el aliento, perdida de pronto en aquellos ojos que se sabía de memoria, aunque ahora ni siquiera pudiera distinguir su color. Todos sus sentidos quedaron rendidos a la fuerza del aliento masculino que bañó su nariz con un nuevo acercamiento. Cerró los ojos, esperando el beso que le erizaría el vello de todo el cuerpo y le dispararía el pulso, pero no llegó—. ¿Qué respondes a mi proposición, danesa?

Ella abrió los párpados, sin ser consciente de que los había cerrado.

—No sabía que esto era una proposición —lo provocó.

—Es un comienzo. Para mí, uno nuevo después de repudiar a mi esposa. Soy lo bastante inteligente como para no comprometer mis sentimientos con otra mujer; no quiero arriesgar la confianza que Einar ha vuelto a depositar en mí —murmuró con un suspiro—. No te prometo nada más que lo que soy capaz de ofrecerte ahora mismo, Karan. Es cuanto tengo. Ahora, la decisión de tomarlo y corresponder en la misma medida, o negarte a ti misma lo inevitable, es tuya.

Le estaba pidiendo consentimiento para robarle los labios, la boca y el alma con un beso que comenzaba a desear con desesperación, pero sus palabras la detuvieron un instante.

El necesario para comprender que aquel hombre la atraía tanto que estaba dispuesta a dejar de lado unos prejuicios que le habían sido inculcados desde la cuna, para dar rienda suelta a todo lo que Bjorn le había inspirado desde la primera vez que sus caminos se habían encontrado.

—No seré fácil de manejar —le advirtió, tomando la iniciativa para rozar sus labios.

Él gruñó y la arrastró consigo, hasta la espesura del bosque. Desde allí, las voces se amortiguaban por la distancia, al igual que el resplandor de las llamas de las hogueras.

—Acepto el desafío, danesa —respondió, devolviéndole el roce con una sonrisa maligna.

Sus terminaciones nerviosas se dispararon cuando su boca chocó contra la de él. Bjorn besaba con el mismo ímpetu con el que luchaba. Dominando a su contrincante. Tomando posesión de su lengua, hasta de sus jadeos. Invadiendo todos los rincones de su cuerpo cuando, sin despegarse de ella, la arrinconó contra el tronco de un árbol y tiró del escote de su vestido, hasta que sus pechos se hallaron al descubierto. Con un siseo aún más sensual que sus hábiles manos, Bjorn colocó una rodilla entre sus piernas e inclinó la cabeza para capturar uno de sus pezones entre los dientes, mientras amasaba su otro seno con la mano libre.

¡Por los dioses! Aquello era pura ambrosía. Karan notó la sangre corriendo más espesa por sus venas. Estaba demasiado cerca de abandonar todo pensamiento coherente. Como si él lo adivinara, la montó sobre su muslo y la balanceó adelante y atrás, restregando su sexo hasta que se sintió completamente empapada. Dispuesta.

Para él.

—Bjorn, no… —Debía intentar oponer resistencia, al menos para conservar un mínimo de esa dignidad que él estaba pulverizando a base de besos y caricias—. ¡Aún estás casado! —exclamó a la desesperada.

—Tú lo estarás si tu padre te encuentra y Einar no acaba antes con el conde —le respondió, mientras dejaba su marca en la curva de su cuello, en forma de besos húmedos. Incitantes. Tan peligrosos como él mismo—. ¿Algo más que objetar, danesa?

—Creo que… no.

—Me alegro, porque como podrás comprobar, me hallo en una situación que difícilmente tendrá vuelta atrás, y necesito corroborar que me sigues. —Con una risilla, Bjorn le subió el vestido hasta la cintura y coló una mano entre sus piernas. Cuando se las colocó alrededor de su cintura, Karan se encontró en vilo. Con unos dedos acariciándola en su parte más íntima hasta hacerla palpitar de necesidad, y las caderas masculinas pujando hacia delante en un suave pero mortífero vaivén—. ¿Lo notas, preciosa? ¿Entiendes en qué estado me has tenido desde que luchamos por primera vez?

—¿Luchamos, vikingo?

—Y seguiremos haciéndolo. Porque eres mi mayor desafío, y pienso conquistarte. Estás tan empapada, tan abierta a mí…

No hubo más palabras. La urgencia por apagar el incendio que los consumía por dentro los dominó, por encima de más preámbulos. Bjorn la penetró de un solo envite, pero de pronto se quedó inmóvil.

Atónito.

—¡Por Odín! —siseó entre dientes, controlándose para no embestirla como todos sus instintos le indicaban, cuando la sintió tensarse a su alrededor—. ¡Eres virgen!

—Lo era, vikingo. Acabas de terminar con esa condición. —Cuando la ráfaga de dolor fue desapareciendo, Karan decidió tomar la iniciativa y lanzó sus caderas hacia delante, hasta tenerlo completamente enfundado dentro de ella—. Y me gustaría que siguieras haciéndolo. Lo que siento es demasiado…

—¿Tenso? ¿Caliente?

—Me desharé si no llegamos al final, sea el que sea… —Él empujó de nuevo, y ella gritó de puro placer—. ¡Oh, no pares, te lo suplico!

—Temo hacerte daño…

—¿No te estoy dando muestras suficientes de que no es así? —Con una maldición nada femenina, Karan tiró de sus cabellos hacia atrás y

le mordió los labios—. Si quieres lucha, ¡te juro que la tendrás! Pero después… después me satisfarás por completo.

—Tus deseos… son órdenes para mí.

Se sintió poderosa cuando comprendió que el vikingo acababa de postrarse a sus pies. Todo su cuerpo se relajó, supeditándose a las sensaciones que se arremolinaban alrededor de ellos y que crecían, como el bravo oleaje en un día de tormenta, hasta estallar contra las olas. Karan gritó su nombre una y mil veces, mientras se deshacía entre sus brazos. Clavó los dientes en el hombro masculino y las uñas en su espalda cuando el clímax la sacudió casi con violencia… Y sonrió al comprender que Bjorn se había vaciado por completo dentro de ella, en medio de unos estremecimientos que lo dejaron agotado.

Durante una sucesión de deliciosos segundos, permanecieron enlazados. Sin hablar, pero diciéndoselo todo con lánguidas caricias que los llevaron de vuelta a la realidad.

Y entonces, Karan sintió los efectos devastadores de una corriente de finos y helados hilos, aposentándose en su cuello para mantenerla rígida. Inmóvil.

Indefensa.

«Eres una ramera desconsiderada. Una mentirosa. Y una temeraria, incapaz de utilizar su inteligencia en su propio provecho, si piensas que has logrado esquivarme, danesa. Sigues teniendo un trato conmigo. Te perseguiré hasta el fin de los tiempos si no lo cumples».

—No puede ser…

—¿Qué ocurre, Karan?

Bjorn la dejó en el suelo con delicadeza y acarició su cara, sofocada por el sexo que acababa de convertirla en una mujer plena, pero ella apenas se percató del gesto. De pronto, su mente se hallaba más allá. Encadenada a una voluntad mucho más fuerte que la suya.

«Fornica cuanto quieras. Con el hombre de Olson, o incluso con el mismísimo Einar si él te lo permite, pero no creas que esos guerreros te salvarán de tu destino si no cumples con tu parte».

—Karan… ¡Karan, respóndeme! ¿Te encuentras bien?

La muchacha parpadeó confundida, como si acabara de escapar de la peor de sus pesadillas. Temblaba en brazos del vikingo, aterrada, cuando minutos antes lo había hecho envuelta en las redes del placer más absoluto. Se aferró a su cuello, intentando salir del pozo oscuro al que las palabras de la völva la habían lanzado, y respiró hondo.

Por nada del mundo desvelaría a Bjorn su relación con Helga. Era algo que no solo debía permanecer en secreto, sino que debía desaparecer.

—Sí, no te preocupes —respondió, ofreciéndole una sonrisa tan insegura como se sentía ella bajo aquel atento escrutinio—. Es solo que… nunca pensé que fuera así.

—¿Así?

—Tan maravilloso. Tan inesperado. Tan pleno. —Y no mentía. Pero le costó centrarse en todas aquellas sensaciones vividas para resultar más convincente—. Bjorn, yo…

—No me lo pidas, por favor. —El guerrero dio un paso atrás con un gesto de dolor—. Sabes que no soy libre para casarme contigo.

—¿Lo harías si lo fueras?

—Es más que posible.

Eso no era un sí, pero se le parecía bastante. Y ella estaba tan desesperada, que se aferró a aquella afirmación ambigua como si fuera su salvavidas.

Porque lo era. Mientras llenara su mente con todo lo que Bjorn la hacía sentir, Helga no tendría un hueco por donde atacar. Erigiría una pared tan gruesa que ni siquiera los poderes de una völva podrían penetrar por ella.

Acunó la barbuda cara del hombre en la palma de su mano y recompensó su sinceridad con un beso largo y profundo, antes de recomponer su vestuario, su peinado… Y su alma.

—Por el momento, me conformo —afirmó—. Según Einar, eres un hombre de palabra.

—Vaya. Según Thyra, tú eres una mujer de fiar.

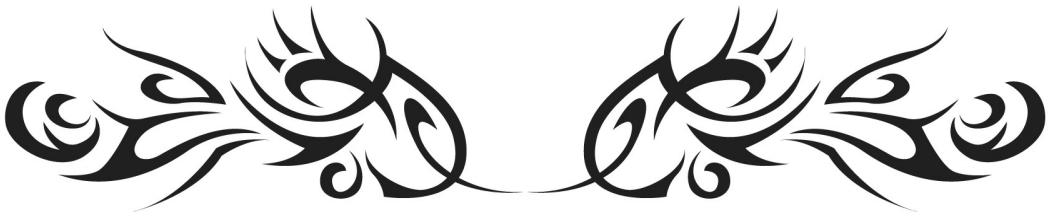
—Entonces, estamos hechos el uno para el otro, ¿no te parece?

—Hum, déjame pensar… —Bjorn se rascó la barbilla fingiendo concentración—. No lo tengo nada claro, mujer. ¿Por qué no nos aseguramos en un lugar mucho más íntimo?

Ella asintió con fervor.

Deseaba repetir aquello hasta que ambos estuvieran completamente saciados, en brazos del otro. Hasta que el sol del amanecer los sorprendiera juntos. Hasta que la realidad intentara separar aquello que comenzaba a unirlos.

Pero sobre todo, deseaba tomar distancia con el mal más absoluto, en la esperanza de que así no la atraparía.



Helga golpeó su pobre mesa con el báculo, con tanta fuerza que este rebotó y cayó al suelo.

Apenas se dio cuenta. Sus ojos permanecían fijos en el agua del cántaro que se encontraba sobre esa mesa. Las imágenes que le habían mostrado la habían encolerizado hasta tal punto, que no tuvo dificultad en conectar con la mente de aquella desagradecida, el tiempo justo para dejarle claras ciertas cosas.

Pero nada más.

De pronto, chocó con la inesperada fortaleza de la danesa, y el camino que acababa de abrir, se cerró de forma inesperada para transformarse en oscuridad.

Por más que lo intentó, no consiguió ver nada más acerca de aquellos dos, aunque una silueta fuerte, bien definida, se materializó en su lugar para que todas las alarmas saltaran a la vez.

—No es posible…

Helga se olvidó por el momento de la traición de Karan y centró su atención en lo que parecía ser una nueva presa. Era un hombre. Merodeaba por los alrededores de la aldea, pero no se decidía a avanzar.

Cuando descubrió su identidad, dio un paso atrás, espantada.

—¡Haakon!

El esposo de su hija. El padre de una nieta a la que jamás reconocería como tal.

Tres personas que deberían ser eliminadas, si quería que sus planes salieran como debían.

—Saldrán —afirmó para sí misma, con la mirada perdida más allá de la única ventana de la cabaña. En el sendero que hacía tiempo que había emprendido la mejor representación de su futuro—. Tú nos salvarás. Terminarás con ella, y después con todos los demás. Su huella debe borrarse de la faz de la tierra. Del pasado, del presente y del futuro. Tú, mi mejor descendiente, serás también mi salvación.

Ya se encargaría más tarde de la danesa. Su destino estaba sellado al de Magnus, y aunque aún debía reclamar a Revna y la criatura que llevaba en sus entrañas, el conde no le haría ascos a una alianza con una noble, mientras se encamaba con otra.

—Oh, sí —murmuró con satisfacción—. Esta vez, los dioses están de mi lado.



24 EL ÚLTIMO ESLABÓN DE LA CADENA

A Thyra no le supuso ningún esfuerzo esconderse de Einar por una noche.

Aunque ver su expresión de madrugada, dando órdenes a sus hombres para iniciar la cacería, le dio una idea bastante exacta de su

furia, sabía que ese estúpido orgullo suyo le impediría averiguar dónde había dormido. Lo cual le daba una ventaja inestimable, pensó con una sonrisa.

—Muchacha, no deberías provocarlo de esa manera. ¿No sería mucho más fácil presentarte ante él para informarle de que lo acompañarás a la cacería, sin más? —sugirió Ylva cuando la vio ataviada para tal menester.

—Con Einar nunca es sin más. Ya deberías saberlo.

—Lo sé. Por eso intento evitar una catástrofe…

La sierva meneó la cabeza con desaliento, pero Thyra le sonrió confiada.

—Piensa que mi ausencia solo es una muestra más de mi supuesta traición, pero va a llevarse una sorpresa tan grande que, cuando quiera reaccionar, ya estará perdido —afirmó, haciendo bailar sus delicadas cejas hasta que Ylva chascó la lengua con escepticismo—. Si de verdad me ama, no le quedará más remedio que rendirse al acoso y derribo que va a sufrir.

—¿Delante de sus hombres?

—Y del mismo Dios, si hace falta.

No le dijo que era la última oportunidad que había decidido otorgarle. Que, si su plan no salía bien, no habría esperanza para ellos. Que, aun así, permanecería en aquella época alejada de él, dispuesta a solicitar un divorcio que ni siquiera en sus momentos más oscuros había deseado.

—Dejad al menos que os acompañe, Thyra. —Karan llegó tras ella, después de su lección diaria, para detenerla o, al menos, para hacerla desistir de un propósito que le parecía más que absurdo—. Bjorn ha ido con ellos. Llevan mucha ventaja. Demasiada para que los alcancemos.

—Se detendrán en cuanto cobren alguna pieza. Y la cobrarán, seguro. Yo cabalgaré y… —De pronto, entrecerró los ojos con suspicacia—. Un momento. Bjorn y tú… ¿Sois amantes?

—Él me ha contado que estaba casado, pero que repudió a su esposa, a la espera de formalizar el divorcio. Una mujer importante, al parecer —confesó, enrojeciendo hasta los dedos de los pies.

—Tanto como tú, muchacha. En todos los sentidos. —A pesar de su gesto adusto, terminó encogiéndose de hombros con un guiño cómplice dirigido a Thyra—. Muchacha, Karan es la señalada por Einar para velar por ti. Lo justo sería que te acompañara.

—¿Justo? ¿Para quién?

—Para ella. Para ese mastuerzo que se empeña en tenerte vigilada con excusas tontas, solo para no aceptar que lo que le quita el sueño es la posibilidad de que sufras algún daño en su ausencia, preñada o no. Pero sobre todo, para ti. Ni siquiera yo voy a consentir que te aventures por ahí sola, en tu estado. Sé que si te ocurriera algo malo, a ti o a la criatura, él nunca se lo perdonaría. Y ya carga con bastantes errores sobre sus hombros como para añadirle uno más, ¿no te parece?

—De acuerdo. Seré magnánima con él. Después de todo, estoy decidida a recuperarlo. No le vendrá mal una sorpresa, aunque sea acompañada de Karan.

—¡Me encantaría ser una mosca pegada al tronco de un árbol, solo para ver la cara que pone cuando aparezcáis! —exclamó Ylva con una carcajada—. Doy por supuesto que sabéis perfectamente el camino que han tomado, ¿verdad?

—Pierde cuidado, Ylva. Esta mañana, Bjorn me informó con todo detalle antes de despedirse de mí… —Enseguida volvió a enrojecer, al darse cuenta de lo que acababa de insinuar, pero una nueva carcajada de Thyra le provocó una sonrisa tímida—. Bueno, lo cierto es que…

—Sois amantes. No te preocupes por admitirlo. Hasta no hace mucho, yo ardía de vergüenza con solo oír hablar de estos temas, pero ahora, ya me ves. Si mi madre me escuchara, ni siquiera sé lo que pensaría. Ella… —Se interrumpió. Había estado a punto de desvelar secretos que Karan nunca debería conocer—. En fin, será mejor que nos marchemos si queremos alcanzarlos antes de que vuelvan.

—Sí, será lo mejor.

Las dos muchachas se fueron hacia los establos, donde un par de caballos ensillados las esperaban. Sin embargo, Karan apenas esperó a encontrarse a una distancia prudencial de la aldea para saciar su

curiosidad. Había visto la tristeza en los ojos de Thyra cuando mencionó a su madre. Y a pesar de que viajaban en un cómodo silencio, la esposa del *berserker* seguía en el mismo estado.

—Perdonadme si soy indiscreta, pero apostaría mi mano derecha a que vuestro estado de ánimo no tiene que ver con la situación con vuestro esposo —aventuró.

—Esa situación ya es de por sí demasiado penosa como para que yo me encuentre… melancólica.

—Pero se ha agravado cuando habéis hablado de vuestra madre. —Al ver que Thyra no objetaba nada al respecto, Karan se decidió a continuar—. Nunca había escuchado hablar de vuestra madre.

—Porque nunca hasta ahora había hablado de ella. Se encuentra lejos. Más de lo que te encontrabas tú antes de llegar a nuestra aldea.

—Es decir, que ambas podríamos considerarnos unas extranjeras. —Thyra detuvo su montura con el ceño fruncido, pero solo se encontró con el gesto comprensivo de Karan—. Os pido perdón si os he importunado de alguna manera.

—No, está bien. Tranquila. —En el supuesto caso de que se hubiera decidido a explicarle las circunstancias que la habían llevado a su tiempo, Karan jamás lograría entenderla. Era mucho mejor que pensara que provenía de otro país, porque había parte de verdad en sus afirmaciones—. Yo llegué aquí…

—Haciéndoos pasar por mi hermana, lo sé. Su prometido informó a mi padre de todos esos pormenores en cuanto fueron recibidos por él.

—En realidad, fue una confusión que quise aclarar enseguida, pero se negaban a creerme. Para ellos, solo era una esclava. Mi origen no contaba para nada. Karan, tu prometido…

—No me casaré con él. Nunca. He visto la maldad que lo acompaña como si fuera la *völva* que no se separa de él. —Las dos mujeres se miraron a los ojos. Sin necesidad de palabras, ambas supieron que el daño que Magnus les había causado, corría el riesgo de convertirse en irreparable. Asintiendo al mismo tiempo, se cogieron de las manos—. No sé lo que ocurrió en su fortaleza, y creo que no quiero saberlo, pero debéis tener clara una cosa: pase lo que

pase, no seré vuestra adversaria, sino vuestra aliada. Por algo cabalgo a vuestro lado armada hasta los dientes, dispuesta a que nada malo os ocurra.

—Yo tampoco voy desprotegida que digamos. —Un nudo de emoción se había instalado en su garganta cuando Thyra señaló el puñal que Einar le había devuelto, y que no se había molestado en requisarle después de su último desencuentro—. Sé que no es una espada, y que ni siquiera le he puesto un nombre, pero con tus enseñanzas y el arrojo de las dos, algo haremos si nos atacan —bromeó.

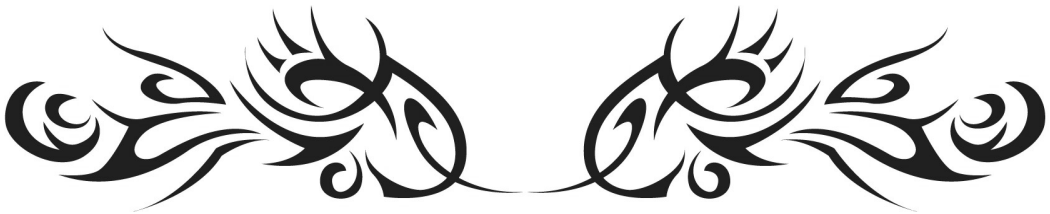
—No creo que haga falta. ¡Mirad ahí! —Thyra siguió el dedo de Karan, que apuntaba hacia una pequeña colina cubierta de espesa vegetación en la que se intuía movimiento. Hasta ellas llegaron los sonidos inconfundibles de los hombres, festejando la captura de una pieza—. ¡Vamos! Me muero por ver cómo reacciona el *berserker*.

—¿No será que te mueres por ver a cierto guerrero vikingo que lo acompaña

—Bueno, eso también.

Las dos rieron con complicidad, pero el silbido de una flecha cortó de cuajo el momento de chanza. Karan actuó por instinto. Se lanzó sobre Thyra antes incluso de comprobar la dirección de la que procedía, pero no fue lo bastante rápida. Las dos cayeron al suelo cuando la punta impactó de lleno en el pecho de la muchacha. Tan cerca del corazón, que por un angustioso momento, la danesa pensó que todo había acabado. Pero Thyra se movió entre sus brazos.

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude! ¡Thyra! —gritó con todas sus fuerzas.



—Yo creo que un jabalí y un venado es caza suficiente por hoy. Deberíamos volver.

—Calma, amigo mío. —Bjorn palmeó la espalda de Einar—. La aldea es lo más parecido a una fortaleza que he visto últimamente. Ellas están a salvo.

—Nadie estará a salvo mientras el conde continúe con vida… Un momento. ¿Has dicho «ellas»? —Por primera vez desde que se habían ido de caza, fue capaz de apartar su atención de Thyra y su orgulloso desplante de la noche anterior, para centrarla en el vikingo que lo miraba con una sonrisilla de lo más reveladora—. No me digas que tú y Karan…

—Pues sí. Era lo más natural después de todo el tiempo que pasamos juntos. Discutiendo, eso también es verdad, pero juntos a fin de cuentas. Nos hemos atraído desde el primer momento, y anoche, al fin, aclaramos nuestras posturas.

—De modo que le has hablado de Revna.

—Sí y no. —Bjorn regresó a su gesto huraño cuando desmontaron para colocar las piezas de caza y poder llevarlas a la aldea—. Sabe que estoy casado, pero también que la he repudiado, y que pienso divorciarme en cuanto todo esto se aclare y pueda volver a los dominios de Olson. De nada le van a servir las súplicas, Einar, ni su… —Iba a decir «estado», pero se contuvo a tiempo. Ahora que conocían el embarazo de Thyra, informarle del de Revna solo hubiera añadido más incertidumbre a la que ya soportaba—… su maldad. Al fin he abierto los ojos.

—¿Con la danesa destinada a Magnus? Quizá eso sea arriesgarse demasiado…

—No nos hemos prometido nada. Cada uno sabe a lo que atenerse con el otro. Lo demás…

El grito femenino de agonía los interrumpió de golpe. Solo necesitaron un par de segundos para mirarse entre ellos y asentir.

Habían reconocido la voz de Karan. El nombre de Thyra consiguió que Einar se lanzara hacia el lugar del que provenía, espada en mano, sin preocuparse de si alguien lo seguía. Thyra se hallaba con Karan, y había ocurrido algo grave. Eso era lo único que le importaba.

Le pareció que pasaba una eternidad hasta que llegó al lugar. Era una pequeña explanada rodeada de tantos árboles que le fue imposible distinguir otra figura aparte de la de su esposa y su

acompañante, sosteniendo su cabeza sobre el regazo mientras sus lágrimas caían sobre la flecha que le sobresalía del pecho.

Las piernas se le aflojaron. La sangre dejó de correr por sus venas. Por una fracción de segundo, se encontró incapaz de seguir avanzando. Ni siquiera pudo reaccionar para ordenar un registro exhaustivo de los alrededores. Solo ordenó a sus pies que se movieran, hasta que se encontró junto a ellas. Con los rizos rojizos de su esposa en la palma de su mano y su débil aliento bañándole la cara en cuanto se acercó a ella.

—Vive… ¡Vive! ¿Qué hacéis aquí? ¡Por todos los dioses, permití que te quedaras en la aldea para convertirte en su sombra, Karan! ¿Se puede saber qué…?

—Ella pasó la noche con Ylva y conmigo, mi señor. Se empeñó en salir a buscaros para hablar. Según ella, debíais aclarar muchas cosas de una vez por todas, así que no me quedó otro remedio que acompañarla. El ataque ha surgido de allí, creo —añadió, señalando un punto en concreto—. Intenté protegerla, ¡os lo juro! Incluso me lancé sobre ella, pero no lo hice con la suficiente rapidez, o ahora mismo yo estaría ocupando su lugar…

—Está bien. —De nada servía desahogar su ira con la muchacha. Por su llanto desesperado, supo que no mentía—. ¡Bjorn, coge un puñado de hombres y registrad la zona! Con un poco de suerte, podremos atrapar al último eslabón de la cadena. ¡Los demás, id en dirección contraria! Los quiero vivos. A todos.

—¿Qué habéis querido decir con el último eslabón de la cadena, mi señor?

Le ardían los ojos. El corazón le palpitaba tan fuerte que temió que saltara fuera de él hacia Thyra, y la riada de cólera fría que corría por sus venas era imposible de detener.

Aun así, suspiró, intentando recuperar un mínimo de cordura para poder actuar con sensatez.

—Magnus —dijo.

Y con aquel simple nombre, todos comprendieron.



25 UN HORRIBLE PECADO QUE EXPIAR

—¿Vivirán?

—Cualquiera diría que te importa.

—¡Oh, vamos, *amma*! Sabes de sobra lo que me importan.

Apostado en la puerta entreabierta de su pequeña casa, junto con Ylva y su gesto severo, se sentía como un niño pequeño que se había portado mal. Thyra estaba tumbada en el catre, después de haberle extraído la flecha. Aunque la herida no era mortal, sí podría serlo la sustancia con la que la habían cubierto, y que en ese momento campaba a sus anchas por su cuerpo.

—¿Se ha descubierto al culpable? —preguntó Ylva, en lugar de responder a la cuestión que comenzaba a corroerle el alma.

—No —respondió a regañadientes—. Los hombres han registrado cada piedra del camino sin encontrar ni una sola huella, pero mis instintos me dicen que tiene algo que ver con el incendio del establo, y mucho, muchísimo que ver con Helga.

—Y donde está Helga, se encuentra Magnus. —La anciana soltó un suspiro y lo miró de reojo—. No te mortifiques. Nadie elige a sus progenitores. De lo contrario, muy pocos tendríamos padres, muchacho.

—¿Quieres decir que conoces…? ¿Que sabes…?

—Siempre he conocido, y siempre he sabido. —Y no parecía para nada arrepentida de confesárselo precisamente en aquel momento, y con total naturalidad, a pesar del estupor con el que Einar la miraba —. Es evidente que no lo he sabido desde el principio, porque te lo hubiera dicho mucho antes que esa *völva* que te ha maldecido.

—Entonces, ¿cuándo…?

—Las runas se lo revelaron a Berit, y ella, a mí. Pero casi no me habéis dado tiempo a digerirlo, antes de conocer el embarazo de Thyra y tu rechazo frontal.

—Tengo mis motivos. Miles de ellos.

—Los mismos que para aceptarlo, supongo. Pero claro, en lugar de comportarte como una persona juiciosa que ha aprendido de sus muchos errores, vuelves a cometerlos una y otra vez. ¡Por los dioses! Si fueras un chiquillo, te hubiera despellejado el trasero.

Einar no pudo objetar nada, porque era verdad.

A pesar de todas sus dudas, luchaba contra lo que Thyra le hacía sentir. Odiaba que ejerciese semejante poder sobre él, pero ya estaba harto de combatirlo.

Desde la primera vez que la besó, no había podido pensar en otra cosa.

—Desde esa primera vez, han pasado muchas cosas, chico.

La voz de Ylva poniendo en palabras sus pensamientos no lo sobresaltó.

—Sé que puedes leerme la mente. No te hagas la sabia conmigo.

—Cometería un grave error. Es mucho mejor darte la solución a tu problema.

—No tengo ningún problema.

—Resolviste los que tenías, pero con ella llegaron otros. Y una pequeña parte los has adquirido por cuenta propia, sin necesidad de que nadie los provocara.

—Si te refieres...

—Me refiero a tu desconfianza, que no es más que una falta de seguridad en ti mismo alarmante. —Sin más preámbulos, lo arrastró al interior del a casa y lo dejó justo a los pies del jergón donde Thyra se debatía entre la vida y la muerte—. Dime, guerrero, ¿la ves bien? —Los ojos de Einar repasaron su palidez mortal. La respiración apenas audible, que movía la sábana que la cubría. El contraste entre su piel y el color brillante de su cabello. Y sintió ganas de llorar—. Ella no se ha rendido contigo, al contrario que tú.

—No, *amma*. Yo jamás me rendiría con ella.

—Es preciosa, ¿verdad? —Él no dudó en asentir—. Y fuerte. Y valiente como pocas. Con esa valentía, ha logrado que venzas a tus propios fantasmas ignorando los suyos. Ha ido en tu busca y ha sido capaz de entregarse al chantaje de tu mayor enemigo, solo para poder salvarte.

—Sabía que Magnus nunca me dejaría tranquilo. Busca mi muerte.

—Y ella, tu vida y la del hijo que lleva dentro. Solo tienes que dejar salir toda esa bilis que te corrompe para advertir todo lo que yo advierto en ella. Y cuando semejante milagro se produzca, comprenderás que lo último que deseas es dejarla. Por mucho que ahora mismo intentes convencerte a ti mismo de lo contrario, sin conseguirlo.

—Pero puede morir…

—Todos lo haremos algún día, incluido tú. Es callabron, Einar —informó a bocajarro, sentándose junto al cabecero del jergón para tomar la mano inerte de Thyra entre las suyas, sin dejar de mirarlo—. El peor veneno que conozco. Ni siquiera sé si logrará salir de esta. Pero sí sé lo que ocurrirá si tú te limitas a esperar, en lugar de limpiar tu alma y hacer aquello que tu conciencia te exige.

Einar lanzó un gemido de agonía. Había oído hablar del veneno mientras servía al rey. Se rumoreaba que ya se había cobrado las vidas de una gran parte de los enemigos de Harald.

Y ahora, alguien pretendía acabar con Thyra de la misma agónica manera, sin contar con aquello que Ylva acababa de insinuar, y que habitaba en su corazón: el amor.

Con un nudo infinito retorciéndole la garganta, se sentó al lado opuesto de la sierva y tomó la otra mano de su esposa entre las de él.

Su tacto era frío. Demasiado parecido a la muerte.

Pero ella no podía morir. No antes que él. De lo contrario, vagaría entre las sombras de su propio dolor, mucho más allá de la maldición que Helga le había arrojado.

Sintió que las lágrimas le bañaban la cara cuando se inclinó sobre ella hasta que sus labios se tocaron. Hubiera querido cederle la totalidad de su sangre para limpiar la suya. Su aliento, como el mejor antídoto. ¡Dioses! Lo hubiera intentado todo, con tal de recuperar el tiempo que su estúpido orgullo le había hecho perder.

Quería ver de nuevo el cabello de Thyra suelto al viento. Sus labios entreabiertos para él, y ese calor sensual en sus ojos que era incapaz de ocultar. Quería sentir otra vez la suavidad de su cuerpo debajo del suyo, y saber que ella disfrutaba. Que le excitaba. Que quería más y que se lo pediría.

—Vivirás —le aseguró por encima de todo su sufrimiento, antes de cruzar una elocuente mirada con Ylva que hizo palidecer a la anciana —. Los dos viviréis.

—Einar, conozco demasiado bien esa expresión. ¡Para salvarla a ella, no tienes por qué sacrificarte tú! —Los dedos huesudos lo alcanzaron antes de que él pudiera escapar, y los ojos de su *amma* le suplicaron en silencio—. ¿Qué te propones?

—Salir por esa puerta a buscar el único remedio que puede devolverles la vida —respondió con determinación.

«No digas nada. No lo pienses siquiera, o ella te lo impedirá con todas sus fuerzas».

Forzó una sonrisa despreocupada que no logró engañar a Ylva. La anciana se interpuso entre él y la puerta con las manos en las caderas, y esa expresión severa que le demostraba desde que era un niño, pero nada parecía indicar que fuera por algo más grave que una simple cabezonería suya.

—Vamos, *amma*, no te pongas así —trató de apaciguarla cuando vio que su ceño se fruncía todavía más—. No voy a luchar contra Magnus… todavía.

—¿Y entonces? ¿A dónde se supone que vas, después de mostrarme una preocupación tan angustiosa por la suerte de tu esposa y de su pequeño?

—No dudes nunca que mi preocupación ha sido angustiosa —le replicó en voz baja—. Pero sé que de momento no me queda más remedio que dejarla en las mejores manos. Es decir, en las tuyas. Solo los dioses decidirán su destino. Y yo, por supuesto.

Cuando Einar hizo un segundo intento por escapar de su control, ella volvió a interceptarlo.

—No cuela, muchacho. Prueba de nuevo, anda. Porque de un momento a otro vas a terminar demostrándome lo desesperado que de verdad estás por el estado de Thyra, y entonces dirás y harás cosas de las que te vas a arrepentir.

«Ya me estoy arrepintiendo».

Pero no podía confesárselo, ni darle el más mínimo indicio en el que basar sus sospechas.

Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, lanzó la mirada al techo con expresión exasperada.

—De acuerdo. Tengo a un hombre del rey ahí afuera, esperando mi veredicto respecto a los que nos acompañarán a la guerra. Es algo que no podré eludir por mucho que desee quedarme aquí hasta el fin de mis días. Con ella —remarcó, lanzando una profunda mirada a la muchacha que permanecía en cama, debatiéndose entre la vida y la

muerte—. Dejaré el asunto en manos de Bjorn mientras yo viajo hacia las tierras de Olson.

—Como tú bien has dicho, la guerra no se puede eludir. No comprendo el fin de esa supuesta reunión, cuando el propio Rolf ha llegado de esas tierras.

—Magnus. Siempre ha sido, y será, el principal escollo. ¿Crees que se quedará sentado a esperar una oportunidad de destruirme cuando vuelva de tierras sajonas, si es que vuelvo? ¡Ha recuperado sus tierras, y su poder se ha visto acrecentado con el apoyo de Jenssen! ¡Aprovechará mi ausencia para masacraros! ¡Thyra perecerá, si es que logra sobrevivir al callabron! —Dejó que toda su angustia saliera a borbotones porque era la pura verdad. No le habló de la segunda parte, por supuesto. Eso solo estaba reservado a él—. Nuestra guardia menguará alarmantemente después de ceder una muy buena parte al rey Harald. Por muy bien pertrechados que estemos, por mucho que Bjorn los haya entrenado, tanto a ellos como a las mujeres que se quedarán aquí, no será suficiente, *amma*. Magnus no dejará ningún superviviente. Y Helga se asegurará de que yo viva para verlo.

Por un instante los dos se miraron. Einar contuvo la respiración, rezando para que Ylva no adivinara el resto de sus intenciones. Por fortuna, la mujer terminó asintiendo mientras se apartaba.

—Yo cuidaré de ella, pero date prisa —casi le suplicó, con lágrimas en los ojos—. Aunque es fuerte, ignoro si ella y el niño lograrán…

—Lo lograrán. —La sepultó entre sus brazos para evitar oír lo que todos sus instintos le gritaban. La apretó contra su corazón para calmar sus propios miedos, y solo cuando estuvo seguro de que no se derrumbaría, se atrevió a afrontar su mirada—. Haré lo que sea necesario para ello.

Retrocedió para desmoronarse junto al rostro impasible de Thyra. Sabía que Ylva no le quitaba el ojo de encima, pero no le importó. Sería la única licencia que se tomaría antes de emprender el viaje, con un destino muy diferente al que le había relatado a la sierva.

Necesitaba volver a sentirla cerca. Volver a inhalar su perfume único, a enredar sus dedos en los zarcillos de su pelo rojo brillante. A notar bajo sus yemas la tersura de una piel que se había aprendido

de memoria, y que había estado a punto de olvidar por culpa de su estupidez.

—Te pido perdón ahora, *kván* —le murmuró, con la boca pegada a su sien, antes de derrochar cientos de besos a lo largo y ancho de su rostro—. No se me ocurre un lugar mejor para permanecer ahora mismo que a tu lado. Pero si lo hago, ni la mismísima muerte podría arrancarme de aquí. Y debo partir para salvarte —añadió en un susurro junto a su oído, seguro de que, en mitad de su inconsciencia, ella le oía—. Aguanta hasta entonces, pequeña, porque volveré. Y cuando lo haga, vendré cargado con toda la vida que te mereces vivir. Lo prometo.

Se inclinó, hasta que sus labios se rozaron. Los de Thyra estaban inertes, con la frialdad que precede a la muerte.

«Callabron».

La palabra se repitió en su mente hasta que él terminó llorando como un niño.

Debía ser consciente de su significado. De todo lo que comportaba. De ese modo, no flaquearía cuando siguiera su decisión, con todas sus consecuencias.

Salió en busca de Rolf y Bjorn para explicarles sus planes más inmediatos con respecto a la guerra que se avecinaba. El resto, sería una carga que debería llevar en silencio si quería salir victorioso. Solo tenía que evitar las suspicacias de Karan, o la intuición infalible de Berit…

—¡Einar!

No fue aquel tono de voz, tan conocido como inesperado, en forma de orden tajante, lo que hizo que tirara de las riendas del caballo con tanta brusquedad que a punto estuvo de caer al suelo. Fue esa persona, situada a una distancia prudencial de la grupa de su montura, lo que logró que su sangre se convirtiera en escarcha un segundo, para pasar a correr a toda velocidad por sus venas al segundo siguiente. Justo cuando Einar se giró y vio de quien se trataba.

Estaba muy desmejorado. El pelo enmarañado, la barba larga y descuidada, harapos por vestimenta y una suciedad que le hacía muy

difícil distinguir sus rasgos, y que producía un hedor aún más difícil de eludir, pero era él, sin duda alguna.

Derrotado, flaco, con la mirada perdida y sin esperanza, pero era…

—No puede ser —musitó incrédulo, un instante antes de correr hacia el hombre y estrujarlo contra su pecho sin ningún comedimiento, con lágrimas de alegría bañándole la cara—. ¡Por las barbas de Odín, eres tú! ¡Eres Haakon! No tengo ni idea de lo que te ha pasado, pero ya me lo contarás. Has vuelto. ¡Estás con nosotros! Estás de nuevo en casa…

—Esta nunca volverá a ser mi casa. Ni soy digno de tu abrazo, o tu cariño, o tus lágrimas, sino de todo tu odio, tu sed de venganza, y una justicia que he venido a buscar. —Einar contempló atónito cómo su amigo se apartaba—. Llevo demasiado tiempo eludiendo un castigo que, al fin, voy a asumir.

—¡Haakon! ¡No, espera!

De la nada surgió la menuda figura de Berit, envuelta en un llanto desolador, que se interpuso entre los dos hombres para arrojarse a los pies de Einar.

—¡Por favor, no le hagas daño! ¡Te suplico que antes lo escuches! ¡él es toda mi vida, Einar! —gritó, antes de que Ylva acudiera para ayudarla a incorporarse.

—¿Hacerle daño? ¿De qué hablas? —Un oscuro presentimiento se alojó en su mente cuando observó a ambos con más detenimiento—. Berit…

—¡Sé que sus actos serán dignos de la justicia de los dioses, pero por favor, dale al menos la oportunidad de explicarte el horrible pecado que ha cometido!

Haakon apartó a su mujer para presentarse ante el que había sido su mejor amigo, lo más parecido a un hermano que siempre había tenido, con la barbilla alta y la dignidad intacta.

—Soy yo quien me presento ante ti con esa carga, *berserker* —anunció con gravedad—. Yo… yo conozco las circunstancias de la muerte de Viggo.



26 SALVAR A THYRA

Su mundo comenzó a girar vertiginosamente, hasta marearlo.

Las palmas de sus manos empezaron a sudar. Las piernas le temblaron, pero ignoró las señales y se centró en el lenguaje corporal de su amigo.

—Explícamelo —repitió con voz oscura—. Aquí. Ahora. ¿Sabes quién lo mató? —Haakon asintió cabizbajo—. Entonces, ¡explícamelo! —tronó por tercera vez.

Por unos infinitos minutos, solo escuchó la pesada respiración de su amigo mientras se despojaba de sus pocas armas y las arrojaba a sus pies, antes de afrontar su mirada con otra cargada de una culpa que Einar no quiso ni supo aceptar. Al menos, no antes de escuchar sus palabras. Tal vez estaba equivocado. Tal vez…

—Fui yo, Einar. Yo maté a Viggo.

Las palabras cayeron sobre él como hachazos. Una tras otra. Directas a su corazón y a su conciencia.

Después, el infierno se desató en su interior.

No pudo dominarlo, ni dominarse. Ni siquiera fue consciente de que se abalanzaba sobre el hombre que había representado tantas cosas para él, sin ni siquiera darle la oportunidad de explicarse. La bestia que siempre había anidado en él, y que había permanecido dormida, despertó cuando sus manos rodearon el cuello de Haakon y apretaron sin consideración, mientras lo mantenía clavado al suelo con el peso inamovible de su propio cuerpo.

Su fuerza provenía del dolor más profundo. Del desengaño. De la verdad inquebrantable que acababa de escuchar. Conocía lo bastante a Haakon como para saber que no mentía, mucho menos en algo de semejante envergadura. Y esa certeza comenzó a corroerle por dentro. Mientras apretaba el cuello de su mejor amigo sin compasión, gruesas lágrimas surcaron su cara. Su mente embotada no recibía ninguna señal del exterior, pero tampoco era capaz de recurrir a otros medios por los que terminar con él. Se hallaba armado hasta los dientes, y ni siquiera pensaba en usar cualquiera de esas armas contra aquel desconocido que de pronto tenía delante.

No. Le proporcionaría una muerte rápida que aliviara el espíritu errante de Viggo.

Justicia. Eso haría.

—Asesino… —siseó, disfrutando al ver el color cerúleo de la cara de Haakon, sus intentos inútiles por librarse de su agarre, o los ojos a punto de salirse de sus órbitas—. ¡Asesino!

—¡Puede que lo fuera, pero tú estás a punto de convertirte en uno, *berserker*! ¡Dejarás a una muchacha inocente viuda, y a una niña sin padre, sin haber escuchado al hombre al que todavía quieres como a un hermano!

—¡Él mató a mi verdadero hermano! ¡Mató a Viggo! —Sintió las manos firmes de Drustan sujetándolo por los hombros, pero no aflojó su agarre—. En cuanto a Berit… ¡Ella conocía su paradero! ¡La razón por la que permanecía oculto, y calló como una maldita perra traicionera!

—¡No puedes culparla por defender a sus seres queridos! —A las manos del religioso se unieron las de Bjorn, mucho más resueltas—. Vamos, amigo. Eres famoso por tu ecuanimidad. ¡Demuéstrala con quién más la merece!

—¡No! ¡Soltadme, malditos seáis todos! Yo quería a Haakon. ¡Hubiera dado mi vida por él! Y en cambio, él…

Su voz se fue extinguiendo conforme lo apartaron de su objetivo. Incluso su vista se aclaró. Y lo que vio fue a un hombre derrotado que se arrastraba lejos de él, pero que llevaba la culpa impresa en una mirada que no apartó de Einar, ni siquiera cuando creyó que finalmente moriría.

—Me… lo merezco… —siseó entre toses—. Dejadle… que acabe conmigo…

—Ni lo sueñes, vikingo. Él tendrá que escucharte. —Berit volvió a posicionarse entre ambos hombres, señalando a Einar—. ¡Tú tienes que escucharlo! Se lo debes a todos los años de camaradería incondicional que os han unido. Más tarde podrás emprenderla contra mí por haberte ocultado lo que las runas me revelaron en su momento. Incluso tendrás todo el derecho del mundo a tomar las represalias que consideres necesarias contra nosotros, pero ahora… Ahora, en nombre de la justicia que tanto Viggo como todos los demás nos merecemos, escúchalo, te lo ruego.

Las palabras de la muchacha penetraron poco a poco en la mente obnubilada del guerrero, hasta que fue capaz de analizarlas con la suficiente frialdad. De un tirón, se desembarazó del agarre de sus hombres y entornó los párpados.

Sus pupilas seguían fijas en Haakon como las de un lobo enloquecido, a punto de degollar a su víctima, pero no movió un solo músculo. Ni siquiera se permitió el lujo de preguntarse cómo habían llegado a ese punto. O por qué creía la afirmación de aquel hombre a pies juntillas, sin cuestionar ni una sola letra.

Era cierto. Cada fibra de su ser lo sabía y se lo gritaba. Con eso tenía bastante.

—Levántate. —Retrocedió un paso y recuperó la espada del resto de armas que, al parecer, le habían arrancado en pleno forcejeo sin que él se diera cuenta, tal era su estado de enajenación—. ¡Levántate, malnacido! ¡Ponte en pie y afronta las consecuencias de tus propios actos!

—Sabes que jamás me inventaría algo de semejante importancia si no fuera cierto...

Poco a poco, Haakon fue desgranando cada suceso del aciago día en el que habían acudido a la fortaleza del conde Magnus para rescatar a Thyra. Conforme avanzaba, la voz iba quebrándosele, apagándose como la llama de una vela consumida, hasta que llegó a la última parte. Se interrumpió, tragó saliva y reunió fuerzas para no desmoronarse delante de aquel que le juzgaría.

—Desconozco la razón, pero Viggo se vistió con los colores del conde. ¡Actué por instinto! En ese momento, pensaba que era un esbirro de Magnus, dispuesto a acabar conmigo. ¡Era él o yo! Me giré con la espada en la mano y… y… —No pudo soportarlo más. Cayó a los pies de Einar envuelto en un llanto desgarrador—. ¡Cuando me di cuenta de quién se trataba, ya era demasiado tarde! ¡Intenté contener la sangre, reanimarlo, suplicarle que no se rindiera, que viviera, pero todo resultó en vano!

—Y después decidiste huir como la comadreja cobarde en la que te has convertido, en lugar de quedarte para contármelo cuando yo apareciera por el otro lado del pasadizo…

—¡Me hubieras matado en ese mismo instante, sin escuchar ni una sola de mis palabras! —Haakon se las ingenió para ponerse en pie y recorrer a todos los presentes con una sola y firme mirada, que terminó en Einar—. Bien saben los dioses que tengo merecida esa muerte. Que, de haberla encontrado aquel día, hubiera sido bien

recibida incluso. Pero confesarte que era el asesino de tu hermano en aquel momento, hubiera acabado contigo. En cuanto a mi familia, las hubiera dejado desamparadas, y a merced de un hombre lleno de un deseo de venganza que no se acabaría con mi vida.

—Jamás hubiera hecho daño a Berit, ni a la niña —murmuró Einar, desconcertado.

—Hace un momento todos hemos sido testigos de lo contrario. Si me hubieras matado, después habrías ido a por mi esposa. Nada ni nadie te hubiera impedido impartir tu justicia particular. Sin embargo… —Con un hondo suspiro, Haakon se arrodilló de nuevo. Con firme resolución, tomó la mano del *berserker* que sostenía la espada y llevó la punta del arma hasta su pecho, presionándolo con ella—. Adelante. He confesado mi peor crimen, porque eso es lo que ha sido, sin importar las circunstancias que lo rodearon. Y no me refiero solo a la muerte de Viggo, sino a mi desaparición, haciéndoos creer a todos que había muerto en el ataque al conde. Sé que habéis sufrido, y por ello os pido perdón. Por ello te pido perdón, vikingo —añadió—. Espero con alivio tu justicia.

Einar sintió de pronto el peso de todas las miradas clavadas en él. No obstante, sus ojos no se apartaron ni un momento de los de Haakon, mientras decidía si daba el mando a sus instintos más sanguinarios, o prevalecía aquello que le dictaba el corazón. Los momentos vividos junto a aquel hombre. Todas las penas y las alegrías compartidas con él. Los secretos mutuos que aún seguirían siéndolo.

Los unían demasiados lazos, y demasiado fuertes, como para romperlos con una fría ejecución que, por otra parte, sería injusta.

—Pudiste haber desaparecido para siempre, y sin embargo estás aquí. Al menos tengo que concederte eso —comenzó, escondiendo tras su tono de voz neutro todas las emociones que en aquel momento presionaban en su pecho hasta casi hacerlo explotar—. Nada ni nadie me devolverá a mi hermano. Tampoco podré conocer los detalles de tu confesión por su boca. No me queda más remedio que creerte, pero eso no te servirá para exonerarte.

—¿Y para perdonarme? Si tengo tu perdón, aceptaré gustoso cualquier destino que me impongas.

Por un instante, levantó la mano con la intención de colocarla en su cabeza, en señal de ese perdón que casi le había suplicado, pero el rencor tardaría en irse de su corazón. No podía ser tan condescendiente. Por Viggo, por él, incluso por Thyra o Berit, o todos los que contemplaban la escena envueltos en un silencio tan hermético como un sudario.

—Llevároslo. Encerradlo con los perros mientras yo estoy fuera. Por el momento, conmutaré la pena de muerte por una prisión indefinida. —Su corazón comenzó a sangrar desde el momento en que dos hombres se llevaron a rastras a Haakon sin que este opusiera resistencia, pero se mantuvo firme—. Rolf, tienes de plazo hasta mi vuelta para elegir a los mejores hombres. Bjorn te ayudará. Karan, vigila la evolución de mi esposa. Si el… desenlace se precipitara, corre a buscarme. Y tú… —Cuando se giró hacia Berit, tenía los dientes tan apretados que dolían—. Colaborarás con Ylva y Karan en la recuperación de Thyra. Necesito que siga viva cuando yo regrese. De lo contrario, te juro que pagarás esta osadía con tu vida.

—Velaré a Thyra porque es mi amiga. Las amenazas no eran necesarias. Y ahora ve. Ve hacia tu propia destrucción. Yo no te lo impediré. Porque amo a Haakon por encima de todas las cosas. Solo espero que el tiempo que pases lejos de aquí te sirva para enfriarte los ánimos y atrapar esa cordura que, un día, te hizo famoso.

Si no hubiera estado tan deshecho por dentro, habría actuado en consecuencia ante semejante desafío. Pero haber recuperado a Haakon para a continuación perderlo era demasiado, incluso para un hombre como él.

Después de todo, Thyra podría morir antes incluso de que intentase cualquier medida desesperada, como la que se disponía a emprender justo cuando el destino le puso aquella inesperada piedra en su camino.

Regresó a su caballo y emprendió un furioso galope sin pensar en lo que dejaba atrás. Cabalgó como si el mismísimo Loki lo persiguiera. No se permitió ni un respiro que pudiera hacerle reflexionar; ni lo quería, ni lo necesitaba. Haakon no merecía su compasión. La imagen del cuerpo ensangrentado de Viggo aún permanecía demasiado fresca en su mente como para permitirse

debilidad. Sería implacable. Olvidaría incluso todo lo que los había unido a lo largo de su vida, para centrarse en aquello que los separaba.

Pero sería después de salvar a Thyra. Aquella misión se convertiría en primordial, en única.

Einar apretó los talones en los flancos de su caballo, pero la noche se cernía sobre ellos y debía detenerse, si no quería arriesgarse a no llegar a su destino.

Cuando logró encender el fuego y se tumbó junto a él, con sus armas a mano, seguía sintiéndose entumecido. Durante horas, fue incapaz de conciliar un sueño ligero al menos, por lo que decidió incorporarse y apoyar la espalda en el tronco del árbol más cercano, con su espada entre las manos.

La energía producto de la ira se iba disipando conforme pasaba el tiempo. Apretó los párpados cuando recordó el relato de Haakon, con mucha más frialdad.

—¡Dioses! Eras mi amigo —proclamó con lágrimas en los ojos, intentando ver más allá de la noche estrellada que se reflejaba en las tranquilas aguas del riachuelo que tenía a unos pasos de él y su fogata—. Pero duele, Haakon. Duele tanto que no creo que sea capaz de perdonarte nunca.

Y sin embargo, había recuperado su capacidad de perdonar gracias a Thyra.

Ella le hubiera afeado su conducta con el pelirrojo de haber tenido ocasión. Pero no la tenía, porque tanto ella como la criatura que crecía en su vientre se debatían entre la vida y la muerte. Y si por algún designio divino él conseguía llevar a cabo sus planes y los salvaba, tendría que reconocer su nuevo error para evitar que el secreto que la había llevado a él a través del agua, volviera a arrebatársela.

—Antes de permitirlo, moriré —proclamó a la nada—. ¡Juro que te recuperaré, Thyra, así tenga que vender mi propia alma!

—Me alegra oírlo, *berserker*.

Einar se puso en pie de un salto, empuñando su espada contra la *völva* que se había materializado ante sus ojos sin que él se hubiera dado cuenta.

—¡Tú! —exclamó, con todos sus instintos en guardia, mirando en todas direcciones.

—Solo yo. No busques en vano. Tu padre ni siquiera tiene conocimiento de este encuentro. Al igual que desconoce vuestro parentesco. Mejor así. Por ambas circunstancias. —Como si la amenaza de la espada no le supusiera el menor problema, avanzó hacia él, hasta que la hoja del acero tocó su pecho esquelético—. Puedes dejar de comportarte como un guerrero a punto de entrar en batalla. Me matarías, pero tú vivirías para siempre. Y no es eso lo que buscamos, ¿verdad?

—Aún no, bruja.

—Veo que empezamos a entendernos. Después de todo, has sido tú quien me ha llamado. —Con una risa siniestra y un movimiento enérgico de su bastón, ante ellos apareció la imagen de Haakon encadenado, para después dejar paso a la de Thyra, inconsciente—. Podríamos echarlo a suertes si quieres. De ese modo, tu conciencia permanecerá intacta cuando salves a uno, para condenar a otro. O bien podrías elegir por ti mismo, aunque puedo ver la ponzoña que anida en tu corazón ahora mismo hacia el esposo de mi hija pequeña. —Se encogió de hombros con indiferencia, y ambas imágenes desaparecieron—. Conscientemente o no, ya has elegido. La pregunta es: ¿qué vienes dispuesto a ofrecerme?

Einar dejó caer la espada con desaliento y se colocó en el campo de visión de la *völva*.

Había llegado el momento.

—A mí, en su lugar —afirmó sin un solo titubeo.



27 TRATO HECHO

La risa estridente de Helga le dañó los oídos.

Su significado le destrozó el corazón.

—¡Yo ya te tengo, Ragnarsson! —exclamó, sacudiendo sus guedejas grises con energía—. Si esa es la razón por la que ahora me

buscas…

—Buscaría al mismísimo Odín, si fuera necesario.

—Cualquier cosa para salvar a la muchacha a la que has repudiado con egoísmo, ¿eh? La misma a la que has tachado de puta. Esa que lleva un hijo en su vientre engendrado por...

—¡Basta! —exclamó Einar, roto por el dolor de la situación de Thyra, por los remordimientos al sentirse culpable... y por la verdad que la anciana podría escupirle en la cara—. Sé que todo lo que dices es cierto. Que piensas que la historia se repite. Que con Thyra ocurrirá lo mismo que con Ingrid.

—No hay dos historias iguales, del mismo modo que no hay dos mujeres iguales. Ingrid fraguó sola su propio destino, con mi inestimable ayuda. —Einar abrió la boca, atónito por lo que acababa de escuchar, pero la mirada penetrante de Helga lo dejó sin palabras —. Fue el plan perfecto en cuanto ella se negó a deshacerse de ti para seguirme. ¡Solo repetía que llevaba un hijo tuyo en su vientre, que te amaba! ¡Como si eso hubiera sido un impedimento! Aunque ella lo creía así, por supuesto.

—Tú…

—La ayudé a morir. No creas que no me dolió, *berserker*. Era mi hija. En ella había depositado toda mi confianza, todas mis esperanzas. Y me traicionó… por ti. Por un amor que nunca hubiera sido correspondido.

—¡Eso no lo sabes, maldita asesina!

Einar se lanzó a por ella, pero Helga lo detuvo con un solo movimiento de su cayado, dejándolo en el sitio.

—No tan deprisa, vikingo. Aún me necesitas para salvar a tu segunda esposa, ¿no es así? —Thyra. Debía pensar en ella si no quería condenarla para siempre—. Ingrid me sirvió para conseguir un fin: tu maldición y mi servicio al único hombre que podrá terminar contigo: tu verdadero padre. La aparición de Haakon y la traición de Karan han supuesto un pequeño escollo para mí del que me encargaré más adelante…

—¿Karan?

—Ah, eres demasiado confiado. —Ella volvió a reír con condescendencia, mientras Einar sentía cómo se ponía lívido—. Fue

un error por mi parte subestimarla. Se resiste a mí. Es más fuerte de lo que pensé, pero terminará como todos los demás… En cuanto reconozcas que estás tan desesperado que no te importará postrarte a mis pies para suplicarme, sin ni siquiera una garantía de éxito.

El cuerpo del guerrero se tensó, y un gruñido salió de su boca, pero su mente se rindió a la evidencia.

Si tenía que suplicar por Thyra, lo haría sin dudar.

—Por eso te buscaba —murmuró, cabizbajo—. He sido un ignorante...

—Y la ignorancia se traduce en miedo, que a su vez se convierte en unas ansias irracionales de persecución. —A pesar de no mirarla, Einar distinguió la satisfacción en las palabras de la hechicera ante su humillación—. Esas que corroen a Magnus por dentro, y que lo llevarán a tu pueblo tarde o temprano.

—No será necesario. Yo me entregaré.

—¿Y por qué vas a hacer tamaña tontería sin ofrecerme un espectáculo de lucha digno de ti?

—Porque la amo —confesó—. Y ofrecería mi alma a Loki por ella, sin dudar.

—¿No son palabras vacías?

«Está dudando, en lugar de reclamarte para ella. ¡Es el momento!».

—Me conoces mucho más de lo deseable —afirmó, rezando para que no detectara su estupor ante lo que acababa de escuchar con respecto a Karan, o su repugnancia al saber que Ingrid había muerto a manos de su propia madre—. Pero aceptaría mi maldición para siempre, si con ello consigo que Thyra viva.

—¿De verdad? Dime, Ragnarsson. ¿Permitirías que regresara a su tiempo?

—Si ella lo deseara, debería dejarla marchar.

No mentía. Si la amaba, y podía jurar ante cualquier dios que así era, debería hacerse a un lado para no influir en su decisión. No podía ser tan egoísta de exigir que sus deseos tuvieran prioridad sobre los de ella.

—Es raro encontrar a un hombre como tú. No me cabe duda de que dices la verdad. Solo alguien enamorado sería tan estúpido como

para cruzar el velo que nos separa del Valhalla sin pensar en la deshonra que supondría hacerlo fuera del campo de batalla.

—Mi Valhalla se halla aquí, con ella.

—Pero si accedo a tus pretensiones, tendrás que renunciar a seguir a su lado. La dejarás sola. Y no es bueno estar solo cuando el destino se cierne sobre nosotros —concluyó, con tanto sarcasmo que Einar tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no acabar con ella de una vez por todas.

—¡Habla claro, vieja! ¿Thyra corre peligro?

—Podría decir que esa fue nuestra intención al dispararle la flecha. —Había hablado en plural. La imagen de Karan, manejando el arco con destreza mientras instruía a Thyra, le cerró la garganta—. Pero después de comprobar el curso de los acontecimientos, me atrevería a afirmar que no más que tú. El tiempo corre en su contra, al igual que sucede contigo, aunque la sustancia que os envenena a ambos es bien distinta.

—Entonces, ¿es que la maldición ha desaparecido?

—¡Iluso! —chilló Helga, con una nueva carcajada.

—En ese caso, se cumplirá...

—El odio concede una gran importancia al objeto sobre el que se aplica. Solo hay que destruirlo, y todo lo demás volverá a su ser.

—Thyra puede tener muchos rincones oscuros, pero no han nacido de la malicia, ni van encaminadas a servir sus propios fines.

—Al contrario que los tuyos.

—Lo acepto. Su oscuridad nace de la soledad que ha sufrido en su otra vida o en su otro tiempo, como quieras llamarlo. ¡No del engaño! ¡Ella tiene un corazón puro, real y lleno de posibilidades!

—Si es así, comprenderé que quieras ocupar su lugar, aunque dudo mucho que Magnus opine lo mismo. Quedó muy satisfecho con sus… encuentros. — Acercó su cara surcada de arrugas a la de Einar, hasta que él pudo advertir su aliento, podrido de maldad. Apretó la mandíbula, los puños, cada músculo de su cuerpo, y cerró su mente a cualquier intromisión—. Vaya. Sabes cómo eludirme, ¿eh?

—He tenido años de práctica, maldita…

—Tú eres el maldito. Y seguirás siéndolo, al menos mientras Magnus decida conservarte con vida. —Cuando se apartó, él pudo

respirar tranquilo. La vieja parecía contrariada, pero algo, posiblemente su determinación, la había hecho ceder a sus pretensiones—. Dejaré que vuelvas para comprobar cómo ella se recupera del callabron, pero después… serás nuestro.

—De acuerdo.

—¡Todo habrá terminado para ti! ¡Serás nuestro! —repitió, golpeando el suelo con el báculo, a medio palmo de los pies de Einar.

—Parece que deseas que reconsidere mi postura, bruja —afirmó él, con una sonrisa victoriosa—. ¿Es quizá porque siento por Thyra lo que jamás me inspiró la pobre Ingrid? ¿O tal vez porque tus planes tienen que esperar en favor de los del conde?

—Nos encontraremos aquí mismo. Cuando yo te llame.

Aquella fue su contundente respuesta, antes de volatilizarse.

Solo entonces Einar se dio cuenta de que acababa de vender su alma a alguien mucho peor que Loki.

Que, con la recuperación de Thyra, vendría su destrucción.

Norte de Noruega

Magnus tuvo que controlar su furia ante las noticias que le acababan de llegar de tierras de Olson.

—Se están reagrupando para partir a Reino de Inglaterra —murmuró para sí mismo, haciendo caso omiso del hombre que acababa de ofrecerle la información, y que permanecía pegado al muro de piedra, a una distancia prudencial de su señor, esperando que de un momento a otro, recayera sobre él todo el peso de su ira —. ¡Tenemos que averiguar dónde piensan reunirse y acabar con ellos! Con el danés de mi lado, no tendrán la más mínima posibilidad. Y mientras la hija de Jenssen campe a sus anchas por ahí, él permanecerá conmigo.

—Sí, mi señor.

—Me reuniré con él ahora mismo. Manda a buscarlo.

—Sí, mi señor…

Pero el tiempo pasó, y el hombre permanecía en su lugar.

—¿A qué esperas? ¿O tengo que obligarte por otros métodos?

—No, mi señor, es que tenéis una visita…

El puño de Magnus se quedó a medio camino entre él y la cara de aquel indeseable.

—¿Quién? —preguntó.

—La hija del *jarl* Olson requiere vuestra… atención.

Revna. Aún se acordaba de su nombre, aunque poco más acudía a su memoria para relacionarla. Era hermosa, eso sí, pero no podía competir con la fiera belleza de la mujer de Einar. Thyra era irreemplazable. Lo vivido con ella al someterla, a pesar de chantajearla con aquella sierva, fue, sencillamente, único.

La boca se le secó al pensar en que volvería a caer en sus redes, en cuanto se deshiciera de Ragnarsson. Y con él, de todos los hombres que pensaba enviar a tierras sajonas.

Vencería en sus propios dominios, pero también derrotaría al rey. Harald Hardrade no volvería vivo de su campaña. Ni el jarl Olson.

Entonces sería su momento, pensó con una siniestra sonrisa, mientras ordenaba a su hombre que hiciera pasar a Revna. No le extrañó verla tan desmejorada, pero con aquella mirada que denotaba su disgusto por presentarse ante él. Sus razones debían ser de mucho peso, porque parecía demasiado contrariada como para intentar disimularlo.

—Nunca pensé que Olson estuviera tan desesperado como para enviar a su hija en busca de refuerzos, obviando todo lo que nos convierte en enemigos mortales, pero ya que estás aquí, bienvenida. Toma asiento, pero sé breve —la invitó, señalando una silla junto a la suya. Esperó a que Revna obedeciera y le ofreció un poco de cerveza —. Toma, bebe. Pareces cansada, aunque no es de extrañar. Un viaje así para una mujer sola…

—No estoy sola. Helga me ampara. Y no estoy cansada. Solo preñada.

—¡Dioses!

Con un gesto medido, Revna clavó sus ojos en los de Magnus y sonrió.

—Después de lo que me hicisteis, ¿os sorprendéis? No deberíais. Es más, si me fío de vuestra fecundidad, es posible que no sea yo la única.

—¿Thyra? ¿Te refieres a ella? No eres digna de limpiar siquiera el suelo que ella pisa.

—¿Ni siquiera si llevo a vuestro hijo en mi interior?

—¿Quién me asegura que ese hijo es mío? —Repuesto de la sorpresa, Magnus se fue acercando a ella, cercándola, en la esperanza de ver cómo flaqueaba. Porque aquella ramera no podía llevar a su hijo en las entrañas…—. Fue Thyra quien dejó huella en mí. ¡Es a ella a quien quiero recuperar! Tú… tú solo eres una puta celosa, capaz de cualquier artimaña con tal de recuperar los favores de un hombre que ni siquiera estará pensando en ti en este momento. Solo eres…

—Vuestra futura esposa, mi señor.

Ambos se giraron al mismo tiempo. Helga apareció en el gran salón con su habitual prepotencia. Dirigiéndole un gesto tan condescendiente que le dieron ganas de vomitar, se situó junto a Revna y le sujetó la mano.

—Pedíais confirmación, mi señor, y yo soy la mejor prueba de esta —continuó—. Es vuestro hijo.

«Aquel que tendré que entregarte».

Sus palabras acudieron a él como una sentencia de muerte, haciéndolo palidecer.

—Sí, es lo que estáis pensando. De modo que, si no queréis que este pequeño nazca con el estigma de ser un bastardo a ojos de todos aquellos que no comparten nuestra religión, debéis desposaros con Revna —sentenció la völva con satisfacción.

—Yo aún estoy casada —murmuró la joven, con el ceño fruncido.

—Con un hombre que pedirá el divorcio en cuanto le sea posible, y que ya te repudió echándote de su lado. Desposadla, mi señor. Cuanto antes. Vuestro descendiente legítimo está en camino.

—Yo no la deseo. Nunca la deseé. —Aquello se estaba complicando demasiado. Magnus lanzó a Revna una mirada cargada de desprecio, pero no pareció incomodarla lo más mínimo—. Es a Thyra a quien quiero en mi lecho todas las noches. Su fiereza, su determinación, su

capacidad de sacrificarse por los demás para entregarse a mí. No quiero un cuerpo frío e inerme que cumpla su deber sin un atisbo de sangre en las venas, mientras conspira a mis espaldas para provocar mi muerte.

—Aún queda mucho para eso, mi señor. —Helga tiró de la joven que, en contra de su voluntad, terminó con la mano entrelazada con la del conde—Las alianzas forjan el poder. Con este matrimonio, las tropas del jarl Olson pasarán a ser vuestras cuando él ya no esté en este mundo. El danés tendrá que volver a su tierra, con su hija o sin ella, pero sin el compromiso que pretendía entre ambos.

—Ella no lo desea, y yo tampoco —replicó, cada vez más angustiado por la idea de que Thyra se le escapara de entre los dedos como el agua del fiordo.

—Ella hará lo que se le mande. Para eso está aquí. ¿No es cierto, muchacha? —Para su consternación, la chica asintió, aunque sus ojos le gritaban precisamente lo contrario. Helga apretó la unión de ambas manos y asintió—. Afianzad el destino de vuestro hijo, mi señor. ¿Qué importa si después tenéis en vuestra cama a vuestra esposa o a otra?

—Exacto, mi señor. ¿Qué importa? —murmuró Revna—. Lo cierto es que preferiría dormir sobre un lecho de espinas que compartir con vos un solo minuto más en ese lecho. Os considero despreciable. Una abominación de la naturaleza. Pero si hay algo puro en mi vida, es lo que crece en mi vientre. Es vuestro, a mi pesar. Pero por supuesto, sois libre de aceptarlo o no, de la misma manera que sois libre de sustituirme en vuestra cama por cualquier mujer, incluida esa harpía pelirroja que, al parecer, ha tenido el dudoso honor de copar todos vuestros pensamientos. Toda para vos, mi señor. Yo tengo otras aspiraciones.

—¿A pesar de llevar en tu vientre a mi heredero? ¿Tienes la desfachatez de seguir provocándome con tus aires de grandeza, con tus intenciones hacia un hombre que nunca te amará?

—¿Quién ha hablado de amor, mi señor?

Magnus se quedó sin habla ante la actitud medida de aquella muchacha. Todo, incluso su sonrisa heladora o su mirada, proclamaban su naturaleza vengativa y obsesiva.

Entonces se dio cuenta de que él solo era un medio más para obtener un fin. Que incluso esa criatura no nacida, tenía un propósito asignado por su madre, y por aquella odiosa *völva* que, de nuevo, se había hecho con el control de la situación a sus expensas.

Lo mirara por donde lo mirase, no tenía otra alternativa. Lo habían arrinconado, y no soltarían a su presa con tanta facilidad. Aunque mirándolo bien, él también podría salir beneficiado del trato.

Helga estaba en lo cierto. Podría destruir a Olson y Einar, los dos mejores baluartes del rey Harald en su país, antes de que acudieran a su llamada, mientras criaba a su heredero legítimo en el seno de una familia y disfrutaba de las atenciones de una Thyra destrozada por la pérdida de su amor.

—Veo que comenzáis a paladear las mieles del éxito, mi señor —apreció Helga, cuando lo vio pasarse la lengua por los labios inconscientemente—. Así pues, la idea no os desagrada.

—Puede que tú y yo tengamos un trato, bruja. Pero viendo el vientre de mi futura esposa, aún queda mucho para cumplirlo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa sibilina—. Acepto el trato. El matrimonio se celebrará lo antes posible, de modo que preparaos.



28 LA OTRA MITAD DE SU ALMA

Ya era bien entrada la mañana cuando Einar pisó su aldea, con la prisa de un recién casado deseoso de encontrarse con su esposa, y el miedo irracional de un hombre enamorado que, después de haber

vendido su alma al mal personificado, necesitaba comprobar los resultados por sí mismo para ahuyentar nuevos fantasmas.

Apenas perdió el tiempo en saludos, antes de dirigirse directamente a la casa-cueva, pero para su sorpresa, Thyra no se hallaba en ella.

—Dioses, no…

Un horrible presentimiento le atenazó el cuerpo, pero se obligó a moverse en otra dirección.

No tuvo que buscar mucho. Cuando estaba a punto de entrar en tromba en casa de Ylva para exigir todo tipo de explicaciones, se detuvo en seco al escuchar su voz.

Aquel tono vehemente, sin nada que indicara que aún había rastro del envenenamiento.

Aquel río cristalino que se había convertido en su sustento, y que aquella mañana, significó su mayor esperanza.

Thyra se hallaba lo bastante repuesta como para permanecer sentada a la mesa de la sierva, manteniendo una conversación con normalidad, como si no hubiera estado al borde de la muerte hasta el día anterior. Einar pudo entrever parte de su silueta cuando se atrevió a fisgar por la ranura de la puerta entreabierta, un instante antes de quedarse escuchando lo que ambas mujeres se decían.

—Si alguien quiso envenenarme a través de la flecha, y la sustancia era tan mortal y peligrosa como me estás explicando, ¿cómo es posible entonces que ahora mismo me encuentre aquí, ligeramente mareada, pero repuesta? —preguntó Thyra.

—No soy yo quien puede explicártelo. Intuyo que el verdadero culpable está más cerca de nosotras de lo que desearía en este momento. —Einar se apartó de la puerta con los dientes apretados. ¿Es que nunca podría esconder sus pensamientos a aquella vieja metomentodo?—. Ahora, mi niña, lo más importante es conocer tu decisión.

—¿Con respecto a qué?

—Thyra, la historia se repite, aunque de diferente forma. —Desde su escondite, Einar pudo ver cómo la sierva tomaba asiento junto a su esposa, de modo que ambas le dieron la espalda—. No hace tanto, manipularon la voluntad de Einar hasta que él te dañó, y perdiste a

vuestro hijo. En esta ocasión, me temo que han pretendido destruirlo a través de ti. Y lo hubieran conseguido, de no ser por él. Todavía tengo que averiguar qué ha hecho, aunque no estoy muy segura de querer hacerlo, la verdad, pero sabiendo todo lo que sabes y padeciendo lo que has padecido, vuelvo a preguntártelo. ¿Deseas quedarte aquí, aún a riesgo de tu propia vida?

Einar contuvo la respiración, esperando la respuesta.

Según lo que eligiera, sabría si el corazón de Thyra había regresado a su época… o permanecía con él.

—Sigo pensando lo mismo, Ylva. Sigo dispuesta a quedarme. A recuperarlo. A formar una familia con él, aunque para ello deba convencerlo de que no vaya a la guerra. No me importará cambiar el curso de la historia y salvar a un rey muerto, si con ello consigo que Einar nos acepte sin ambages.

Una enorme sonrisa se instaló en la boca del vikingo.

En ese preciso momento, entendió el motivo por el que ella se encontraba allí. Por el que deseaba seguir encontrándose, y por el que él haría todo lo posible para que permaneciera en ese estado hasta el fin de sus días.

Thyra era la otra mitad de su alma.

Pero ahora que la había encontrado, debería renunciar a ella.

Desgarrado entre la felicidad y la pena, se alejó de allí, pero la voz de Ylva lo detuvo demasiado pronto.

Aún no se había repuesto de la debacle que supondría acudir a su cita definitiva con Helga, cuando tuvo que componer una fachada de orgullo para enfrentarse a la sierva.

—Veo que has regresado. Demasiado pronto, ¿no te parece? —le advirtió, con los ojos entrecerrados por el escepticismo—. ¿Es que acaso tu interlocutor se encontró contigo a mitad de camino?

—Algo así.

—Ya. —De alguna manera lo había averiguado, pensó Einar. Pero por razones que él no quería averiguar, la mujer fingió conocer el motivo de su viaje cuando le sonrió, mientras cubría su barbuda mejilla con la mano—. Vamos, confiesa. Has estado escuchando detrás de la puerta. Eres tan delicado como un oso hambriento, aunque puedes estar tranquilo. Creo que ella no se ha dado cuenta.

—O eso, o disimula muy bien.

—¿Tanto como tú? —Con una risilla elocuente, Ylva lo llevó en dirección a las obras casi terminadas de su propia casa—. Mira el resultado de vuestros esfuerzos, Einar. Vuestro hogar está casi a punto. De hecho, yo diría que bien podríais trasladaros aquí ya mismo. —Einar contempló boquiabierto que, en efecto, su gente había trasladado algunos enseres a las dependencias recién construidas—. Ha sido obra de Karan y Bjorn. Tus hombres se están preparando para acudir a la llamada del rey…

—Como debería estar haciendo yo.

—Estoy segura de que lo harás, pero ahora, creo que venías dispuesto a reconstruir vuestros corazones del mismo modo que vuestra casa. ¿Me equivoco?

—Tú nunca te equivocas —reconoció, paseándose por el interior de la casa sin ocultar su absoluta admiración, que en aquel momento comenzó a pelearse con sus remordimientos, hasta que decidió afrontar la mirada de Ylva—. *Amma*, me parece que he cometido un grave error.

—Otro más en tu lista interminable, en eso estamos de acuerdo. Solo un idiota podría pensar que una mujer llevaría a un enemigo a su cama y le amaría, mientras encarcela a su mejor amigo después de que este le confiese que la muerte de Viggo fue completamente accidental.

—Era mi hermano. No merecía su destino.

—Y Haakon también lo fue, no lo niegues. Es comprensible su cobardía a la hora de enfrentarse a una muerte que, por otro lado, llevaba tiempo deseando. Pero si tú se la proporcionas, jamás te recuperarás. Einar —afirmó Ylva con tristeza—. Solo tienes que mirar dentro de tu corazón, como hiciste con Thyra antes incluso de arrancarle una confesión que era un hecho para todos nosotros. Incluso para ti.

—Estuve muy cerca de matarla.

—¿Por qué? ¿Porque la verdad duele?

—Ella sabía que sería así —gruñó—. Pero ahora, ¿cuál es la alternativa a mis dudas con respecto a la criatura? ¿Construir un

futuro a base de suspicacias y unas dudas que siempre estarán entre nosotros? ¡Ese no es el futuro que deseo!

—¿Y cuál deseas? ¿Uno compartido con Thyra? Lo cierto es que en la primera prueba de realidad que tuvo que soportar vuestro matrimonio, dejaste que la ira y los celos nublaran tu juicio. No contento con eso, ¡has vuelto a repetir la experiencia! ¿Es que necesitabas familiarizarte con los celos tanto como lo estás con la ira?

Einar apretó los labios.

No podía quitarle ni un ápice de razón. Ninguna mujer le había importado lo suficiente como para desgarrarlo por dentro de esa forma... Hasta que Thyra había entrado en su vida.

—Fuiste un necio negándote a ver lo que todos sabíamos, pero has sido rematadamente tonto reprochándole unas consecuencias que ninguno hubiera podido controlar.

—La paternidad del niño.

—Exacto. —Ylva resopló—. Debes pedirle disculpas, y demostrarle tu arrepentimiento. Si la amas de verdad aceptarás a su pequeño, tanto si es hijo tuyo como si no, simplemente porque proviene de ella.

Él la miró de reojo, reacio a ceder, aunque en su corazón, aquellas palabras ya habían encontrado su sitio. Desconsolado, contuvo un gemido de pena.

¡Dioses, sentía incluso dolor físico! Uno más profundo que cualquier estocada o golpe.

—Maldición... —murmuró, como si acabara de despertar de un mal sueño—. ¿Qué he hecho?

—Nada que no puedas remediar.

Le faltó tiempo para ir en busca de su esposa. Y mientras corría, entendió con cegadora claridad que el amor, su amor, era más fuerte que cualquier clase de odio. Sí, ese amor le hacía vulnerable, pero también poderoso.

Le había dado un propósito y una razón a su vida: la de Thyra. La del pequeño que crecía dentro de ella. La de un futuro para ellos, aun a costa del suyo.

No se arrepentía de ocultar a todos su entrevista con Helga, ni del acuerdo al que había llegado con ella. Pero cuando la propia Thyra se

interpuso en su camino, en mitad de la plaza central y delante de más de media aldea, Einar perdió cualquier atisbo de coherencia en sus pensamientos.

—*Kván* —murmuró sin aliento, recorriéndola de pies a cabeza con mirada febril.

El torneado cuerpo de la muchacha se marcaba en todo su esplendor. Las calzas se ajustaban a sus piernas como si fueran una segunda piel. La camisa aparecía por debajo del peto que la protegía, y dibujaba la curva de su trasero cuando el viento soplaba. Al tener la cintura tan delineada con los cinturones de cuero que sostenían la protección, esas caderas incentivaron la imaginación de Einar.

Se obligó a mover sus ojos en sentido ascendente, hasta el cabello rojizo, peinado en un montón de trenzas.

Como su gente.

Thyra formaba parte de esa gente, se dijo con un orgullo tan grande que no le cabía en el pecho.

—¿Me buscabas a mí? ¿O tal vez intentabas remediar tu error con Haakon antes de hacerlo conmigo? —le preguntó ella, inflexible.

—Haakon puede esperar —fue todo lo que pudo articular, antes de dejar caer la espada al suelo, hincar una rodilla en tierra e inclinar la cabeza.

Hubiera podido escucharse el vuelo de una mosca entre todos aquellos que desplazaron su mirada del vikingo a la joven, conteniendo el aliento. Sabían lo que significaba aquel gesto. Thyra también sabía lo que él le estaba pidiendo, pero su orgullo clamaba venganza.

Cuando la mano impactó en su cara, Einar no se lo reprochó. Hubiera recibido toda una lluvia de golpes sin rechistar, porque se merecía cada uno de ellos. Sin embargo, cuando alzó la cabeza, vio a su mujer observándolo con la dignidad de una reina, y el dolor de una mujer ultrajada a punto de rendirse ante él.

Con el mismo ímpetu con el que lo había abofeteado, se arrojó a sus brazos y lo besó, provocando que la multitud enloqueciera.

—¿Es el principio? —inquirió Einar contra su boca, sintiendo cómo su corazón latía al mismo ritmo descontrolado que el de ella. Notando

en sus manos el tacto único de su piel, húmeda por las lágrimas, y el sabor salado en sus labios—. Thyra…

—Ahora no. Aquí no, por favor.

—De acuerdo. Entonces, te llevaré a un lugar más íntimo.

No titubeó cuando la tomó en brazos y caminó con ella hasta su enorme casa, dispuesto a estrenar cada rincón de ella del mismo modo que haría con el cuerpo de su *kván*. Sin embargo, en cuanto franqueó la puerta, cerrándola de un puntapié, y la dejó en el suelo, ella retrocedió con expresión cautelosa. Casi llena de temor.

—No sé qué esperar de ti. Llevo demasiado tiempo sin saberlo —lo atacó sin preámbulos—. Sé que no debí golpearte; te pido…

—Me lo merecí.

Thyra parpadeó, desconcertada.

—Necesito certezas, Einar. No incertidumbres. Necesito que deposites tu confianza en todos aquellos que somos merecedores de ella.

—Te refieres a Haakon…

—Y a Berit. Incluso a Karan, Bjorn o Ylva. Sí, también los has tratado como extraños. Sé lo ocurrido con Haakon y Viggo. Al igual que todos los demás, incluida su propia esposa. Dime, vikingo: si nosotros podemos creerle, ¿por qué tú no?

«Porque hacerlo significaría perdonar la vida al asesino de mi hermano, pero no hacerlo supondrá acabar con una parte de mí casi imprescindible».

Einar apretó los dientes. Estaba tan seguro de que ella no lo entendería que no se molestó en explicárselo en voz alta. Prefirió intentar convencerla a base de besos y caricias, pero cuando quiso enredar sus dedos en aquellos rizos sedosos que siempre lo habían obsesionado, ella se apartó, con el dolor reflejado en sus ojos verdes.

—Por favor —pidió con voz queda—. Déjame en paz.

Einar guardó silencio tanto tiempo que ella se vio obligada a mirarlo. A la luz del día distinguió una expresión que no había vuelto a ver desde la primera vez que la besó.

Intensidad.

Pero él no dejó que se recreara en su examen. Antes de que sacara conclusiones, fueran de la naturaleza que fueran, la apretó contra la

pared y la alzó hasta tenerla a horcajadas sobre su muslo. Después, dobló una rodilla, de modo que, en cuestión de segundos, se encontró atrapada.

—No puedo — le susurró—. Quiero hacerlo y recibiré mi castigo en algún momento, eso es seguro, pero no puedo dejarte en paz.

Entonces la besó.

Fue un beso doloroso. Para mover la cabeza, Thyra tuvo que raspársela con la pared.

—Me estás haciendo... daño —jadeó.

—Por Odín, no soy consciente de mi fuerza, ni de ninguno de mis impulsos, cuando te tengo tan cerca, pequeña…

Einar hizo amago de apartarse, pero ella lo detuvo sujetándose a sus hombros.

—He dicho que me hacías daño, no que parases. No me mires así. Estoy siendo sincera, como tú siempre has querido. Nunca te he mentido. Ahora tampoco.

Sus labios se tocaron de nuevo. Einar la besó con tanta suavidad como al parecer ella le había pedido, aunque no fuera consciente de ello. Saboreó la carnosidad de sus labios, recorrió su comisura. Los rozó una y otra vez, hasta que la tuvo temblorosa, llena de una dulce rabia por desear mucho más, sin ser capaz de pedirlo.

—Si querías esto, solo tenías que pedirlo —gruñó, tan excitado que dudaba de que pudiera contenerse por mucho más tiempo.

—Quiero todo lo que debería acompañarlo. Quiero tu rendición, pero también ese amor que, de pronto, me resulta tan escurridizo como tú. Quiero escuchar tus palabras. Porque no son tiernas, ni tampoco tu expresión —murmuró Thyra contra su boca, incapaz de despegarse de su cuerpo por miedo a desintegrarse, a volver a un tiempo que cada vez le parecía más lejano, más sinsentido—. Pero tus besos sí que lo son.

—¿Estás segura de lo que dices? Porque si sigo, es posible que cambies de parecer. Que me convierta en el temible *berserker* que tú conoces. Que no pueda parar hasta el final.

—Hasta el final.

Tres palabras que abrieron la única puerta que aún permanecía cerrada para ella: la de la confianza perdida que pensaba recuperar.



29 ERES TODO LO QUE NECESITO

Necesitaba olvidar todos sus desencuentros, todas sus acusaciones, todo lo que los había separado, para recuperarlo.

E intuía que él también escapaba de algo parecido, a juzgar por cómo había reaccionado a aquel encontronazo pleno de tensión

sexual que pretendían resolver. El comienzo de algo que podría no ser lo que los dos esperaban.

La mano de Einar tembló cuando abarcó su nuca, mientras su cuerpo se estremecía entre los brazos de la joven, como si en lugar de un fuerte guerrero, tuviera con ella al más sensible de los hombres.

Lo sintió suspirar, conteniéndose cuando su boca comenzó a tocarla con suma suavidad, regando su piel con besos tan sutiles como un susurro, que seguían sin colmar el alcance exacto de sus deseos.

—¿Te gusta así, mi amor?

—Sabes que no.

—¿Mejor así? —preguntó, apretándola aún más contra el muro para que fuera consciente del alcance exacto de su excitación, que comenzó a clavarse en su vientre de un modo tan delicioso, que Thyra contuvo el aliento, a la vez que sentía el repiqueteo de su pulso en todas las partes de su cuerpo.

—Mucho... mejor. De hecho, me pregunto si alguna vez llegaré a hartarme.

—Solo hay una manera de averiguarlo, ¿no te parece?

—Siempre que dejes de temblar.

Einar se quedó paralizado. Con su enorme cuerpo cubriendo el de ella y aquellos dos ojos verdes clavados en cada uno de sus pensamientos.

—Tiemblo porque no quiero hacerte daño —confesó.

«Tiemblo porque será la última vez, mi amor. Porque esto es una despedida. Y se me parte el alma con solo pensarlo».

—No me lo harás.

—Acabo de hacerlo.

—Creo que eso no es nada comparado con el daño que, al parecer, yo te he hecho a ti sin pretenderlo...

Ninguno de los dos pronunció las palabras, pero sus ojos hablaron por ellos.

Magnus. Revna. El daño que les habían causado, y las posibles consecuencias con las que ambos, ahora lo sabía, cargarían si era necesario.

Con un gruñido desesperado, Einar la apretó contra su pecho.

—Te amé desde que te vi, *kván*. No me importa lo que hayas hecho con otros hombres.

—No es eso lo que me has demostrado.

Él la apartó lo justo para apreciar la dureza de su gesto, a pesar de que la pasión había coloreado sus mejillas de rosa, y había hinchado sus labios.

—En realidad, sí me importa, pero jamás me impedirá seguir amándote. Ni a ti, ni a la criatura que se está gestando en tu interior.

—¿Quieres decir que…?

—Que ya la quiero, Thyra. Que la aceptaré, tanto si es mi hijo como si no. —La trascendencia de la confesión lo postró de rodillas junto a ella por segunda vez en aquel día—. Amaré todo lo que venga de ti, porque yo mismo soy parte de ese todo. Porque...

—¡Ya era hora, hombre! ¡Pensábamos que nunca ibas a declararte!

Los dos se quedaron petrificados al escuchar la voz socarrona de Bjorn, pero fue Einar el primero que reaccionó. La colocó a su espalda y encaró a todos los que, siguiendo la estúpida tradición de la noche de bodas, se habían aventurado a entrar sin ser invitados.

—No es mi noche de bodas —afirmó con un susurro de advertencia dirigido a todos—. Fuera.

—Como si lo fuera —insistió Bjorn con una risilla que fue coreada por el resto—. Además, según tengo entendido, te libraste de esto entonces. Lo justo es…

—¡Fuera todos!

Bjorn se detuvo de pronto, y Karan chocó contra su espalda. Los dos se pusieron tan rojos como las mejillas de Thyra y se apresuraron a darse la vuelta, pero no se marcharon.

—Si consigo echarlos, ¿qué me darás a cambio? —le canturreó ella al oído, cuando ya estaba dispuesto a emplear la fuerza contra aquellos cotillas.

—El premio que tú elijas, *kván*. Prometido.

Ella asintió. Contoneando sus caderas, se interpuso entre Einar y el resto y exhibió su mejor sonrisa.

—Chicos, gracias a esta muchacha —comenzó, señalando a Karan —, he aprendido a utilizar la daga que mi esposo tan gentilmente me devolvió en su momento. ¿Seréis tan amables de dejar que una

pobre mujer, maltratada por la incertidumbre del amor de su esposo, logre conseguirlo… en la intimidad? ¿O preferís que afile la hoja de mi daga en vuestras partes, con la ayuda de toda la población femenina de la aldea? Sé que últimamente no están muy contentas con vuestra falta de atención debido al trabajo extra, así que no me costará mucho trabajo contar con su aprobación. Ya sabéis, tarde o temprano tendréis que dormir. Y entonces…

Le bastó realizar el gesto con la mano para que los hombres comprendieran, a la vez que las mujeres reían, y todos se marchaban atropelladamente.

A continuación, se giró hacia él. A medida que se acercaba, fue desprendiéndose de sus ropas con la habilidad de una furcia, la seguridad de una mujer casada y el encanto de una muchacha enamorada.

A Einar la garganta se le secó al mismo tiempo que los ojos. Todo él se quedó paralizado ante tal despliegue de sensualidad, dirigido directamente a vencerlo. Y lo logró. Cuando llegó a su altura, se hallaba completamente desnuda. Como una diosa, con los pechos cubiertos con los rizos de las trenzas que se había deshecho, llamándolo con cantos de sirena que él decidió seguir ciegamente.

—Dioses, Thyra, consigues que quiera condenarme con gusto —musitó, aturdido.

—Es un comienzo. Ah, no, vikingo, todavía no —le frenó, cuando él avanzó una mano, dispuesto a hacerse con semejante botín—. Déjame disfrutar un poco de esa intimidad por la que tanto he rogado, y que al fin parece que he recuperado.

—¿Has rogado?

—Tanto como he llorado por tu desprecio. Hacia mí, pero también hacia ti mismo.

—Mis orígenes no son motivo de orgullo. Al menos una parte de ellos.

—¿Qué quieres decir?

Einar se separó lo justo para mostrarle su perfil derecho. En un primer momento, Thyra no apreció nada fuera de lo normal, pero cuando él se apartó el pelo que delineaba la parte trasera de su oreja, lo vio.

—Llevo conmigo la marca del diablo, pero también la de un ángel. Tiene forma de corazón, y la he heredado de mi madre.

—Nunca había reparado en ella…

—Quizá mi cuero cabelludo sea la única zona de mí que no has explorado al detalle, kván —apreció, con un guiño lleno de picardía, que de inmediato fue sustituido por el brillo de angustia en sus ojos —. Soy mitad oscuridad, pero gracias a ti he aprendido a dar más intensidad a mi mitad luminosa. Por eso, y por mil razones más, nunca volverás a llorar por mí, Thyra. —Con un siseo, él atrapó su cuello para conseguir que su rostro impactara contra su pecho. Solo así podría comprobar cómo su corazón latía, por y para ella—. Estoy aquí para pedirte, para rogarte también, comenzar de cero. Los tres. Juntos. Esta vez, todo saldrá bien. Nuestro pequeño no se malogrará. Perderé mi vida antes de permitirlo…

Temblaba ante la posibilidad de ser rechazado de nuevo, pero solo vio una cautela con la que estaba dispuesto a terminar. Rodeó su cintura con un brazo y se apoderó de su boca, sin darle opción a resistirse. Aunque ella hacía tiempo que se había rendido a la evidencia.

Einar siempre había besado de un modo acorde con su aspecto: impetuoso, arrollador.

Thyra no se atrevió a respirar. Su instinto le gritaba que correspondiera a aquel beso, pero cuando él le pasó la lengua por los labios, un escalofrío fulgurante le recorrió todo el cuerpo.

—Has hecho de mí un pobre esclavo —afirmó mientras tiraba de sus propias ropas, hasta terminar tan desnudo como ella—. No soy yo sin ti, *kván*. Necesito que seamos uno… para siempre.

Sentía que podía explotar por dentro de un momento a otro. Lo dominó la impaciencia hasta tal punto, que ambos cayeron sobre el jergón al mismo tiempo, en un remolino de brazos y piernas entrelazados, y bocas unidas que apenas se apartaron cuando ella se irguió sobre él para contemplar semejante combinación de fuerza y belleza.

Thyra alargó una mano hacia el cabello desparramado sobre la almohada de Einar. En los últimos tiempos, le habían dolido los dedos de puro anhelo por enredarlos en él.

Se inclinó y tomó un mechón. Luego se lo llevó a la nariz, cerró los ojos y aspiró.

Olía a hombre, a madera, a pasión desenfrenada y promesas prohibidas.

—Quiero mi premio, vikingo —afirmó con voz sensual—. Ahora.

—Y lo tendrás. Solo pídemelo.

—De acuerdo. Un día completo de pasión.

Se subió a horcajadas a sus caderas y comenzó a mecerse sobre su enorme erección, pero se detuvo sorprendida, cuando él se retiró un poco.

Como si la perspectiva lo asustara, en lugar de animarlo a continuar.

—Me has provocado. Si no hubiera sido por Bjorn y los demás, me hubieras tomado contra la pared sin contemplaciones —lo acusó con dulzura—. Veo el deseo más crudo oscureciéndote los ojos. Noto la crispación por contenerte, pero me resulta tan ridícula que estoy a punto de preguntarte por qué. Sin embargo, no lo voy a hacer.

—¿Ah, no?

—Hay algo turbio que te atormenta. No me lo contarás… ahora. Pero tal vez más adelante logre arrancarte la confesión que busco. Si no lo haces tú, lo haré yo. —Su mano juguetona recorrió el camino hasta el bajo vientre, que se contrajo de inmediato—. Aprendí del maestro.

—Pues el maestro opina que te estás adentrando en terreno peligroso, pequeña —susurró él, sujetándole la muñeca con algo demasiado parecido a la desesperación.

—Sin embargo, la pupila está deseando poner en práctica sus conocimientos, sobre todo teniendo en cuenta que no tienes suficiente fuerza de voluntad para resistirte —contraatacó ella, soltándose con una facilidad insultante.

Einar no pudo hacer nada más, aparte de rendirse. Se quedó inmóvil, sufriendo los estragos de las caricias de Thyra a lo largo de su miembro. ¡Por todos los dioses del Valhalla! Lo recorría con una mezcla de inexperiencia y temeridad que le resultó deliciosa. Su vientre se convirtió en una piedra cuando decidió observar los pequeños dedos presionando, acariciando, deteniéndose en la punta

para después descender hasta la base. De pronto, todo él pareció arder por dentro. El golpe de lujuria fue tan fulgurante, tan inesperado, que tuvo que apartarse si no quería descargarse en la mano de la muchacha.

—¡Basta, te lo suplico! —murmuró, encogiéndose sobre sí mismo para recuperar el control y ahuyentar el dolor que comenzaba a castigarlo.

—¿Por qué? ¿Te he hecho daño? Einar, a lo mejor no he sabido hacerlo bien…

—Demasiado bien, diría yo. —La mandíbula le dolía de tanto apretarla, pero se las ingenió para incorporarse—. Pero no te preocupes, pequeña. Ahora mismo sabrás lo que es hacerlo bien.

Necesitaba desfogarse. Echar fuera todo ese temor que lo impulsaba hacia ella, al mismo tiempo que lo alejaba. Deseaba complacerla aquel día y siempre, pero la sombra siniestra de Helga se había instalado entre ellos.

Debía cumplir con su parte del trato. Y, sin embargo, necesitaba tanto esos ojos chispeantes de lujuria, esos labios entreabiertos e invitadores, ese cuerpo lleno de vertiginosas curvas y suave piel, esperando que él lo colmara por completo…

Necesitaba una pequeña esperanza para creer que todo saldría bien. Que no terminaría por pagar para siempre las consecuencias de su último error.

Intercambió las posiciones. Cuando la tuvo a su merced, tiró de sus tobillos hasta colocar las piernas sobre sus hombros y se inclinó hacia su sexo empapado, brillante de una necesidad que satisfaría.

—Ahora sí, pequeña —aseguró con la lengua tocando sus pliegues más íntimos, sonriendo al comprobar que ella comenzaba a retorcerse—. Ahora sí sabrás lo que se siente.

Thyra quería saberlo. Necesitaba saberlo.

Cuando lo sintió lamerla con aquella profundidad y dedicación, dejó de hacer otra cosa que no fuera seguir sus instintos más primarios. Lo había provocado y ahí tenía el resultado.

Con un gemido de agonía, apretó la sábana con los puños al sentir la llama que cobraba vida y fundía todo lo que encontraba a su paso. Ese camino de fuego serpenteaba en su vientre y bajaba por su

espalda, enviando oleadas de calor desde el pecho hasta el centro de sus muslos.

—¿Está bien así, amor? —oyó que Einar le preguntaba—. Me encantaría conocer tus deseos más íntimos, Thyra. De lo contrario, tendré que detenerme…

Ella elevó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron. Adelantó las caderas en una muda súplica, pero Einar negó, con aquella mirada diabólica que la haría perderse por completo.

—¿No? —añadió. Implacable, volvió a su deliciosa tortura. La lamió hasta que ella volvió a retorcerse, y él volvió a detenerse—. Vamos, pequeña. Dime qué quieres que te haga. Deja que lo escuche, y obtendrás tu recompensa.

Pero ella se mantuvo en silencio. La mera idea de hablarlo tan abiertamente le provocaba un ridículo ataque de vergüenza del que Einar era muy consciente. Por eso siguió estimulándola, para a continuación detenerse justo cuando ella estaba a punto de perderse entre las telarañas del placer más absoluto. Hasta que se rindió.

La ira de Einar la debilitaba, pero su pasión la consumía.

No quería protestar más. Quería gemir contra su boca. No quería el roce de esas manos, quería sentirse como un junco a punto de quebrarse entre los brazos masculinos.

—Odio que no me permitas terminar mi propio goce —sollozó—. La imagen de tu cabeza entre mis piernas es lo más erótico que he visto en mi vida, pero a pesar de ello, también odio que no apagues el fuego que me consume. ¡Que no me dejes explotar para ver los colores! Me privas de algo que se ha convertido en una necesidad para mí. ¡Mi cuerpo duele cuando te detienes!

—Al fin lo entiendes. Un hombre no puede ver esos colores antes que su mujer, Thyra.

—¿Por qué?

—Porque para un hombre de verdad, ella siempre será lo primero. —De un firme movimiento, él dejó que su cuerpo resbalara a lo largo del de ella, para terminar perfectamente encajado entre sus piernas —. Porque no hay mayor placer para él que dar placer a su mujer. Y te lo demostraré.

Cuando lo sintió al fin dentro, dejó escapar un gemido y comenzó a moverse. Con cada acometida, ella se entregó a un mundo donde solo había espacio para los sentidos. Se sumergió en los sentimientos de Einar una vez más, pero en aquella ocasión, eran más asfixiantes. Exigían todo de ella, arrastrándola a una caída sin fin. Su cuerpo se resentía por momentos, para después recibirlo hasta el fondo. Su verdadera esencia brotaba en brazos de ese hombre. La necesidad de defenderse y entregarse, a partes iguales, la superaba.

—Has sido creada para mí. Eres todo lo que necesito, todo lo que deseo, kván. Eres mi mundo.

Pero había una parte de él que no le había entregado, y nunca lo haría. Una sombra que persistía a pesar de la intensidad de todo lo que estaban compartiendo. Algo que le ocultaba, y que no descubriría hasta que no fuera demasiado tarde. La contundencia de esa afirmación la golpeó con la misma intensidad que el clímax que la catapultó hacia delante, gritando su nombre, mientras Einar se vaciaba dentro de ella con un gruñido animal.



30 MI CUERPO ES TUYO

—¿Estás preparada para seguir disfrutando de tu premio?

Thyra intentó incorporarse al sentir el aliento de Einar sobre su sexo. Su rostro debía ser la viva imagen de la batalla que se dirimía en su interior, entre la vergüenza y el deseo, a pesar de todo lo que

acababan de compartir, y de las promesas pintadas en los ojos celestes.

—Apenas he podido recuperarme. No sé si tú lo has hecho —murmuró, todavía entre jadeos.

—Compruébalo tú misma. —Él le llevó la mano hacia su miembro, que volvió a la vida ante su solo contacto—. Ahora, la pregunta es: ¿confías en mí?

—¿Lo suficiente para qué, vikingo?

—Para dejarte llevar por el placer más absoluto. Por el deseo, sin más artificios. Para tomar mi mano y seguirme hasta el Valhalla en la tierra, segura de que jamás te haré daño, pequeña. —Con gesto grave, se llevó la misma mano que rodeaba su verga hasta su corazón. Todavía respiraba entrecortadamente, como consecuencia del encuentro sexual que acababan de compartir, cuando besó sus dedos uno a uno—. Nada de lo pasado volverá a ocurrir. Es mucho más que una promesa, Thyra. Es mi principio número uno. No descansaré hasta que sientas que soy completamente tuyo, y no te importe aceptar que tú eres completamente mía.

Se sentó, descansando la espalda contra la pared donde se apoyaba el jergón, y tiró de ella hasta tenerla a horcajadas. No hubo más palabras, pero Thyra leyó en él tanto y tan profundo, que lo creyó.

Al fin.

Einar Ragnarsson le había entregado su corazón. Su confianza. Toda su pasión arrasadora, mientras le aseguraba que el niño que albergaba su vientre sería criado como su hijo legítimo.

Estaba tan feliz, tan exultante, que solo pudo emitir un jadeo de sorpresa y placer cuando notó cómo la mano libre de Einar bajó hasta su entrepierna. Arrastró la humedad de ambos y la usó para frotarla con delicadeza, en línea recta o en círculos, lo mismo daba. Primero, sobre la piel inflamada de su sexo, después, directamente sobre él.

La sacudida de Thyra como respuesta le tensó todos los músculos del cuerpo. Notó la presión que lo envolvía, la humedad, el temblor de esa carne que lo cobijaba en cuanto la elevó sobre su erección para entrar dentro de ella hasta el fondo.

La muchacha se aferraba a su cuello. Arqueaba la columna a medida que aumentaba la intensidad de los gemidos. Cuando creyó que no podría contraerse más, llegó la liberación. Su cuerpo se desplomó sobre él, casi inconsciente, pero el vikingo no tenía ninguna intención de detenerse ahí. Con un dulce empujón, la incorporó, pero no permitió que lo sacara de su interior.

—Aún no, *kván* —musitó con la respiración pesada, las caderas alzadas y esa mirada espesa y oscura que prometía placeres sin fin—. Vuelvo a hacerte la misma pregunta de antes, porque necesito tu consentimiento.

—¿Para qué?

—¿Confías en mí?

Thyra se lo quedó mirando a través de las telarañas de un deseo que no había terminado de extinguirse. Distinguió su honestidad absoluta, su orgullo, mezclado con ese eterno engreimiento masculino, y la seguridad de que, en sus manos, nada malo podría ocurrirle.

—Sí —respondió sin asomo de duda.

—En ese caso, chupa. —Einar le ofreció de dedo índice y ella se lo introdujo en la boca casi al completo. Lo rodeó con la lengua, como si fuera un caramelo exquisito. Los ojos azules centellearon y la verga que aún permanecía en su interior se sacudió—. Ahora, relájate. He deseado tantas veces hacer esto contigo, que tendré que contenerme para no volverme loco, pequeña…

Antes de que ella pudiera preguntar, sintió aquel dedo empapado de su propia saliva recorrer la hendidura entre sus nalgas hasta encontrar su objetivo. Thyra se tensó, pero él la sujetó con la mano libre y la inclinó hacia su boca para recompensarla con un beso que sabía a fuego.

—Tranquila, mi amor —susurró junto a su oído—. Te prometo que disfrutarás…

Se puso en sus manos por completo, y no le importó. Alejó de sí todo asomo de vergüenza ante lo que estaban haciendo, y se apoyó todavía más contra el cuello masculino cuando notó el dedo frotando, penetrando, acariciando sin tregua.

—Mi cuerpo es tuyo —afirmó cuando él la instó a que volviera a cabalgarlo.

—Yo soy tuyo, pequeña. Al completo.

Los movimientos ganaron en rapidez e intensidad, hasta que algo primario despertó dentro de ella. Le clavó las uñas en la mano que permanecía apoyada en la parte baja de su espalda, aprisionándola contra las caderas. Intentó incorporarse, pero no lo consiguió. Lo arañó con más determinación, y tampoco dio resultado...

Entonces terminó rogando.

—Por favor…

Su ser vibraba, mientras su mente anulaba cualquier acción que no fuera sentir.

Hasta que miles de estrellas explotaron al mismo tiempo dentro de su mente y su cuerpo, catapultándola hacia adelante, en medio de unos espasmos tan violentos que apenas sintió cómo Einar alcanzaba su propio clímax.

Se sentía plena, pero insatisfecha. Vulnerable, aunque poderosa. Todo un cúmulo de contradicciones que fueron abriéndose camino en su cerebro cuando, tan débil como un pajarillo, se dejó caer junto a Einar y se arrebujó a su lado cuando él los cubrió a ambos con la sábana.

Un progresivo entumecimiento se adueñó de cada palmo de su cuerpo saciado. Sonriendo, elevó los ojos hasta que se encontraron con los dos lagos azules, más limpios y claros de lo que nunca habían estado, que seguían enviándole mensajes aún por descifrar.

—Te amo, Ragnarsson. Te conviene no olvidarlo —musitó con una sonrisa, antes de quedarse completamente dormida.

Einar tardó un poco más en asimilar la trascendencia de todo lo que acababan de compartir. El mensaje oculto que encerraba, y todos los secretos que había preservado de la sagacidad de Thyra.

Horas después, permanecía recostado, con su esbelto cuerpo apoyado en su costado y protegido por su brazo de hierro. Sentía su respiración profunda, y un nudo de emoción crecía en su garganta hasta casi impedirle respirar.

Dormía. Como seguramente haría la criatura. Vivirían. Los dos.

Y él, solo podía arañar aquellos momentos preciosos al destino, grabándose su imagen en la retina para siempre. Aspirando su olor a hembra satisfecha, sintiendo el cosquilleo descuidado de sus rizos rojos en su pecho, el tacto de aquellas manos que habían obrado magia en su alma corrompida, posadas en su cintura, al igual que una esbelta pierna, que descansaba sobre las suyas.

—Yo también te amo —murmuró, aunque sabía que no lo oiría—. Solo una vida es demasiado poco tiempo a tu lado, *kván*. Pero no dispongo de más tiempo. Y tú… tú no deberás saber esto. Nunca.

Jamás había experimentado esa clase de satisfacción con ninguna mujer. Sí, siempre había sido capaz de retener una parte de sí mismo frente a todo el mundo, sin apenas esfuerzo.

Pero no había podido protegerse de Thyra.

Y ahora, tenía que dejarla.

Abandonó su nueva casa, a su esposa y todos los recuerdos que había fabricado con ella antes de que despuntara el alba. De un modo tan sigiloso que ella ni siquiera se movió. No quiso mirarla cuando salió, sin una sola de sus armas. Temía que, si lo hacía, volvería a su lado renegando del trato que lo había atado a Helga. Eso hubiera supuesto la muerte de Thyra. De la otra mitad de su corazón.

—No lo permitiré —se dijo, antes de dirigirse a Bjorn, que se encontraba haciendo su turno de guardia junto a un puñado de hombres. Todos se pusieron en pie de un salto en cuanto lo vieron—. Tranquilos, no pasa nada.

—Pues sobre tu caballo, pareces dispuesto a buscar los problemas, *berserker* —apreció Bjorn con su habitual sorna—. ¿A dónde te diriges?

«A mi perdición, para la salvación de mi familia».

—Al amanecer lo sabréis. Quiero que mañana a primera hora liberéis a Haakon de su encierro y le digáis a mi esposa que… —Las palabras se le atascaron en la garganta. Ella solo vería en su ausencia un abandono injustificado. Una posible mentira en sus intenciones, antes de pasar la mejor noche de su vida. Tragó saliva y respiró hondo, para alejar esas lágrimas que nuevamente se empeñaban en

aparecer—. Decidle que todo lo he hecho, lo hago, y lo haré por ella y por nuestro hijo.

Quedarse hubiera significado arriesgarse a ser descubierto, y era crucial mantener su secreto, de modo que se alejó al galope. No disminuyó la marcha hasta que no escuchó la voz en su cabeza que lo exhortó a que siguiera sin detenerse.

Sabía a quién pertenecía. No era producto de su imaginación. Y lo comprobó cuando llegó al lugar indicado. Helga lo esperaba con su habitual aspecto fantasmagórico y ese cayado que nunca la abandonaba, junto a su mirada oscura, de triunfo, y una sonrisa torcida que le provocó un escalofrío de miedo. Pero también de incertidumbre.

—Es la hora. Magnus te espera —afirmó, tendiendo una mano que Einar se limitó a mirar.

—Quiero tu palabra de que, una vez que me entregue, mi familia seguirá a salvo de tus intrigas.

—En realidad no tienes opción, vikingo, pero esta noche me siento benevolente. Un alma por otra. Y esta noche, serán varias las que se entreguen —profetizó—. Tu familia seguirá a salvo, como me has pedido, pero también será libre de tomar sus propias decisiones. Y sobre eso, no tendré poder alguno.

Era lo único a lo que podía aspirar.

Einar asintió y tomó la mano de dedos huesudos, hasta que el frío helador que los dominaba lo alcanzó con la certeza de una flecha envenenada. A continuación, Helga golpeó el suelo con su báculo, y ambos desaparecieron del lugar.



31 MI VENGANZA HA COMENZADO

Ylva se tomó el tiempo justo para despedirse de Karan, Berit y la pequeña, antes de salir tras su muchacho.

—Ylva, no puedes marcharte. —Berit fue la única que intentó retenerla. Ambas mujeres cruzaron sendas miradas de

entendimiento, hasta que la muchacha terminó por ceder—. Sabes lo que ocurrirá.

—Y tú lo que no ocurrirá si sigo fingiendo que no conozco sus planes. —Con los ojos anegados en lágrimas, la sierva la estrechó contra ella, antes de depositar un tierno beso en su coronilla—. Tú eres la völva que ha heredado los conocimientos ancestrales de una madre que renegó de ti hace tiempo. Aprovecha esa ventaja, chica. Thyra te necesitará. Os necesitará a las dos —añadió, señalando a Karan—. Cuando despierte y no lo vea a su lado, la desconfianza volverá a anidar en su corazón.

—La desconfianza que generará confianza —recitó Berit—. Pero si voy contigo, Thyra no estará sola. Tiene al monje para ayudarla a cumplir su cometido.

—Un cometido que se verá truncado si no sigo las directrices de las runas y los dioses. Berit, tu niña te necesita. Tu marido te necesita. Einar ha ordenado su liberación. Tu vida tiene un propósito. El mío… El mío acaba de marcharse en pos de su propia desgracia —concluyó, con la mirada perdida en la persistente oscuridad que Einar había traspasado hacía al menos media hora—. Debo ayudarlo.

—¿Aunque conozcas tu destino?

—Precisamente por eso. —Ylva suspiró. Necesitaría de toda su fortaleza para llevar a cabo lo que se proponía. No había lugar para lamentaciones, ni para lágrimas, ni para temores, de momento, infundados. Tomó las manos de Berit entre las suyas y se las apretó —. Si no regreso…

—Regresarás.

—Si no regreso mañana —especificó, con la voz temblándole por la emoción—. Cuéntale a Thyra lo que ha ocurrido. Todo. Sin ocultarle absolutamente nada. Y después… deja que todos tomen sus propias decisiones. Incluido Haakon.

—Sobre todo Haakon.

Ylva asintió, antes de montar su propio caballo para adentrarse en el bosque en busca de Einar.

No supo cuánto tiempo pasó dejando que fuera el animal quien la guiara y no al revés. Confió por completo en sus instintos, sabiendo que no se encontraría con su muchacho. Susurraba al equino, al

mismo tiempo que comprendía que había emprendido su persecución demasiado tarde. Que la maldad de Helga ya lo había alcanzado. Cuando llegó al claro que debían estar ocupando, se lo encontró terriblemente vacío.

Estaba sola, pero no desorientada.

Conocía su siguiente paso a dar, y no vaciló.

—Solo es un viaje más largo, amigo mío —le dijo al caballo cuando reanudó la marcha—. Un poco más de tiempo, y lo habremos encontrado.

En efecto, cuando divisó las murallas que cercaban las tierras de Magnus el Soberbio, sonrió, segura de que Einar estaría al otro lado. Siguió avanzando, muy consciente de que los vigías la detendrían, como así fue. No se resistió cuando le dieron el alto y la llevaron ante el mismísimo conde, ni trató de mentir cuando este le preguntó por su identidad.

—Einar Ragnarsson es tu hijo, al igual que lo era su hermano Viggo —descubrió.

—Mientes… ¡Mientes!

El conde palideció por momentos. Con el rostro desencajado, avanzó hacia ella dispuesto a asesinarla con sus propias manos, pero algo lo detuvo en seco. Tal vez la determinación de Ylva, su ausencia total de temor, o el conocimiento de un destino que ya había aceptado.

—Compruébalo —le retó—. Cuando lo tengas en tu poder, podrás averiguar si lo que digo es cierto, o solo una estratagema para salvar mi pellejo, vikingo.

—¿Cómo sabes que…?

—Lo sé todo —respondió, mucho más segura que él—. Conozco incluso el destino que piensas darle.

—¿Y has venido armada con esa patraña, para intentar salvarlo?

Ylva dejó que riera cuanto quisiera, hasta que sus incrédulos ojos se posaron en ella.

—Helga confirmará mis palabras si le preguntas. Ni siquiera ella será capaz de eludir la verdad. —Se guardó para sí el desarrollo de los acontecimientos futuros. No se los desvelaría, así perdiera la vida en el intento—. El destino de todos nosotros está escrito, conde. Tú

te encargaste en su momento de firmar el tuyo con sangre, y ahora pagarás con ella.

Avanzó un paso; Magnus retrocedió por instinto, completamente confundido e incapaz de recomponerse a tiempo para que la sierva no se diera cuenta.

—Si ese *berserker* lleva un poco de mi sangre en sus venas, si es verdad que mis encuentros con su madre dieron ese fruto… entonces no podrá acabar conmigo, del mismo modo que yo tampoco podré acabar con él —masculló, pensativo—. Sería mi primogénito. La descendencia que Helga ha reclamado para sí. Y ya lo tiene. Lo tendrá por siempre, gracias a su maldición, si así lo desea.

—¿Quieres comprobarlo, Magnus el Soberbio? —Ylva sonrió cuando lo vio flaquear—. Podrás hacerlo en breve. Tu posición es muy superior a la mía, aunque no te atreverás a matarme… Antes, al menos, de haber aclarado mi identidad real, los lazos que me unen a Einar, y los tuyos propios.

—En una cosa estamos de acuerdo: mi posición es infinitamente superior a la tuya, sierva. ¡Encerradla hasta nueva orden! —ordenó a uno de sus hombres, arrojándola hacia él de un empujón—. Tal vez tus nuevos aposentos te aclaren la mente. Y si no, no habré perdido nada. Tu vida o tu muerte, ¿a quién le importan?

Antes incluso de haber formulado la pregunta, obtuvo su respuesta.

Con una sonrisa cruel e inhumana, achicó los ojos hasta que estos solo fueron dos simples rendijas.

—Einar… —murmuró con satisfacción—. Cuando Helga lo traiga ante mí, podré utilizarte para hacerle sufrir todavía más, antes de apropiarme de su mujer. Mi venganza ha comenzado, y dudo que alguna vez tenga fin…



32 UN ANIMAL SEDIENTO DE SANGRE

Cuando Einar fue capaz de abrir los ojos, se encontró con los del conde demasiado cerca.

Demasiado inquisitivos. Demasiado crueles. Y también demasiado reales.

Aturdido, se incorporó para comprobar que, efectivamente, había realizado un viaje que desafiaba las leyes de la lógica, hasta terminar en la fortaleza de Magnus.

Justo a sus pies.

En aquella penumbra, Einar distinguió vigas de madera ennegrecidas por el humo, adornadas con filas de cornamentas y máscaras de lobo. Mesas aladas sobre caballetes y bancos colocados contra las paredes. Pero al fondo de la estancia, había una plataforma en la que descansaba una enorme silla de roble labrada con formas de pájaros y otros animales.

El aire olía a humo, cerveza y comida agria.

Y también al sutil perfume de una mujer.

Revna.

Lo supo incluso antes de levantar la cabeza para verla, sentada junto al conde, con una expresión ausente que pareció cobrar vida en cuanto sus ojos se clavaron en él con renovado interés.

—Espero que tus dudas con respecto a mis poderes hayan quedado solventadas, *berserker* —la oyó a su espalda, justo antes de ser proyectado hacia delante con una fuerza muy superior a la suya —. Como ves, hubiera hecho falta algo mucho más peligroso que el simple acero de tu espada para acabar conmigo.

—¿Algo como qué, *völva?*

—Algo como la verdad. —Fue Magnus quien respondió. Con el rostro distorsionado por una furia controlada, abandonó su asiento y avanzó hacia ellos—. Vosotros, sujetadlo. —Antes de que pudiera superar su aturdimiento, Einar fue apresado por dos enormes vikingos—. Ahora tú, maldita vieja. Explícame la naturaleza de los lazos que me unen a este hombre. Y hazlo con honestidad, por una vez en tu vida, porque sabré si mientes. Y entonces, no habrá poder terrenal ni divino que te salve de mi ira.

—Eres su padre. Liv hubiera podido atestiguarlo, de seguir viva. Lamentablemente, decidió quitarse de en medio antes de seguir soportándoos, mi señor —respondió Helga, sin inmutarse.

—En ese caso, con Ragnarsson, nuestro trato ha cumplido. Querías mi primogénito, y aquí lo tienes.

La carcajada de la völva resonó hasta en el último rincón de la estancia.

—Vuestro primer hijo legítimo —puntualizó—. Creí que habíamos dejado claros los términos, mi señor. El berserker siempre fue mío, pero nunca lo fue vuestro. Lleva el apellido que le corresponde por el esposo de Liv. Y aunque me extraña que no objetéis nada al hecho de que sois su verdadero padre, lo cierto es que, ahora mismo, vuestro vástago legal crece en el vientre de esa mujer.

—¡Revna! —El estupor de Einar se mezcló con la repugnancia al escuchar a Helga. Forcejeó para intentar soltarse, pero fue inútil—. No has podido…

—¿Casarse conmigo? Por supuesto que sí… hijo. —Magnus esbozó una escalofriante sonrisa carente de toda emoción cuando se acercó a él con la cabeza ladeada, observándolo como si fuera un ser extraño—. Su anterior esposo la repudió cuando supo de su preñez. ¿Qué otra cosa iba a hacer esa pobre muchacha, además de acudir al padre de su criatura?

—Cualquier cosa antes de rebajarse de esa manera. Revna… —Le lanzó una mirada de súplica, pero ella le correspondió con un gesto desdeñoso y altivo que le provocó náuseas. Aun así, siguió intentando captar su atención y su compasión. De todos los presentes, ella era la que parecía más vulnerable. Y necesitaría un aliado en aquel agujero infecto si quería salir con vida—. Fui tuyo durante toda una noche. Me plegué a todos tus deseos en el lecho. Te hice disfrutar como nunca. —Por el rabillo del ojo vio que Magnus apretaba los labios. Secretamente, sonrió—. ¿Cómo estas tan segura de que ese niño es del conde y no mío?

—Lo está.

—No te he preguntado a ti, maldita bruja. Revna… —La muchacha se puso en pie, pero su resolución había desaparecido. Einar comprobó la duda en su gesto cuando lo apartó de su escrutinio, como si quisiera protegerse de él—. Revna, no te has podido olvidar tan pronto de lo que pasamos juntos…

—Cállate —ordenó Magnus.

—Sé que sigues deseándome como el primer día. Que tu acuerdo con esta sabandija traicionera fue por pura necesidad. Pero yo puedo

hacerme cargo de ese niño si tú quieres —continuó mintiendo—. Me divorciaré de Thyra si es lo que deseas. Viviremos juntos, los tres…

El destello de emoción que hizo brillar los ojos de la muchacha fue el único indicio de sentimiento que apreció en ella antes de que Magnus rodeara su cuello con ambas manos.

—He dicho que te calles —siseó, antes de soltarlo con desprecio—. Helga, ahora sé que dices la verdad. Solo un hijo mío podría acudir a semejantes artimañas para conseguir que mi esposa se pusiera de su parte. Lástima que también haya heredado la estúpida honestidad de su madre. —El primer puñetazo le dio de lleno en la mandíbula. El segundo, hizo que su nariz sangrara como la de un cerdo—. Así está mucho mejor. No soporto tus aires de grandeza, muchacho. Según tengo entendido, tu hermano murió. Tendré que esperar a que mi hijo legítimo nazca para deshacerme de ti.

—No lo haréis, mi señor. —Helga se interpuso entre ambos hombres, ante el jadeo de espanto de Revna al escuchar a su esposo —. Me lo cedisteis en su momento, ¿lo recordáis? Si rompéis el trato, me temo que tendréis que sufrir las consecuencias…

Magnus apretó los dientes.

Sabía que, aunque consiguiera acabar con la hechicera, la maldición perduraría. El berserker seguiría con vida.

Lo miró como si observara un insecto. Apreció la sangre que corría por su barbilla, y la expresión indómita de aquellos ojos, demasiado parecidos a los de su madre.

Liv. Evocar su nombre aún le provocaba un hormigueo de deseo. Einar poseía el mismo espíritu luchador de ella, pero se aseguraría de que su fin fuera muy diferente, se dijo.

—Sé que deseas la muerte desde hace tiempo, Ragnarsson —aseguró, usando su apellido para distanciarlo de unos remordimientos que comenzaban a rugir en su interior, advirtiéndole de que era su hijo—, pero no seré yo quien te la ofrezca.

—¿Has decidido acogerme bajo tu techo… padre?

Aquella insolencia le valió otro golpe que lo dejó aturdido.

—En breve comprobarás hasta qué punto.

Con una sonrisa malévola, hizo un gesto con la mano. Ante él aparecieron dos hombres más, arrastrando consigo a Ylva.

Vestía harapos sucios y sanguinolentos. Lucía numerosos cortes y golpes en todas aquellas partes de su cuerpo visibles, y apenas se tenía en pie.

Einar palideció.

—¡Ylva! *Amma,* mírame… —suplicó, retorciéndose de nuevo como un animal salvaje. La vieja sierva reaccionó a su petición, pero sus ojos se hallaban demasiado perdidos—. *Amma,* lucha. ¡Lucha conmigo! —Una oleada de furia lo ayudó a avanzar un paso, hasta que su rostro casi tocó el de Magnus, resollando como un toro—. Si vuelves a tocar un solo pelo de su cabeza, juro que te mataré, maldito. Y esparciré tus tripas a lo largo y ancho de tus dominios como advertencia.

—¡Al fin salió el *berserker!* Una lástima que no estés en situación de cumplir tus amenazas. Y aunque a mí me encantaría cumplir las mías, un trato es un trato. —El conde se acercó a Ylva sin apartar su mirada de él—. Yo no te mataré, Einar, pero te juro que desearás la muerte como nunca antes lo has hecho. Vivirás mucho tiempo, y cada día de tu vida, te acordarás de mí.

Einar apretó la mandíbula hasta el dolor.

Con esas palabras, Magnus acababa de afirmar que haría todo lo posible para evitar que lo rescataran, y no le resultaría difícil. La presencia de Rolf en su aldea, demandando tropas, era el mejor indicativo de que, conforme pasaban los días, el rey conservaba cada vez menos aliados en su propio reino. Lo único que el conde tenía que hacer era ir cambiándolo de lugar cada cierto tiempo, hasta que se perdiera su rastro y sus aliados abandonaran su búsqueda.

Magnus se acercó a Ylva y tiró de sus hebras grises hacia atrás, provocando un quejido de la sierva que encendió la sangre de Einar.

—No… la… toques —advirtió, pero el conde lo ignoró por completo.

—Dime, mujer. ¿Lo ves? —preguntó, dirigiendo su cabeza hacia el vikingo. Ella apenas abrió los ojos, pero hizo un gesto afirmativo—. Ahora, responde: ¿qué serías capaz de hacer por él?

Por un momento, pareció imposible que Ylva atendiera a sus demandas. Pero haciendo un supremo esfuerzo, consiguió abrir los párpados lo bastante como para que su mirada conectara con la de su muchacho.

—Daría mi vida por él —murmuró, con una convicción escalofriante.

—Sea, pues. Traed a Ragnarsson aquí —ordenó Magnus a sus hombres, para que lo arrastraran hasta uno de los ventanucos—. Aseguraos de que no se pierde detalle de nada de lo que sucederá a continuación. Es en tu honor, mi querido hijo.

A continuación, le hizo una absurda reverencia y se llevó a la sierva, junto con los dos hombres que la sujetaban, hasta una pequeña cima coronada por un viejo árbol.

En una de sus ramas, colocaron una soga.

—¡Nooo! ¡Cerdo traidor! ¡Sanguijuela inmunda! ¡Bastardo!

Einar pateó con furia intentando librarse del agarre de sus carceleros, pero solo obtuvo a cambio un contundente golpe en la sien que a punto estuvo de hacerle perder la consciencia.

—Tranquilo. Mi señor nos ha ordenado que te mantengas con los ojos abiertos, y así será.

Mermado en su resistencia, no pudo impedir que uno de los guardias le sujetara la cabeza para obligarlo a mirar cómo aquel malnacido ejecutaba a Ylva.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. No le importó llorar su impotencia, su rabia, su pena al ver a la mujer que había sido su segunda madre, colgada de un árbol como una vulgar ladrona. Gimió hasta la extenuación, y cuando al fin dejaron su rostro libre, lo giró hacia Revna.

La muchacha observaba el macabro espectáculo desde su sitio, con el rostro desencajado por el terror.

—Lleva aquí el tiempo suficiente como para que se hayan ensañado con ella. Pudiste ayudarla, y no lo hiciste. Juro por los dioses que utilizaré todas las vidas de las que disponga para darte lo que siempre te has merecido —vaticinó, antes de desplazar su atención hacia Helga—. Y tú, *völva*, tendrás que liberarme de tu maldición para impedírmelo.

Le mostró los dientes cuando intuyó su agitación.

Eran las fauces de un animal sediento de sangre.

Y la obtendría. Ahora lo sabía.



33 ÉL DEBE VIVIR… PARA MORIR

Tenía que convencerlo para que no acudiera a la guerra con el *jarl* Olson.

Hubiera debido incluso arreglárselas para dejarlo fuera de combate, impidiendo así que formara parte de la batalla de Stamford Bridge.

Pero cuando abrió los ojos y vio que estaba sola en el jergón, supo que había fracasado en ambos frentes.

—Se ha ido —murmuró desolada—. Me ha dejado…

—Nunca haría tal cosa, bien lo sabes. —Berit apareció en la puerta con gesto grave, y signos de un sufrimiento de origen desconocido que la hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era—. Amiga, todo ha empezado a desencadenarse ya. Necesitamos tu ayuda.

—¿Necesitamos? —Thyra se puso en pie de un salto, con el horrible presentimiento de que, al fin, descubriría el motivo de aquel viaje en el tiempo que la había anclado al espíritu de un vikingo.

—Muchacha, ahora deberás conocer toda la verdad. —A Berit se unió Drustan. Su expresión era seria, pero tan escalofriante que un escalofrío la recorrió entera—. Ven con nosotros, por favor.

No dudó, pero le extrañó no ver a Ylva cuando entró en la casa de Berit. La pequeña Eira dormía plácidamente en su cunita, ajena a todo el tumulto que su madre y el fraile contenían, y que salió en cuanto los tres tomaron asiento, alrededor de la pequeña mesa de la cocina.

—Me temo que Ylva no nos podrá ayudar en esto, amiga —comenzó la joven *völva*—. Ella… ha iniciado su propio viaje, en busca de Einar, por su cuenta, antes que nosotros. Pero debo cumplir sus directrices. Y estas incluyen que te expliquemos todo al detalle.

—¿Qué ocurre con Einar?

Drustan lanzó a Berit una mirada concluyente y tomó el mando.

—Muchacha, ¿recuerdas la historia que te conté mientras te reponías de las heridas causadas por Magnus? —Thyra asintió, sintiendo el cuello tan rígido como el resto de su cuerpo—. No te conté toda la verdad. Yo… Digamos que soy el equivalente a tu ángel de la guarda. Un ser atemporal. El mejor aliado de los dioses antiguos, su nexo con el único dios cristiano. He visto tanto en mi propia eternidad, que no entiendo cómo puedo sorprenderme de mis propias misiones.

—¿Quieres decir que yo… que mi madre… que este viaje…?

—Todo ha sido perfectamente medido para llegar hasta aquí. Represento tu báculo, Cora Thyra, para que te apoyes en mí del

mismo modo que lo han hecho otras criaturas, repartidas entre ambos lados del velo que separa este mundo del de los muertos.

Thyra procuró observarlo con un mínimo de frialdad, pero lo que vio la dejó sin aliento. De pronto, parecía mucho más viejo de lo que aparentaba. En sus ojos estaban reflejadas toda una eternidad de vivencias, mucho más antiguas que el mismo mundo.

—Eres…

—Todo lo que he afirmado, y mucho más. —Ella recordó el momento exacto en el que sus manos se unieron para proporcionarle aquella extraña visión llena de matices, de sensaciones y sentimientos que habían germinado en su interior—. No te niegues a creer, muchacha. Tu corazón debe abrirse, del mismo modo que el del *berserker*, para que comprendas que mi cometido no solo se reduce a lo ocurrido en el siglo XX, sino también aquí. El origen y el fin de todo. Conozco a tu madre. Te conozco a ti. Mi misión es preservar vuestra existencia, al igual que la tuya. Porque traerás una nueva vida al mundo. Quizá con el amor que siempre has buscado pero que nunca has hallado, o quizá no.

—Einar es mi amor.

—Y está maldito gracias a mi madre. —Berit la abrazó con una expresión de firmeza—. Ha llegado la hora de que conozcas el verdadero motivo de tu viaje…

—Nadie excepto tú puede deshacer la maldición de Helga. Pero para ello, tendrás que ser valiente, muchacha —añadió Drustan—. Tanto como para ser capaz de sacrificar ese amor.

—Una vida por otra vida. Eso fue lo que le dije a Einar cuando él me suplicó que contrarrestara los efectos de la maldición de Helga de alguna manera. En aquel entonces buscaba la muerte casi con desesperación, sin encontrarla, pero de eso hace mucho tiempo. Ahora, quiere vivir. Por eso se ha ido con mi madre.

—¿Con Helga? Esa maldita solo busca su desgracia.

—Y la encontrará, pero no como ella espera. —Su amiga se dirigió hacia la ventana con aire ausente—. Thyra, Einar nunca fue capaz de comprender el alcance de mis palabras porque, sencillamente, no tenía otra vida por la que ofrecer la suya. Pero ahora sí. Ahora te ama. Y ha aceptado el trato de Helga para convertirse en el esclavo

de su propio padre, con tal de salvaros. A ti y al niño. La flecha que te alcanzó aquel día estaba envenenada. No hubierais sobrevivido, de no ser por él.

Un jadeo ahogado rompió el silencio reinante cuando Berit calló.

—Einar se ha entregado por mí… —musitó casi con miedo, como si el hecho de pronunciarlo en voz alta lo convirtiera en más real. En más horrible para ella—. No se me ocurre un acto más generoso que ese. ¡Una vida por otra vida, eso has dicho! ¿No es suficiente para que él quede libre de toda maldición?

—Él debe vivir… para morir. Y morir, para vivir. Eres tú quien debe llevar a cabo el mensaje que encierran esas palabras. —Drustan señaló a la bebé con un sutil gesto de cabeza—. Ella existe para que tú puedas nacer. De lo contrario, todos tus antepasados, tú incluida, desapareceréis. Como si nunca hubierais existido. Y la única forma es destruir a Helga.

—¡Eso no significa que tenga que dejar morir a Einar a manos del conde!

—Tienes razón. Tú serás quien lo mate.

—¿Qué…? No.

—Es la única forma de debilitar a Helga y procurar a tu esposo el destino que tanto ansía…

—¡He dicho que no! ¡Lo que proponéis es… es…! ¡Una aberración, un sinsentido! ¡Una traición hacia mí, pero también hacia él! —Se puso en pie de un salto, incrédula ante la calma que los otros dos demostraban—. No puede ser que me lo estéis proponiendo en serio…

—Es la única forma —insistió Berit, inflexible.

—Y tú, la única persona que puede llevarlo a cabo.

—¡Dios! ¡Me niego a seguir escuchándoos!

El corazón le rebotaba en todas las partes de su cuerpo cuando, asqueada, salió de allí a la carrera. No tardó más de unos minutos en proveerse de algo de comida y agua, antes de dirigirse a los establos. Sus ojos arrasados en lágrimas se negaban a creer lo que acababa de escuchar. Cada poro de su piel se rebelaba contra tal propuesta. Pero…

¿Y si después de todo lo sufrido, su amiga tenía razón? Le sobraban las pruebas que confirmaban la naturaleza de las dos personas que acababa de dejar atrás. Su propia presencia allí confirmaba el carácter sobrenatural de su viaje. ¿No podía ser el motivo igual de sobrenatural?

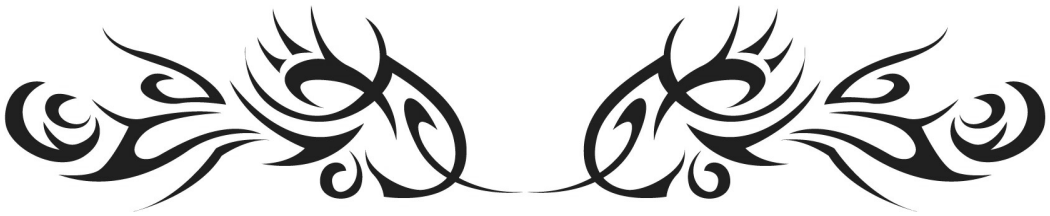
—¡Thyra, aguarda un momento! —Cuando escuchó la voz de Haakon, ya se hallaba al trote, pero tiró de las riendas al ver al vikingo interponerse en su camino—. ¿Se puede saber a dónde vas?

—¡A salvar a mi esposo!

—¡No lo hagas sola! —Haakon sujetó la brida del equino con autoridad, pero ella volvió a tirar de las riendas para liberarlo—. Por favor… Todos sabemos a dónde ha ido, ¡pero si le sigues, será lo más parecido a un suicidio!

—¿Ah, no? —Una carcajada amarga se escapó de su boca—. Pregunta a tu esposa. Sus vaticinios y los de Drustan apuntan a lo contrario.

Toda ella temblaba cuando inició un alocado galope con un solo fin: alejarse de ellos. De todo lo que pudiera plantar en su mente las dudas como si fueran la mala hierba, imposibles de exterminar.



Perdió la noción del tiempo después de la primera noche en soledad. Las preguntas se mezclaban con las certezas y las incertidumbres en su mente, creando una amalgama cada vez más compacta que la confundía. Ni siquiera sabía cuántas jornadas llevaba alejada de la aldea cuando se dio cuenta de que las provisiones se habían acabado. De que estaba tan agotada como desarmada, en todos los sentidos de la palabra. Se detuvo junto al arroyo que no había perdido de vista en plena tarde, y se refrescó la cara para aclararse las ideas.

Ignoraba lo que haría cuando tuviera a Magnus ante ella. Ni siquiera viajaba con un plan que pudiera llamarse como tal. En mitad de su espanto, no se le había ocurrido coger su daga, o…

—Dios, ayúdame —pidió al cielo, dejándose caer sobre una roca.

¿Y si realmente la única manera de acabar con la maldición era acabando con Einar? ¿Y si, de alguna manera, esa muerte significaba algo totalmente distinto para él, pero no para Helga?

Ante aquella pregunta, Thyra abrió los ojos y se incorporó de un salto, renovada. Llena de una esperanza cuya llama era todavía débil, pero que fue creciendo en intensidad conforme pensaba en ello, hasta convertirse en su único alimento.

Si Einar se había entregado por ella, ella lo haría por él, concluyó conforme se acercaba de nuevo al origen de todas sus pesadillas y sus incertidumbres: la fortaleza de Magnus.

No se resistió cuando los vigías le dieron el alto y prácticamente la apresaron en cuanto conocieron su identidad. Caminó con la cabeza alta mientras era conducida ante el conde, echando rápidas ojeadas a cada palmo recorrido, para intentar localizar a Einar o algún rastro de él.

No lo consiguió. Sin embargo, sí se encontró con una sorpresa mucho peor que la del propio Magnus cuando este se apresuró a recibirla en el gran salón, al atardecer.

—Revna… —murmuró, atónita.

—Vaya, vaya… Pero si es mi fiera particular, que ha vuelto a la mano de su amo… —Revna la ignoró, y Magnus despidió a los guardias y se acercó a ella como un sabueso sediento de presas a las que hincar el diente—. Helga aseguró que aparecerías, pero no esperaba que fuera tan pronto, si he de serte sincero.

—La sinceridad nunca ha sido tu fuerte.

—Pero sí el tuyo. —De pronto, sacó una daga con la que apuntó el cuello de Thyra—. Has venido sola. De lo contrario, mis hombres ya me habrían advertido.

—Eres un hombre precavido. Y sagaz.

—Y deseoso de arrancarte esa socarronería tan inoportuna a golpes. Pero antes, dime: ¿tanto lo amas, que te presentas aquí completamente desarmada, sin nadie que te acompañe,

arriesgándote a que te mate antes de que puedas esgrimir una sola palabra a tu favor?

A pesar del miedo que la paralizaba, ella se las arregló para componer una sonrisa cínica.

—No lo harás. Por mucho que Revna te acompañe, a saber con qué fines, aún sigues deseándome. —Era una fanfarronada, pero dio en el clavo. Magnus asintió—. No me harás daño hasta que no te haya propuesto mi trato.

—¿Trato? ¿Has oído eso, mi amor? —murmuró en dirección a Revna, antes de soltar una carcajada y guardar su daga—. La muchacha viene bien surtida de un orgullo ridículo. Sobre todo, porque tienes todas las de perder.

—Aún no te he respondido.

Magnus se apartó un paso, desconcertado.

—¿Cómo?

—Que aún no te he respondido. Me has preguntado cuánto lo amo, y aquí tienes la prueba. —Thyra abrió los brazos y dio un giro sobre sí misma—. Yo por él, mi señor. Ese es el trato que vengo a ofrecerte. Convertirme en tu puta, a cambio de que perdones la vida de tu hijo. A mí me parece de justicia. Aunque tú no…

La bofetada la derribó. El dolor se extendió hasta su oído y un pitido la mantuvo en el suelo por un instante, pero no desfalleció. Nada conseguiría disuadirla de salvar a Einar.

—Esperaba que esos lazos de sangre tan infames… te avergonzaran… —murmuró, limpiándose la sangre del labio mientras se ponía en pie para seguir encarándolo—. ¿Es tu última… palabra?

—Para nada, mujer —siseó, con una sonrisa despiadada cuando le clavó los dedos en ambas mejillas hasta arrancarle un grito de dolor —. Por el momento, me aprovecharé de tu inesperada presencia aquí, siempre con el consentimiento de mi esposa. ¿Me lo otorgas, querida?

—Por supuesto. —No había ni asomo de emoción alguna en el rostro de la hija de Olson cuando asintió, mirándola fijamente.

Él la tomó del brazo, la hizo salir por una puerta lateral del edificio y la llevó hacia una zona abierta.

Delante de ellos había un viejo roble. A medida que se acercaban, Thyra vio una figura colgada de una de las ramas más bajas.

Se quedó clavada en el suelo.

—No. No, no, no…

Parpadeó, incapaz de asimilar el macabro escenario que contemplaba. Su mente se negaba a la evidencia. Quiso cerrar los ojos, pero Magnus la obligó a mantenerlos abiertos, hasta que le faltó el aire y el sabor de la bilis le inundó la garganta.

—Veo que la reconoces.

—Ylva... —Las lágrimas le abrasaron la cara, pero un repentino ataque de ira consiguió que se repusiera para pelear. Con un grito furioso, se lanzó hacia él. Su objetivo era arrancarle los ojos, pero solo consiguió arañarle la cara—. ¡Maldita bestia inmunda! ¡Ella no era culpable de nada! ¡Solo de querer a Einar como a su propio hijo!

—Gracias a eso, he conseguido teneros a los dos, pero no sientas pena por ella. Su destino era este. Ella lo sabía.

—¡Su destino estaba con nosotros! —Ciega de ira, intentó un nuevo ataque, pero Magnus la redujo con una sola mano, antes de retorcerle el brazo hasta el dolor—. ¡Cuando Einar quede libre, no habrá un lugar en este mundo en el que puedas esconderte de él!

—Por el momento, baste decir que él irá a otra parte después de que sepa tus verdaderas intenciones presentándote aquí. ¿Acaso creías que iba a quedarse en mis tierras indefinidamente, para que su gente pudiera venir a rescatarlo?

Era exactamente lo que esperaba. Que el *jarl* Olson acudiera en su ayuda a tiempo. Pero no contaba con los planes inmediatos de aquel monstruo. Se quedó tan inmóvil que Magnus finalmente decidió aflojar su agarre para girarla hacia él.

—¿Adónde... lo vas a llevar? —preguntó con cautela.

—No te incumbe. Solo debes saber que pienso alargar su vida más allá de lo que alcance la maldición de Helga y que sus aliados nunca lo encontrarán. Einar Ragnarsson será esclavo hasta el día de su muerte, y me aseguraré de que eso no ocurra pronto.

—Él nunca se someterá, hagas lo que hagas.

—¿Tú crees? —Con una risotada, la acercó a él y se apropió de su boca en contra de su voluntad. Cuando Thyra forcejeó, él se apartó,

pero su mirada le produjo una sacudida—. Cuando termine con él, no será mejor que un miserable animal. Te lo garantizo. Pero antes, alargaremos su agonía. Los dos. Porque me quedaré con ambos.

—¡No puedes…!

El resto de la frase quedó en suspenso cuando él volvió a retorcerle el brazo para arrastrarla lejos de aquel espectáculo tan aberrante.

—Pude colgar a esa sierva. Pude encarcelar a Einar y humillarlo. Te aseguro que también podré dominar tu voluntad, mujer —murmuró, tan cerca de su oído que Thyra se estremeció—. Y tú contribuirás. Porque de lo contrario, él morirá.



34 EL BERSERKER DECIDIRÁ

—¿Dices que ha ido a meterse en la boca del lobo?

—Directamente, a plena luz del día y sin que nadie haya podido detenerla.

Bjorn dejó la compañía de Karan en el lecho a regañadientes.

Planeaba confesar sus sentimientos a la danesa. Ninguno de los dos había hablado de continuidad, ni de emociones que fueran más allá del simple desahogo físico, pero él había encontrado en ella mucho más que un lugar donde sanar sus heridas. Karan se había convertido en su refugio, en su razón de vivir. No pasaba un día sin que se levantara pensando en ella, sin que sus confrontaciones verbales le hicieran hervir la sangre, y sus reconciliaciones se la apaciguara. Karan era una rival a la altura, en todos los aspectos de su vida. Copaba sus pensamientos hasta tal punto, que ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había pensado en Revna. Ni siquiera se sentía miserable al no hacerlo. Con la mujer que ahora lo miraba interrogante, pero saciada, había recuperado su orgullo, y no pensaba renunciar a él.

Pero la noticia que acababa de darles Haakon, asomándose tímidamente a la puerta para no interrumpir su intimidad, le obligaba a cambiar de planes.

—Sea lo que sea lo que vayáis a hacer, voy con vosotros.

—Ni lo sueñes, danesa. —Pero Karan ya se estaba vistiendo—. ¡Por las barbas de Thor! ¡Cuándo vas a aprender a obedecerme?

—Quizá cuando sea tu mujer.

—Ya lo eres —murmuró Bjorn, sujetando su barbilla para poder besarla a placer—. ¿Es que no te lo he demostrado lo suficiente?

—No lo seré mientras continúes casado.

Él la soltó, cabizbajo y con los dientes apretados.

—Karan, te prometo que arreglaremos esta situación lo antes posible, pero ahora…

—Ahora, la temeridad de Thyra, la inesperada liberación de Haakon, que está aquí plantado como si tal cosa, esperando recaudar ayuda para salvar a un amigo que quizá no lo perdone nunca, y un *berserker* maldito, te reclaman —recitó la muchacha—. De acuerdo. Por mí no hay problema. Puedo esperar. Pero voy a hacerlo a tu lado.

—Por los dioses, Karan…

—No. Por los dioses no. Por ti, vikingo.

La mano abarcando su mejilla y esa expresión de inesperada dulzura fue más de lo que Bjorn pudo soportar. Con una maldición, terminó cediendo y salió a grandes zancadas para encontrarse con

Haakon, Rolf y todos los hombres que se habían preparado para acompañarlo a tierras sajonas.

De alguna manera, había recaído sobre él la difícil tarea del liderazgo. Todos esperaban su decisión para acatarla sin dudar.

—Einar está en peligro, y su esposa también —comenzó—. Creo que todos aquí sabemos quién los amenaza. Y del mismo modo, todos estamos deseosos de echar una mano. Tú incluido, Haakon.

—Sobre todo yo. Tengo una deuda que pienso saldar a como dé lugar —respondió el guerrero—. Pero si no la tuviera, daría mi vida por mi mejor amigo sin dudarlo, así que cuenta conmigo.

Uno a uno, todos los demás se fueron ofreciendo detrás de él. Sin embargo, el ceño de Bjorn seguía tan fruncido como al principio.

—Maldición, somos muy pocos —rezongó, haciendo un rápido recuento—. No podemos dejar la aldea desprotegida. Cabe la posibilidad de que el conde planee un ataque sorpresa que terminaría por diezmarnos a todos. Si acaba con las granjas, incluso las abandonadas, se dirigirá al fondeadero…

—Pero cuanto más esperemos, más peligrosa se volverá la situación —terció Rolf—. El *jarl* Olson espera que partamos con él hacia reino de Inglaterra.

—Lo mejor que podemos hacer es partir con los efectivos de los que podamos disponer, Bjorn —le apoyó Haakon-— Contigo, por supuesto. De ese modo, les protegeremos de una muerte casi segura, y podremos unirnos al ejército del *jarl.*

—Entonces, está decidido.

Con un murmullo de consentimiento, todos lo siguieron para urdir el plan que les llevaría a liberar a Einar y Thyra… Si es que aún estaban con vida.

Apenas comenzaba a amanecer cuando avistaron la fortaleza de Magnus.

Bjorn volvió a hacer un recuento en silencio, y sacudió la cabeza.

—No porque los cuentes más van a multiplicarse —murmuró Rolf —. No pasamos de la veintena, mientras que sus vigías superan ese número ya de entrada.

—Pero contamos con el factor sorpresa… —Karan guiñó un ojo, pero eso no logró hacer desaparecer el gesto adusto de su amante.

—Tú no te separarás de mí —le advirtió, sacudiendo el dedo índice delante de su naricilla respingona—. Si te pierdo de vista por tu desobediencia, juro que cuando esto acabe te pondré las posaderas tan rojas que no podrás sentarte en un mes.

—Será un placer… Todo.

—Será posible… —¿Cómo se las arreglaba para arrancarle una sonrisa, incluso en las peores circunstancias? Bjorn logró contenerla, a pesar de que comenzó a escuchar carraspeos y risillas a su alrededor—. Dejaos de tonterías y concentraos en nuestra misión. Hemos tenido suerte de poder llegar hasta aquí sin ser vistos, así que vamos a ahumar a esas víboras para que salgan. Las ensartaremos en cuanto tengamos la oportunidad. Mientras, Haakon, tú entrarás en las tripas de la fortaleza y sacarás a Einar y Thyra. El *berserker* exigirá su venganza, y pienso proporcionársela como es debido.

Haakon se adelantó con una rama encendida en la mano. El resto llevaban odres llenos de aceite. Salieron del bosque y corrieron sigilosamente hacia la edificación, seguidos por el resto. Mientras el grueso de los hombres rodeaba la casa con las espadas desenvainadas, sus compañeros rociaron la base de las paredes de madera con el aceite. En cuanto el vikingo acercó la llama, prendió con tanta rapidez que apenas tuvieron tiempo de esconderse en la maleza, aguardando algo que no tardó en ocurrir.

En un abrir y cerrar de ojos, el caos se adueñó de los alrededores. Los siervos corrían en todas direcciones, gritando despavoridos y chocándose con la guardia del conde, que había sido pillada desprevenida.

Surgieron de entre las sombras, como fantasmas, y lucharon contra ellos hasta que los redujeron a un número ridículo. Eso facilitó que

Haakon pudiera entrar a través de la puerta que habían dejado abierta de par en par, desesperados por escapar del incendio que se extendía sin control.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Rolf, exultante, justo después de ensartar a un hombre de Magnus con la espada sin apenas esfuerzo —. ¡El plan ha dado resultado! ¡Ahí están!

Como habían previsto, Magnus y parte de sus incondicionales abandonaron la fortaleza a trompicones, medio cegados por las lágrimas provocadas a causa del humo, y dando bandazos con sus armas, sin encontrar oposición alguna. Jenssen, el padre de Karan, también fue apresado con una facilidad insultante en cuanto salieron como conejos asustados. Ambos nobles se resistieron con uñas y dientes, pero tenían todas las de perder frente a los hombres de Bjorn.

—¡El *jarl* Olson pagará por esto! —bramó el conde, pataleando como un cerdo a punto de ser sacrificado, cuando los vikingos los arrojaron a ambos a los pies del capitán.

—Olson no tiene nada que ver en esto, perro —gruñó Rolf, después de propinarle una patada en la mandíbula que lo silenció—. Buscamos a Ragnarsson y su esposa.

—No están aquí.

La garganta de Bjorn se secó de golpe cuando comprobó cómo Revna se colocaba junto al noble sin que pareciera temer la presencia armada de sus hombres.

—Revna… —musitó.

—Condesa para ti, vikingo. Gracias a tu repudia, me ahorré el trámite del divorcio y pude casarme con Magnus. Ahora, tendrás que matarme a mí también si quieres acabar con su estirpe, pues llevo en mi seno un hijo suyo. Todo ello después de matar al propio Einar, su primogénito bastardo.

Por un instante, el silencio se hizo entre todos los presentes. Hasta que un jadeo ahogado a su derecha sacó a Bjorn de su estupor. Karan acababa de identificar a Jenssen entre los prisioneros. Para su total asombro, la muchacha no soltó su espada cuando se acercó a su padre con aplomo.

—Al fin te encuentro, hija mía…

—Ni soy vuestra hija, ni me habéis encontrado. Supongo que tú eres la mujer que ha estado a punto de destrozar la vida de mi hombre —añadió, dirigiéndose a Revna—. Es una suerte que Bjorn y yo hayamos escapado del yugo de las personas que, en su momento, afirmaron querernos.

—Yo nunca lo quise. Me vi abocada a un matrimonio con él en contra de mi voluntad.

—En ese caso, vuelve a ser una suerte que hayas acabado casada con el hombre que mi padre pretendía imponerme a mí. De ese modo, todos estamos con quien de verdad deseamos. Al menos hasta que se imparta justicia.

—La única justicia que he querido impartir siempre se halla en nuestro hogar. En tierras danesas, hija. Por favor, ven conmigo y acabemos de una buena vez con esta alianza ridícula…

Jenssen intentó llegar hasta ella, pero Bjorn lo tumbó en el suelo de un certero puntapié.

—Vuestra alianza es de todo menos ridícula —afirmó, colocando la punta de la espada en el gaznate de aquel indeseable—. No voy a permitir que os aprovechéis del dolor que vos mismo habéis infligido a vuestra hija para tenerla de vuestra parte, ni tampoco pienso ignorar vuestra traición al rey Harald. ¡Buscad a Thyra y a Einar, hasta debajo de cada miserable piedra si es necesario! El *berserker* decidirá si estos dos viven… o mueren al fin.

Njardarheimr

—Ha llegado la hora. No podemos esperar más.

Drustan asintió a la petición desesperada de Berit y señaló a la niñita que todavía tenía en brazos.

—Ella no puede acompañarnos, muchacha. Lo sabes.

—Pero no por eso duele menos dejarla. ¡Ni siquiera tengo a Ylva para…! —El llanto le impidió seguir hablando. Se desmoronó sobre su banquete y fijó su atención en su hija—. ¡Dioses, no puede ser que ese ser sin entrañas haya…!

—Si finalmente Ylva se ha sacrificado y ese sacrificio ha merecido la pena, no nos quedará más remedio que seguir adelante con lo que se nos ha encomendado, Berit. —La muchacha levantó la cabeza a duras penas y asintió—. Bien. Entonces, deja a la niña con alguien de confianza. No serán más que unas pocas horas.

—Con suerte.

—Y sin ella también. Es Einar quien debe comprender y aceptar. Thyra hará el resto, porque no tiene otra alternativa.

—Pero se negó. ¡Ya la oíste cuando insinuamos algo que, por otra parte, es bien real! ¡Einar debe morir para liberarse!

—Muchacha, Thyra lo ha comprendido, aunque le llevará un poco más de tiempo asumirlo. En cuanto al *berserker*… la ama. Suficiente razón para plegarse a lo que el destino le tiene reservado.

Berit pareció mantener una lucha encarnizada consigo misma, antes de mirarlo.

—¿Y Helga? Intentará por todos los medios impedir que nuestro plan se lleve a cabo. Y tanto si lo logra como si no… vendrá a por mí. A por toda mi familia. Nunca he significado nada para ella, pero conoce los lazos que nos unen a Thyra. Sabe que si acaba con nosotros, con mi hija, Thyra…

—No lo permitiremos, ¿me oyes? ¡Aunaremos nuestro poder para acabar con ella!

Abrazó a Berit y, juntos, salieron de la casa. La joven dejó a Eira con una de las muchachas de la aldea y ambos se alejaron hasta una cima casi invisible tras la cortina de árboles que la bordeaban. Allí, ambos se detuvieron por un instante. Necesitaban contemplar, quizá por última vez, la aldea que, si todo salía como esperaban, volvería a acoger a Einar.

—Si Einar sale con vida de las garras de Magnus, tendrá que ir a la guerra. Permanecerá en tierras sajonas demasiado tiempo como para que Thyra pueda esperarlo. Aunque lo lograra, tendría que dar a luz a su pequeño aquí. Fuera de su época.

—Todo a su debido tiempo, muchacha. —Drustan le ofreció la mejor de sus sonrisas, aunque intuyó que no era suficiente para expulsar los demonios que asolaban a la joven hechicera—. Helga no permitirá que Einar muera en esa guerra, a no ser que nuestros

esfuerzos consigan lo contrario, por una mano bien distinta de la del enemigo sajón, ya lo sabes.

—Lo sé, pero yo tampoco soy capaz de asimilarlo…

—Si Thyra ha confiado en mí, tú también puedes hacerlo, ¿verdad? —Esperó hasta obtener el beneplácito de Berit, y a continuación, desplegó su raída capa para envolverlos a los dos en ella—. Vamos.

—Ylva… ¿Ha muerto? ¿Mis visiones no me han engañado?

Parecía tan desvalida, con los ojos brillantes de lágrimas de dolor, que Drustan se maldijo por no ser capaz de mentirle.

—Ella nos ayudará desde el otro lado —afirmó—. Ahora cierra los ojos. Aférrate a mí, y desea con todas tus fuerzas acudir a aquellos que ahora mismo nos necesitan con urgencia.

De pronto, un fuerte remolino de tierra y aire pareció engullirlos. Berit gritó y se agarró al monje con todas las fuerzas que pudo reunir, pero no pudo evitar la increíble sensación de vértigo que la embargó cuando ambos comenzaron a girar, a una velocidad endiablada.

Ellos no pudieron verlo, pero en un par de segundos, el lugar que habían ocupado en la cima quedó tan desierto y en calma como antes de que la hubieran pisado.



35 VE HACIA TU DESTINO

Horas antes…

Magnus no la iba a liberar.

De Helga no había ni rastro, pero en las siguientes horas que pasó en aquella trampa a la que había acudido libremente, Thyra supo que la *völva* la vigilaba. De alguna siniestra manera, seguía sus pasos. Podía notar su presencia en cada poro de su piel. O en cada escalofrío que tuvo que contener cuando, sin que apenas tuviera tiempo para llorar la muerte de Ylva y reponerse, el conde ordenó que la vistieran como a una dama vikinga, para acudir al gran salón.

—Mi esposa quiere hablar contigo —informó, justo antes de empujarla a los pies de la joven.

—Pero yo con ella…

—¿… no? A lo mejor cuando escuches lo que tengo que decirte, cambias de opinión. —Revna tiró de ella con tanta fuerza que no pudo evitar que sus miradas colisionasen, como el trueno y el relámpago en mitad de una tormenta. Los ojos de la esposa del conde contenían tal grado de indiferencia que Thyra quiso alejarse por instinto, pero a su espalda, Magnus se lo impidió—. Vas a ver a Einar.

Dios. Oh, Dios, estaba vivo… O quizá fuera su cadáver lo que pretendían mostrarle, igual que habían hecho con la pobre Ylva.

—Estoy lejos de agradecértelo —le escupió, ocultando su entusiasmo tras un muro de desconfianza—. Cuando compruebe el estado en el que se encuentra, es posible que lo haga.

—¡No tienes precio! —Con una carcajada sin humor, Magnus la arrastró con él—. Me parece que esas bravuconadas hacia mi esposa no son lo más recomendable para ti dada tu situación.

—Bravuconada es ese matrimonio absurdo. —Apretó los dientes, y se armó de valor. Lo único que le quedaba era minar la seguridad de la hija del *jarl* para, al menos, salvar a Einar, si es que seguía con vida—. No entiendo cómo alguien de tu posición, que en su día me despreció por mi condición de esclava, se ha rebajado a un matrimonio con un vulgar asesino.

—Magnus es el padre de mi hijo.

—Y tu antiguo amante es su hijo y está aquí. Al alcance de tu mano. —Vio un destello de duda en los ojos de Revna, y continuó—: ¿Crees que tu esposo va arriesgarse a que lo dejes por él?

—Cállate, mujer.

—Bjorn ya te ha repudiado. Supongo que este matrimonio es tan lícito como lo fue el que mantuviste con él —insistió, desoyendo la advertencia de Magnus—. Siempre puedes imitar al capitán. Cuando Einar sepa que me has ayudado a liberarlo, su agradecimiento será tan grande que te acogerá en…

—¡He dicho que te calles!

El primer golpe la tumbó en el suelo. El segundo la aturdió, pero no emitió un solo quejido.

Su alma estaba mucho más allá del sufrimiento físico. Y su mente, entrenada para soportar todo con tal de que su sacrificio hubiera merecido la pena.

—¡Levántate y ven conmigo! —bramó Magnus. Luego señaló a Revna—. ¡Y tú, olvida lo que acabas de escuchar! De lo contrario, ¡juro por los dioses que acompañarás a la vieja sierva en la rama del árbol sin que me importe la sangre de la criatura que llevas en el vientre!

El miedo que empañó la mirada de la muchacha fue el único indicio de emoción que Thyra apreció antes de que el conde la sacara casi a rastras de allí, para montarla delante de él, en el mismo caballo, y alejarse hacia unas construcciones aisladas de la fortaleza.

Las primeras luces del amanecer comenzaban a reflejarse en el tranquilo paisaje de pastos y vegetación, pero hubiera podido distinguirlo en plena noche, antes incluso de haberlo divisado.

Einar trabajaba la tierra, rodeado de cadenas que le impedían moverse con soltura, y custodiado permanentemente por dos hombres. Su aspecto era tan calamitoso, con la sangre seca en casi todas las partes de su cuerpo, la barba y el pelo sucios y su vestimenta convertida en harapos, que ella sintió ganas de llorar.

Sin embargo, se mantuvo en silencio.

Moriría antes de hacer o decir nada que pudiera suponer el fin de su vikingo.

—Si intentas algo tan absurdo como escapar, él morirá, en el mejor de los casos —le susurró Magnus al oído, conforme se iban acercando—. En el peor… me divertiré con él. Y ya conoces mi inventiva.

Estuvo a punto de vomitarle encima al recordarlo, pero se las arregló para permanecer muda, controlando el torbellino de emociones que la asediaron cuando se detuvieron junto a Einar y este levantó la cabeza.

—Thyra…

Su nombre fue un susurro apenas audible, que tambaleó toda su resistencia. Los ojos celestes brillaron de emoción, comprendiendo sin necesidad de palabras, un instante antes de que su dueño, ciego de ira, se abalanzara contra el conde enarbolando la azada, con un gruñido semejante al de una bestia salvaje herida de muerte.

—¡Déjala! —gritó desesperado, cuando sus vigilantes lo redujeron con dificultad—. ¡No la toques, maldito! ¡No eres digno ni de besar el suelo que ella pisa!

—Ella no opina lo mismo. Por eso está aquí… conmigo. Deseosa de recibir mis besos, ¿verdad, amor?

Antes de que pudiera reaccionar, tuvo la repugnante boca de Magnus sobre la suya. Cuando logró apartarse, el mundo se le cayó a los pies.

La expresión de Einar había pasado de colérica a suspicaz.

«No, por favor. Otra vez no…».

—¿Qué significa esto? —le oyó preguntar.

—Nada, fuera de lo evidente. Es normal que hayas caído en las redes de una mujer hermosa. Me confieso culpable, muchacho, pero también satisfecho. —Y la giró de nuevo hacia él—. Sin ti, querida, no hubiera sido posible.

Thyra palideció.

—No es lo que estás pensando, Einar, te lo juro —murmuró.

—No te sientas culpable. No eres el primero, ni serás el último, que se deja engañar por una cara bonita y un cuerpo casi perfecto...

—¡Es mentira! —gritó Einar con furia, después de pasar sus ojos de Thyra al conde-. Serías capaz de las peores villanías solo para salirte con la tuya.

—Me saldría con la mía rebanándote el cuello y quedándomela, pero, aquí estamos...

No podía consentir que se planteara siquiera la posibilidad de creerle. Thyra negó con la cabeza, sintiendo cómo sus ojos se

llenaban de lágrimas de impotencia.

—No lo creas, Einar —murmuró, esta vez más alto.

Si quería callarla, el maldito tendría que golpearla delante del *berserker.* Algo impensable para sus planes.

Levantó el mentón, desafiante, pero Magnus no mordió el anzuelo y arqueó una ceja.

—Eres demasiado modesta, querida. Después de todo, fue vuestra mensajera la que os trajo aquí a los dos. Ya sabes, esa vieja entrometida. —Suspiró con despreocupación cuando escuchó un nuevo gruñido por parte de Einar—. Sí, ambos la adorabais. Me lo contó justo antes de ser colgada. Pero seguro que ignoráis que ella vino buscando precisamente ese destino. Aunque con ello, te trajera a mí como una niña buena y obediente, muchacha.

—No…

—¡En fin! Solo hemos venido para darte la buena noticia —la interrumpió, con una mirada de advertencia a pesar de que el maldito sonreía—. Tu vida se irá extinguiendo poco a poco gracias al trabajo duro y las privaciones, Ragnarsson. Ni siquiera los poderes de Helga podrán salvarte. Sin embargo, la de tu esposa florecerá a mi lado. Será larga, llena de placer, provechosa y muy rica. Esto ha sido una excepción. A partir de hoy, no volveremos a vernos.

Volvió grupas y regresó a la fortaleza con el caballo trotando alegremente, mientras el corazón de Einar iniciaba una sangrienta batalla contra su razón que, para su sorpresa, ganó con facilidad.

Aunque el cuerpo del conde no le dejaba ver a Thyra, había apreciado su rigidez durante aquel inesperado encuentro. Había intuido su rabia, su tristeza, pero también el motivo que la había llevado a las garras de su peor carcelero.

Él.

Había corrido a salvarlo en cuanto había conocido su paradero. Berit habría contribuido no ocultándole nada, seguro.

—Maldita sea… —siseó por lo bajo.

Había pasado un tiempo indefinido convenciéndose de que cada uno de sus padecimientos, incluida la muerte de Ylva, merecerían la pena si con ello salvaba a Thyra y al niño, pero ahora… Ahora ya nada tenía sentido.

—¡Maldita sea! —gritó, antes de sentir una bota en su mandíbula y terminar en el suelo.

—Emplea tus energías en trabajar —le aconsejó su agresor con una risa áspera—. Esa hembra ya tiene dueño, y no eres tú.

—Y, además, bien dispuesta con mi señor —insinuó el otro.

No.

Ya había dudado de ella por dos veces. No volvería a cometer ese error.

Su aparición había sido tan impactante que lo había dejado debilitado, pero si cerraba los ojos, todavía podía verla con claridad. Podía incluso recordar la sensación de tenerla entre sus brazos, los detalles de su rostro delicado y de sus rizos rojizos. O lo brillantes que eran sus ojos verdes. Tanto como el mar en verano, y lo bastante profundos como para ahogarse en ellos.

La sinceridad que había visto en ellos no podía ser fingida.

Thyra estaba en peligro de nuevo por su culpa.

Se inclinó sobre el mango de la azada fingiendo que volvía a su tarea, pero no perdió de vista a sus vigilantes. Cuando vio por el rabillo del ojo que se relajaban, y uno de ellos se acercaba lo bastante, se lanzó sobre él.

Fue rápido y mortal. La hoja cercenó su cuello, separando la cabeza del cuerpo. Antes de que el otro pudiera reaccionar, Einar descargó un golpe sobre sus rodillas hasta hacerlo caer, para luego clavarle el acero en pleno cráneo.

El ataque había mermado su resistencia, pero arrojó la azada y comenzó a correr en dirección a la fortaleza, todo lo deprisa que esos malditos grilletes le permitían, hasta que los pulmones comenzaron a arderle, las piernas a fallarle y la mente a advertirle que se acercaba peligrosamente a todo un contingente armado, sin otra defensa que sus propias manos, su ingenio y…

—Un incendio. —Solo cuando se detuvo, jadeante, detrás del grueso tronco de un árbol, a salvo de la guardia del conde por el momento, parpadeó confundido—. ¡Por los dioses, se ha desatado un incendio!

No pensó en él. Ni siquiera en la maldita Revna, en Helga o el conde. No. Solo pensó en Thyra, allí dentro. Seguramente prisionera,

incapaz de salir del horno en el que se estaba convirtiendo la fortaleza ante sus ojos.

Con un alarido desesperado salió de su escondite, dispuesto a terminar con todo el que se interpusiera en su camino con tal de llegar hasta ella, pero alguien le puso la zancadilla y cayó de bruces al suelo.

Le hubiera costado mucho más tiempo y esfuerzo levantarse si no hubiera contado con una mano firme que tiró de él y le dio media vuelta.

—Vamos, amigo. Salvémosla juntos.

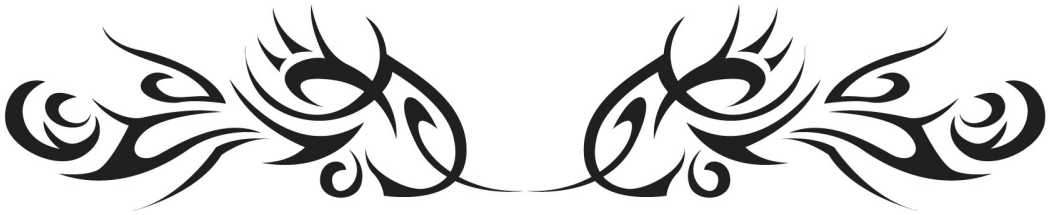
Cuando Einar vio quién le hablaba, el corazón comenzó a martillearle el pecho y el pulso se reprodujo en cada rincón de su maltrecho cuerpo.

—Haakon…

—Los reproches y las amenazas después, por favor. —El pelirrojo empuñó su espada por encima de su cabeza. Con un solo golpe fuerte y seco, las cadenas que unían sus grilletes se abrieron, dejándolo libre. A continuación, le puso otra espada en la mano—. Es la tuya, no te inquietes. De momento, el plan urdido está saliendo a las mil maravillas, así que vamos a seguirlo a rajatabla, ¿de acuerdo? Thyra. Ese es nuestro siguiente objetivo. Después podrás cobrarte tu venganza.

A Einar le llevó una fracción de segundo comprender que el que había sido su mejor amigo, el asesino de su hermano, acababa de concederle la libertad y su propia espada, con todo lo que eso implicaba.

—Primero Thyra —concedió, corriendo tras él, mientras pensaba que el destino les ofrecía otra oportunidad que, al menos él, no pensaba desaprovechar.



Revna observaba apostada tras una roca, a una distancia prudencial del incendio, de su repugnante marido… Y de Einar.

Se apoyó en la piedra y cerró los ojos, respirando hondo, hasta que espantó el humo de sus pulmones y logró llenarlos de aire puro.

Mucho más puro de lo que ella sería nunca.

Dioses. Había estado a punto de perecer, o de seguir a Magnus, lo cual era aún peor, teniendo en cuenta que a esas alturas, las tornas se habían cambiado y eran los hombres de Einar quienes habían recuperado el mando, a su jefe y a Thyra.

—No la compadezcas —se ordenó a sí misma, con el trasero pegado a la hierba y una daga, la única arma que había conseguido entre el caos del incendio, aferrada con tanta fuerza que los dedos le dolieron—. ¡Siempre ha sido tu rival!

Apretó los párpados, recordando su última conversación. Thyra solo había intentado confundirla, llevarla a su terreno para salvar a Einar. Si hubiera cedido, los dos la habrían utilizado para después despreciarla. Lo había sabido desde el principio, y sin embargo, había estado a punto de ceder.

—Me estás ablandando —murmuró con fastidio al ser que crecía en su vientre, y que estaba a punto de quedarse sin padre. Se arrastró hasta poder contemplar mejor lo ocurrido en la fortaleza de Magnus, y sonrió cuando los vio luchando—. Einar y su estúpida nobleza. No te preocupes, hijo mío. Terminaré por conseguir que el hombre de mi vida se ocupe de ti. De los dos.

Pero para eso, tenía que adelantarse al *berserker*. Y vistos los acontecimientos, disponía de un tiempo de ventaja precioso para deshacerse de su antiguo marido, e incluso de la furcia que se había conseguido en su ausencia.

Ya repuesta, avanzó en sentido contrario, hasta encontrar uno de los caballos que habían huido despavoridos del incendio, y lo montó para alejarse en dirección a la aldea de Einar, después de hacerse con algunas provisiones abandonadas por los aldeanos.

—Él regresará. Y cuando lo haga, me encontrará en su camino.

«Ve hacia tu destino, preciosa Revna. Pues ese niño ha de ser tan mío como tuyo».

El eco de la voz de Helga pareció resonar entonces en cada rincón de su mente, provocándole un escalofrío, pero ella se sacudió con furia.

Aquel niño siempre había sido suyo, y seguiría siéndolo, se prometió.

Después de todo, Helga había sellado el trato con Magnus, no con ella.

Ella debía conseguir lo que siempre le había pertenecido por derecho. Y no dudaría en utilizar a esa criatura, un ser ajeno a ella, si con ello volvía a gozar de los favores de Einar Ragnarsson… Para siempre.



36 HE SALDADO MI DEUDA

Haakon y Einar lo tuvieron demasiado fácil a la hora de entrar por la parte trasera de la fortaleza.

—Todo se lo debemos a Bjorn, Rolf y sus cualidades como estrategas —murmuró Haakon, tapándose la boca para evitar que el

humo se incrustara en sus pulmones. Se limpió las lágrimas de los ojos y señaló un boquete que las llamas habían hecho en una de las paredes—. ¡Vamos, por aquí! ¡Aprovechemos que, ahora mismo, los hombres del conde y los de Jenssen están muy ocupados intentando salvarse a sí mismos, para poder salvar a sus respectivos señores!

—¿Ellos…?

—¡Mira! —Escondidos tras la pared derrumbada, los dos pudieron ver que, en efecto, tanto Magnus como el danés habían sido hecho prisioneros, junto con los pocos hombres que habían sobrevivido. El resto, habían muerto calcinados, o por la espada de sus guerreros—. Einar. Primero Thyra. No lo olvides.

La sed de venganza tiraba de él en sentido contrario, pero trató de pensar con claridad.

Su gente se encargaría de preservar la vida del conde hasta que él impartiera su justicia, pero el tiempo de su pequeña kván se acababa. Las llamas habían devorado todo a su paso, alimentadas por los odres de aceite. La estructura comenzaba a derrumbarse. Si no se daban prisa, la encontrarían debajo de alguna viga. Y ya no habría esperanza para ellos.

—¡Thyra! —Einar gritó a pleno pulmón, sin importarle que los guerreros que todavía permanecían dentro lo escucharan. Solo fueron media docena, y los despacharon sin mayores contratiempos. Después, continuaron avanzando entre los escombros, con el corazón cada vez más ensombrecido por el miedo—. ¡Thyra, háblame! ¡Necesito saber dónde estás! ¡Necesito…!

—Aquí…

El susurro apenas se escuchó, pero para él supuso lo más parecido a una entrada triunfal en el Valhalla. No tuvo más que girarse para verla, emergiendo de entre el desastre y la muerte como una diosa. Tenía la cara tiznada de negro y diversos rasguños en el vestido que todavía llevaba puesto, pero para él fue una imagen celestial que se apresuró a tomar entre sus brazos para besarla hasta hartarse.

—Dioses, *kván*, qué bien sabes… —murmuró, arrastrándola consigo hasta el suelo, envuelta en un abrazo contundente que expresaba solo una mínima parte de lo que sentía al verla. Hasta que de pronto, reparó en lo que podría estar padeciendo y la apartó con

cara de pánico—. ¿Estás bien? —preguntó, manoseándola solo para comprobar que seguía de una pieza.

—Sí…

—¿Seguro? —Apretó los dientes hasta que estos rechinaron, y la sujetó por los hombros—. Thyra, ¿él te ha…?

—No, vikingo. Ni me ha forzado, ni he conspirado contra ti para entregarte a él. Antes, moriría mil veces —respondió ella, con los ojos llenos de lágrimas y su mano temblorosa abarcando su mejilla.

—Lo sé, mi pequeña bruja. De lo contrario, no te abrazaría como lo estoy haciendo. No más desconfianza entre nosotros.

—No más desconfianza.

Él asintió. Como si tuviera entre las manos una delicada flor, la ayudó a levantarse y entrelazó sus dedos con los de ella sin dejar de mirarla, con esa mezcla de pánico, devoción e intensa ternura que siempre conseguía robarle hasta el aliento.

—De acuerdo. Porque lo afrontaremos juntos. —Una breve señal con la cabeza indicó a Thyra a quién se refería—. ¿Vamos? ¿Juntos?

—Vamos. Juntos.

Avanzaron de ese modo, hasta que tuvieron delante al conde Magnus, maniatado y resollando después de la paliza recibida, la soltó.

—Quédate aquí —susurró entre dientes.

—Pero…

—Hazme caso, aunque solo sea una vez en tu vida.

Cuando escuchó un suspiro de rendición a su lado, la soltó y caminó hacia él poco a poco, evaluando la situación como una bestia a punto de devorar a su presa.

Se tomaría su tiempo. Se cobraría su venganza. Se haría justicia, clamó para sus adentros, antes de hacer una seña a sus hombres.

—Después os lo agradeceré como es debido. Ahora, preparadlo todo. Lucharé contra el conde.

—Pero él nunca te hubiera dado esa opción.

—Yo no soy como él, Bjorn. Preparadlo todo —insistió—. Tengo hambre y sed, pero pienso servirme con calma.

Hubiera sido una muestra de debilidad reconocer que la única razón por la que le ofrecía esa oportunidad era por aquella maldita

sangre que los unía. Solo Thyra pareció percatarse, puesto que asintió a su mirada y ocupó un segundo plano.

No intervendría. Nadie lo haría, se dijo mientras observaba cómo sus hombres clavaban unas estacas sobre un cuero sucio de buey que habían extendido previamente en el suelo.

Ese sería el lugar de enfrentamiento. Ninguno de los combatientes podía salirse de la piel.

A continuación, le ofrecieron una armadura. Él se la puso y se pintó la cara de negro. Mientras esperaba a que hicieran lo mismo con Magnus, se cubrió la cabeza con un casco, se pasó una cota de malla por encima y desenfundó su espada.

Cuando estuvo listo, tomó del suelo un escudo redondo azul y rojo, con el grabado de un dragón, y dio varios golpes en él, para indicar que el combate se iniciaba.

Un silencio sepulcral los rodeó cuando ambos contendientes comenzaron a dar vueltas el uno frente al otro. Evaluándose, midiéndose. Contemplando la estocada perfecta que acabaría con el otro.

—Si quieres un consejo paternal, nunca debiste desatarme —murmuró Magnus con una sonrisa torcida—. Un guerrero astuto no ataca el cuerpo, no la mente, sino el corazón de su adversario.

—Suponiendo que lo tenga, que no es tu caso. —Si se dejaba llevar por las emociones, habría ganado. Y no podía permitirlo. Ni él… ni Thyra—. No quiero tus consejos. No te los he pedido, pero escucha bien mi última palabra, porque no la oirás más… padre.

Fue un susurro cargado de ira, al que siguió un gruñido salvaje antes de arrojarse contra el conde. Aunque tenía veinte años más que él, Magnus era fuerte y rápido. Arremetía con fuerza, tratando de matarlo, pero Einar le devolvía cada golpe. Gradualmente, Magnus comenzó a cansarse, a sudar y resoplar a causa del calor del fuego, y del enorme esfuerzo de la lucha.

Cometió su primer error. Gracias a él, el *berserker* le provocó un profundo corte en el muslo que a punto estuvo de dar con sus huesos en el suelo. Sin embargo, logró mantenerse en pie lo justo para alejarse un par de pasos.

—Digno hijo mío —lo provocó—. Diestro, rápido y letal. Nunca dejas que los sentimientos interfieran en tu lucha, ¿verdad?

—A las pruebas me remito.

—Mejor. Si hubieras sabido todo lo que hice gozar a Thyra antes de que tus hombres nos hicieran salir con sus sucias artimañas, quizás no te habrías mostrado tan benevolente conmigo…

Su respuesta fue una serie seguida de movimientos con su arma, que encontraron resistencia en la del conde, a pesar de que este siguió renqueando, como consecuencia de la pérdida de sangre.

—Tus mentiras son mi alimento. —Como por arte de magia, su fuerza aumentó al mismo tiempo que la del conde menguaba sin remisión. Él lanzó miradas a ambos lados con alarma, hasta que la sonrisa lobuna de Einar lo desestabilizó aún más—. No la busques. La *völva* te ha dejado solo. ¿Quién sabe? Quizá se esté planteando librarme de esa maldición con la que cargo desde hace ya demasiado tiempo.

—Solo hay una manera de averiguarlo, ¿no crees?

Einar afianzó con más fuerza sus pies en el suelo y siguió avanzando. Elevó su espada por encima de su cabeza y la descargó con ira sobre su oponente, dispuesto a partirlo en dos, pero Magnus consiguió repeler el golpe, aunque solo en parte. Su resistencia se vino abajo cuando terminó tendido de espaldas sobre el cuero. Con su arma a demasiada distancia de la mano y la de su propio hijo apuntándole directamente al cuello.

—Es posible —siseó Einar, con el sabor de la victoria bailándole en la boca—. Pero no vas a ser tú quien me lo demuestre, conde.

Sus miradas se cruzaron.

Cuando vio el semblante de Einar, el desafío de Magnus se transformó en desesperación.

El *berserker* empuñó el arma con ambas manos, dispuesto a acabar con esa alimaña y el sufrimiento que había ocasionado de una vez por todas, pero algo le hizo dudar.

Aquellos ojos… clamaban piedad. Sí, no estaba equivocado.

Magnus el Soberbio le suplicaba por su vida en un silencio que repiqueteó en todos los rincones de su mente con un mismo mensaje. Hasta que comprendió que, con su muerte sobre su

conciencia, no sería feliz. Que, aunque lo odiara con todas sus fuerzas, imponerle el destino que se merecía no lo ayudaría a dormir mejor por las noches.

Lo único que calmaría su sed de venganza se hallaba a su espalda, observando cada uno de sus movimientos con el aliento contenido.

Thyra. Su otra mitad. La luz que le había guiado hasta salir de su propia oscuridad.

No volvería a hundirse en ella por culpa de un ser sin entrañas al que debería llamar padre, pero por el que ya ni siquiera sentía desprecio. Lo contempló desde su posición de superioridad. Recorrió con calma sus ropas sucias, su gesto distorsionado, sus ojos llenos de miedo y la sangre que seguía manando de sus heridas.

—Me das lástima. Pero no la suficiente como para permitir que te vayas. Hay demasiadas vidas en juego. —retiró su espada y se inclinó hacia él. Se permitió incluso sonreír—. A partir de ahora, tu existencia se verá reducida a la mera supervivencia, pero tranquilo, yo te la procuraré. «Vivirás mucho tiempo, y cada día de tu vida, te acordarás de mí». Eso fue lo que me dijiste antes de asesinar a Ylva. Pues bien, eso es lo que te espera. ¡Querrás morir tantas veces que pensarás que puedes hacerlo! Hasta que compruebes que es imposible. Que no serás dueño ni siquiera de tu propio destino. Que siempre permanecerás en deuda conmigo.

Sintió un inmenso alivio al apartarse de él, y ningún miedo cuando le dio la espalda, solo para comprobar que sus hombres le habían escuchado, pero ni siquiera pudo divisar a Thyra entre la pequeña multitud que observaba el desenlace de la pelea, sobrecogida. De pronto, escuchó un grito de advertencia, seguido de un silbido. Se giró, preparado para hacer frente a un nuevo ataque, pero no fue necesario. La mano de Magnus había sido atravesada por una flecha, a tiempo de evitar que la daga que sostenía terminara con él.

La mirada atónita del conde se dirigió hacia el hombre que todavía portaba el arco.

—Haakon…

—Me hubiera encantado apuntar hacia su cuello. Sabes que hubiera acertado. Pero tus deseos no eran esos, al menos antes de haber comprobado que la única manera de evitar la mordedura

mortal de una serpiente, es aplastándola por completo. —Dos hombres apresaron de nuevo al noble, pero el vikingo se dirigió hacia Einar y se arrodilló ante él, cabizbajo—. He saldado mi deuda, Ragnarsson. Arranqué la vida de tu hermano, pero a cambio, me he esforzado en salvar la tuya. Te pido humildemente perdón.

Einar dejó a un lado la espada y elevó su mano por encima de la cabeza de Haakon. Viggo. Su nombre lo obligó a crispar los dedos, dejando salir una mínima parte de la ira que sentía al pensar en su final, y que tal vez siempre permanecería con él. Acercó la mano al cabello pelirrojo, dispuesto a arrancárselo al mismo tiempo que la vida para vengar a su hermano…

Y entonces, dejó salir el aire de sus pulmones con un sonoro suspiro. La garra que había formado se convirtió en una mano ofrecida, y sus piernas comenzaron a temblar con una clase de temor cuyo origen le resultaba desconocido: el alivio por tomar la decisión correcta.

—Te perdono. Puedes levantarte —murmuró, con la voz afectada por la emoción de poder abrazar de nuevo a su amigo, convencido de que había recuperado el lugar que siempre había tenido en su corazón, y que había perdido.

No hubo más palabras, pero sí unos vítores que los dos hombres sintieron lejanos cuando se fundieron en un abrazo de reconciliación. Einar notó el temblor de su amigo contra su pecho, las lágrimas que se les escaparon antes de que se apartaran, en medio de violentos carraspeos, solo para conservar su dignidad masculina, en mitad de un coro de risotadas.

—Se te ha metido algo en el ojo, Ragnarsson —apuntó el pelirrojo, con el ceño fruncido.

—Como a ti, Haakon.

—Bueno, supongo que… se nos pasará.

—Sí, se nos pasará.

Dioses. Acababa de darse cuenta de todo lo que tenía que agradecer a ese grandullón, pero se lo haría saber en otro momento. Ahora, había algo más urgente que tratar. Sus ojos adquirieron la frialdad mortal del hielo cuando se clavaron en Magnus.

—Implacable. Inclemente. Vengativo. Así soy, y así seré contigo —murmuró, conforme se acercaba a él—. He cambiado de opinión con respecto a tu destino. Vigilarte día tras día y noche tras noche, solo para asegurarme de que tu sufrimiento no mengua, no me merece la pena, conde. —Poco a poco, una sonrisa de dientes blancos asomó a su boca. Sin apartar su atención de él, sentenció—: Águilas de sangre, chicos. Todo vuestro.

Se olvidó de él y de todo loque no fuera recuperar a Thyra, pero no la encontró.

Ni entre su gente, ni tampoco entre los siervos, o entre los aldeanos heridos por el incendio y la lucha posterior.

Perdido, acongojado y con el sudor frío de la sospecha corriéndole por la columna vertebral, Einar lanzó su mirada al cielo, incapaz de asumir lo que su mente comenzaba a susurrarle como una posibilidad.

Su esposa había desaparecido.



37 MI VENGANZA ETERNA

Lo último que vio del conde Magnus el Soberbio, fue cómo los hombres de Ragnarsson lo colocaban sobre un potro boca abajo y, acto seguido, separaban la carne de la espalda siguiendo la línea de la columna vertebral.

El conde mantuvo todo el tiempo la consciencia. Incluso cuando, entre terribles alaridos, soportó que le cortaran las costillas y extrajeran los pulmones a través del agujero resultante, hasta que estos aletearon, extendidos sobre la espalda, en una macabra semejanza al movimiento de las alas de un pájaro.

—Águilas de sangre —murmuró, conteniendo las náuseas que le provocaban aquella visión tan espeluznante, hasta recuperarse lo bastante como para pensar con frialdad.

En su época había oído hablar de esa brutal tortura vikinga, pero nunca se había confirmado su existencia.

—Ahora sé que es real —musitó, respirando hondo hasta que su estómago volvió a la normalidad—. Ahora ha llegado mi momento, Cora Thyra.

No importaba que Helga no se lo hubiera advertido así. Lo sabía, y actuaría en consecuencia. Además, la *völva* parecía haberse volatilizado después del incendio y la captura del conde y su aliado danés.

Era libre para seguir adelante sin deudas que saldar. Y vio su oportunidad cuando se decidió a arrastrarse hacia el borde de la loma tras la que se escondía. Ante sus sorprendidos ojos, una joven tiraba de Cora en dirección a la espesura de un bosque próximo. Su objetivo parecía resistirse, gesticulando hacia atrás, pero la vikinga no cedió. Solo se detuvieron unos segundos para hablar entre ellas, antes de proseguir su camino, a donde quiera que las llevara.

—Juro por Dios que no escaparás de mí —se prometió, antes de seguirlas.

Empleó todas las precauciones del mundo para que su presencia no fuera descubierta. Ni por los vikingos, que colgaban el cadáver del conde en lo más alto de la fortaleza como advertencia, ni por el *berserker*, aunque este estuviera demasiado ocupado buscando a su mujer como un desesperado, como para darse cuenta de que era observado.

Echó mano del cuchillo con el que había podido hacerse antes de huir de la fortaleza, con la intención de terminar con él valiéndose del factor sorpresa, pero después lo pensó mejor.

Cora Thyra. Ese era su principal objetivo. No podía perderse en otros detalles que solo conseguirían establecer unas distancias que después podrían ser insalvables.

Debía permanecer alerta, y eso hizo a cada paso. Incluso cuando siguió el sendero por el que antes había pasado Cora y la muchacha vikinga, hasta que los árboles casi infinitos y la vegetación tupida engulleron su silueta. Por un momento, dudó si seguir o esperar prudentemente, aunque pronto comprendió que la prudencia no sería su mejor aliada.

Contaba con un arma y las mujeres ignoraban que alguien las seguía. Iba a buen ritmo, a pesar de tener que estar vigilando los alrededores casi a cada paso que daba, temiendo un ataque inesperado que diera al traste con sus planes. Con un poco de esa suerte que al fin había empezado a sonreírle, las atraparía y acabaría con Cora.

Al fin.

Después, buscaría a Helga para poder regresar a su época.

Para restablecer todo como siempre debió estar, antes de que la aparición de aquella indeseable le cambiara la vida por completo.

Sacudió la cabeza, desterrando esos pensamientos, y se centró en su objetivo. No tardó en obtener resultados. De pronto, la vegetación dio paso a una extensa pradera, sin un lugar donde poder esconderse, en cuyo borde corrían las aguas de un río caudaloso.

Cora y la vikinga se dirigían hacia allí casi a la carrera.

Si no se daba prisa, no las alcanzaría a tiempo.

Inspiró hondo para insuflarse valor. No solo tendría que luchar contra Cora, sino también contra su guardiana. Se encontraba en inferioridad numérica, pero su fuerza era mucho mayor. Avanzó a grandes zancadas, pero no había avanzado ni la mitad del recorrido cuando, de pronto, las dos desaparecieron.

Así, sin más.

En mitad de la explanada, parpadeó muy deprisa y sacudió la cabeza, como si sus ojos le estuvieran jugando una mala pasada, pero no. Lo que acababa de presenciar era bien real.

Cora Thyra y la vikinga se habían volatilizado delante de sus narices, sin que hubiera explicación posible. En su lugar, solo

quedaban restos de una fina neblina y un silencio tan rotundo que le dañó los oídos y la mente.

—No puede ser… —Se acercó y comenzó a dar vueltas a un lado y a otro, escrutando cada rincón con incredulidad—. ¡No puede ser!

Se le había escapado de nuevo.

Soltó un alarido de rabia e impotencia y cayó al suelo.

Se rendía.

Se resignaba.

Pero también se negaba a seguir en una época tan hostil como aquella. Tan inhumana con desgracias como la que se había llevado consigo siguiendo a la culpable.

Las lágrimas acudieron a sus ojos sin que pudiera evitarlo. Su cerebro ya no podía fabricar ni una sola alternativa más cuando había perdido el rastro de Cora, tal vez para siempre. Se dejó llevar y lloró, soltando el maldito cuchillo que ya no servía para nada, de rodillas sobre la hierba, hasta que la voz que más necesitaba escuchar resonó en su cabeza con la fuerza de mil titanes.

«No todo está perdido. Si persistes, volverás a encontrarla. Si esperas, obtendrás tu recompensa. Y contigo, yo obtendré la mía. Regresarás con Thyra, y esa será mi venganza eterna».

Levantó la cabeza, esperando ver a Helga, pero seguía en completa soledad.

Sin embargo, algo había cambiado en el ambiente. El aire frío pareció golpear su cara como si alguien quisiera que reaccionara.

—No sé dónde estás —lanzó al viento—. ¡Tampoco sé dónde están ellas! ¿Cómo quieres que siga un camino que ha sido borrado de nuevo por el destino?

«Creando uno nuevo… con mi ayuda».

—¿Dejándome a mi suerte, como acabas de hacer con tu señor? —Una ira descomunal se abrió paso a través de su limitado raciocinio cuando alzó el puño, como si esperara poder golpear a la *völva*—. ¡Querías a su primogénito, y has renunciado a él con la muerte de Magnus!

«¿Eso crees?».

Su risotada pudo escucharse en cada rincón del bosque, con tanta nitidez que temió que alguien más pudiera oírla. Por fortuna, nadie

había seguido sus pasos.

«Revna está a salvo. Dirigiéndose hacia nuestro punto de encuentro. El principio del fin de todo. Allí donde yo misma te llevaré, para que puedas hacer realidad tu venganza… Y mi mayor sueño. Mi alma será inmortal a través de ti. Viviré por siempre en ti y en tus descendientes. Porque los tendrás, no lo dudes. Nuestra esencia terminará por dominar el mundo. Thyra y su criatura…».

—Los dos son míos, ¿me oyes? —se atrevió a interrumpir a la hechicera—. ¡No permitiré que pongas tus sucias zarpas sobre ellos antes que yo!

«¿Ah, no? ¿Y cómo vas a impedirlo?».

Pese a sonar segura, pudo percibir ese pequeño deje de incertidumbre que despertó su sonrisa más despiadada. Con un movimiento rápido, se colocó el filo del cuchillo en su propia garganta.

—Así —dijo—. Cora se ha desvanecido delante de mis ojos cuando estaba a punto de hacer justicia. No la veo a ella más de lo que ahora mismo te veo a ti, una vieja cargada de promesas que ha incumplido con su señor, dejándole a merced de esas alimañas sedientas de sangre. Ahora mismo, nada me asegura que tus palabras sean ciertas, Helga. Nada me hace confiar en ti más de lo que he podido confiar en cualquier salvaje de los que pueblan estas tierras. Si muero, todos tus sueños de grandeza morirán conmigo.

Esperó, con la respiración agitada, algún signo que delatara que aquella voz que resonaba en su cabeza no era producto de su imaginación. Aguardó tanto que ya comenzaba a pensar que realmente había enloquecido, cuando escuchó un siseo ininteligible.

«De acuerdo, tú ganas. Espera mi llamada».

—¿Cuándo?

«Los ejércitos se preparan para partir en auxilio del rey. Será entonces cuando yo acuda a buscarte. Te encontrarás con Thyra. El resto… estará solo de tu mano, tal y como lo está ahora».

—¿Y mientras tanto? ¿A dónde me dirijo? Mi protector, que era también el tuyo, ha muerto. Su aliado probablemente marchará de vuelta a su tierra, si su hija decide ser clemente y perdonarle la vida por su traición. Dime, bruja, ¿qué he de hacer?

«La aldea del *berserker*. Ocúltate allí. Recuerda que una hembra enamorada siempre regresa al lugar donde se halla su macho. Por muy lejos que este se encuentre».

—Si pasa el tiempo y no recibo ninguna señal tuya…

Hizo un movimiento con el cuchillo lo bastante gráfico como para que Helga lo viera desde donde estuviera, y lo entendiera.

«La recibirás. Y cuando lo hagas, me deberás lealtad eterna».

Cuando recibió la respuesta, una nueva sonrisa se dibujó en sus labios.

Seguiría las directrices de la *völva* al pie de la letra.

Esperaría. Pero si le fallaba…

No se atrevería a cortarse su propio cuello, concluyó.

Aunque Helga no tenía por qué saberlo.

Njardarheimr, días después

Haakon lloraba.

No había consuelo posible aquella noche para él. Ni siquiera la presencia reconfortante de Berit o el pequeño bulto de la pequeña que sostenía entre sus brazos conseguía paliar el dolor por la pérdida que habría de afrontar.

—¿Estás segura? —preguntó a su esposa, con los ojos anegados en unas lágrimas que no trató de contener.

—Las runas no mienten. Haakon. Es la única forma de preservar su amor a través de los siglos. —La muchacha lo abrazó. Temblaba tanto como él, aunque sus razones fueran bien distintas. No pensaba revelarle la forma en la que Einar debería ser salvado—. Has conseguido recuperar el cariño incondicional de un amigo, además de su perdón. Las heridas provocadas por la culpa que todavía acarreas contigo, sanarán.

—Pero no las que me obligan a callar. A fingir que no conozco lo que va a suceder. A dejar que suceda. —Con un gruñido de rabia, Haakon se desembarazó de sus armas y comenzó a desnudarse—. ¿Es que no has visto lo que ha sufrido mientras enterrábamos a Ylva?

¿Es que no sientes compasión de él cuando lo ves, ausente de todo lo que no sea encontrar una explicación a la marcha de Thyra?

—Conozco sus padecimientos. La ira que lo reconcome por dentro cuando no comprende lo que le ocurre. Incluso los negros pensamientos que lo llevan a Helga y su maldición. Pero debes separarte de él. Para siempre. En la batalla en tierras sajonas. Debes despedirte sin que él se dé cuenta de que lo estás haciendo, mi amor. —Solo cuando Berit lo sostuvo por sus fornidos hombros, y vio la pena reflejada en ella, se dio por vencido—. Drustan se encargará, pero no puede hacerlo solo.

—¿El monje cristiano?

—No me pidas más explicaciones, pues no puedo dártelas. —Una oleada de paz lo invadió cuando ella posó su mano en su mejilla—. Si Einar llegara a sospechar algo, sería su fin, pero también el de Thyra y el nuestro. Helga ganaría. Y no es eso lo que quieres, ¿verdad?

—Me encantaría ensartar a esa bruja con mi espada, aunque su muerte significara que Einar siguiera encadenado a esa maldición.

—Se encontrará con su propio destino. Te lo prometo. Pero antes, ellos deberán sellar el suyo.

Haakon apretó los dientes, negándose a aceptar la evidencia.

No quería renunciar al hombre que había sido su hermano, después de haberlo encontrado de nuevo, junto con su perdón. ¡Por todos los dioses del Valhalla, moriría él mismo antes de contemplar de brazos cruzados cómo lo hacía Ragnarsson!

Pero un nuevo vistazo a los ojos de su esposa le dijo que su silencio, su pasividad, eran necesarios para que aún hubiera esperanza.

—Tú ganas —cedió, con la inquietante sensación de que, de un modo u otro, jamás volvería a ver a Einar con vida después de la batalla hacia la que deberían dirigirse.



38 HABÍA LLEGADO EL MOMENTO

Njardarheimr

—Deberías dejar de pensar en ella. De lo contrario, conseguirás que te maten apenas pisemos tierras sajonas, amigo. —Einar se giró hacia Haakon, tan confundido que la sonrisa indulgente de este se ensanchó cuando le palmeó el hombro—. Siempre has sabido que Thyra no era como las demás.

«No sabes hasta qué punto».

—También sabía que me amaba. O eso creía. Hasta que se escabulló como una ladrona, aprovechando lo sucedido con el conde —murmuró. Maldición. Le estaba resultando demasiado difícil controlar las lágrimas de rabia e impotencia, pero lo haría, aunque fuera a costa de romperse todos los dientes de tanto apretarlos—. Yo la quería, Haakon.

—Lo sé. De hecho, tengo que agradecerle mi vida. Si no hubiera sido por su influencia sobre ti, probablemente me habrías matado.

Viggo. Su nombre siguió flotando entre ellos como si fuera su fantasma, hasta que ambos se miraron, todavía con ciertas reservas.

—Nunca terminarás de desprenderte de tu culpa, ¿no es cierto? —murmuró Einar.

—Supongo que todos cargamos con una parte de ella. Solo necesitamos tiempo y capacidad para perdonarnos a nosotros mismos. Quizá de esa manera, llegue un día en el que podamos recordar a Viggo, a Ylva e incluso a Ingrid, con una sonrisa en los labios, *berserker*.

Pero mientras tanto, el recuerdo de la incomprensible desaparición de Thyra, junto a todas las interrogantes que llevaban demasiados días martirizándolo, acudieron de nuevo a su mente. A pesar de que se esforzaba por prestar atención al equipamiento de los *drakkar* que recalaban en el lago, dispuestos a partir hacia tierras del *jarl* Olson, no podía desprenderse del aroma de aquella piel blanca, húmeda de pasión cuando hacían el amor. Ni tampoco de la textura sedosa de aquellos rizos que siempre lo habían atraído hasta el punto de la obsesión, mientras enredaba sus dedos en ellos y los ojos verdes lo miraban, brillantes de promesas que cumpliría.

—Le has entregado tu corazón, y ella se lo ha llevado. No te preocupes, hombre. Si regresamos de la guerra sanos y salvos,

estarás demasiado ocupado comprobando que la aldea sigue tan segura como cuando la dejemos, como para recrearte en tu pena.

—Bjorn y Karan serán los encargados de preservarla como tal. A pesar de que el Lars Jenssen ha regresado a su tierra en calidad de prisionero, después de que el *jarl* le haya confiscado sus tierras para entregárselas al rey, no termino de fiarme… —En realidad, ni siquiera se fiaba de sí mismo últimamente. Las emociones que Thyra le había dejado resultaban casi imposibles de dominar—. El entierro de Ylva aún está fresco en mi cabeza.

—Y en la de todos, incluida Berit. Mi pobre esposa ha perdido el equivalente a su mano derecha, aunque terminará por reponerse.

—Como haremos todos, supongo.

Centró su mirada en los *drakkar*, por enésima vez aquella mañana soleada en la que deberían marcharse. Una burda despedida que no quería aceptar, porque implicaría renunciar a Thyra. A la posibilidad de que ella regresara de donde quiera que estuviera, para no encontrarlo.

Tal vez nunca volvieran a encontrarse.

Einar se las arregló para deshacer el firme nudo que le asfixiaba y respiró hondo. Aquellos barcos eran tan bellos como mortales. Sus formas alargadas y limpias estaban diseñadas especialmente para alcanzar gran velocidad y dar caza a sus presas con el poder despiadado de un halcón. Tenían muy poco calado; eso los convertía en el tipo de embarcación ideal para explorar también las vías fluviales.

Los dragones de las proas asomaban como bestias míticas entre la niebla, despejando parte del secreto que siempre viajaba con ellos, entre las aguas. Las filas de escudos en sus costados, los calificaban como barcos de guerra. Además, cargaban con una tripulación numerosa, al menos cincuenta hombres, que iban y venían, atareados con los preparativos que pronto finalizarían.

—Dile todo lo que piensas.

Einar prefirió no girarse hacia Drustan cuando escuchó su voz. La desaparición de Thyra y la muerte de Ylva lo habían tenido tan absorbido que se había olvidado por completo de él y…

¡Dioses!

¡Si creía esas medias verdades que siempre lo acompañaban, aquel cristiano provenía del mismo lugar que su pequeña harpía!

—Si lo que querías era captar mi atención, ya la tienes, monje —murmuró, reparando con interés en el pequeño cofre que llevaba consigo—. ¿De qué hablas?

—De tus sentimientos por ella. Explícaselos.

—Me parece que hasta alguien tan limitado como tú puede observar que mi esposa no está aquí.

—Está, aunque no como tú desearías. Y si sigues mis instrucciones, conocerá la naturaleza de todos tus deseos. —«Yo me encargaré de que así sea». Eso pareció decirle con una sola mirada, aunque Einar no se dejó llevar por la esperanza—. No podrás acceder a ella hasta que no me acompañes.

—Maldito seas… —Con un gruñido, lo levantó varios palmos del suelo sujetándolo por la pechera de su hábito y acercó su cara a la de él—. ¡Si sabes dónde está y no me lo dices ahora mismo, juro que acabaré contigo sin que me tiemble el pulso!

—Einar, para. ¡Detente! —El grito de Haakon provocó que dejara a Drustan en el suelo. Su amigo lo observaba con una mezcla extraña de pena y algo más que no supo definir, cuando sacudió la cabeza—. Este hombre nunca ha sido tu enemigo. Escúchalo. Nosotros no nos iremos sin ti. Nunca.

Hubo algo en la manera en la que su amigo le habló que apaciguó la ira interior que bullía como un volcán desde la muerte de Magnus.

De algún modo, supo que los consejos del pelirrojo eran el mejor camino a seguir.

Sin que mediara palabra, siguió a Drustan, pensando en aquel extraño hombre y la conexión que lo había unido a Thyra desde el principio. Su última esperanza. Una en la que no había reparado después de su regreso de tierras del norte. Ahora que era capaz de pensar con un mínimo de perspectiva para analizar lo que seguía resultándole incomprensible, aprovecharía sus ventajas. Aunque estas llevaran un hábito cristiano y hubieran esperado demasiado tiempo a desvelar su poder.

—Ya estamos solos —murmuró con fastidio, cuando ambos penetraron en su nueva casa, esa que no podría disfrutar con Thyra,

antes de empuñar su espada—. Dame una buena razón que explique tu tardanza al contarme lo que me has contado. Quizá así conserves la vida.

—El fin de tu destino se acerca. —Sin inmutarse lo más mínimo, lo arrastró consigo hasta la mesa más cercana, donde reposaba un pliego de papel en blanco, y dejó sobre ella el cofre que portaba—. Adelante. Hazlo.

—Creo que no te comprendo.

—Vuestras almas están entrelazadas irremediablemente. No solo en este tiempo, sino mucho más allá. En esa eternidad de la que provengo.

—Y pretendes que te crea ciegamente.

—Ella lo hizo. Pero si tengo que empezar una confesión para convencerte…

De esa manera, Einar escuchó la historia más rocambolesca de su vida en absoluto silencio, debatiéndose entre el estupor y la incredulidad.

—Me has hablado de otras vidas dentro de una. No puedo creer que Thyra diera pábulo a semejante sarta de… —En ese punto, recordó las palabras de Berit—. «Una vida por otra vida». Alguien debe morir para que otro no lo haga.

—Al fin empiezas a comprender.

—¡Quise entregar mi vida por las de ella y la criatura que espera! ¡Pero los dioses no me concedieron esa petición! ¡Dime lo que debo hacer, para detener esta sucesión de muertes, y lo haré! ¡Si Berit puede ayudarme con algo más que palabras, retrasaré nuestra partida a la guerra hasta que…!

—Berit ha cumplido su cometido contigo. No esperes más de ella. Aún le quedan cuentas que saldar. —Drustan se acercó a él y posó la mano sobre su hombro—. Vuelca todo lo que sientes en ese pergamino, *berserker*, pues tu otra mitad lo necesitará para comprender. Para actuar. Para perdonar.

—Ella no podrá leerlo.

—Lo hará. Tienes mi palabra.

El contacto de la mano del monje en su hombro se hizo más firme, hasta que todas las emociones que había mantenido a buen recaudo

escaparon a su control. Como si una fuerza mucho más poderosa que él tomara el mando, no tuvo más opción que comenzar a escribir los signos vikingos que, conforme avanzaba, se transformaban en otro tipo de letras. Incluso en un idioma que no comprendía, pero que sabía que Thyra sí comprendería…

«Para mi tesoro más preciado:
El principio y el fin de mi existencia. Mi único y verdadero amor.
No te arrepientas de lo que has de hacer, porque no podrás evitarlo.
Cuando el destino nos separe, recuerda todo lo que hemos vivido juntos. Ten presente que todas las desgracias que nos han asolado, han merecido la pena solo por pasarlas a tu lado. Que nadie podrá exterminar nunca algo tan perenne, y tan intangible, como el amor que brotó a través del odio.
Mi pasado me ha marcado y me marcará siempre, junto con mi presente y ese futuro que un día nos atrevimos a soñar juntos.
Ten fe, porque aunque abandonemos nuestros cuerpos, nuestras almas están destinadas a encontrarse una y otra vez, hasta que el mundo acabe, o al fin podamos hallar algo de paz.
Yo te esperaré siempre.
Solo te pido que hagas lo mismo, porque no dejaré de buscarte».

Le dio la impresión de que tenía el pecho en carne viva cuando levantó la vista para cruzarla con la del fraile. Su mano descansó, al fin libre de aquel extraño influjo, pero entonces, los dedos que permanecían en su hombro se le clavaron con tanta fuerza que se quedó sin aire.

La figura de Drustan comenzó a desdibujarse hasta desaparecer, tragada por las líneas definidas de una estancia que fue sustituida por el lago del fiordo. Un sudor frío empapó sus ropas cuando comprendió que estaba contemplando el mismo lugar donde, años atrás, había encontrado el cuerpo sin vida de Ingrid. Intentó moverse del banquete en el que estaba sentado, pero no pudo.

—Observa primero, vikingo. Después, serás libre…

Todos sus músculos se pusieron en tensión cuando distinguió una figura demasiado conocida por él acercándose a la orilla. Casi pudo paladear la textura de aquellos rizos rojizos que flotaban sobre la

túnica blanca que la cubría. Recordó a la perfección las curvas que lo habían hechizado. El aroma único que siempre la acompañaba, a pesar de que ella permanecía de espaldas, avanzando hasta que el agua le llegó por la cintura.

«—No lo hagas —suplicó con el pensamiento—. ¡Por los dioses, Thyra!».

Se revolvió como un titán contra la fuerza que lo mantenía sentado, pero entonces, descubrió que nada le impedía llegar hasta ella. Que se encontraba de pie, blandiendo la espada que Haakon había colocado en sus manos, y que Drustan permanecía a una distancia prudencial de él, sosteniendo de nuevo el cofre que antes había dejado sobre la mesa con ambas manos, delante de él, mientras murmuraba una plegaria en la lengua de los antiguos que él no comprendió.

No necesitaba comprenderlo para saber lo que se proponía. Su sonido monocorde penetró en su mente para hacerlo despertar, conforme subía el volumen de su voz.

A medida que el cofre tomaba distancia con el suelo, comenzó a resplandecer con un aura dorada cada vez más poderosa, que se reflejó en la silueta de Thyra.

—¡Detente! —gritó, pero el fraile no pareció oírle.

Corrió hacia él sin perder de vista a su esposa, a pesar de que parecía no alcanzarlo nunca. Pronto las piernas comenzaron a pesarle. Su pecho ya no podía albergar más aire y la espada le pesaba demasiado, pero impediría lo que estaba a punto de ocurrir.

Eso que todos sus instintos le gritaban al mismo tiempo.

Iba a presenciar el regreso de Thyra a su época.

Se detuvo, impotente, cuando comprobó que la distancia con Drustan no había menguado. Un nuevo impulso estuvo a punto de llevarlo hasta ella, pero comprendió que tampoco la alcanzaría.

Entonces reparó en el cofre.

Su nexo de unión.

—¡No!

Con un rugido ensordecedor, levantó la espada por encima de su cabeza y descargó toda su fuerza contra el objeto.

No logró romperlo, pero salió volando por los aires hasta caer en las profundidades del lago.

Einar dejó caer la espada, jadeante, con los ojos cerrados.

No se atrevía a abrirlos. No se atrevía a comprobar si su intento desesperado había dado resultado. Prefirió esperar una señal que le indicara que tanto Drustan como Thyra seguían allí, en la aldea. En su casa. Como si nada hubiera pasado.

Que había recuperado a su *kván* para siempre.

Que había esperanza para ellos, por encima de acertijos sin sentido, por encima de maldiciones. Incluso por encima del tiempo.

Pero cuando el silencio pesó demasiado sobre él y se decidió a abrir los párpados, se encontró en uno de los *drakkar*, con Haakon frente a él y el mismo bullicio que reinaba a su alrededor antes de que el monje apareciera.

«Einar, no te olvides de ella».

—¿Viggo? ¿Eres tú?

Giró sobre sí mismo sin que le importara que los demás lo miraran como si estuviera contemplando un fantasma. Porque lo estaba contemplando.

No en el sentido literal de la palabra. Eran un conjunto de sensaciones que se arremolinaron en torno a él para alterarle los sentidos. Pudo ver los hilos de una inesperada neblina que lo envolvía como si fuera el abrazo de su hermano, estremeciéndolo hasta los huesos. Sus ojos de nublaron por las lágrimas cuando creyó notar su olor característico y único, unido al remoto sonido de una risa despreocupada, como las que él solía brindarle.

«Sí, hermano, soy yo —escuchó—. No puedo descansar eternamente si te veo sufrir como estás sufriendo. Ahora que has perdonado a Haakon por algo de lo que nunca fue culpable, tienes que perdonarla a ella para caminar hacia tu destino con la conciencia limpia y el corazón pleno. Porque ten claro que, esté donde esté, te seguirá amando. Yo me despido de ti para siempre. Nos volveremos a encontrar dentro de mucho, mucho tiempo, hermano».

—Lo siento. Lo siento tanto, Viggo…

Dejó que las lágrimas le bañaran la cara cuando alargó una mano intentando atrapar aquel espíritu que, con un suspiro de alivio,

desapareció. Einar cayó de rodillas, derrotado. Cuando Haakon corrió en su auxilio, se puso en pie a duras penas, pero sus ojos seguían fijos en el lugar de donde habían manado tantas emociones juntas, y que ahora se hallaba vacío de ellas.

Como él.

No estaba preparado para decir adiós a Viggo, ni tampoco a Thyra. Tal vez nunca lo estaría. Pero a pesar de todo, algo aleteó en su pecho para hacerlo sonreír, mientras miraba más allá del horizonte.

—¡Einar! ¡Háblame, amigo!

—Estoy bien, no te preocupes, Haakon. Solo ha sido… una alucinación sin sentido. Ya estamos listos. Vámonos —ordenó, sintiendo el dolor desgarrador de saberse incompleto, para siempre, con su partida.



39 MI LIBERACIÓN

—Ya ha partido a la guerra. Vuestro destino está sellado.

—No es posible… —Thyra paseó por la cabaña tan aturdida que, durante un momento, ni siquiera se fijó en el objeto que Drustan extendía ante ella—. La daga…

—No te separes de ella, muchacha. Por mucho que creas que es tu fin, no la sueltes, pues ella significará vuestro principio.

—¡Estoy cansada de tantas palabras enigmáticas! ¡Harta de verme obligada a marcharme de la fortaleza de Magnus, cuando lo único que deseo es estar con mi esposo! —Intentó dar un manotazo al arma para alejarla de ella, pero el religioso fue más rápido y la puso fuera de su alcance—. ¡No voy a matarlo! ¡Antes, me mataría yo misma!

—Y eso harás si te niegas. —Él la sujetó por los hombros con firmeza. Ante sus asombrados ojos, su cuerpo comenzó a parecer traslúcido, como si comenzara a desvanecerse—. ¿Lo ves? ¿Lo entiendes ahora?

—¿Qué… te está ocurriendo?

—Lo mismo que nos ocurrirá a todos si no cumples la misión que te ha traído aquí. También a ti, o a tu madre, porque Helga habrá ganado. Y con ella, toda la estirpe que ahora mismo se está gestando…

—Explícamelo.

—Berit, Eira, Haakon… Son tus antepasados, pequeña. Si Helga sobrevive, terminará con ellos y también con tu madre. Tú dejarás de existir.

—Helga es la madre de Berit. Lo cual significa que yo… —Fue incapaz de pronunciarlo en voz alta. Le parecía tan abominable que solo pudo lanzar a Drustan una mirada de desesperación—. No puedo llevar su sangre en mis venas. ¡No puedo ser yo quien acabe con Einar para terminar también con su maldición, porque no lo lograré si en realidad desciendo de esa bruja!

—Si él vive, serán nuestras almas las que mueran… Te separarás de él… para siempre. Si accedes, al menos habrá una oportunidad para vosotros. Para todos nosotros. Para Berit, Haakon, la pequeña Eira. Para Bjorn y Karan. Incluso para Olson.

Se levantó de un salto para tomar distancia con él.

El tiempo se había acabado.

Debía tomar una decisión. De ella dependía su propio futuro… O no.

—¡Pero la batalla a la que Einar se dirige será el principio del fin de la cultura vikinga! —exclamó, agarrándose a sus conocimientos como si estos fueran un clavo ardiendo—. ¡Significará la muerte de Harald Hardrade!

—No es esa vuestra guerra, muchacha. Nunca lo fue. Si lo amas de verdad, sacrificarás ese amor por su vida.

Thyra se volvió hacia él con los ojos repletos de lágrimas., pero sin un argumento que rebatiera el amor que sentía por Einar.

Un amor que había estado desde un principio tan maldito como él.

Pero aún podía hacer algo para que eso cambiase.

«Una vida por otra vida…».

—Llévame allá donde deba ir —pidió, sujetándose a una mano de Drustan, mientras la otra aferraba la daga, tal y como él le había dicho.

Cerró los ojos cuando un viento huracanado pareció vapulearla y la sensación de vértigo amenazó con despegarla de él. Contuvo el aliento, hasta que escuchó sus palabras y sintió una extraña paz que la embargaba.

—Ya puedes abrir los ojos, Thyra. —Se hallaba en la orilla del lago cercano a la aldea de Einar. La daga seguía en su mano, al igual que sus dedos entrelazados con los de Drustan, antes de que él la soltara —. Al fin aceptas el secreto que el agua ha guardado durante tanto tiempo para ti. Ella te cubrirá, pero también te protegerá. Te llevará a donde debes ir. Adelante.

«No tengas miedo. Tu muerte aún está lejos».

Era la misma voz que la llamó el día que viajó en el tiempo. Era tal la paz que parecía haberse apoderado de ella, que no dudó a la hora de avanzar lago adentro. De pronto el denso y húmedo aire que la rodeaba se llenó de luces intermitentes y zumbó tan fuerte que le dolieron los oídos. El cielo empezó a expulsar más luces, con tal fulgor que tuvo que taparse los ojos con la mano.

Un rayo restalló sobre el lago. Un hormigueo, casi doloroso, le recorrió el cuerpo cuando el nivel del agua ya le llegaba por el cuello.

Algo la obligó a girarlo.

Entonces lo vio.

Einar se encontraba cerca de Drustan, armado con su enorme espada. Le gritaba algo, pero no pudo entenderlo.

—¡No! —fue lo único que le oyó exclamar.

Y, en ese momento, Einar blandió la espada en un arco y golpeó el cofre que había aparecido de la nada, entre las manos del monje.

Aunque viviera cien años, Thyra jamás podría explicar lo que ocurrió después.

El cofre quedó flotando en el aire, culebreando y agitándose, como si unas cuerdas lo sostuvieran. Por el aire llovían chispas, como si provinieran de un fuego voraz, que se esparcían lanzando destellos blancos.

De repente, de entre las nubes, apareció un torrente de luz azul que capturó el cofre. Fascinada, Thyra vio cómo temblaba apenas una fracción de segundo y luego, sobrevolaba el lago a toda velocidad y aterrizaba sobre ella.

Apenas notó su impacto, antes de que el agua la engullera.

Cuando el lago se cerró sobre su cabeza y se hundió, el pequeño cofre la envolvió en un nuevo destello de luz, tan intenso que siguió percibiendo su brillo a través de sus párpados cerrados.

«¡Ahora muévete!».

Lo hizo con todas sus fuerzas. Incluso cuando notó que el agua se arremolinaba a su alrededor y tiraba de ella hasta el fondo. Luchó con uñas y dientes, aferrada a las palabras de Drustan.

Una oportunidad para ella. Para Einar.

Un futuro que pasaba por cambiar una parte imprescindible del pasado.

Lo haría, pensó cuando comenzó a bracear con furia. No le costó ningún esfuerzo volver a subir a la superficie, hasta que su cabeza quedó fuera del agua.

Sintió cómo una fuerza superior a ella la ascendía por encima de la superficie. Pudo respirar, incluso sujetar la daga que en ningún momento la había abandonado. Esperó notar bajo sus pies la textura inconfundible de la tierra firme, pero cuando comprobó que no era así, abrió los ojos.

Y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no volver a hundirse.

Pero se hundió. Y cuando emergió y apreció el escenario que la recibió, tuvo que contenerse para no gritar su desesperación.

Apenas comenzaba a amanecer, pero los destellos de la guerra alumbraban un escenario apocalíptico. A su alrededor, todo era muerte y destrucción. El puente de Stamford Bridge aparecía un poco más allá, pero ella solo tenía ojos para la silueta del salvaje *berserker* que la contemplaba, envuelto en su capa de oso, con el hacha en la mano y la sangre cubriéndolo casi por completo.

Sus ojos celestes aparecían turbios de ira, con una mirada dirigida a ella carente de toda emoción.

Era Einar Ragnarsson, el guerrero vikingo.

Aunque ella sabía que en el fondo de aquellos dos lagos helados, su Einar, su esposo, permanecía agazapado, esperando su siguiente movimiento para salir a la superficie.

—La hija del trueno —le oyó murmurar—. Has vuelto…

—Nunca me marché. Solo permanecí oculta para todos. También para ti.

—¿Por qué? Me enamoré de ti.

Quería tocarlo solo para que comprendiera que ella también lo amaba. Pero cuando alargó la mano libre, descubrió que no podía alcanzarlo. A su lado, distinguió las siluetas fantasmagóricas de tres ancianas, que contemplaban la escena junto a un árbol sin hojas.

Las Nornas. Sostenían el hilo de la vida de Einar.

Una vida que ella estaba a punto de cortar para siempre.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas cuando le mostró la daga con manos temblorosas.

«Rebélate. ¡Lucha por tu vida, contra mí si hace falta!». Lo gritó en su mente, pero él permaneció allí. Con una mirada brillante de angustia. Aceptando lo que había ido a ofrecerle, como si conociera su naturaleza. Como si lo recibiera con alegría. Con agradecimiento.

—No sufras, pequeña. Siempre fuiste, y seguirás siendo, mi liberación —murmuró, otorgándole su permiso con un asentimiento que también la liberó.

Thyra inspiró hondo. Apeló a ese amor que la llevaría a destruirlo.

A continuación, sus ojos ahogados en lágrimas se clavaron en el pecho que Einar le mostraba, justo antes de que lo atravesara con su

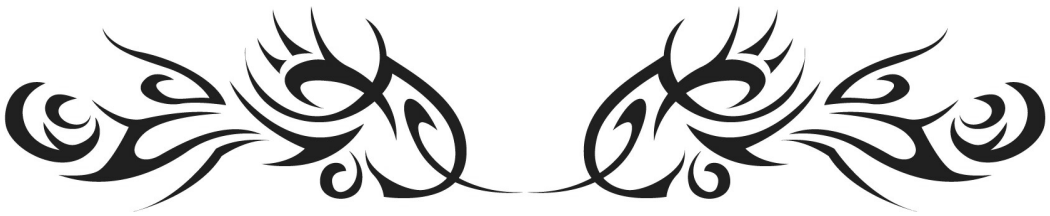
daga, y un alarido de dolor que reverberó en cada rincón de Stamford Bridge, por encima de todos los sonidos de la guerra.

Porque con aquel acto, se había condenado a una muerte en vida.

De pronto, un zumbido casi insoportable hizo que se tapara los oídos con las manos. Una fuerza invisible la empujó al centro del río, impidiéndole salir. Gritó para pedir ayuda, pero su voz solo sonó a su alrededor. Braceó con furia. Empleó todas sus fuerzas en impedir que el destino se repitiera.

¡No quería marcharse! ¡Lo único que deseaba era dar marcha atrás en el tiempo para recuperar a Einar! Daría su vida por la que llevaba en su vientre... ¡Por él!

Intentó concentrarse en la luz que se reflejaba más allá de la superficie, pero cuando alzó una mano, como si quisiera alcanzarla, la consciencia la abandonó.



«Ha llegado el día. Prepárate para el viaje».

La voz de Helga resonó en su mente cuando despertó, en mitad del bosque, con su cuerpo envuelto en una gruesa manta que había logrado robar en mitad de la noche a un aldeano descuidado.

Estaban en pleno verano, pero no conseguía apartar de sí ese frío infinito que siempre llevaba consigo. Era como si la muerte le pisara los talones, como si todo lo que le ocurría fuera encaminado a encontrarla…

«Todavía no. Si todo sale según lo planeado, vivirás muchos años. Cora Thyra está embarazada. Tienes otra oportunidad».

Se puso en pie de un salto, sintiendo cómo su sangre cobraba vida en sus venas.

¡Al fin podría dar caza a Cora! ¡Al fin tendría en su mano una nueva oportunidad de pagarle con la misma moneda!

—Dime qué he de hacer, Helga —lanzó al siniestro silencio del bosque.

«Solo cierra los ojos y déjate llevar. Cuando vuelvas a abrirlos, deberás actuar con rapidez. La inglesa desaparecerá pronto, y tú con ella. Regresaréis a vuestra época. Allí, nada te impedirá hacer justicia».

Se apresuró a cumplir la orden y sujetó con ambas manos el cuchillo del que no se había desprendido. De pronto ya no sintió hambre, ni sed, ni ese frío que parecía no tener fin. Solo una sensación de atemporalidad, de vértigo, que comenzó cuando notó que sus pies perdían estabilidad, y terminó en el momento en que la recuperaron.

Los ruidos y olores de la guerra golpearon su nariz y sus oídos hasta casi hacerlos sangrar, pero no se asustó cuando abrió los ojos y contempló con estupor la imagen del horror.

Sin embargo, nadie parecía reparar en su presencia. Y necesitaba ese anonimato para recuperarse de su sorpresa y buscarla con la mirada.

No tardó en encontrarla.

Sus lágrimas de agonía eran visibles incluso desde esa distancia, pensó con regocijo, al reparar en el cuerpo inerte del *berserker* a sus pies. En su figura, siempre esbelta, casi majestuosa, doblada en dos, mientras sus manos, temblorosas y empapadas en sangre, sostenían una daga.

—Ha acabado con él… —masculló con incredulidad.

«Einar Ragnarsson solo morirá cuando yo lo haga. ¡Ahora corre hacia el remolino de agua sin que ella te vea! ¡Húndete en sus profundidades, tal y como hiciste para viajar hasta aquí! ¡El agua te devolverá a tus orígenes! ¡Contigo allí, podré morir tranquila, pues mi estirpe vivirá en ti!».

El grito logró que se moviera con rapidez y seguridad, hasta colocarse a la espalda de Cora.

No miró a su alrededor, ni reparó en los hombres de ambos bandos que caían como moscas, defendiendo los ideales de unos reyes que jamás morirían por ellos.

No. Ahora, solo contaban los suyos, y los lograría.

Hasta el final, pensó, antes de contener la respiración y lanzarse al agua, al mismo tiempo que el remolino engullía a su enemiga.



40 LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

Stamford Bridge, Inglaterra, 1916

Sus manos estaban manchadas de sangre.

El arma con el que había acabado con el hombre de su vida, seguía en ellas, como si no pudiese despegarse de su influjo, ni de lo que representaba.

Cuando Cora emergió a la superficie del río, supo enseguida que había regresado al siglo XX. A su hogar. Era de noche, aunque ahí terminaba el parecido. Si había abandonado la era vikinga en pleno mes de septiembre, estaba claro que había regresado a su hogar en la misma estación.

Se arrastró hasta la orilla y se miró a sí misma. Y cuando comprobó que seguía vestida con ropas vikingas, supo que nada de lo que había ocurrido era un sueño. Que realmente había experimentado el amor más intenso e incondicional. Que de verdad llevaba en su vientre a una criatura que seguiría creciendo en él, fruto de ese amor… o de la venganza más encarnizada.

Pero no deseaba vivir. No, sin Einar a su lado.

«Perteneces a dos mundos, Thyra. Has tenido que realizar el acto de amor más puro para comprenderlo».

—¿Quién…?

Cora se giró al escuchar con tanta claridad la voz fresca, demasiado parecida a aquella que la llamó justo antes de que alguien la empujara al río, y que llegó acompañada de nuevo por la música de guerra.

Los tambores. El ruido ensordecedor la estremeció de pies a cabeza, pero no fue nada en comparación a lo que sintió cuando vio aquella figura traslúcida, que parecía flotar en el aire, representando a una de las mujeres más hermosas que había visto nunca.

Su túnica blanca ondeaba alrededor de su cuerpo, como si no hubiera viento ni lloviera. Los cabellos, largos y rubios, flotaban en mechones que enmarcaban un rostro ovalado y de facciones dulces, con unos ojos claros que le transmitieron paz cuando se clavaron en ella.

«Me ves… Oh, sí, al fin alguien me ve».

—Dios mío…

Cora retrocedió, entre espantada e intrigada, pero el espectro alargó una mano en su dirección, con gesto desesperado.

«No, por favor, no te vayas ahora. No pretendo asustarte, sino advertirte. Soy Ingrid, la primera esposa de Einar. La primera mujer que lo amó, aun sabiendo que jamás sería correspondida. Sabía que su corazón no era para mí, sino para ti. Vine a buscarte aquella noche, solo para atraerte a mi época. Para que lo salvaras, a través de su propia muerte. Sin importar el riesgo que corría».

—No… comprendo…

Miró a su alrededor, negándose a aceptar lo que estaba presenciando, hasta que escuchó una risa cristalina, sin pizca de malicia.

«Soy todo lo real que puede ser un espectro que vaga por el mundo de los vivos, sin poder cruzar el velo hasta que mi muerte sea vengada. Pero solo tú puedes verme».

—Pero moriste de forma accidental. —Cora parpadeó, intentando conservar un mínimo de sangre fría para pensar en las palabras que llegaban a su cabeza, a pesar de que la mujer no movía la boca—. Einar me dijo que…

«Helga me empujó, después de intentar que yo abandonara a mi esposo sin conseguirlo. No le importaron los lazos de sangre que nos unían. ¡Debes tener cuidado! El agua te ha traído de vuelta a tu antiguo hogar, junto con la persona que siempre ha querido tu desgracia…».

El espectro comenzó a alejarse de ella, mezclándose con el resto de luces que iluminaban el pueblo desierto. Cora avanzó, pero Ingrid desapareció antes de que hubiera intentado siquiera tocarla.

—¡No, espera! ¡Aún tengo muchas preguntas para ti!

Preguntas que se quedarían sin respuesta.

Con un suspiro, dejó caer los hombros y se frotó los ojos, solo para asegurarse de que lo ocurrido no había sido producto de su imaginación.

«Cree, Thyra. La daga y el cofre custodian lo más valioso para mí».

¡Dios, aquella era la voz de Einar!

No lo vio, pero todos sus instintos lo sintieron como si estuviera allí.

Entonces se fijó en la daga, y recordó el cofre del que la había sacado.

Inconscientemente, se llevó la mano al cuello.

El colgante con la llave había vuelto a él.

Casi de inmediato, recordó a Drustan. El objeto que apareció en su mano antes de que la espada de Einar impactara contra él para enviarlo al agua del fiordo…

—¡Cielo Santo, el mismo cofre que abrí con mi llave!

¡La carta! Aquellas palabras desgarradoras, pero llenas de esperanza, que solo podían provenir de alguien con el corazón desgarrado por una separación injusta.

—Einar…

Cora cayó de rodillas.

¡Ahora lo comprendía!

El aura misteriosa y llena de poder de Einar había sido capaz de traspasar el sendero del tiempo para llegar a su propia época y dar de lleno en su corazón, en forma de tambores de guerra, la noche en la que ella viajó a la época vikinga.

Y los fuegos fatuos habían terminado el trabajo.

Alguien la había empujado por el puente, pero de no haberlo hecho, el resultado hubiera sido el mismo. Ella habría seguido las luces, hipnotizada por su color, por su brillo, por la llamada que se repetía una y otra vez en su cabeza. Ingrid había ido a buscarla, desesperada por encontrarla para librar a Einar de la maldición lanzada por su propia madre.

En aquel momento, el alma angustiada del vikingo la había atrapado y no había podido deshacerse de su embrujo.

—Nunca me desharé de él.

—Yo no diría tanto, pero dejaré que te ilusiones antes de acabar contigo.

Cuando se giró y vio quién le hablaba, el impacto fue el equivalente a un puñetazo en el estómago.

—Gudrun…

Era imposible. Recordaba perfectamente el momento exacto en el que la había visto caer a los pies del guerrero que la sujetaba, en las dependencias de Magnus, mientras este la chantajeaba con su vida…

¡Caer! ¡Ahí estaba la clave!

No la había visto morir. Ni tampoco un arma hundiéndose en su cuerpo. Ni la sangre que debería manar de semejante herida.

—Dios mío…

—Al fin entiendes que aquella noche no morí. ¡Jesús, pensé que ese marido tuyo había terminado con la inteligencia que Edwin siempre aseguraba que tenías! —Gudrun se detuvo a un metro de ella, y le hizo una absurda reverencia—Susan Hamilton, totalmente desconocida para ti hasta ahora mismo, amante de tu prometido, para servirte, querida —se presentó—. Aunque eso de servir ya quedó atrás. ¡Por Dios, cómo odiaba fingir ser muda para no arriesgarme a que pudieras reconocer mi voz! Ya sabes, el día en que espiaste mi conversación con Edwin en su propia casa…

Cora estaba tan aturdida que, en su intento por alejarse de lo que estaba escuchando, tropezó con una piedra y a punto estuvo de caer al suelo. Susan, o como se llamara aquel engendro del diablo, sonrió cuando la sujetó.

—Ah, no, de eso nada. No pienso dejar que te lastimes por tu propia mano, antes de escuchar al menos las razones que me llevaron a empujarte al río.

—¿Tú fuiste la persona que quiso…?

—¿… acabar contigo? Por supuesto que sí, querida. No me dejaste otra opción después de haber descubierto mi relación con tu prometido y, sobre todo, mi estado. Porque lo averiguaste, ¿verdad? ¡¿Verdad?! —chilló fuera de sí, sacudiendo su cuchillo delante de Cora, hasta que esta asintió, tan aterrada que olvidó que ella también llevaba un arma con la que defenderse de aquella lunática—. Oh, me alegro tanto… Porque así sabrás que, por culpa de la impresión que me causó descubrirte, y descubrir la consternación de Edwin cuando se dio cuenta de que nuestra relación ya no era secreta para ti, ¡comencé a sangrar!

»Al principio fue solo una molestia que ignoré, mientras trataba de convencer a tu prometido de que saliera tras de ti. Estaba segura de que en poco tiempo, el pueblo entero estaría al corriente no solo del robo de tu libro por parte de Ed, sino también de que yo estaba embarazada de alguien que, seamos sinceras, no pensaba dejarte por mí.

»Pero él se acobardó. Comenzó a balbucear excusas ridículas, y yo tomé el mando. Corrí hasta que logré darte alcance, sin pensar en el dolor de mi vientre. Ni en la sangre que comenzaba a sentir, resbalando por mis muslos. No quise pensar en la vida que se escurría entre ellos, ¡por tu culpa, maldita puta del demonio! —Estampó el puño en la cara de Cora con tanta fuerza que, esta vez sí, cayó de espaldas. Pero estaba tan atónita por lo que escuchaba, tan aturdida por lo que veía, que fue incapaz de levantarse, o de emitir sonido alguno—. Fue entonces cuando vi las luces que seguías, tan absorta que ni siquiera reparaste en mi presencia. Hasta que te asomaste por el puente, y comprendí que esa era mi oportunidad. ¡Deshacerme del mayor escollo que impedía mi felicidad! ¿Qué importaba si estaba perdiendo el hijo de Edwin? ¡Sin ti, podríamos tener los que quisiéramos sin necesidad de escondernos!

—Entonces me empujaste…

—No contaba con que yo también caería bajo el influjo de las malditas luces, ni que estas nos conducirían a un tiempo muy alejado del nuestro, donde yo tendría que recuperarme de mis heridas, forjar alianzas y encontrarte para destruirte, de una vez por todas. —Susan sacudió la cabeza, inmersa en su horrible relato, mientras Cora se arrastraba de nuevo lejos de ella, incapaz de dejar de escuchar—. Pasé demasiado tiempo siendo la sierva de esa muchacha malcriada, fingiendo haber perdido la voz, sin saber si alguien podría descubrirme. Por eso, cuando te vi aparecer en compañía de aquel vikingo, en la aldea del *jarl* Olson, pensé que de verdad Dios se ocuparía de mí. Me pegué a Revna en cuanto conocí sus planes de visitar la aldea de Einar, sin saber que me esperaba un auténtico infierno a tu lado, jugando a ser tu mejor amiga.

La muchacha dulce que le había demostrado su apoyo de mil maneras. Que la había ayudado con su embarazo, pero también cuando perdió el hijo que esperaba.

—Oh, Dios, dime que no es cierto. —Los ojos comenzaron a escocerle por las lágrimas cuando recordó—. Dime que tú no tuviste nada que ver en lo ocurrido en mi noche de bodas…

—No, pero reconozco que me alegré muchísimo de que hubieras perdido a tu hijo. —Con una fuerza sobrenatural, Susan se inclinó y

tiró de su pelo hacia atrás—. ¡Ahora conoces de primera mano lo que yo sentí cuando perdí al mío! Helga manejó sus hilos con alguien que no fui yo, pero le estaré eternamente agradecida. Sobre todo, porque a partir de entonces, ella me mostró el verdadero camino.

»Soy su descendiente. El conde le prometió que le entregaría a su primogénito. Por eso se casó con la hija del *jarl* en cuanto supo que esta se hallaba embarazada de él. —Sus ojos brillaron con satisfacción cuando la soltó, con tanto ímpetu que la cabeza de Cora impactó contra el suelo—. Sin embargo, yo seguía corriendo un alto riesgo. Por eso, Helga planeó mi muerte. Fue tan fácil… Sobornó a uno de los hombres del conde. Este se las arregló para hacerte creer que acababa conmigo delante de ti. ¡Y tú estabas tan aterrada por mi suerte, y por la que tú correrías en la cama de ese indeseable, que ni siquiera te percataste de los detalles! ¡Oh, que tonta estúpida fuiste, además de una mujerzuela sin escrúpulos al encamarte con ese vikingo sin nada que os uniera de antemano!

»Te mereciste todo lo que ocurrió con el conde. ¡Te hubieras merecido mucho más, pero tu hombre fue en tu busca, y su gente logró salvaros! Aunque Helga nunca te perdió de vista. Para ella, siempre fuiste su principal objetivo. Me utilizó para intentar acabar contigo. ¡Incluso tuve que incendiar un establo! Aunque eso no fue nada comparado con disparar flechas envenenadas con la puntería necesaria como para acertarte…

Oh, Dios del cielo.

—El callabron…

—Hubiera acabado contigo definitivamente. Ragnarsson hubiera seguido bajo el yugo de Helga, y yo hubiera culminado al fin mi venganza. ¡Pero ese estúpido se enamoró de ti y decidió ofrecerse a cambio de ti! Helga sabía que el fin de Magnus estaba cerca, así que decidió entregarle al *berserker* a cambio de salvarte la vida… por el momento. De ese modo, dispondría del vikingo cuando el conde muriera, así como de Revna, la madre de su primogénito legítimo…

—¡La maldición ha perdido su poder! ¡Einar está muerto! ¡Yo lo maté, y con ello, lo liberé de ella!

—Ilusa —murmuró Susan, con una risilla macabra que le erizó el vello de todo el cuerpo—. ¡Mientras Helga viva, él permanecerá

encadenado a esa maldición! ¡Ni siquiera tu amor, o el bastardo que llevas en tu seno, logrará librarlo! ¡La *völva* permitió que tú continuaras con vida, solo para que yo terminara contigo y con tu hijo! ¡Ninguno de los dos merecéis vivir ya! Tú acabaste con mi pequeño, maldita… ¡Dios no dejará que engendres ningún otro a cambio!

Con un grito horripilante, se lanzó sobre ella dispuesta a rebanarle el cuello, pero Cora reaccionó a tiempo. Elevó la hoja de su daga para interceptar la del cuchillo con una mano, mientras con la otra trataba de mitigar el impacto de la caída de ambas, enzarzadas en una lucha sin cuartel.

Se negaba a creer que su sacrificio no hubiera servido para nada. Que, después de todo, Einar siguiera encadenado a Helga. No permitiría que Susan, Gudrun o como demonios se llamara aquella loca, sesgara la vida de su pequeño. Del hijo de Einar.

Porque mientras forcejeaban en el suelo, como si fueran las dos caras de una misma moneda, Cora supo que aquel sería su hijo, tanto si había sido engendrado por él como si no.



41 MORIRÍA SOLA

Njardarheimr, octubre de 1066

La guerra en Reino de Inglaterra había terminado con una humillante derrota, que supondría el principio del fin de la era vikinga.

El rey Harald Hardrade había muerto, dejando a su pueblo en una terrible incertidumbre de lo que sucedería a continuación. Muchos de los vikingos que habían acudido a su llamada, decidieron quedarse en aquellas tierras para emprender una nueva vida.

Einar no había vuelto.

El *jarl* Olson, tampoco.

Revna se tocó el vientre por instinto, recordando que su último esposo había sido brutalmente ejecutado y que, aunque había averiguado que su padre seguía con vida, su obsesión, su *berserker,* no había corrido la misma suerte.

Cuando conoció lo ocurrido con Einar, las ganas de vivir huyeron de ella, al mismo tiempo que un sentimiento nuevo, la pena, la controlaba por completo. Vagó por los alrededores de la aldea, intentando vencer el aturdimiento, pero incapaz de pensar con la suficiente claridad como para encontrar una alternativa honrosa a su situación, hasta que escuchó su voz:

«Bjorn. Él es el único que puede protegerte hasta que des a luz, muchacha. Te has quedado sola, sin otro candidato a ocupar ese puesto. El capitán siempre ha estado enamorado de ti. Echa mano de tu capacidad de seducción y vuelve a engatusarlo. Al menos, hasta que tu hijo nazca y pase a ser mío».

Era Helga, aunque no obtuvo en ella el efecto acostumbrado.

Tal vez nunca volviera a ser la misma, contempló con espanto, hasta que se dio cuenta de lo que la *völva* acababa de decirle.

Los aldeanos se hallaban desorientados, ahora que su líder no se hallaba con ellos. A pesar de que su antiguo marido había tomado las riendas, junto con Haakon, el dolor seguía siendo tan patente que, al atardecer, los pocos que todavía estaban fuera de sus casas apenas se percataron de su presencia. Revna se mezcló con las incipientes sombras de la noche y se dirigió hacia donde sabía que Bjorn había establecido una residencia que sería definitiva, también para ella… En cuanto se deshiciera de la danesa que, en aquel momento, apareció

en su campo de visión colgada del brazo del vikingo, mientras compartían unas risas cómplices que le revolvieron el estómago.

Revna dio un paso en su dirección, pero se detuvo tras el grueso tronco de un árbol.

Dudaba. La mano que sostenía el cuchillo temblaba, y un sudor frío comenzó a cubrirle el cuerpo.

No era una asesina, se dijo a sí misma. Había sido capaz de las peores villanías para conseguir sus fines, pero eso… eso traspasaba todas las líneas, si es que se había impuesto alguna durante su vida.

Aunque su salvación y la de su hijo, pasaban por desechar unos escrúpulos que no sabía que tenía.

Respiró hondo, afianzó el agarre del cuchillo y rechazó todo titubeo ridículo. Era su supervivencia o la de la mujer danesa, se repitió al mismo tiempo que avanzaba hacia ellos con el máximo sigilo. Ellos se encontraban tan inmersos en su propio universo de estúpido amor, que no parecieron percatarse del peligro, ni siquiera cuando Revna elevó el cuchillo con la intención de clavarlo en la espalda de Karan.

Pero entonces, los dos se giraron al mismo tiempo con tanta rapidez que apenas fue consciente de lo que ocurrió a continuación.

Con un grito de guerra, Bjorn desenvainó su espada y la hundió en el vientre de la muchacha, un instante antes de darse cuenta de quién se trataba. Espantado, la retiró con un jadeo de sorpresa, pero ya era demasiado tarde.

El daño ya estaba hecho.

Revna dejó caer el cuchillo que portaba, al mismo tiempo que ella se derrumbaba a los pies de Bjorn, con las manos cubriendo la enorme herida de la que comenzó a manar sangre a borbotones.

—No… —masculló, cuando las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas.

No pudo decir más. Sus ojos se dirigieron hacia Karan, que se arrodilló junto a ella para intentar ayudarla. Vio cómo movía los labios, pero fue incapaz de escuchar lo que decía. Las fuerzas la abandonaron progresivamente, hasta que su cuerpo dejó de responder. Poco a poco, los párpados comenzaron a cerrarse, y la consciencia, a escapársele como si fuera agua entre sus dedos.

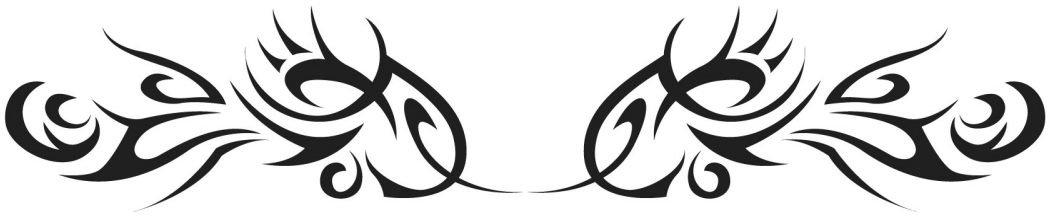
Era su fin. El de su hijo. El de las aspiraciones de Helga.

Lo último que sintió, fue el brazo de la danesa sosteniéndole la cabeza. Lo último que escuchó, fue la voz del único hombre que la había amado realmente:

—Iba a matarte, Karan. No merece tu compasión.

Estaba en lo cierto, pensó, antes de sentir una progresiva languidez que parecía elevarla.

Al final, moriría sola, tal y como siempre había vivido.



Helga gritó con todas sus fuerzas cuando presintió que algo había salido terriblemente mal.

Se apresuró a asegurarse a través de sus dones de visión. Y cuando comprobó que Bjorn había acabado con Revna, se dejó caer sobre el suelo de hierba, a poca distancia de donde había ocurrido todo, tan aturdida, tan debilitada, que por primera vez desde que tenía conciencia, se sentía como una verdadera anciana a la que la muerte acechaba.

Todo se había ido al traste. Sus sueños de perpetuar su estirpe a través del hijo de Magnus y Revna, se habían volatilizado, como sin duda lo harían sus descendientes.

—Descendientes de alguien que nunca llegó a existir —farfulló con furia, mientras intentaba pensar en una alternativa. Hasta que esta apreció sorprendentemente clara en su cabeza—. «Una vida por otra vida», estúpida Berit. Eso fue lo que aseguraste al *berserker…* Lástima que tus propias palabras estén a punto de volverse contra ti.

Se armó con su inseparable cayado y, con una sonrisa demoniaca, se dirigió hacia su destino.

No tuvo que preocuparse por pasar inadvertida. Se hallaba muy por encima de esas nimiedades. Pero era tal su seguridad que no había contado con la capacidad intuitiva de su hija pequeña. En cuanto traspasó la puerta de su hogar sin necesidad de abrirla, Berit

alzó la cabeza y se giró para proteger a Eira, que se hallaba en su cunita.

La vio. Tal vez fuera la única que pudiera hacerlo, pensó Helga con satisfacción.

—Querida hija, cuánto tiempo —saludó, barriendo la estancia con la vista, esperando encontrar a Haakon—. Vaya… Pierdes facultades. Debiste imaginar que te haría una visita…

—¿Qué te hace pensar que no lo imaginé? —La muchacha palideció, pero acto seguido colocó la cunita a su espalda y esbozó una sonrisa torcida—. No lo busques. No está, y tardará en llegar.

—¿Ese es el modo en el que te proteges de mí?

—Ese es el modo en el que los protejo a ellos de ti, madre. —Helga frunció el ceño cuando intentó acercarse a la niña, pero Berit se lo impidió—. Por encima de mi cadáver. Solo con mi muerte podrás tener acceso a ella.

—Es mi nieta…

—Tú no tienes familia. Hace tiempo que la perdiste. Y la que pretendías formar con los hijos de otros, también ha desaparecido. Al fin. Por eso has venido, ¿me equivoco? —Poco a poco, la muchacha se las ingenió para avanzar, haciéndola retroceder hasta la pared cercana. Helga podría haberla traspasado sin problema, pero no quiso desperdiciar sus dones—. Deseas cobrarte una vida por la que otros te han arrebatado de una manera justa.

—¡Esa es mi pequeña! Tan intuitiva como su madre.

—¡No vuelvas a utilizar esa palabra conmigo, Helga! ¡Jamás vuelvas a llamarte así, porque para mí moriste el día que Ingrid también lo hizo! —El rostro de Berit se crispó hasta parecer irreconocible—. Eres tan previsible, que ni siquiera me ha hecho falta mi intuición para esperarte. Puesto que tu estirpe forzada ya no existe, quieres acabar con la de Thyra para que el espíritu de Einar vague en este mundo para siempre…

—Einar Ragnarsson sigue vivo, y así permanecerá mientras yo también lo esté. —Furiosa, Helga golpeó el suelo con su bastón, pero no ocurrió nada. No se tambaleó la estancia entera, ni su hija retrocedió espantada. No hubo ningún ruido ensordecedor que despertara a Eira para hacerla llorar desconsoladamente. Ni siquiera

Haakon apareció, para que al menos pudiera descargar sus ansias de venganza en él—. ¿Pero qué…?

—No te preocupes, pues pronto todas tus preguntas tendrán respuesta. Pero recuerda: todos tenemos un final. Incluso tú.

La joven retrocedió entonces para tomar a su hija en brazos, y se limitó a observarla, con tanta seguridad que resultó hiriente para el orgullo de la vieja *völva.* Acabaría con esa determinación, se dijo, alzando su cayado hacia ella sin que le temblara el pulso.

Pero entonces, la estancia entera se llenó de una luz blanquecina que la deslumbró. Dio un paso atrás, protegiéndose los ojos con la mano, hasta que estos se acostumbraron al nuevo resplandor.

Y con él, a la figura que lo había provocado, y que se plantó frente a ella irradiando fuerza, deseos de justicia. De venganza.

Helga se quedó sin habla durante un tiempo casi eterno. Con su mirada fija en la silueta de la mujer que tan bien conocía, y que su propia petulancia le había hecho olvidar, pensando que no volvería a resultar un problema, ni un peligro. Ni siquiera un riesgo.

—Ingrid… —murmuró, con una mezcla de incredulidad y pavor que le obligó a sujetar su cayado con ambas manos.

Si lo perdía, ella también se perdería.

—Sí, madre. No busques a tu alrededor. Soy yo quien te habla. Mi espectro quien se comunica contigo, como si en realidad aún estuviera viva. Si consiguieras vencer ese pavor que ahora mismo sientes, podrías incluso tocarme aunque ya no pueda volver a ser de carne y hueso nunca más.

Solo entonces Helga fue consciente de la repugnancia que sentía ante la mera idea de entablar contacto físico con su hija. Intentó retroceder en dirección a la puerta, pero Ingrid se lo impidió adelantándose a ella. Helga recurrió a su don para trasladarse sin objetos que se lo impidieran, pero cuando lo intentó, fue Ingrid quien se la llevó. A lo lejos, escuchó los gritos de Berit pidiendo clemencia a su hermana, pero el torbellino de aire fue tan fuerte, y su sonido tan intenso, que no pudo hacer nada para evitar aterrizar en un lugar que reconoció en cuanto abrió los ojos.

—Sí, madre. Aquí fue donde me empujaste, aprovechándote de la confianza ciega que entonces yo tenía en ti. —De algún macabro

modo, su primogénita había adquirido el aspecto de una joven llena de vida. Incluso sus pisadas sonaban como si lo fuera, conforme se acercaba a ella, con una tranquilidad pavorosa—. Einar nunca fue culpable de mi muerte, pero lo manipulaste todo para hacerle sentir así.

—Lo fue. ¡Él y el malnacido de su padre!

—No sé de qué estás hablando, pero no te servirá para eludir tu destino…

—¡Mi destino estaba junto a Magnus el Soberbio! ¡Yo era su preferida, su amante, hasta que puso sus ojos en Liv! ¡Una mujer sin sangre noble en las venas, pero que logró hechizarlo mucho mejor que la bruja más poderosa de estas tierras! —Helga retrocedió hasta los días en los que su juventud era un añadido a sus inmensos dones, con una mirada de nostalgia, mezclada con el odio infinito que sus palabras destilaban—. Magnus era el principal opositor al rey Harald. Si lograba derrocarlo, ¡yo me hubiera convertido en su esposa! Pero Liv lo malogró todo. ¡Y yo lo maldije! Si no era para mí, no sería para ninguna otra…

—Pero Liv se quitó la vida.

—Y Magnus ha vivido desde entonces sin conocer la felicidad al lado de una mujer, ¡gracias a mí! —La bruja lanzó una risa estridente, antes de mirarla, con sus facciones totalmente deformadas—. Cuando Einar regresó, pensé que si no había conseguido al padre, conseguiría al hijo a través de ti. De ese modo, a la muerte de Magnus, Ragnarsson heredaría todo su poder, y tú con él. ¡Pero te negaste a colaborar cuando te pedí que te unieras a mí, a causa de tu amor por él!

—Y nunca me arrepentiré. En su momento ya decidiste. Y elegiste interponer tu egoísmo a tu propia sangre. Mi marido fue una víctima más, y yo… yo solo fui culpable de amarlo, aunque nunca fuera correspondida. Pero tú… —Sus ojos se oscurecieron con una expresión escalofriante, incluso para alguien sin sentimientos como Helga—. Tú tienes mucho por lo que pagar. Y vas a empezar ahora.

—¡Ingrid, piénsalo! ¡Es nuestra madre!

Más allá del espectro, Berit apareció con su pequeña en brazos, y el rostro desencajado.

—Sabes lo que va a ocurrir —murmuró la vieja hechicera, asustada, quizá por primera vez en su larga existencia—. ¡Lo sabes y no piensas hacer nada para impedirlo, más allá de unas palabras tan inútiles como tú!

—Ella hubiera sido tu siguiente víctima, junto con una criatura inocente. Un día, estuve tan centrada en el rechazo de Einar que no quise ver más allá, y eso fue mi perdición. Pero no voy a cometer dos veces el mismo error, madre. —Ingrid se posicionó entre ella y Berit para evitar un nuevo intento para destruirla, y alzó la mano. Un simple gesto que dejó sin efecto cualquier poder que el bastón pudiera albergar hasta entonces—. ¡Berit y su familia quedarán fuera de tu macabra influencia!

—¡Estúpida! ¿Piensas que tu tormento al vagar en este mundo sin cruzar el velo, será suficiente para detenerme? ¡Nunca fuiste lo bastante buena para sustituirme con un mínimo de dignidad, y sigues sin serlo, incluso muerta!

—Veámoslo. —De pronto, el bastón de la *völva* escapó de sus manos y salió disparado al fondo del lago del fiordo—. Sin él tú tampoco eres nada, pero me siento benevolente. ¿Quieres recuperarlo?

—Ya conoces la respuesta, maldita.

—Entonces, libera a Einar de tu maldición.

—Sabes que solo hay una forma de hacerlo —insinuó Helga, sintiendo cómo todo el vello de su cuerpo se ponía de punta cuando su hija asintió—. ¿Estás diciendo que yo…?

—Una vida por otra vida, madre. —Berit se unió a su hermana, con la serenidad de un juez a punto de impartir una sentencia justa, y ambas avanzaron, al mismo tiempo que ella retrocedía en dirección al lago—. La vida de Ingrid por la tuya. La vida de Viggo por la tuya. La vida de Ylva por la tuya…

—¡La vida de Einar por la tuya! ¡Para todo el mundo, habrás muerto por tu propia mano, ahogada!

El agua ya le llegaba por las rodillas cuando Ingrid la empujó, tan fuerte que salió volando por los aires, para después impactar en el centro. El lago era demasiado profundo allí. Demasiado oscuro, pero a pesar de sus intentos por emerger a la superficie a base de furiosos

braceos, Helga se detuvo cuando vio un tenue resplandor en el fondo que parecía llamarla.

¡Era su cayado! No sabía nadar, y desprovista de la fuente de sus dones, ignoraba si conseguiría retener el aire en sus pulmones antes de llegar a él, pero era su única opción. Descendió todo lo rápido que pudo, hasta que casi consiguió tocarlo con la punta de los dedos. Sin embargo, otro resplandor, mucho más intenso que el del bastón nervudo, la alcanzó antes. Fue el equivalente a un rayo atravesando el agua, que partió en dos el objeto y la hizo salir despedida mucho más allá.

Soltó el aire y lo sustituyó por agua. Sus instintos la obligaron a intentar encontrar la superficie de nuevo, pero ya era demasiado tarde para casi todo… excepto para contemplar a su verdugo, flotando por encima de su cabeza, con un gesto severo que no revelaba el menor remordimiento.

«Soy tu madre. ¡Ten piedad de mí!», le gritó a través de su mente, mientras sus ojos le suplicaban por una clemencia que nunca obtendría.

—Yo soy tu hija. Y tú acabaste conmigo. Ahora, al fin encontraré el descanso que merezco. Todos los que hemos muerto por tu culpa lo encontraremos.

La voz de Ingrid sonó alta y clara, serena. Sin rastro de culpa.

Sin embargo, mientras Helga dejaba de luchar y se entregaba a su fin, un pequeño rastro de la conciencia que siempre debió tener, le advirtió de que aquello era lo que siempre se había merecido.



42 SERÉ TU ÚLTIMO RECUERDO

Stamford Bridge, Inglaterra, 1916

Cora estaba perdiendo la pelea, del mismo modo que había perdido de vista su daga.

El cansancio hizo mella en su resistencia. Permanecía con la espalda pegada al frío suelo de adoquines, en completa soledad, con la mano de Susan rodeando su garganta para impedirle pedir auxilio, mientras la hoja del cuchillo se acercaba peligrosamente a su pecho.

—Vas a morir, maldita seas —siseó, soltando un grito sobrehumano debido al forcejeo que mantenían—. ¡Y lo harás sabiendo que Edwin y yo viviremos de los derechos de tu libro! ¡Que me casaré con él, y será famoso gracias a tu trabajo!

—¡No!

Fue un susurro desesperado, empañado por lágrimas de impotencia al pensar en su pequeño. Otra criatura engendrada por ella que nunca vería la luz del sol si se rendía. Como si la maldición que asolaba a Einar la hubiera alcanzado para no soltarla jamás…

Levantó una rodilla, intentando que esta impactara en algún punto del cuerpo de Susan para que al menos le permitiera respirar, pero comprobó estupefacta que no encontraba ninguna resistencia.

Que, de pronto, Susan comenzó a desvanecerse ante sus ojos, en medio de una expresión horrorizada, hasta volverse transparente.

Cora se incorporó en cuanto pudo inhalar aire y elevó una mano con la intención de apartarla del todo para recuperar su daga, pero comprobó estupefacta que no hacía falta.

Susan y toda su maldad habían desaparecido por completo, dejándola en el más absoluto y sereno silencio. Como si todo lo ocurrido desde que había regresado a su tiempo, no hubiera tenido lugar.

Por un segundo, permaneció en el suelo, tosiendo compulsivamente, hasta que, con el aire, regresó su capacidad de raciocinio. Y recordó.

—Revna ha muerto.

No encontraba otra explicación. Por muy absurda que pareciera, tenía su lógica. Susan le había explicado que era la descendiente del hijo de Revna, entregado a Helga para continuar su estirpe de maldad y destrucción. Pero si ese niño no llegaba a nacer, Susan tampoco existiría, del mismo modo que habría ocurrido con ella en

caso de que la *völva* hubiera conseguido acabar con Berit y su familia…

—Oh, Dios mío, Einar… Eso quiere decir que Helga…

Ni siquiera se atrevió a pronunciarlo en voz alta, por miedo a que sus esperanzas se desdibujaran igual que hacía un momento había sucedido con Susan, pero pudo sentir cómo sus venas se inundaban con un nuevo cargamento de energía que empleó en correr hacia su antiguo hogar.

Encontró la puerta entreabierta, pero no se paró a pensar en la razón. Llamó a gritos a su madre sin obtener respuesta.

Habría salido. No tenía la menor idea del tiempo que había pasado en su época. Podían ser tan solo minutos… O años.

—Años, no —apreció, cuando sus ojos se posaron en el cofre que contenía la carta que ella había leído, junto con la daga que volvía a tener en su mano, sobre la repisa de la chimenea.

Con el corazón en la garganta, lo abrió y leyó la carta por segunda vez. Y a cada palabra, todas las sensaciones experimentadas con Einar se hicieron tan vívidas que comenzó a doler demasiado.

Porque no podía detener el flujo de emociones que recibía a la vez.

Hasta que una mezcla de sutiles fragancias, a lavanda y especias, que flotaban a su alrededor, le despertaron recuerdos de no hacía demasiado tiempo.

Cora levantó la cabeza y fue a echar un vistazo a la cocina.

—Mi casa... —murmuró, con un nudo en la garganta.

Olía a su casa: a los platos que tanto su madre como ella, habían aprendido a preparar, desde el comienzo de la guerra y la marcha de su ama de llaves.

Las hierbas secándose colgadas del techo, el persistente olor a los últimos inviernos caldeados con leña...

—Estoy en casa... —repitió, como si se hallara inmersa en un sueño.

Pero era real. Podía tocar, ver, oler.

Había vuelto, aunque lo había hecho demasiado tarde.

Solo era consciente de una aplastante sensación de soledad. Su madre no estaba con ella.

Hasta los recuerdos, los olores y los sonidos empezaban a desvanecerse, convirtiéndose en fantasmas de una vida pasada que nunca pensó que recobraría.

Que no quería recobrar si él no estaba en ella.

Verse condenada a ese frío y vacío mundo de un siglo XX devastado por la guerra, sabiendo que el hombre al que amaría hasta el fin de los tiempos seguía penando, víctima de una maldición proferida cientos de años atrás...

Oh, Santo Dios, aceptaría cualquier cosa menos eso.

Conmocionada por lo que acababa de comprender, Cora miró a su alrededor con los ojos desorbitados.

Tan vulnerable como una chiquilla; tan transparente como un libro abierto.

Algo iba a ocurrir.

Era mágico, como si flotase en el aire, una presencia lo bastante tangible para que ella pudiera agarrarlo con sus finos dedos...

Conocía esa sensación.

Y la recibió con los brazos abiertos.

Llena de un miedo irracional, pero al mismo tiempo decidida a no echarse atrás, Cora cerró los ojos y envió su corazón a través de los abismos del tiempo, hasta que lo supo.

Viviría allí con Einar. Con su recuerdo y con su hijo.

Lo vería crecer, nutriéndose de las raíces que su familia había dejado.

Tal vez fuera así de sencillo, pensó. Proseguiría con su antigua vida, que sería nueva, y se dedicaría a su hijo.

—Sin preguntas. Sin remordimientos...

—Me temo que eso no va a ser posible, querida.

Escuchar aquella voz fue el equivalente a retroceder al momento en que descubrió el verdadero alcance de la traición de Edwin. Por unos segundos, se vio de nuevo encaramada a aquella maceta de piedra, mientras escuchaba la conversación que señalaría los acontecimientos posteriores.

Solo había una diferencia: ella ya no era la muchacha impresionable que decidió huir, en lugar de afrontar a su prometido y a la amante de este.

Ahora, presentaría batalla.

—¿Por qué no me sorprende que estés a mi espalda? —preguntó, girándose hacia él.

—¿Quizá porque la puerta de entrada estaba abierta y no he tenido que llamar? ¿O tal vez porque, de camino hacia aquí, he visto cómo Susan y tú os peleabais como dos gatas en celo, hasta que ella pareció desaparecer en el aire? —Cora no se inmutó por las acusaciones, ni por la mirada mortífera que le lanzó el hombre al que un día consideró lo bastante atractivo como para convertirlo en un candidato al matrimonio. Evidentemente, había cambiado de opinión tanto como el mismo Edwin. Sus facciones rígidas y apagadas, su planta insulsa, su vestuario descuidado y ese rictus de amargura, mucho más acentuado que antes de que ella viajara en el tiempo, no podían resultarle menos atrayentes—. Si no supiera que es imposible, diría que Susan ha desaparecido del mismo modo que hiciste tú hace unos meses.

—Lo segundo fue muy conveniente para ti, desde luego, aunque dudo de lo primero. —Lo repasó con una mirada indiferente, hasta que sus ojos volvieron a encontrarse en el punto de partida—. ¿Has venido por un impulso de honradez, dispuesto a devolverme los frutos de mi trabajo, en lugar de apropiártelos? ¿O solo quieres ejercer de buen vecino para darme la bienvenida y, de paso, averiguar qué ha sido de mí todo este tiempo?

Edwin torció la boca en una mueca desagradable y se sentó en el sillón predilecto de su madre, con total familiaridad.

—Un poco de las dos cosas, supongo. —advirtió, cruzando las piernas a la altura de los tobillos—. Lo cierto es que tu desaparición me sorprendió. En lo que respecta a tu madre, la conmocionó, pero su actitud posterior me llenó de dudas. ¡Incluso llegué a pensar que sabía dónde te encontrabas, y que fingía su tristeza! He tenido tiempo de sobra para contemplar todas las posibilidades.

—Sobre todo, porque tu amante desapareció al mismo tiempo que yo, dejando un rastro de sangre tras ella, según me ha contado. —Fingiendo inocencia, Cora se acercó a él, hasta que sus pies chocaron y pudo permitirse el lujo de mirarlo desde arriba—. Veo que te he sorprendido.

—Más bien me estás asqueando, querida. No voy a negar lo que aquel día quedó patente para los tres. Pero reconozco que estaba comenzando a cansarme de realizar este paseo diariamente, para fingir que me interesaba tu paradero, cuando…

—… el que en realidad te interesaba era el de Susan. ¡Pues ya ves! No está aquí, aunque yo sí, de modo que puedes dejar de comportarte como un prometido abandonado.

—Cierto. Me va mucho mejor el papel de hombre furioso que quiere… No, que exige saber qué ha ocurrido con Susan.

—Tu amante mientras planeabas casarte conmigo.

—¡Me importan un bledo tus recriminaciones! ¡Solo ella me interesa, y me ha interesado siempre! —En otro momento, aquellas palabras la hubieran destrozado. Ahora, ni siquiera se inmutó cuando Edwin se puso en pie de un salto, con los dedos crispados, avanzando en su dirección mientras ella retrocedía—. Lo único que yo quería de ti era el fruto de tu inteligencia, y lo obtuve enseguida. ¡Susan estaba embarazada de mí!

—Ah, pero perdió a la criatura mientras corría tras de mí, con la intención de matarme. Igual que has visto hace un momento, si me fío de tu ardiente relato. ¡No se te ocurra tocarme! —siseó, furiosa, cuando sintió las garras de su antiguo prometido clavándose en sus brazos para zarandearla—. ¡Perdiste ese derecho en el momento en que decidiste encamarte con otra, hasta el punto de dejarla embarazada!

—Esa otra, como tú la llamas, ¡es la mujer de mi vida!

—¡Y mi peor pesadilla! —Cora se sacudió furiosa, pero el agarre de Edwin terminó siendo casi insoportable. Parecía fuera de sí, con sus dientes a la vista y los ojos fuera de sus órbitas. Estuvo a punto de relatarle con todo lujo de detalles de lo que había sido capaz su preciosa amante antes de regresar con ella a su época, pero se lo pensó mejor—. ¡No había en ella ni un solo gramo de bondad! ¡Me siguió, e hizo de mi vida un maldito infierno que pretendía terminar a nuestra vuelta!

—¿Dónde está? —Edwin la empujó contra la pared con una fuerza descomunal y la inmovilizó, presionando su cuello con el brazo—. ¿Qué demonios has hecho con ella, maldita bruja?

—No soy yo… la bruja…

—¡¿Dónde está?! —bramó de nuevo—. Dímelo, o terminaré el trabajo por ella antes de lo previsto…

—¡Suéltala ahora mismo, bastardo!

A través de sus ojos velados por las lágrimas, consiguió ver la figura de su madre que, furiosa, tiraba de Edwin hasta apartarlo de ella, lo justo para que pudiera respirar. Cora retrocedió para tomar aire, pero no se permitió ni un segundo más. En cuanto pudo, se irguió para ver a Lisbet forcejeando con aquel malnacido que tenía todas las de ganar.

Ya habría tiempo para emotivos reencuentros, pensó. Ahora, era el momento de ayudarla.

No tuvo que buscar mucho para comprobar que había dejado la daga sobre la mesilla auxiliar cuando había vuelto a casa. Se precipitó hacia ella y la elevó sin dudar, dispuesta a clavársela a Edwin, pero entonces una tercera persona hizo acto de presencia.

—Veo que tienes muchos deseos de averiguar dónde se encuentra Gudrun, Edwin. No penes por ello, pues irás a reunirte con ella ahora mismo.

De un empujón, Drustan apartó a su prometido de Lisbet y aguardó a que este lo mirara.

—Bien. Fíjate bien en mí, porque seré tu último recuerdo de este siglo.

Alargó el brazo hasta él y, con un firme movimiento, logró lo que parecía imposible.

Hizo desaparecer a Edwin de la misma manera que había ocurrido con Susan.



43 EL ALMA DE EINAR

Por un momento, las dos mujeres se quedaron mirando el espacio que el hombre había ocupado hacía unos segundos, completamente boquiabiertas.

Casi al mismo tiempo, Lisbet se fundó en un abrazo con Cora, mezclado con sollozos de bienvenida que despertaron la sonrisa de Drustan.

—Ya iba siendo hora de que las cosas comenzaran a encajar en su lugar —murmuró, con su mirada clavada en la puerta, que continuaba entreabierta.

—Gracias, Dios mío, por traer de vuelta a mi hija. —Temblaba tanto que terminó en el suelo, llevando consigo a Cora, mientras le apartaba el cabello alborotado de la cara para poder cerciorarse de que estaba de una pieza—. No es un sueño. Estás aquí, de vuelta. Al fin.

—Dudaste demasiado, y durante demasiado tiempo, mujer —le advirtió el religioso—. Pero su ángel de la guarda veló por ella en todo momento. Incluso en los más difíciles. Y te aseguro que ha tenido que pasar por unos cuantos.

Las emociones desbordaron a Cora en cuestión de segundos. Verse liberada de la amenaza de Edwin por su madre primero, y por Drustan después, despertó la brutalidad de sus últimos actos para acicatear un sentimiento de culpa del que nunca podría librarse.

Se sentía débil. Confundida. Pletórica. Hasta que su nombre brilló en la oscuridad de su mente como una estrella en plena noche.

—Einar… —murmuró, antes de aferrarse a su madre, desecha en llanto.

Lisbet lanzó una mirada interrogante al fraile, pero este cabeceó.

—No soy yo el encargado de contarte lo ocurrido, sino ella —afirmó —. Solo diré que ha vuelto convertida en una auténtica guerrera, capaz de sacrificarse por aquello que más quería.

—El amor. Mi amor por él —sollozó Cora, arrodillada junto a su madre.

—Pero del mismo modo que cumpliste la misión para la que habías nacido, el mal ha desaparecido para permitir que viváis a través de la muerte. —Los ojos de Drustan brillaron de gratitud, al mismo tiempo que una sonrisa se dibujaba en su cara—. Helga ha sido destruida, junto con toda la progenie que pensaba perpetuar a través de los siglos. Por esa razón, Gudrun se volatilizó cuando estaba a punto de acabar contigo, Thyra. Ese ha sido el principio, pero el final aún está

lejos. Yo he de despedirme. Mi función aquí ha terminado. Que Dios os bendiga.

Solo en ese momento las dos mujeres, aún entrelazadas por el abrazo, se pusieron de pie y dejaron que él besara sus frentes, incapaces de impedir su marcha. Era como si la presencia del monje hubiera llenado de paz y conformidad aquella casa, por fin, después de tantos sinsabores.

—¿Volveremos a verte? —preguntó Lisbet.

—Siempre que tú o los tuyos me necesitéis, mujer. Solo tendrás que invocarme, y acudiré para guardaros de todo mal. —Hizo un guiño cómplice dirigido a Cora hasta arrancarle una sonrisa, pero cuando estaba a punto de franquear la puerta, se detuvo con un chasquido de dedos—. Se me olvidaba. Por si os lo preguntáis en algún momento, Edwin sigue vivo. Matarlo hubiera supuesto un final demasiado benévolo para él. Sin embargo, lo he enviado a un lugar, digamos, mucho más acorde con su barbarie. Allí donde nunca podrá dañaros, de ninguna manera. Su huella ha desaparecido de este tiempo. Por lo tanto, Thyra, será tu nombre y no el suyo el que aparezca en tu libro. Tú y tu familia os beneficiaréis de tu trabajo. Como siempre debió de ser.

Las dos mujeres se miraron entre ellas, pero para cuando quisieron preguntarle por el destino de Edwin, ya se había ido.

—Aún me cuesta creer que haya desaparecido para siempre, después de tanto tiempo.

—Madre, os conocíais. Solo busco respuestas.

—Yo también, cariño. Has hablado de amor mientras llorabas, completamente destrozada. —Se acercó a su hija y alargó las manos con intención de tomar las de ella, pero la muchacha las apartó—. Cora, mi vida…

—Me gustaría escucharte a ti primero, si no te importa. Sabías que esto iba a ocurrir.

—En realidad, no sabíamos cuándo ocurriría, ni cómo. —Lisbet se reclinó en su asiento con un suspiro que evidenciaba su parcial rendición—. Solo recibimos su visita, tu padre y yo, cuando tú aún eras demasiado pequeña como para comprender. Nos dijo que venía

de siglos atrás, y que al mismo tiempo permanecía a este, del mismo modo que seguiría perteneciendo a siglos venideros.

—La reencarnación…

—Nos resultó tan increíble, que tardamos en reaccionar. Él aprovechó nuestro pasmo para explicar que, en otra época, su única hermana tuvo un hijo en Inglaterra, poco después de la batalla de Stamford Bridge. Un niño sajón, de cuya sangre desciende tu padre.

Cora abrió la boca hasta donde le fue posible, mientras ataba cabos.

—¿Quieres decir que soy… una especie de sobrina de Drustan?

—Eso nos insinuó. Y cuando acabó de hablar, se limitó a esperar nuestra reacción. Es posible que no lo entiendas, Cora, pero contrariamente a toda razón, tanto tu padre como yo comenzamos a sentir que podíamos confiar ciegamente en él…

—Lo entiendo, madre. Experimenté la misma sensación la primera vez que se presentó ante mí.

—Entonces no te extrañarás de que aceptáramos sus palabras, cuando nos habló de tu naturaleza especial, y la relacionó con mi sangre vikinga. Afirmó que mi propia estirpe estaría en peligro si, llegado el momento, no actuaba como se esperaba de mí.

—¿Preparándome una trampa con una llave colgada al cuello, un cofre y una daga?

—Dejando que fueras tú quien encontrara tu verdadera razón de ser, hija. —Miró a Cora con enfado, a pesar de que no se movió del sitio—. ¡Me hubiera ofrecido en tu lugar con mucho gusto! Pero Drustan insistió en que debías ser tú. Que te hallarías tan desencantada por un amor que creías incondicional, que tu viaje te serviría para encontrarte a ti misma. A la mujer que de verdad habitaba en tu interior, de la mano de un hombre que necesitaba ser rescatado.

—¿Y por eso esperaste tanto para regalarme el colgante con la llave, sin explicarme siquiera para que habría de servirme?

—Te conté lo que podía contarte, sin parecer que había perdido el juicio. ¿Qué habrías pensado de mí si te hubiera hablado de apariciones, de monjes atemporales, de brujería nórdica y de posibles viajes en el tiempo? —Cora enmudeció, y Lisbet sonrió con

condescendencia—. Lo que me suponía. En definitiva, era mucho mejor guardar silencio hasta que los acontecimientos se desarrollaran por sí solos.

—La noche en la que acudí a hablar con Edwin. —Su madre asintió —. Nunca llegué a hacerlo, ¿sabes? Lo sorprendí fraguando un plan contra mí, junto a su amante embarazada.

—Drustan apareció cuando tú aún no habías vuelto, portando el cofre que abría tu llave. Me ordenó que lo dejara en un lugar visible, y que me asegurara de que tú lo verías, y luego me llevó junto al río. Allí presenciamos tu desaparición. ¡Nunca he sufrido tanto, como cuando aquel desconocido de quien solo pude ver su sombra, te empujó puente abajo! ¡Te juro por lo más sagrado que dudé de su palabra, a pesar de que todos sus vaticinios se habían cumplido hasta el momento! ¡Incluso llegué a creerme la preocupación de Edwin cada vez que acudía a preguntar por ti! Estaba tan destrozada por haber permitido que desaparecieras, tan angustiada pensando que te había perdido para siempre como a tu padre, que nunca volvería a verte, que en realidad me importaba bien poco que las intenciones de ese demente no fueran sinceras. Yo…

El llanto le impidió seguir hablando. Cayó de rodillas frente a Cora y se aferró a sus piernas, suplicando perdón, hasta que su hija la acompañó.

—Drustan tenía razón, madre. Allá donde viajé, el mal estuvo a punto de acabar con nuestros antepasados y, por ende, con nosotras. De no ser por mi intervención, ninguna estaríamos aquí. Paradójicamente, descendemos de ese mal que casi nos destruye, pero no penes más. No voy a perdonarte, porque no debes pedirme perdón. —Sostuvo a su madre entre los brazos y besó su pelo revuelto, mientras su pecho se llenaba de alegría—. Te sacrificaste por amor, igual que ha ocurrido conmigo. Ahora, hay un nuevo ser que nos necesita a las dos. Unidas, como siempre hemos estado y volvemos a estar.

—¿De qué hablas, Cora Thyra?

Volvía a usar su nombre completo. Con una mezcla de sollozos y sonrisas, Cora limpió las lágrimas de Lisbet y se llevó una mano al vientre.

—Voy a tener un niño —anunció—. Tú me has contado la historia de la irrupción de Drustan en nuestras vidas. Una historia que he completado con la que él me contó en su momento para entenderla. Ahora, me toca a mí relatarte la mía.



44 LIMBO DE TINIEBLAS

Njardarheimr, Noruega, año 1066

El cuerpo de Helga se encontró días después, lejos de la aldea de Einar.

Un grupo de pescadores lo halló enredado en una de sus redes, pero ninguno pudo identificarlo. No la conocían, y estaba tan hinchado y deformado que apenas pudieron distinguir que se trataba de una mujer de avanzada edad.

Aun así, se compadecieron de la pobre infeliz y le proporcionaron un humilde entierro, en lo más profundo de un bosque aledaño. En completa soledad.

Aquella misma noche, les pareció escuchar unos lamentos provenientes de aquel lugar, pero no lo relacionaron con la mujer muerta.

A partir del día siguiente, los lamentos cesaron, para siempre.

Esas fueron las primeras noticias que escuchó Haakon cuando abandonó la embarcación, portando un buen cargamento de pescado en dirección a su hogar.

Helga.

Todos sus instintos le gritaron el nombre al unísono, pero decidió esperar a encontrarse con Berit para confirmarlo.

Y para celebrarlo, se atrevió a pensar, justo antes de que Bjorn le cortara el paso, arrastrando consigo a un prisionero que se debatía con furia.

—Veo que te has tomado en serio eso de abandonar los deseos de conquista de tierras lejanas y aposentarte en las tuyas definitivamente —bromeó el capitán cuando vio su carga—. Una lástima, porque necesitaría otro par de manos para sujetar a este extranjero que me he encontrado, intentando burlar la vigilancia de la aldea, y que no entiende ni una palabra de nuestro idioma.

—Creí que tu mujercita te ayudaba también en estas lides, hombre. Ya sabes: una mujer guerrera en la cama también lo es fuera de ella.

Ambos hombres rieron la broma.

—No parece vikingo —apreció el capitán con el ceño fruncido, girándolo a un lado y a otro como si fuera un muñeco de trapo. Cuando quiso defenderse de tal humillación, el vikingo le propinó un par de puñetazos que lo dejaron en el suelo, con la nariz rota y la sangre manando a borbotones, entre alaridos de puro dolor—. Ni

siquiera será sajón. ¡Por los dioses! No recuerdo haber visto nunca a un guerrero que se queje como una mujer.

—Las nuestras están muy por encima de él.

Pero Haakon conocía su procedencia. Berit le había advertido de que Drustan enviaría a un hombre, del mismo lugar al que Thyra había vuelto, como castigo por sus muchas fechorías.

El fraile había desaparecido, al igual que la propia Thyra. Y la muerte de Einar todavía le escocía demasiado como para pararse a pensar en ella del modo en que su esposa le había aconsejado. Pero aquel extraño, vestido con ropas más extrañas todavía, estaba allí.

Un extraño hormigueo le recorrió la espina dorsal.

¿Y si Berit tenía razón al afirmar que había muchas clases de muerte? ¿Y si en realidad Einar solo había abrazado aquella que le permitiera seguir viviendo en otro plano, como ella le había asegurado? En un principio, él pensó que su única intención era la de mitigar su sufrimiento por la desaparición del *berserker*, pero ahora…

—Es un espía —mintió, siguiendo un extraño instinto al que decidió hacer caso—. Corren malos tiempos para nosotros, Bjorn. Los sajones no se fían de que hayamos dejado de resultar una amenaza para ellos. Vengo de una aldea cercana; al parecer, hace unos días avistaron barcos extranjeros que identificaron como de Reino de Inglaterra. Lo más probable es que este despojo humano viajara en uno de ellos, y ni siquiera le haya dado tiempo a cambiar su indumentaria para mezclarse con los nuestros.

—Un espía muy torpe. ¿Qué sugieres que hagamos con él?

—La muerte sería un fin demasiado rápido. —E injusto para todas las personas que habían muerto recientemente, según palabras de Berit—. Además, necesitaremos interrogarlo para arrancarle cualquier tipo de información. Esta aldea debe seguir a salvo de cualquier ataque. Esa era la voluntad de Einar, y pienso cumplirla me cueste lo que me cueste.

—Pero no demuestra comprender lo que hablamos, aunque puede ser una estrategia. ¿Qué propones?

Para Haakon, la respuesta llegó prácticamente sola.

—Enciérralo con los perros. Y no les des de comer en un par de días. Serán la mejor persuasión que podamos utilizar con él —

sentenció, con una sonrisa maligna—. Si realmente nos entiende, pedirá clemencia antes de lo que pensamos. Si no… Bueno, entonces pondremos a prueba su resistencia. En todo caso, el tiempo que le quede con nosotros será el mejor ejemplo del infierno cristiano que hayamos contemplado nunca, hasta que decida rendirse y la muerte se lo lleve. ¿A quién le importa?

—A mí.

Haakon se giró hacia Berit en el mismo instante en que Bjorn se marchaba con el prisionero.

—Menos mal que no te ha oído. Si no, pensaría que no bromeas, mujer.

—Es que no bromeo. —Ella lanzó al capitán una mirada tan fría que, cuando se giró hacia su esposo, él retrocedió con cautela—. No te preocupes. Por el momento, estoy lejos de emplear mis malas artes contigo. Él las consumirá todas.

—¿Él?

—Edwin. Fue prometido de Thyra en su… en la tierra de la que vino —aclaró—. Drustan me advirtió de su aparición antes de que él iniciara el viaje con nuestra amiga.

—¿Quieres decir que el fraile y Thyra se han marchado juntos, después de la muerte de Einar?

—Era necesario. Siempre hay un más allá. Un lugar incierto que el destino nos tiene guardado, y que desconocemos.

—¿Allí se encuentra tu madre ahora?

—Lo sabes.

—En realidad, solo he oído hablar del cadáver de una anciana en el agua, no muy lejos de aquí. De sus lamentos cuando fue enterrada, sola y olvidada por todos.

—El resto fue producto de tu inteligencia. —Observó de reojo a su esposa. Tenía los labios apretados, conteniendo el dolor. A pesar de todo el daño que Helga les había causado, ella sentía su pérdida. Y ocultaba algo más. Algo que no le diría. La conocía lo suficiente como para afirmarlo—. Sí. Era ella.

—Mi amor, lo siento…

—Yo no. —Con una entereza digna del mejor de sus guerreros, ella lo enfrentó—. Quiso acabar con nosotros, Haakon. Yo vi cómo moría.

No hice nada para evitarlo. Y no me arrepiento. Lo repetiría, si con ello salvo a mi familia del destino que ella pretendía darnos. Ahora, se encuentra en un limbo de tinieblas que la acogerán para toda la eternidad. Un lugar completamente opuesto al que se dirige el alma de Einar. Su cuerpo de guerrero encontró al fin su ansiado descanso, pero tan solo era un envoltorio. Una cáscara que, de vez en cuando, se renueva para poder acceder a otra oportunidad.

—El Valhalla. Te refieres a ese lugar, ¿verdad?

—Desde luego, para él lo será cuando lo encuentre.

—¡Habla claro, mujer! —exclamó Haakon, fastidiado por la sonrisa enigmática de su esposa—. Ragnarsson está muerto. ¡Yo ayudé a traer su cuerpo hasta la aldea! ¡Presencié su entierro! ¡Y no pasa un solo día en el que su final me escueza como una maldita herida bañada con sal!

—Ragnarsson, el *berserker*, ha muerto. Ese al que tú conociste, ya no volverá por aquí. Debes aceptarlo y quedarte con todo lo bueno que nos dio. —La mano femenina se posó en su brazo. Casi inmediatamente, una oleada de calor logró reconfortarlo—. El único heredero vivo del condado de Magnus el Soberbio, aún no ha dicho su última palabra… Yo seré la encargada de que se lleve a cabo. Ese hombre que Bjorn lleva a rastras, no podrá abandonar jamás la aldea. ¿Comprendes?

Ni una palabra. Pero cuando contempló la esperanza brillando en los ojos de la muchacha, el corazón del temible guerrero se abrió al fin para dar paso a la completa aceptación.

A la paz interior.

—Allá donde esté, Einar nunca se olvidará de nosotros. —Ella asintió, y los ojos de Haakon se llenaron de lágrimas que contendría —. Pues por el momento, e intuyo que hasta el fin de mis días, me sentiré honrado y contento de que así sea. Y ahora, ¿vamos a limpiar el pescado?



45 DÉJAME DISFRUTARTE

Gudvangen, Noruega, 1918

—¡Scott Einar, deja el rabo de ese pobre gato, o terminará por sacarte los ojos de un zarpazo!

El pequeño de dos años se quedó mirando a su madre, con esa tranquilidad que solo da la inocencia, el tiempo suficiente para que el felino pudiera escapar a sus cariñosas atenciones sin medida, en medio de un casi interminable maullido, que decía a las claras lo que opinaba de él.

—Oh, por todos los Santos, ¿es que no puedes estarte quieto ni un segundo? —Con un resoplido de resignación, Cora lo cogió en brazos y lo llevó hasta el salón, donde Lisbet tejía un pequeño jersey para su nieto, antes de que llegara el frío del invierno—. Madre, sé que es pedirle demasiado, pero si no logro centrarme en la comida, los tres nos quedaremos sin ella y…

—Trae aquí a mi pequeño vikingo.

Lisbet dejó la labor a un lado y sentó al pequeño en sus rodillas. Era evidente la adoración mutua que se profesaban. Sobre todo, después de que ella ayudara a traerlo al mundo en un parto muy complicado, que fue la antesala de todo un cúmulo de despropósitos. La guerra había terminado, pero les había dejado en la pobreza más absoluta. Ellas se sentían afortunadas de poder vivir con un mínimo de comodidades, gracias al éxito del libro de Cora entre los catedráticos de las universidades noruegas que, después del desastre armado, habían vuelto a florecer.

Después de lo sucedido en Stamford Bridge, se quedaron en Inglaterra el tiempo necesario para que Cora diese a luz. Después, se trasladaron a aquel pequeño pueblecito de ensueño, con la cascada Kjelfossen enmarcando su parte más al sur y un grupo reducido de habitantes que, más que vecinos, habían terminado por convertirse en su segunda familia.

—¿Quieres que juguemos al caballito? ¿Sí? —Las palmas entusiasmadas del pequeño Scott la hicieron volver a la realidad. Con una sonrisa de añoranza, contempló cómo el niño, tan pelirrojo como ella y con unos ojos de un color indefinido, que oscilaba entre el verde y el azul según la luz y el día, chillaba de alegría cuando Lisbet imitó el galope de un caballo con sus piernas—. ¡Así me gusta, precioso! Cuando seas mayor, vas a convertirte en un soldado tan

valiente como tu padre y tu abuelo. ¿Sabes que llevas el nombre de los dos en homenaje a ellos?

—Madre, el niño no entiende…

—Pero nosotras sí, Cora Thyra. No deberíamos olvidarnos de ellos. Nunca. El agua te arrancó de mi lado y luego te trajo de nuevo a mí, desvelando su secreto. Ojalá hiciera lo mismo con ellos…

Cora desvió su mirada al ver el dolor que empañaba la de su madre, y tragó saliva mientras retorcía el delantal con manos temblorosas.

Hacía años que no sabían nada de su padre. Si estaba vivo, muerto, desaparecido, herido… Al igual que había ocurrido con Einar, una vez que compartieron su historia, ambos hombres quedaron recluidos en sus respectivas memorias, en forma de recuerdo impreso que jamás se borraría.

Fue lo único que les permitió seguir adelante con el destrozo emocional de sus pérdidas. Gracias a Lisbet, Cora comenzó a escribir un nuevo libro. Una novela que relataba todo lo que le había ocurrido en su viaje en el tiempo. Por su parte, su madre volvió a ejercer como enfermera en un pequeño hospital local, mientras ambas se turnaban en el cuidado del niño.

Todo servía con tal de eludir ese peso que, años después, seguía siendo demasiado para sus hombros.

Cora sacudió la cabeza, espantando los recuerdos que, ante cualquier detalle, por nimio que fuera, la llevaban una y otra vez a Einar. A todas las personas a las que había aprendido a querer, y de las que nunca más supo. Excusándose en su nuevo trabajo, indagó hasta el cansancio, pero no averiguó qué fue de Berit, Haakon y Eira. Tampoco halló a Bjorn, o a Karan.

No obstante, si encontró evidencias de que el *jarl* Olson se quedó en Inglaterra y formó una nueva familia, cuyos descendientes aún vivían allí.

A veces, cuando se marchaba hasta la cascada, armada con todo lo necesario para continuar escribiendo, y se sentaba en una roca cercana para concentrarse, le costaba admitir que todo lo que estaba plasmando en el papel era rigurosamente cierto, y no producto de un sueño.

Tan solo su pequeño la anclaba a una realidad que cada vez se le hacía más difícil de soportar.

—Se ha quedado dormido… —Después de la comida, Lisbet acunó a Scotty en sus brazos con la misma adoración de siempre—. Todavía tengo unas cuantas horas antes de ir al trabajo. ¿Por qué no aprovechas y das un paseo, Cora?

En realidad, quería decir que saliera acompañada de una soledad en la que se hallaba cómoda, para seguir vomitando todos los acontecimientos que tuvieron lugar en 1066, esperando que algún alma caritativa tuviera la valentía de publicarlos algún día. Con su verdadero nombre. El de una mujer marcada por un destino y una misión que acabaron destrozándola por dentro.

Cora se limitó a asentir antes de abrigarse bien para dirigirse a las cascadas. Caminaba tan ensimismada en sus pensamientos, que no vio la silueta del hombre que se acercaba a ella, hasta que este no alcanzó la cima de la loma que ella se disponía a subir para alcanzar las cascadas.

Y para entonces, ya fue demasiado tarde.

No pudo reaccionar a tiempo. Pensar que, a lo mejor, la vista la engañaba. Que la añoranza le estaba jugando una mala pasada.

Todo eso quedó en un segundo plano al confirmar las certezas que consiguieron que sus entrañas temblasen igual que sus piernas, sus manos o su corazón.

—Es imposible… —Pero aquel aspecto desgarbado, aquella manera de caminar…—. ¿Padre? —murmuró para sí misma, con miedo—. Padre, ¿es usted?

Sus líneas eran cada vez más definidas, igual que esa sonrisa cansada que se amplió en su cara, conforme avanzaba.

Él dejó caer el petate y ella arrojó al suelo sus bártulos cuando corrió ladera arriba, con el corazón aporreándole en las costillas y la esperanza floreciendo en su estómago como mariposas.

No fue hasta que los dos se encontraron en un abrazo infinito, que Cora comprendió que acababa de reencontrarse con su padre. Que era bien real.

Que podía llorar y reír sobre su pecho, en la seguridad de que no se desvanecería.

—Claro que soy yo, mi pequeña —escuchó junto a su oído—. Mi chica fuerte y preciosa, al fin te he encontrado…

—¡Pensábamos que había muerto en la guerra! ¡Llevamos años sin noticias suyas! —Cuando la emoción remitió, Cora pudo apartarse de él para examinarlo con atención. Parecía mucho más viejo de lo que en realidad era. Mucho más cansado. Con las huellas visibles del horror de la guerra impresas en su cara, y otras tantas que posiblemente ocultaría bajo el gastado uniforme de oficial. Pero la fuerza que siempre habían tenido aquellos ojos seguía allí, como si el tiempo no hubiera pasado—. Madre y yo…

—Tu madre, Cora Thyra. Por favor, dime que está contigo. Que ya todo ha ocurrido y que sigue bien, a tu lado…

—Ya todo ha ocurrido. Sigue bien, a mi lado. —Con un nuevo cargamento de lágrimas, volvió a colgarse del cuello de su padre, solo para mitigar la angustia que acababa de ver en él.

—¿Sabes a lo que me refiero?

—Por supuesto. Drustan, el monje, ayudó bastante, aunque la explicación de madre a mi vuelta disipó las pocas dudas que aún me quedaban al respecto.

—Entonces todo lo que nos dijo aquel día era cierto…

—Tan cierto como que usted ha vuelto para completar una familia que había estado incompleta desde su marcha. —Besó su mejilla barbuda hasta el cansancio, pero entonces, un pensamiento la hizo fruncir el ceño—. Un momento. ¿Cómo nos ha encontrado? Nadie en Stamford Bridge sabía a dónde nos dirigíamos cuando nos marchamos de allí.

—Ah, eso. —Su padre se rascó la cabeza, con ese aire despistado que ella siempre había adorado, y que volvía a emerger con naturalidad—. Bueno, el hombre que me acompaña tiene mucho que ver, la verdad. Digamos que él me guio.

Se hizo a un lado para que Cora pudiera ver a quién se refería.

Y cuando lo vio acercarse, pensó por un momento que, a pesar de todas las sensaciones reales, aquello volvía a ser uno de esos sueños que terminaban cuando despertaba cada mañana.

—Dios mío…

Se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo.

Parpadeó. Respiró hondo. Intensificó su examen conforme sus siluetas eran más claras, empapadas por una cascada que no pareció alterarlos lo más mínimo. Y cuando los dos hombres se detuvieron a escasos metros de ella, y comprendió que la vista no la engañaba, dejó salir todo el torrente de emoción que había mantenido comprimido. Corrió hacia el segundo hombre, hasta que sus respectivos cuerpos colisionaron, los brazos masculinos la cobijaron con su habitual fuerza, y recibió el aroma inconfundible y único de su *berserker*, junto con unos besos y unos susurros tan reales como él.

—Eres tú… —murmuró, temblando contra el amplio torso.

—Por supuesto, *kván*. ¿O es que esperabas a otro?

—Deja de llorar, cariño, o no podremos explicarte lo ocurrido, antes de que tu madre nos acapare por completo. —Pero Cora era incapaz de detener el torrente de lágrimas que le empañaba la vista, cuando la pasaba de uno a otro, aferrada a su capacidad para percibir todo el cúmulo de sensaciones que manaba de ellos—. Hemos sobrevivido a la guerra. Este hombre, que me salvó la vida en la batalla, me aseguró que me traería de vuelta si lo seguía… Y así ha sido.

—Un viaje demasiado largo, pero completamente terrenal, pequeña —añadió Einar, con una media sonrisa insinuante cuando atrapó su rostro entre las manos para unir su frente con la de ella—. Helga ha muerto, y con ella la maldición que me encadenaba. Todo gracias a ti. Berit y su familia continuaron en nuestra aldea. Y sus hijos. Y los hijos de sus hijos hasta llegar a ti.

Besó sus labios de nuevo, con una mirada intensa en sus ojos azules que la hizo estremecer de pies a cabeza.

Era una mirada de reconocimiento.

Porque a pesar de que su indumentaria, su cabello corto y la ausencia de barba le daban un barniz de civilización, aquellos ojos eran los de Einar Ragnarsson.

Y la reclamaban con la misma fiereza de siempre.

—Eres tú —repitió, con mucho más convencimiento, antes de arrojarse a sus brazos con el hambre acumulado a lo largo de los años, las vicisitudes y los remordimientos—. Si formas parte de un sueño, déjame disfrutarte un poco más…

—Soy bien real. El conde Einar Ragnarsson, único heredero del antiguo conde Magnus el Soberbio. —La apartó de sí, a pesar de que todo su cuerpo temblaba como si fuera un niño. Dedicó unos minutos a embeberse de la imagen de su guerrera inglesa—. Te dije que me esperaras. ¿Acaso no leíste la carta que te escribí? El maldito monje insistió en que lo hiciera y luego la guardó en un cofre.

—¡El cofre salió volando al agua cuando lo golpeaste con la espada! Pero estaba en mi casa. Mucho antes de que yo lo encontrara. Drustan y mi madre…

—Tu madre nunca fue una mujer al uso, cariño mío. Ni tú tampoco. Aun así, siempre temimos que en cualquier momento desaparecieras para no volver a verte —murmuró su padre, compungido.

—Mi mismo temor cuando vi que el agua te engullía. Solo intentaba impedir que te apartaran de mí. —Con un gruñido, Einar la aprisionó de nuevo contra su pecho—. ¡Dioses! Cuando me clavaste la daga, no pensaba que fuera a morir. Y no lo hice, al menos de momento. Sentí un alivio que solo podía suponer que Helga había dejado de existir, pero que no fue nada comparado con lo que sentí cuando volví a despertar, en pleno siglo XX, convertido en un soldado de origen noble, con un superior que afirmó ser tu padre. Razón suficiente para que ambos nos mantuviéramos con vida, mientras yo trataba de comprender algo que no tuvo explicación hasta que no fui en busca de Drustan.

—Él me contó que un soldado del norte, que luchaba al lado de los ingleses, le había visitado.

—Me habló de algo que llamó «reencarnación». Afirmó que eso conseguiría unirnos, en esta vida y quién sabe durante cuántas vidas más, *kván*. Porque no tendré bastante con una sola para demostrarte el alcance exacto de mi amor por ti. —La besó con ferocidad, paladeando el sabor que durante tanto tiempo le había sido negado. Aspirando su aroma, que nuevamente le llenaba los sentidos, hasta que sintió el pecho pleno de una felicidad que solo había alcanzado con ella—. Si supieras cómo he sufrido, esperando la ocasión de volver a encontrarnos, sin saber si esta se daría… Las noches en las que no he dormido, pensando qué habría sido de ti y de nuestro pequeño…

—Es un niño. Tiene casi dos años, y se llama Scott Einar Einarsson. Y sí, es tu hijo.

—Thyra, llevo mucho tiempo queriéndolo como si lo fuera, no es necesario que intentes convencerme.

—No lo intento, vikingo. Lo es. La medialuna y las tres estrellas en su muslo derecho lo atestiguan.

—¡Por Thor! —Con un grito guerrero de victoria, la levantó en vilo y giró con ella hasta que los dos estuvieron mareados. Luego, en mitad de una auténtica carcajada de felicidad, palmeó el hombro del padre de su esposa—. ¡Te lo he explicado mil veces, y aquí tienes la respuesta, hombre! ¡Ella siempre ha sido mi mujer! ¡Y ahora, también tengo un hijo! ¡Tu nieto! Un hijo…

Temblaba cuando depositó a Cora en el suelo, como si de pronto acabara de comprender la magnitud de lo que aquello suponía. Sus ojos brillaron de emoción. Abrió la boca, dispuesto a expresar con palabras todo lo que sentía, pero de pronto, cayó de rodillas a los pies de su esposa.

—Gracias, Cora Thyra Bennet —murmuró, cabizbajo y sobrecogido —. Podría decirte que eres la luz que ha terminado al fin con mi oscuridad. O la depositaria de toda mi confianza pasada, presente y futura. También podría expresarte una pequeña parte de todo lo que mi cuerpo siente con solo percibir tu presencia, o la vida que me devuelves con una sola de tus sonrisas. Pero solo voy a afirmar que soy tuyo, en cuerpo, alma y cualquier otra forma que tu cabecita quiera imaginar. Fui tu esposo en otra vida pasada, igual que tú fuiste mi esposa. Ahora… Ahora quiero pedirte que vuelvas a casarte conmigo en esta época. Y te lo seguiré pidiendo mientras me queden más vidas por vivir a tu lado. ¿Aceptas?

Cora se quedó sin palabras.

Clavó su mirada en aquel enorme guerrero que había sido capaz de quebrar maldiciones, líneas del tiempo y velos de mortalidad para volver a ella. Para acudir a su lado.

—Te acepto, Einar Ragnarsson. En esta vida, y en todas las que nos queden por vivir juntos —repitió con solemnidad, antes de lanzarse a sus brazos y sellar su promesa con un beso casi infinito.

El primero de muchos, pensó, con el corazón henchido de orgullo y de amor incondicional.



EPÍLOGO

Un mes después

Se casaron en la pequeña ermita del pueblo, unos días antes de que empezara la Navidad.

Acompañados por sus seres queridos y los vecinos más allegados a ellos, Cora y Einar renovaron sus votos delante del dios cristiano, aunque a ninguno le importó demasiado el detalle.

Lo hubieran repetido delante de todos los dioses existentes en el pasado, presente y futuro, con tal de renovar su amor.

Porque este era como el agua de la cascada. Se movía constantemente, fluyendo cada vez con más fuerza. Nutriéndose de todo lo que crecía a su alrededor.

Como el amor de sus padres. O el de Einar por su pequeño.

Cora sonrió en mitad de la ceremonia al recordar las lágrimas de su madre al ver a su padre. Einar y ella los dejaron solos, sabiendo que necesitaban sobreponerse a la emoción, a años de cruel separación y a unas experiencias que los habían cambiado para siempre, como ocurrió con ellos en su momento, y lo guio hasta su cuarto para que conociera al pequeño Scott Einar.

Desde que su camino se había cruzado con el de Einar, había percibido muchas emociones en él, pero ninguna con tanta intensidad como la que le rodeó cuando sujetó al niño entre los brazos y, sin decir ni una palabra, lo elevó por encima de su cabeza para terminar envolviéndolo contra su pecho.

Lo llenó de besos, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Le susurró mil palabras en la lengua antigua. Lo meció como si hubiera nacido para ese momento.

Y entonces, Cora pudo oler el aroma de la conexión infinita. Del vínculo irrompible que se formó entre padre e hijo. Parpadeó cuando apreció ese aura, fuerte e intensa, que rodeó a ambos, como un halo de invulnerabilidad. Durante todo ese tiempo, el niño no protestó ni una sola vez, como si hubiera reconocido a su padre igual que su padre lo reconocía a él.

Después, Einar elevó su rostro, desfigurado por la emoción, y alargó un brazo hacia ella.

—Ahora sí, *kván* —había murmurado contra su cabello—. Ahora sí estamos completos…

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia, vikingo.

Cora sacudió la cabeza, regresando de nuevo a su presente, en el momento en que el «vikingo», como todos habían terminado por conocer a Einar en el pueblo, tomó su cara entre las manos y la obsequió con un beso que levantó la ovación incondicional de todos los presentes.

—Ya me contarás en qué andabas pensando, pequeña —le murmuró contra los labios—. No me gusta que mi esposa ande distraída el día de nuestra boda.

—¿Ni siquiera si está imaginando lo que va a ocurrir esta noche?

—Esta noche. ¡Al fin! Pensé que nunca llegaría el momento… —En medio de una risilla elocuente, Einar se la llevó hasta el lugar donde se celebraría el banquete. La casa de sus suegros era lo bastante amplia como para albergar al grupo que lo acompañaba. Se sentaron en la parte central de la mesa. Einar se acercó a su oído con disimulo —. Ya sé que me repito, ¡pero es que dormir lejos de ti durante estas semanas ha sido el equivalente al Hal en su mejor expresión!

—No estábamos casados ante mi dios.

—¡Pero tenemos un hijo, por Thor! —En ese momento, el parloteo de Scotty, que estaba en brazos de su abuela, llamó su atención. Einar fue hasta él, lo cogió en volandas hasta arrancarle una carcajada, lo besó en los mofletes y se lo devolvió a Lisbet—. ¿Cómo creen tus padres que lo hemos hecho?

—No se trata de los hechos, sino de las costumbres. Y la suya es que marido y mujer no compartan cama hasta su matrimonio.

Cora levantó el mentón, fingiendo una mojigatería que nunca había ido con ella, pero cuando vio la penetrante mirada de su esposo, estalló en carcajadas.

—Vamos, mi amor. Hemos tenido nuestros escarceos, ¿no es así? Además, prometo recompensarte esta noche —le susurró, antes de besarlo, ante los aplausos de los asistentes.

—No.

—¿No? —Cora se apartó, extrañada.

—Ahora, *kván*. Explotaré antes de que llegue la noche, lo juro.

—¡Pero estamos en plena celebración! ¡No puedes…!

No terminó la frase. Solo pudo gritar cuando Einar, sin ninguna ceremonia, la sacó de su asiento para tomarla en brazos y dirigirse a

los invitados.

—Gracias a todos por vuestros regalos y vuestra asistencia. Thyra y yo deseamos que sigáis disfrutando de la celebración a vuestra manera, que nosotros lo haremos a la nuestra —afirmó, antes de dirigirse a sus suegros—. Scott, Lisbet, su hija y yo también os agradeceremos que, al menos esta noche, mantengáis a raya a ese pequeño diablo que tenéis con vosotros, para que podamos… Bueno, ya sabéis.

Una alegre mezcla de pitidos, silbidos, palmas, risas y comentarios subidos de tono, los despidieron hasta que Einar cerró la puerta de su dormitorio de un puntapié, y la depositó en el suelo.

Entonces, el resto del mundo dejó de existir para ellos.

—Eres un salvaje.

—Estoy deseando demostrarte cuánto, mi pequeña harpía.

Cora fingió escandalizarse, pero era muy difícil cuando la intensidad de aquella mirada penetró hasta el centro de sus huesos, mientras Einar se acercaba a ella poco a poco, con la elegancia de un felino y la fuerza de una bestia en celo.

Sin embargo, solo usó la ternura que le desbordaba por dentro cuando la despojó del vestido de novia, antes de observar su ropa interior.

—En nuestros escarceos no ibas tan… atada —murmuró desconcertado, cuando vio el corsé—. Nunca me has explicado cómo se quita esta cosa tan extraña.

El corazón de Cora se saltó un latido.

—Si piensas que me voy a quedar quieta mientras examinas todo lo que llevo puesto y que puede resultar nuevo para ti…

—Ah, no. Tu indumentaria no me interesa —la interrumpió—. Me resulta tan sensual y provocativa que sería sencillo desgarrarla. Si quieres preservarla, dilo ahora.

Esta vez, su corazón trepó hasta su garganta.

No era posible que quisiera decir lo que parecía insinuar.

—Ya has conseguido bastante...

—Mi señor.

—¿Cómo?

—Ya has conseguido bastante, mi señor. Se te olvida que acabo de ser nombrado tu dueño, con todo lo que eso implica. Deberías repetirlo.

—Ya habéis conseguido bastante, mi señor —murmuró Cora, con la sangre encrespada en las venas y ese pequeño juego entre ellos actuando como un potente afrodisíaco—. ¿Contento?

La respuesta del hombre fue tan inesperada como fulgurante. Enganchó dos dedos en la tela de la camisa interior. Dio un ligero tirón y luego, otro más fuerte, hasta que la delgada tela se desgarró en dos partes.

Sus pechos hubieran quedado expuestos a su ardiente mirada, de no ser por el corsé.

—Dime qué he de hacer ahora, *kván*, o te quedarás sin ropa que puedas usar…

—Desátalo por aquí. —Ella le dio la espalda. Sintió el roce liviano de los dedos que, con rapidez, la despojaron de la incómoda prenda hasta que esta cayó al suelo, y luego él la giró casi con violencia.

—Thyra... —jadeó, mientras bajaba la cabeza para tomarle un pezón entre los labios.

Lo besó, tiró suavemente de él y la llenó de deseo. Después volvió a dejarlo libre y sopló sobre la punta tibia. La excitó con un suave mordisqueo y luego restregó delicadamente la áspera sombra de su barba contra ella.

Un incendio estalló dentro de Thyra, irradió hacia fuera e inundó todo su cuerpo con una serie de incontenibles oleadas de escalofríos.

—Dios, Einar… ¡Oh, Dios! —exclamó, cuando él la llevó a la cama, se desprendió de su propia ropa casi con prisa, y acomodó la cabeza entre sus piernas, con una mirada que contenía toda una declaración de intenciones.

—No son los dioses quienes te van a venerar, tesoro mío, sino yo. Tu otra mitad. El hombre que ha vivido varias vidas por ti, y que va a honrarte el resto de esta, de todas las formas que puedas imaginar. Porque te amo, Thyra. Te deseo con una fuerza que incluso a mí me asusta —siguió murmurando, con su aliento bañándole el sexo hasta hacerla temblar de anhelo, y aquellos ojos expresando todo lo que no decía con palabras—. Te quiero y te acepto como mi señora. Como la

mujer que me rescató de mí mismo, para ofrecerse sin reservas. La que aceptó mis errores para transformarlos en aciertos. Esa que tuvo la fortaleza de matarme, para que pudiera resurgir, y que consiguió que amara a un niño mucho antes de que naciera…

—Einar Ragnarsson, siempre supe que eras un hombre complicado y por eso te amé y luché por ti cuando todo estaba en nuestra contra. Oscuro la mayor parte del tiempo, aunque cuando dejabas que la luz te bañara, refulgías como el mismo sol. Eres todo cuanto siempre he deseado, pero ahora mismo… ¡estás resultando un fastidio! ¡Haz lo que los dos estamos deseando de una maldita vez!

Einar soltó una carcajada. Con una expresión diabólica, enterró al fin la cara entre sus piernas para succionar, chupar y mordisquear su sexo, cada vez más empapado. Más ardiente. Thyra gritó y se estremeció contra él. Sintió que todo su ser buscaba a ciegas, como si remontara el vuelo en busca de algo que quedaba más allá de su alcance y...

¡Dios, oh, Dios!

Einar la proyectó hacia el cielo iluminado por las estrellas y la hizo girar entre ellas.

Logró que todo su universo vibrara de uno a otro confín.

Y cuando volvió a impulsarla hacia abajo para devolverla al punto de partida, cuando sus entrañas lo recibieron y lo ciñeron para llevarlo con ella, Thyra supo que ya nunca volvería a ser la de antes.

Que no quería ser la de antes...

SSe acurrucó a su lado sin una sola palabra, pues todas sobraban, y se meció con él en un sueño profundo que fue interrumpido por una ráfaga de aire cálido. Como una caricia, los dedos invisibles le acariciaron la mejilla, mientras el susurro de una voz bien conocida por ella sonó junto a su oído.

—Vamos, cariño, despierta o voy a empezar a pensar que estás tan muerta como yo.

—¡Ylva!

Cora se sentó de golpe en la cama, con el corazón aporreándole cada rincón de su cuerpo, y los ojos abiertos como platos. Frente a ella, la silueta de la vieja sierva parecía flotar, llenando la estancia

con una luminosidad extraordinaria, y un aroma que la tranquilizó de inmediato.

Como si le resultara familiar.

Abrió la boca, pero solo pudo boquear como un pez fuera del agua, antes de girarse hacia Einar.

—No me preguntes. La veo, igual que tú.

Pero no parecía tan sorprendido, sino más bien… emocionado.

Sí. Las lágrimas que le corrían por las mejillas eran las mismas que surcaban las suyas cuando volvió de nuevo la mirada hacia Ylva, parpadeando para asegurarse de que era real. De que…

—No es un sueño, Thyra. Si quieres puedes pellizcarte para comprobarlo. —La sierva resopló, y tanto Einar como Cora terminaron sonriendo cuando se acercó a ellos, con los brazos extendidos para abarcarlos—. Lamentablemente no puedo tocaros. Pero sí puedo ver mucho más allá de vuestros cuerpos. Y lo que veo es la felicidad en estado puro.

—Somos felices, amma. Y aspiramos a seguir siéndolo. Pero siempre me sentiré culpable por tu muerte.

—Tú fuiste el menos culpable de todos. No pude despedirme de ti, ni de tu kván, como debí hacerlo, pero las circunstancias exigían un primer sacrificio: el mío. Lo hice con gusto, no lloréis —añadió, con una sonrisa que les caldeó el corazón y les hizo vibrar—. Mis días ya estaban contados. Estaba enferma, así que hubiera muerto igualmente en poco tiempo. Claro que tanto Magnus como Helga desconocían el detalle, de modo que mi fin tuvo un nuevo comienzo… en vosotros.

—Ylva…

—Mi preciosa Thyra, desde el primer momento en que te vi, supe que serías la única mujer capaz de sacar a Einar de su oscuridad. No me equivoqué. Me encantaría seguir asegurándome, pero mi lugar ahora está al otro lado del velo. Aunque antes de cruzarlo, quería despedirme de vosotros. De las dos personas más importantes de mi vida. Dos luchadores, dos almas gemelas que, al fin, han encontrado su lugar. Y ahora, dormid, muchachos míos, dormid…

Su voz se fue espaciando al mismo tiempo que su imagen, hasta que solo fue un eco lejano. Sin dejar de mirar al frente, Einar buscó a

tientas la mano de Cora. Cuando la encontró, la apretó con fuerza y tiró de ella, hasta volver a tenerla entre sus brazos.

—Hasta siempre, mi amma querida —murmuró, sobrecogido por la pena.

—Hasta que volvamos a vernos, en otra vida, Ylva —susurró ella, tragando saliva para deshacer el nudo de su garganta. Cuando al fin pudo dejar de temblar y comprobó que volvían a estar solos en el cuarto, y que la brisa que la había despertado había desaparecido junto con la sierva, se volvió hacia su marido—. ¿Estás seguro?

—¿De qué, pequeña?

—De que este es el lugar en el que deseas estar.

La tristeza que empañaba los ojos azules fue sustituida rápidamente por un brillo malicioso cuando él se inclinó sobre ella para besarla hasta hartarse.

—Ylva, como tantos otros, murieron por nosotros. Estamos obligados a ser felices, pero por si nuestro beso no te ha servido como respuesta… Pienso dedicar el resto de mi vida a demostrártelo.

Cora rio, mientras agradecía a Ylva aquella inesperada despedida que había aligerado sus conciencias.

Porque sí. Quería seguir siendo feliz.

Quería quedarse en la cama con Einar Ragnarsson hasta que la nieve dejara de caer, se derritiera y se convirtiera en el agua cuyo secreto los había unido, para no separarlos más.

---

[1] Entierro vikingo en un barco funerario. Era común dejar regalos junto al cadáver. Incluso si el cuerpo era quemado en una pira, el difunto recibía presentes, cuya cantidad y valor no dependían del sexo sino únicamente de su posición social. Era importante realizar el ritual correctamente para que el difunto conservase en la otra vida el estatus vital que había poseído en la vida terrenal, y para evitar que se convirtiera en un alma errante condenada a vagar eternamente.

[2] Costumbre realizada en los entierros vikingos, en la creencia de que así la persona muerta no vería el camino para quedarse en el mundo de los vivos.

Agradecimientos

GRACIAS, como siempre, a mi Nira bonita y a su impresionante vista de águila, por diseccionar el desenlace de la historia de Thyra y Einar con tanto amor como precisión. TE AILOVIUUU UN MONTÓN, MI NIÑA!
GRACIAS, como no podía ser de otra manera, a Mapita, por su dedicación a pesar de las circunstancias, hasta casi la obsesión, para que mis personajes y su historia comiencen su andadura fuera de la intimidad de mi cueva particular. SE TE QUIERE, MUCHO, MUCHO Y MUCHO.
GRACIAS a QueLeemos_ y su grupo de lecturas conjuntas, así como el grupo de Instagram QueVienenLasLocas, por todo su apoyo, que ha sido muchísimo. Estáis locas, nenas, pero sois unas LOCAS ENCANTADORAS. Es para mí un honor formar parte de vuestro grupo. GRACIAS por esas risas, esa espontaneidad, esa sinceridad y esos comentarios de todos los libros que leemos. me dais mucha vida, que lo sepáis.
GRACIAS, a mi hija Marta, por echarme una mano con la portada de *El Secreto Del Agua,* para darle ese toque personal que me faltaba, y que no sabía dónde encontrar hasta que ella me lo ofreció con su capacidad artística. TE QUIERO UN MONTÓN, CARIÑO.
GRACIAS al resto de mi familia, como siempre, por su comprensión y paciencia durante todo el proceso creativo, que siempre se ha repetido y que, espero, siga repitiéndose. SIN VOSOTROS NO SERÍA NADA.
Y por último, un GRACIAS infinito a vosotros, mis lectores, porque sois el motor que me mueve cada día a ponerme delante del teclado para seguir creando nuevas historias. Si vosotros noexistierais, yo tampoco lo haría como escritora. De nuevo, GRACIAS por vuestros comentarios, vuestras estrellitas, que paara mí so oro puro, vuestras reseñas y, en definitiva, por ayudarme cada día a seguir aprendiento

y creciendo en lo profesional, y a convertirme con ello en una mejor persona, siempre.
SE OS QUIERE.